

ANDRÉS BLANCO Y GARCIA



ESCENAS MURCIANAS

*Apuntes para cuadros, costumbres y tipos
de Murcia y de su huerta y campo.*

(SEGUNDA EDICIÓN)

MURCIA.—1894.

Tip. de Rafael Albaladejo Brugarolas
Fernandez Caballero, 5,

R. 103.302 Aleman Sainz

BIBLIOTECA REGION
MURCIA

Es propiedad.

30753

ESCENAS MURCIANAS

PRELIMINAR



Escrito este libro en los meses de Junio, Julio, Septiembre y Octubre de 1893, comenzó á ver la luz pública al poco tiempo de terminado, teniendo que suspenderse la edición cuando alcanzaba más de una mitad de la obra, por causas completamente ajenas á mi voluntad.

Largo tiempo hubiera permanecido mi trabajo en el olvidado rincón de mis papeles inútiles, y acaso no lo recordaría yo mismo en este instante, á pesar del cariño que le profeso como parto de mi pobre inteligencia, si varios amigos no me hubieran manifestado repetidas veces sus deseos de verlo impreso hasta su conclusión, alentándome con palabras cariñosas, y estimulándome para emprender una segunda edición, que al fin intento llevar á cabo, despues de mil fatigas, y de vencer no pequeñas dificultades.

Dada esta ligera explicación que juzgo hasta cierto punto necesaria para justificar mi conducta, debo añadir que, al entregar de nuevo mis cuartillas á la prensa, he creido conveniente no suprimir ciertos detalles, los cuales, por ser hijos de las circunstancias en que se escribieron, tal vez, puedan encerrar alguna inoportunidad para lec-

tores demasiado exigentes. Pero como un accidente, que no afecta al fondo ni á la forma, no destruye lo principal de los asuntos de estos cuadros, creo que debe subsistir todo lo que completa el pensamiento de la misma manera que lo concebí y explané, porque así y no de otro modo fué como lo ví y lo sentí en el fondo de mi imaginación.

La única reforma que he hecho es bien insignificante y se refiere á la parte literaria, ampliando, restringiendo ó modificando algun pequeño punto, por juzgar en mi escaso criterio que de este modo ganan algo y quedan más completas ciertas narraciones ó descripciones.

Por lo demas, *quod scripsi, scripsi*. Bueno ó malo, ahí va todo lo que salió de mi pluma en la fecha que he consignado al principio, sin suprimir siquiera el capítulo-prólogo de la primera edición, con el cual verdaderamente principia la obra, no jugando aquí esta advertencia preliminar otro papel que el de justificar, según he dicho, la causa de esta segunda publicación.

12 de Noviembre de 1894

EL AUTOR AL LECTOR

EL regionalismo es una idea eminentemente patriótica que rápidamente va propagándose por España.

El espíritu de independencia que sienten los individuos de esta desgraciada nación, se ha transmitido al municipio y á la provincia, deseosos de una autonomía que, sin romper la unidad de la patria, los emancipe de los sistemas centralizadores que son un absolutismo disfrazado con el nombre de libertad.

Con efecto, nada más justo que la relativa independencia de las regiones, para no sucumbir ante la absorbente y escandalosa oligarquía que ha venido á resucitar todos los defectos del feudalismo, pero sin hacer revivir ninguna de las buenas cualidades que también tuvo aquella forma de gobierno. España es hoy como el siervo de la gleba, postrada ante los piés del Madrid oficial de donde á cada momento salen órdenes y leyes que no tienen otro objeto que explotar al ciudadano, á quien, por otra parte, se le ha logrado entretener con mezquindades políticas, para apartarle del recto camino que conduce á la práctica de lo bueno y de lo justo.

Por cada dedo de libertad (y séame permitida la figura) que se le ha otorgado al pueblo, libertad que á veces no entiende ni aprecia y que siempre sirve para facilitar la ambición y el egoísmo de unos cuantos farsantes, han crecido por kilómetros los tributos, gracias á las draconianas disposiciones del cesarismo madrileño.

Las clases productoras ya no pueden sobrellevar el peso de tantas y tan elevadas contribuciones, y los pequeños pro-

pietarios arrastran una vida angustiosa y triste, mil veces peor que la del pobre jornalero que riega con el sudor de su frente el mezquino pedazo de pan que á su boca se lleva.

Tal estado de cosas ha traído la necesidad de pensar formalmente en el fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, que son las fuentes de toda riqueza pública. Mas para llevar á cabo pensamiento tan patriótico, no hay otro medio que el del regionalismo que multiplica las fuerzas generales de la nación á la vez que aumenta las particulares y que, dando un golpe de muerte al politiquismo miserable y vil, lleva á la verdadera política, ó sea á la ciencia del gobierno, auxiliares poderosos para desarrollarse y hacer de una manada de esclavos un pueblo de hombres libres, porque sólo con la moralidad, la independendencia y la justicia es como puede volver la patria á ser feliz esplendorosa.

A fin de que el regionalismo sea viable y se desenvuelvan todas las fuerzas que conduzcan á su desarrollo, es preciso que los pueblos se conozcan previamente, y de este modo, apreciando en toda su integridad su propio valor, podrán algún día exigir, aunque sea con violencia, lo que no se les dé de grado, á pesar de los indisputables derechos que á las regiones asisten para oponerse á la inmoral y avasalladora centralización.

Todos los medios que conduzcan á ese fin, cuando no se aparten de la justicia, deben aceptarse. Los medios más eficaces para la propagación de la idea son las discusiones, el periódico y el libro; pues cuando los pensamientos arraigan en la inteligencia y los sentimientos en el corazón, ésto es, cuando las colectividades llegan á pensar y sentir del mismo modo, queda, por lo menos, hecha la mitad de la obra. Luego, una circunstancia cualquiera, un accidente imprevisto, una iniciativa oportuna, determina el acto que ha de realizar la noble aspiración de los que están hartos de sufrir el yugo del degradante despotismo.

Las artes, á la vez, deben desenvolver su mágica influencia, y mientras la pintura tiende á perpetuar en tablas y lienzos los tipos, las escenas y los paisajes que afecten á una determinada región, la literatura, propendiendo á no incurrir en vulgaridades y bajezas pedestres, debe inmortalizar lo que

no esté dentro de la esfera de acción de la pintura, para mantener vivo el sentimiento local y hacer que se conserve incólume á través de los vaivenes y de las vicisitudes sociales.

Este y no otro es el pensamiento del presente libro.

Bien quisiera yo en este momento que mi pluma estuviera mejor cortada y mi imaginación fuera lo bastante esplendorosa y fecunda, para realizar por completo el pensamiento que me anima en la parte insignificante de mi cometido, no por la noble ambición de ser y de valer, ya que el artista trabaja sólo por la gloria, sino por llevar un mediano contingente á la obra civilizadora del regionalismo murciano; pero comprendo que este pobre libro, nacido entre mil dificultades y desarrollado entre vicisitudes que no son para dichas, carece de mérito suficiente para rebasar los límites de un laudable estuerzo, si es que en absoluto no carece de importancia por la deficiencia de mis aptitudes.

He intentado armonizar la realidad con la fantasfa, para dar interés á escenas puramente murcianas; pero ignoro si habré conseguido mi pretensión, y hasta dudo si habré acertado á excoger asuntos que hagan fijar en ellos por un momento la atención de mis queridos paisanos.

Uno de los escollos donde forzosamente tropiezo, es el que surge de las comparaciones, y en ellas seguramente he de llevar la peor parte, porque la literatura regional de otros países se halla hoy á una envidiable altura, gracias á los esfuerzos continuados de literatos eminentes. Cataluña, que dió el primer ejemplo y que fué la que con lo que alguien calificó de exagerado egoismo impulsó la propagación de las ideas redentoras de la independencia regional, puede presentar obras de importancia suma y una pléyade de poetas y prosistas que son gloria y orgullo de aquella civilizada región. No han faltado tampoco escritores de alto vuelo en Valencia, Galicia y Andalucía; pero donde esa clase de literatura ha tocado en la cambre de su desarrollo es en Santander, donde el gran Pereda, con una pluma inimitable, ha pintado las costumbres de la montaña, de la manera más galana y hermosa que hasta ahora puede verse en libro alguno.

Yo no conozco escritor que sobrepuje y aun iguale á Pe-

reda en esplendor y colorido. El regionalismo tiene con tal escritor un buluarte de primer orden, y la literatura de aquel país cuenta con personalidad propia y queda asegurada para siempre.

En Murcia tampoco han faltado conatos de regionalismo literario. Aparte de lo que se ha venido escribiendo desde comienzos del presente siglo, y aparte también de tal ó cual artículo del incomparable Selgas, algo puede mostrarse al mundo de la literatura en los sentidos romances de Martínez Tornel, en los artículos y esbozos de Rodolfo Cárles, en los trabajos de Pío Tejera y en algunas brillantes poesías de Sánchez Madrigal. Sin embargo, las magníficas muestras de esos escritores y de algunos otros no menos dignos, como el reputado literato Andrés Baquero, el entusiasta de las murcianas glorias Díaz Cassou, y el ilustrado Joaquín Banguena, pueden considerarse como esfuerzos aislados, siendo verdaderamente lamentable que plumas tan aptas, que hubieran podido sin gran esfuerzo allanar, al menos, el camino para los que quisieran recorrerlo después, ó quizá fijar los lindes de la literatura murciana, no se hayan atrevido á continuar sus tareas, acaso por creer equivocadamente que el género local no tiene aún la importancia debida, ó acaso también porque el escritor murciano no puede, hoy por hoy, dedicarse de lleno á las letras, en la necesidad de atender á tareas y obligaciones de otra índole, que son las que producen para levantar las pesadas cargas de la vida.

Respetando estas últimas razones ú otras análogas que justifiquen la conducta de tan competentes escritores, creo que el género local ofrece bastante campo á la imaginación del novelista y del poeta. La misma ventaja que el regionalismo político y administrativo lleva al centralismo absorbente y gastado, tiene la literatura regional sobre la que á todo pasto nos dan la mayor parte de los escritores de la villa centralizadora con sus cesantes, viudas, chulos, casas de huéspedes, busconas y otros asuntos tan manoseados, ó ridiculizando á los hijos de las provincias con escenas grotescas ó bufonadas del peor gusto.

En las regiones encuéntrase algo más de originalidad y de verdadera novedad, como tradiciones, costumbres, historias,

tipos y otras cosas que, con respecto á las letras, se hallan en un estado que casi puede llamarse virgen. Andalucía, Murcia, Valencia, Cataluña, Castilla, Galicia y las costas del Cantábrico, en nada se parecen. Ni el clima, ni el acento, ni el origen, ni el modo de ser de sus habitantes tiene nada de común. ¿A qué no se presta todo eso, cuando brota un génio como Pereda, que, amante de su país, sabe dar á conocer los ricos tesoros antes ignorados para la literatura, excitando por todas partes el entusiasmo y la admiración?

La región murciana no tiene que envidiar á ninguna otra nada de cuanto se roce con la hermosura material ni con las condiciones estéticas para el desarrollo del arte. Paisajes vistosos, montañas agrestes, huertas deliciosas, costumbres sencillas y originales, mujeres de belleza y gracia proverbial, y un cielo puro y clarísimo que esmalta un sol de fuego, todo eso se ofrece á los ojos del artista en maravilloso conjunto. Hasta el lenguaje huertano y el que se habla en algunos pueblos y vegas, lenguaje lleno de giros arcáicos, de palabras incompletas, de voces incultas y de expresiones no oídas en otro punto, no está exento de galanura y encanto, y tiene por eso mismo su nota de originalidad y de peculiar atractivo.

Basta con lo expuesto para comprender la conveniencia de que la literatura se apodere de asuntos tan interesantes como los que á la ligera indico, no sólo porque de esta manera se aporta un valioso contingente al campo nacional de las letras, sino también porque se excitan las simpatías hácia la región, haciendo ver que entre nosotros existen cosas que no hay por qué buscarlas en otros puntos, cuando poseemos lo que puede dar alimento á la imaginación, goce al espíritu y motivo para desarrollar una riqueza que puede proporcionarnos bienes materiales, levantando al mismo tiempo la importancia del país, hoy desconocido de extraños y hasta de propios, por incuria nuestra y por el afán inmoderado de derrochar caudales en Madrid donde los vicios y el afrancesamiento desfiguran y destruyen hasta la hidalguía y el carácter de las generaciones.

Ya sé, y antes he apuntado la idea, que yo no he de ser el Arquímedes que mueva con la palanca de mi pluma toda la série de obstáculos y dificultades que aun hay que vencer

para llegar al logro de mis laudables deseos; pero creo firmemente que á los conatos de regionalismo de que he hablado, pueden unirse los de esta obra que, no por deficiente y pobre, deja de ser un esfuerzo en pró de la santa idea de relativa emancipación, para que otros escritores más doctos y de mayores alcances de inteligencia luchen con menos obstáculos, y llegue un día en que, existiendo la literatura murciana, propiamente dicha, queden solidificados los cimientos y construido en parte el secular edificio del regionalismo que ha de levantar el esfuerzo de los hijos del Segura.

¿Quién no ha de querer el engrandecimiento de su patria? Los que han respirado las áuras de la murciana huerta; los que han nacido á la sombra de la bendita Torre que se alza como un gigante de piedra en el centro de la ciudad; los que recuerdan con orgullo la historia donde están escritos con letras de oro los nombres de Saavedra Fajardo, Polo de Medina, Villacis, Salzillo, Floridablanca, Clemencín, Romea, Selgas, Pascual y otros mil que son honra del murciano suelo, no pueden detener los latidos de su corazón, latidos de ira, cuando ven que la vida en Murcia se arrastra absorbida por la corriente que lleva á Madrid las fuerzas de la nación, privando á este hermoso país de los recursos y de los dones con que lo ha dotado la naturaleza.

De Madrid puede asegurarse que es bastante escaso el bien que sale para llegar á Murcia.

De allí han partido los mandatos que han devorado la enorme riqueza que un insigne Cardenal donó caritativamente para sostener las cargas de los establecimientos de Beneficencia, sumiendo para siempre á los asilados en un horrible desconsuelo: de allí parten las disposiciones que imponen tributos sobre tributos, sin compasión á las lágrimas que vierten millares de infelices que rápidamente van hundiéndose en la miseria: de allí parten las costumbres no imitadas sino plagiadas de Francia, que nos desfiguran por completo, borrando lo genuinamente español: de allí parten órdenes para nombrar nuestros representantes en las Cámaras y hasta las autoridades locales que nos han de regir: de allí parte el afán á vivir del trabajo de otros, afán que va extendiéndose como el virus de un cáncer devorador: de allí, en fin, parte ese po-

litiquismo malsano y petulante que nos convierte en esclavos de ministros vanidosos y torpes, endiosados por la casualidad y atentos sólo al medro de su persona para llevar una vida de placeres.

Al tratar de emanciparnos, comencemos de algún modo. Comencemos por ensalzar por medio de las artes, ya que hoy no podemos disponer de otros recursos, lo que hay de bueno entre nosotros para aumentar el amor al país. Pongamos de relieve lo que es digno de alabanza, dándole la posible amplitud, y no guardemos silencio sobre lo vituperable, para corregir ó hacer que desaparezca de entre nosotros lo que nos afea y nos rebaja.

Haga cada cual lo que pueda en la medida de sus particulares condiciones y por honra y gloria de Murcia. Yo tengo aficiones literarias, y en ese campo esgrimo las únicas armas de que puedo disponer.

Murcia, Noviembre de 1893.

LA FUENSANTA

I.

A medida que el manto de la noche trocaba su obscuridad por los purpurinos celajes que anuncian la llegada del día, la parda mole de la montaña parecía tomar poco á poco extraordinarias proporciones, como si un inmenso gigante se levantara del fondo de la tierra.

La niebla del valle, que se extendía desde la formidable masa de peñascos hasta los últimos límites del horizonte, iba lentamente desapareciendo como cortina que recoge sus pliegues para dejar ver la grandeza de un panorama, y comenzaba á descubrirse la riente vega del Segura, la huerta llorada todavía, á través de los siglos, por los hijos de Mahoma. Allá en el centro, distinguíanse los campanarios de la ciudad parecidos á los masteleros de naves medio veladas por la bruma, y únicamente sobre el fondo gris de la población, que contrastaba con el tono marcadamente obscuro de la vega, erguía majestuosa y un tanto esclarecida por los rayos del crepúsculo la magnífica torre de la Catedral, esa joya de la arquitectura que parece desafiar á las nubes con la atrevida aguja de su remate y que la piedad de los pasados tiempos levantó como perpétuo centinela que velara por los sentimientos religiosos de toda la comarca.

A pesar de lo temprano de la hora, observábase en la parte baja de la sierra un movimiento inusitado, y se oían ruidos confusos y voces de operarios, como si muchas personas a la vez se dispusieran á tomar parte en faenas de perentoriedad suma, resonando aquí y allá golpes de martillos, á los que se mezclaban lejanos sonidos de campanillas que de tiempo en tiempo se distinguían más cercanos, lo que indi-

caba la presencia de carruajes que parecían venir desde la ciudad.

Aquel bullicio, con efecto, tenía su natural explicación. Tratábase de una fiesta campestre que los hijos de Murcia celebran una ó dos veces al año, al trasladar la santa imagen de la reina de los cielos desde el templo Catedral á su camarín de la montaña.

Aquel acto revestía siempre mucha importancia, concurriendo á él gran número de vecinos de la ciudad, de la huerta y de diferentes pueblos comarcanos, por cuyo motivo los vendedores y negociantes al por menor se afanaban en improvisar tiendas, cafetines y tinglados de varias clases, al amparo de los olivos ó en los declives del terreno, debiendo de terminar las obras antes que la romería llegara á las estribaciones de la tierra.

Como se ve, la sultana del Segura comenzaba á alborozarse con aquella fiesta, que tiene una nota peculiar, un carácter especialísimo en el número de sus diversiones, mitad religiosa, mitad profana, demostración de afecto íntimo á la santa Virgen que tiende su manto protector sobre la ciudad en momentos de angustia, pretexto acaso para esos esparcimientos que hacen desbordarse la alegría del alma sedienta de placeres, y motivo también para la exhibición de miles de bellezas femeniles que lucen sus encantos lo mismo bajo los frondosos árboles que ofrecen al romero delicada sombra, que en las improvisadas tiendas que dan á las laderas la fisonomía de un campamento, ó en el átrio de la iglesia donde bulle la multitud en apiñados grupos como otros tantos círculos de familias amigas que se reúnen para divertirse en comunidad.

Avanzaba el día ahuyentado hasta los últimos vestigios de las tinieblas nocturnas, y al par que el sol se elevaba por encima de los lejanos arrecifes que forman las ásperas gargantas de Crevillente, multiplicábase el gentío con la llegada de tartanas y omnibus cargados hasta lo inverosímil, como si los romeros y curiosos hubieran querido agolparse de una vez en las pintorescas colinas que parecían vestirse con sus mejores galas para recibir á sus cariñosos huéspedes.

Crecían la algazara y el ruido: bullían por todas partes am-

bulantes vendedores pregonando con destemplada voz su mercancía: oíanse por lo alto de las peñas rasgueos y preludios de los instrumentos populares, compañeros fieles, en las penas y alegrías, de la gente meridional; y entre el rumor cada vez más intenso de la multitud, el viento solía traer en sus alas, de un modo débil, el clamoreo de las campanas de la lejana Catedral, cuyo sonido indicaba la salida de aquel templo de la sagrada imagen que con tanta ansiedad era esperada en la montaña.

De pronto, un ómnibus que avanzaba como una exhalación por el camino que se prolonga desde el vecino pueblo de Aljezares, llegó al pié de la cuesta que conduce al poético eremitorio, y descendieron de él tres elegantes jóvenes de esos que llaman de buen humor, elemento valioso para toda clase de diversiones, y cuya edad podía fijarse aproximadamente alrededor de los veinticinco años.

Eran Pepe, Luis y Rodrigo, amigos inseparables, desde que las mismas inclinaciones y gustos los habían unido para deslizarse sin penas los floridos días de su juventud. Iban á sacar partido de la romería, y desde el instante en que se apearon del vehículo, comenzaron á pasar revista á las frescas y airo-ras mucháchas que cruzaban entre la muchedumbre, muchas de las cuales adornaban sus cabezas con vistosas flores, y todas llevaban retratada en sus ojos la alegría de su alma y el fuego de su corazón.

Los tres amigos recorrían los olivares, penetraban en las cantinas, husmeaban entre los grupos, y luego que se hubieron hecho cargo del personal y llenaron su imaginación con *raciones de vista*, comenzaron á ascender lentamente por la suave cuesta, buscando cualquier pequeña altura donde poder aislarse del gentío y presenciar la llegada de la religiosa proccsion. Despues de abrirse paso con alguna dificultad á causa de la obstrucción que encontraban en las diferentes sendas que conducen al atrio del templo, tomaron posiciones sobre un enorme peñasco que hay en el primer recodo de la rampa principal, y allí se dispusieron á ser espectadores de cuanto alrededor de ellos pasara.

Verdaderamente no habían podido excoger un punto de vista mejor.

Dominábase desde allí la trayectoria que la procesión había de recorrer, y de un solo golpe de vista se abarcaba toda la huerta que en aquel momento ofrecía un paisaje tan soberbio como hermoso.

En primer término aparecía una extensa faja de terreno accidentado, cuajado de olivos y paleras (chumberas) y bordado á trechos por anchos festones de florecillas y eneldos silvestres. Más allá una confusión inmensa de naranjos, moreras y frutales de mil diversas especies y matices, cuyos detalles se perdían poco a poco, semejando á lo lejos una masa compacta de verdura que se desvanecía como tinta indefinible hasta confundirse con las estribaciones de otra montaña que sirve como de marco al cuadro grandioso de la incomparable huerta. Destacábanse aquí y allá, entre el verdor del espeso follaje, mil blancos caseríos dando agradable variedad al panorama, y allá en el centro, rodeada de arrogantes palmeras y gigantescos álamos, surgía la extensa ciudad del Tháder, bella como un sueño de la fantasía, elevando las doradas cúpulas de sus torres que despedían reflejos mil al contacto de los vibradores rayos del sol. Cerraban el horizonte calvos y azulados arrecifes que recortaban el dosel transparente y puro de un cielo sin nubes, parecido á la superficie de tranquilo lago cuando el astro del día manda á la tierra sus últimos resplandores.

A pesar de que los tres jóvenes, por su frivolidad, no eran muy dados á la contemplación de la naturaleza ni á la exaltación que en el alma de un artista producen las maravillas de la creación, no dejaron algunos de impresionarse vivamente al ver surgir ante su vista aquel hermoso paisaje, y sus pulmones se dilataban aspirando el aire fresco del monte, cargado de aromas, entre los que sobresalian el fuerte olor del romero y del tomillo, cuyos delgados troncos parecían brotar de entre las mismas peñas.

—¡Hermoso!... ¡magnífico!...—dijo Luis, agitando su sombrero, como para saludar la grandeza de cuanto contemplaba.

—Pero ésto sin lo que esperamos, nada significa—añadió Pepe que no quería manifestar el medianillo entusiasmo

que sentía desde que se encaramó sobre la cumbre del peñasco.

—Vamos, no querrás que te tachen de sensible o de filósofo, si expones con franqueza tus pensamientos,—exclamó Rodrigo, al observar el fingido mohín de indiferencia de su amigo Pepe.

—¿Es que todo ese panorama vale lo que unos ojos de fuego y una boca de clavel?

—Según bajo el punto de vista que se contemple—replicó el interpelado.—Cada cosa tiene sus encantos peculiares y los que ese magnífico valle presenta no son menores que los otros á que aludes. Admiraremos por ahora, siquiera sea *sotto voce* esta belleza que es un dón del Cielo, y rindamos culto también á las otras bellezas de falda y sombrerillo cuando se presente la ocasión.

—Cuestión de gustos que no discutiré,—dijo Pepe volviéndose hácia la cuesta en actitud de buscar con la vista algo que le interesaba más que el espectáculo de la huerta.

—Pero, hombre, si para todo dará Dios lugar. Veo que estás muy impaciente, y acaso *habrán llegado* cuando nosotros nos entreteníamos en recorrer los tenduchos y olivares. Ya iremos, cuando sea hora, á la casa del Cabildo, y bien sabes que tengo yo tanto interés como tú. Como que espero pasar un día de satisfacciones por estos sitios que ofrecen tantos encantos y atractivos.

Lanzó Luis una carcajada, y exclamó dirigiéndose á Rodrigo:

—Déjalo, que bastante trabajo tiene, porque parece un principiante. Se ha enamorado de verdad y siente en este momento cierta nostalgia. Por supuesto, que sería capaz de desenamorarse hoy mismo y *chiflarse* á renglón seguido por otra mujer.

Coloreóse el rostro de Pepe, al escuchar tales palabras, y haciendo un gesto de desagrado, dijo encaramándose con Luis:

—No tanto, amigo, no tanto; pero creo que no hemos venido á lanzar suspirillos como los poetastros que llenan con sus coplas las terceras planas de los periódicos. Todo eso lo tengo visto y muy visto, y sé que es hermoso y que nos lo

envidian otros países: mas nuestro objeto es en primer término, ver á las tres niñas con quienes anoche quedamos citados, y en segundo, á falta de ellas, contemplar á esas otras que suben y bajan tan alegres y tan bonitas y que á cualquiera de vosotros le agradan indudablemente tanto como á mí.

—Es muy cierto,—replicó Rodrigo;—pero como lo uno no dificulta lo otro y los ojos son para ver, creo que todo puede verse y admirarse, buscando la armonía en la variedad, para no producir cansancio. Mira... fíjate bien en ese inmenso gentío que se mueve desde el fondo de la vega como si á borbotones brotaran personas de entre los cañaverales y plantíos. No es ya sólo la huerta lo que debemos admirar, sino también la romería que avanza, y puesto que buscas hijas de nuestra madre Eva donde recrear tus ojos, contempla cómo por entre las avalanchas de carruajes y grupos que pertenecen al sexo fuerte se destacan muchachas preciosas, señoritas elegantes y todo cuanto puede distraer tu exaltada imaginación.

—Y luego,—añadió Luis con cierta sonrisilla irónica,—que bien podrás refrescar la memoria recordando, por ejemplo, en aquella niña que cruza con sus amigas por entre los primeros olivos, á la dama altiva que te regaló unas soberbias calabazas, después de haber agotado tu numen en esas terceras planas de los periódicos á que aludías, cantando su belleza, gracia, donaire, hermosura y no sé cuántas cosas más en una porción de sonetos, romances y redondillas. Con que...

—Silencio. lengua de vibora: eso se calla, porque son gajes del oficio, y tú no estarás limpio de pepitas de cucurbitáceas.

—Es decir,—añadió Rodrigo,—que el que tiene el tejado de vidrio...

—Acabá, hombre, acabá,

—Debe venir á la Fuensanta á no burlarse de los que, por amor al país ó por lo que sea, gozan ante ese magnífico cuadro que tú pospones á la fugitiva mirada de una desconocida, que puede ser guapa, fea ó medianilla, según designe la suerte á la que haya de pasar por delante de nosotros.

Como si estas palabras hubieran sido el fin de una escena y el principio de otra, las campanas del santuario lanzaron de repente al viento sus sonidos, y un «¡viva la Virgen de la Fuensanta!» exhalado á un tiempo por millares de voces, retumbó en la montaña, solemne y vibrante como el estallido de un trueno.

Este grito de entusiasmo llamó la atención de los tres amigos. Inclináronse entonces hácia el borde de la peña, y presenciaron un espectáculo tan conmovedor como sublime.

La multitud se habia espesado más y más, hasta el punto de hacer imposible el tránsito por la cuesta. Un rio de gente que desembocaba del camino de Aljezares empujaba hácia arriba, y todas las alturas se hallaban coronadas por personas de diferentes sexos, clases y edades, revueltas y confundidas, dando á la montaña un aspecto inexplicable y maravilloso.

Entre el vocerío inmenso que resonaba por todas partes, escuchábase, á la manera de coro atronador que cantaba al unísono, el rezo uniforme de quinientas personas que repetían en alta voz las frases del rosario con cierto ritmo pausado y monótono, y detrás de aquel ejército de devotos y entusiastas, aparecía, como llevada por los aires, la gentil y hermosísima figura de la santa patrona de los murcianos, vestida de sol, calzada de luna, sosteniendo en su brazo izquierdo el precioso Niño que simboliza nuestra redención y ostentando en su mano derecha el bastón de general, recuerdo de los dias en que España combatió contra las inhumanas legiones de Napoleón el Grande.

Nuestros amigos, impulsados como por un resorte, abandonaron la altura del peñasco, después de descubrirse respetuosamente, y lograron abrirse paso para colocarse en primer término, no sin haber dado y recibido algunos empujones y de haber oído frases de disgusto de los que se veían arrojados de un sitio que con tanta fatiga habían logrado conquistar.

Veían pasar grupos y más grupos de romeros, la mitad descalzos, jóvenes hermosas del pueblo y de lo que ha dado en llamarse buena sociedad, centenares de huertanas pomposas y frescas como las flores que las adornaban, madres

que pedían por sus hijos, esposos que rogaban por sus esposas, llevando todos en la mano cirios encendidos, como luz del alma anhelante que elevaba sus plegarias à los piés de aquella Reina celestial, vida, dulzura y esperanza de los afligidos.

Muchas de aquellas personas vestían luto que contrastaba con los colores fuertes á que son aficionados los hijos del mediodía, y aquella nota lúgubre contribuía á la majestad de la procesión.

Los tres amigos estaban embelesados. La juventud que palpitaba en su sangre ardiente y bulliciosa, les hacía fijarse principalmente en las bellas romeras que cruzaban con suma lentitud, ya por la larga carrera y las dificultades de la rampa, ya por la obstrucción continua de los espectadores que apenas dejaban el preciso espacio para que pudieran ascender los acompañantes de la Virgen. Su imaginación exaltábase por grados, y aun no habían acabado de admirar á una señorita de elegante sombrero ó de graciosa mantilla, cuando hería su vista la presencia de otra jóven del pueblo con su airoso mantón de seda ó una huertana de rasgados y negros ojos, soñadores como la raza que dejó perpetuadas su sangre y sus costumbres entre los meridionales.

Si les hubiera sido posible excoger, se habrían visto muy embarazados para dar á alguna la preferencia.

Podía decirse que casi se habían olvidado del objeto á que antes aludieran y que era el que los condujo desde Murcia al monte de la Fuensanta.

De pronto, un grito de admiración, sin salir de sus labios, se elevó en el fondo del alma de los tres amigos.

Acababan de ver una verdadera maravilla de la huerta, una de esas bellezas que no pueden ser apreciadas sin ser conocidas; una de esas mujeres de sonrosado y delicado cutis, de ojos negros, grandes y velados por larguísimas pestañas, de nariz recta, boca encendida como los pétalos de la rosa, cabello obscuro como el ala del cuervo, garganta transparente como el alabastro, seno turgente, cintura cimbreadora y movimiento lleno de gracia y magestad. Hubiérasele podido tomar por una de aquellas reinas que habitaron en los alcázares de la Alhambra, conservada á través de los tiempos para vivir

eternamente en la murciana vega, al arrullo de sus brisas embriagadoras y al contacto de sus hermosas flores que parecen producidas por la sonrisa de las hadas.

Si Luis y Rodrigo quedaron pasmados al ver tanta hermosura, Pepe se aturdió por completo, y de buena gana la hubiera seguido, sin acordarse de lo que había dentro de la casa del Cabildo, á haber podido romper la muralla de personas que lo detenían impidiéndole avanzar un paso. Entonces se resignó con su suerte, no sin levantarse de vez en cuando sobre las puntas de los piés para ver á la joven que se alejaba poco á poco, contentándose con admirar aquella hermosa y gentil cabeza, cuando las oleadas de gente dejaban algún claro por donde el calavera podía ingerir su ansiosa y penetrante mirada.

Media hora próximamente tardaría la procesión en recorrer la pesada y larga cuesta, y cuando la santa imagen de la Virgen llegó al término de su viaje, penetró en el templo á los acordes de la marcha real con que la despidió una banda de música que cerraba el acompañamiento, y entonces los espectadores todos comenzaron á esparcirse en distintas direcciones, buscando sitios á propósito donde pasar alegremente el día.

II.

Hay en la romería de la Fuensanta una nota *sui generis* que le da un carácter de verdadera originalidad. Esta nota es la comida. Desde el instante en que las puertas del templo dan paso á la venerada efigie, toda la gente se desparrama para dar principio al almuerzo que generalmente se compone de fiambres preparados en las vísperas de la fiesta.

Como la casa del Cabildo apenas puede contener un par de cientos de personas, distribuidas en habitaciones, pasillos y escaleras, y como además los figones que se improvisan al pié de la cuesta se llenan, por general, de mujeres de rompe y rasga ó de ciertos hombres aficionados á ese tinto que suele enardecer la sangre hasta hacerla saltar en ocasiones por la herida que procura abrir la punta de una navaja ó el plomo de una pistola, gran parte de las familias buscan un refugio bajo la sombra de los frondosos olivos, y allí, senta-

das sobre la verde alfombra con que la piadosa naturaleza adorna el suelo, tienden los blancos manteles, vacian las cestas de comestibles, y entre tragos y chacotas, despachan, bocado tras bocado, una buena cantidad de viandas, hasta quedarse orondas y satisfechas como frailes gerónimos.

Concluido tan importante acto, las mujeres que por su edad y circunstancias no gustan de divertirse, se quedan allí al cuidado de los preparativos; los jóvenes de ambos sexos buscan amigos para charlar, bailar ó tomar parte en algo que los distraiga, y mientras en cien puntos á la vez se forman animados corros donde suenan guitarras, bandúrrias y positizas (castañuelas) y donde se deslizan las horas de una manera deliciosísima, la poesía idílica desata su vuelo y todo el monte se convierte en una verdadera Arcádia, sin que las manifestaciones del amor dejen de hacer algo de las suyas, desde el suspiro inocente hasta las conquistas que podemos llamar de mayor cuantía.

Luego, cuando el sol brilla en lo más alto del horizonte, vense humear los mil olivos de aquellos alrededores convertidos en otras tantas improvisadas cocinas: el clásico arroz con pollo hierve en los peroles de hierro, y el olor de tan succulentos guisados, unido al del tomillo y cantueso que chisporrotea en los hornillos de piedra tosca, se comunica por todas partes, excitando el apetito y predisponiendo á los romeros á batir las mandíbulas por segunda vez con mayores y mejores fuerzas que en el almuerzo.

En la casa del Cabildo se marca ya una notable diferencia. En algunos de sus departamentos se impone el refinamiento social en cuanto es posible, y aunque no desaparece del todo la rudeza poética de lo campestre, se ve, sin embargo, que se procura cultivar la forma, que es como si dijéramos el distintivo de las clases.

Pepe, Luis y Rodrigo, acabado de dar un paseo por las cercanías del santuario para seguir haciéndose cargo del personal, penetraron en la casa del Cabildo y se dirigieron á una habitación, donde sabían que eran esperados por las familias de las tres niñas á que antes se refirieron.

No podían llegar en momento más oportuno. Diez ó doce individuos se hallaban sentados alrededor de una mesa, y

una porción de comestibles bordaban los manteles que la cubrían.

Reinaba allí una alegría tan franca y tan propia de las circunstancias y del sitio, que dejó admirados á los tres amigos.

Uno de los jefes de familia, á pesar de sus cincuenta y algún pico de años, parecía haber retrocedido á los más floridos días de su juventud. Era el papá de Matilde, preciosa niña de diez y siete primaveras por quien Pepe bebía los vientos desde que bailó con ella un rigodón en los elegantes salones del Casino. Hacia dúo con aquel padre rejuvenecido el progenitor de otras dos lindas jóvenes, Enriqueta y Carmencita, (las cuales andaban por entonces en telégrafos con Luis y Rodrigo) y ambos señores, al ver llegar á los visitantes, les hicieron inmediatamente tomar asiento, sin excusas ni pretextos de ninguna clase.

—Señores,—decía el papá de Matilde, pasando su servilleta por bajo del entrecano bigote:—ya lo ven ustedes; no hay más mesa, pero la culpa no es mía: si están ustedes estrechos, dénse prisa para concluir con lo que tienen delante. Yo, por mi parte, siento un apetito voraz, y estaré comiendo mientras no lo satisfaga.

—Pues por la mía,—contestó Luis en nombre de sus amigos,—procuraré imitar á V. cuanto pueda, pues con las horas que han transcurrido, mi estómago está ya sin fuerzas, y lo mismo yo que mis compañeros sentimos un apetito más inaguantable que los derechos de Sagasta.

Esta contestación dió margen á mil ocurrencias divertidas y de buen tono, no faltando algún arañazo á la política y á ese afán que hay en la Hacienda madrileña por absorber y matar toda la riqueza de la nación. Pero como aquella charla no era muy á propósito para el caso y se despegaba del carácter que la conversación debía tener, pronto se cambió por otra más á gusto de todos, y animados así, reían, hablaban y destapaban botellas, cuyo rojo líquido, al caer en las brillantes copas, era portador de una alegría tan grande como la que para esas ocasiones es deseada.

Pepe cambiaba algunas palabras con Matilde, á cuyo lado había conseguido colocarse, y Luis y Rodrigo seguían tele-

grafiándose con los ojos con las simpáticas Enriqueta y Carmencita, lo que ocasionaba algunas indirectas que eran celebradas estrepitosamente por los que las comprendían.

A medida que las viandas iban desapareciendo y las botellas se vaciaban, tomaba incremento el buen humor que los comensales sentían.

El papá de Matilde estaba un tanto mareado y pidió agua, notando que en la mesa no habían colocado tan necesario líquido.

Una carcajada de las tres niñas fué la contestación que obtuvo.

Quedóse como suspenso el buen papá y al momento repitió la exigencia.

—¡Cómo agua!—exclamó Matilde con una gracia inimitable.

—Se equivoca V., señor mío,—añadió Enriqueta afectando cierta seriedad.

—Hoy está prohibida toda bebida que no tenga color,—dijo Carmencita, mientras dirigía á Rodrigo con los ojos el vigésimo quinto telegrama.

—¡Está bien!—replicó el papá de Matilde:—¿y decís vosotras eso? Vamos, quizá sea alguna conspiración para que no podamos digerir el almuerzo.

Volvió el buen señor á llenar de vino su copa, mientras los demás reían á más no poder, y después de sepultárselo entre pecho y espalda, preguntó de nuevo:

—¿Pero quién ha dispuesto que nos ahoguemos de sed?

—¿Quién?—dijo Matilde.—Pues tu hija y sus amigas. ¿Es que no estás conforme con lo que hagamos nosotras?

—¡Oh! en cuanto á eso, perfectamente; pero ¿con qué objeto?

—¡Sí! ¿con qué objeto?—preguntaron á coro Pepe, Luis y Rodrigo, que ignoraban el motivo de la conspiración.

—¡Ah, bobos!—contestó Matilde:—no veis nada: pues con el piadosísimo objeto de que todos juntos vayamos á beber agua á la fuente. ¿Qué os parece ahora la idea?

Una salva de aplausos acogió aquellas palabras dichas con tanta gracia y agudeza, y todos á la vez, como unidos en una misma idea se levantaron de las sillas.

—¡Magnífico! ¡magnífico!—gritó Pepe, palmoteando como un niño.

—Pues á la fuente,—dijo Matilde, colocando sobre su cabeza un elegante sombrero y empuñando su sombrilla.

—En marcha, en marcha,—añadieron Enriqueta y Cármen, haciendo una operación análoga á la de Matilde.

Aquel pequeño ejército, en el que no faltaban mamás frescas y bulliciosas, se puso en marcha repentinamente, adaptándose todos á la ligereza de las tres muchachas, que eran las que servían como de reguladores.

El sol desrramaba entonces torrentes de luz desde lo alto de los cielos, y sus rayos, quebrándose en las desnudas rocas de Vista-bella, comenzaban á difundir ese calor pesado que apenas se mitiga, durante muchas horas, con las oleadas de vientecillo fresco y aromoso que sopla por las vertientes de las altas colinas que hay á la espalda del santuario. Pero la alegría de aquellos amigos y el bienestar que sentían desde los más ágiles hasta las jamonas de mayor volumen, les hacía refractarios al rigor de los rayos solares, y sólo pensaban en acortar la distancia que los separaba de la fuente.

Este fresco manantial, situado en la parte media de la cuesta, forma una ligera hondonada llena de sombra que proyectan unos álamos gigantescos y algunos arbustos y olivos que alzan su copa por la ladera de aquel trozo de montaña. Gran parte de los romeros se habían instalado en tan agradable sitio, y en el centro del apretado corro observábase el movimiento de algunas parejas que bailaban al son de las guitarras y postizas, mientras una voz, no muy limpia de vapores alcohólicos, cantaba afinadas y alegres coplas, á cuyo ritmo se sujetaban los entusiastas bailadores.

Matilde y Pepe fueron los primeros que llegaron al manantial; pero con harto dolor de su alma cayeron entonces en la cuenta de que con la precipitación de la salida, se les había olvidado un vaso ó una copa para beber el refrescante líquido.

Una muchacha de la huerta, vestida con verdadero lujo, que se hallaba entonces inclinada sobre el caño, llenando una caldereta de metal del tamaño de una naranja grande, volvióse repentinamente, y con voz de timbre argentino y

acento melodioso dirigióse á Matilde, ofreciéndole cariñosamente aquel vaso lleno de agua cristalina y haciéndole ver que aun no se habia estrenado para nadie.

Pepe se quedó mirando de hito en hito á la huertana. Era la misma que habia visto en la procesión, la que momentáneamente habia excitado sus sentidos en tan alto grado, y que ahora volvía á ver de nuevo para exaltar su imaginación, oyéndola y teniéndola casi á su mismo lado.

Agradáronle á Matilde las trazas limpias y la elegancia de la jóven, la hermosura y distinción de su rostro y la soltura de sus modales, y aceptó gozosa el ofrecimiento; y Pepe mientras su amada bebía y la caldereta volvía á llenarse, aprovechó los momentos para serenarse un tanto y disimular la sensación agradable que le produjo la linda aguadora, no sin dejar de mirar á hurtadillas, á fin de no dar motivo á Matilde para que anduviera de *monos* todo el dia.

En ésto llegó la comitiva sudorosa por la fatiga de la carrera. La huertana llenaba sin descanso el dorado juguete que los señoritos vaciaban, admirados al ver á la bella jóven. Los papás, sobre todo, se relamían de gusto y confesaban espontáneamente que aquello era muy superior, bocado de cardinal. Si al menos ellos hubieran podido condecorarse con el capelo...

La operación habia terminado, y como el baile seguía á dos pasos de distancia, con muy poco que se movieron, quedaron al momento confundidos con los espectadores.

Por uno de esos accidentes tan comunes en reuniones de tal especie, la hermosa huertana, acompañada de su madre se habia instalado junto á Matilde, sin darse cuenta de ello, y como las mujeres son el elemento más natural y apropiado para entablar una conversación, pronto las dos jóvenes comenzaron á cruzar palabras, y á poco parecían dos amigas de largos años.

Pepe aprovechaba las ocasiones para mezclarse en el diálogo, y de vez en cuando dirigía á la huertana miradas abrasadoras, procurando siempre guardarse de Matilde para no hacerse sospechoso. Iba acreditando lo que Luis habia dicho de él momentos antes de la llegada de la procesión, que sería

capaz de desenamorarse en aquel mismo día, para *chiflarse* á renglón seguido por otra mujer.

No debieron de ser pequeñas las simpatías que la huertana logró despertar en tan cortos momentos, cuando la mamá de Matilde puso formal empeño en que aquélla las acompañara durante el día. Aceptóse al fin la invitación, después de alguna resistencia, con alegría disimulada del impresionable y voluble Pepe, y cuando les pareció conveniente, todos juntos volvieron á tomar el repecho de la cuesta, regresando alegremente á la casa del Cabildo. ¡Qué horas tan agradables se deslizaron hasta el instante de la comida! La huertana pulsó la guitarra y cantó unas malagueñas con toda la sal de Jesús: Luis tocó en un piano de mesa walses, polkas y rigodones que bailaron los alegres romeros: Matilde y sus amigas entonaron romanzas y barcarolaa con bastante gusto y afinación y aunque Pepe llegó á despertar algunas inquietudes en su amante por la tenacidad con que miraba á la huertana, no se turbó la dulce armonía del recinto, y cuando se anunció la hora de la comida, todos afirmaban que el tiempo se había deslizado como un sueño.

Volvió á cubrirse la mesa con manteles y viandas, y el papá de Matilde observó entonces que el agua no se suprimía, de lo que se alegró extraordinariamente, porque le hubiera sido muy sensible bajar á la fuente con el excesivo calor de la siesta.

El obligado arroz con pollo abrió la série de variados y apetitosos comestibles, pues hubiera estado fuera de carácter otro plato distinto, y de nuevo se reprodujo la alegre charla del almuerzo.

Todos obsequiaron á la hermosa hija de la huerta, y tanto se excedió Pepe y tales libertades se tomó dejando escapar algo de lo que pensaba y sentía en las excitaciones del ardoroso vino, que Matilde notó al fin aquellas significativas miradas y vió clara y patente la superficialidad y volubilidad de su amante. Entonces sintió allá en el fondo de su alma una cosa que era más sensible que la sangrienta punzada de los celos, un algo así como de repugnancia y despecho; pero aparentó no haber visto ni comprendido nada, disimulando con esa habilidad que sólo las mujeres poseen para ocultar

lo que creen conveniente retirar de la vista, y se reservó para cultivar cuidadosamente unas buenas calabazas que había de regalar al enamorado calavera cuando se vieran á solas léjos de aquel sitio.

Hubo brindis originales, versos improvisados y agudezas epigramáticas, y el telégrafo volvió á funcionar entre Enriqueta y Luis, Carmen y Rodrigo.

Cuando terminó la comida, los circunstantes, menos ágiles que por la mañana, fueron abandonando la mesa lentamente; pero antes de regresar á Murcia, creyeron de absoluta necesidad despedirse de la Virgen, completando el día con una visita al poético y espacioso santuario.

¿Qué murciano deja de dirigir una oración á su augusta protectora, por cuyo hermoso y dulce nombre toda una ciudad se transporta á la montaña; y allí goza y rie y se divierte en honra y gloria de Aquélla que es puerta del cielo y alegría y encanto de los corazones? Una salve en el santuario de la Fuensanta, más bien que un ruego ó una plegaria ardiente, es un himno de amor, una estrofa de entusiasmo, un beso del alma que vuela entre las frases de una oración envuelto en el aroma de los más puros y levantados sentimientos.

Cuando nuestros amigos abandonaron la habitación, un viento suave y fresco amortiguaba el calor que todavía mandaban los rayos solares, no muy distantes del ocaso. Algún baile seguía por la hondonada de la fuente ó por la espalda de la iglesia á la sombra del elevado edificio, y la gente, sudorosa y fatigada, andaba de acá para allá, dejando ver el disgusto que le causaba el considerar que muy pronto daría un adiós á las diversiones que durante tantas horas la habían entretenido agradablemente.

Contrastando con aquel bullicio que disminuía por instantes, ciertas mujeres piadosas, madres acaso que en tribulaciones y angústias habían ofrecido sacrificios personales, tal vez por la salud de sus hijos ó por trances de esos que nadie puede apreciar sin haber pasado por situaciones terribles, subían lentamente de rodillas la dura y larga cuesta, sin que el desfallecimiento de su cuerpo les impidiera avanzar, dejando aquí y allí girones de sus vestidos, ó marcando al final de la

rampa las huellas de su paso con alguna mancha de sangre que la tierra absorbía presurosa, como para dejar volar al cielo el perfume de aquel dolor que se ocultaba en lo más recóndito del espíritu.

¡Cuánta sublimidad en aquel voluntario martirio, que nunca podrán apreciar en todo su valor los indiferentes y los enemigos de la religión!

Nuestros amigos penetraron al fin en la iglesia. Allí, arrodillados ante la sagrada imagen, comenzó cada cual su rezo en voz baja.

Matilde, con los ojos humedecidos por una lágrima rebelde, murmuraba frases tristes, en consonancia con el estado de su espíritu, y Pepe, que seguía mirando á hurtadillas á la hermosa huertana, ajeno por completo á la devoción, no pudo menos de estremecerse, cuando su amante dejó escapar involuntariamente algunas palabras que llegaron á sus oídos y que aludían con bastante claridad á su frívola y reprehensible conducta.

Efectivamente, Matilde pedía con toda fé á la Virgen que iluminara á los aturdidos y dulcificara el corazón de los ingratos.

ANGÉLICOS AL CIELO

SALIR de esta vida sin amarguras en el alma y sin dejar en pos de nosotros rastro alguno de dolores, sería verdaderamente una felicidad.

Nadie entonces se preocuparía con la muerte.

Ese problema irresoluble, del cual conocemos sólo un término; ese fantasma que aterra por las incógnitas que oculta sin permitirnos levantar los pliegues de su fantástico ropaje para que penetremos su misteriosa interioridad, no atormentaría nuestro espíritu á cada paso, porque, lo que consideramos como un fenómeno natural pero pavoroso, no produciría ningún vacío en el corazón de los que se quedan, ni arrebataría poco á poco, hasta convertirlas en tristes desventuras, las ilusiones de los que se marchan.

Ciertamente es sensible ver cómo los sinsabores rodean á cada momento nuestra existencia. El egoísmo de los hombres, las inclemencias de la suerte, los desengaños de la sociedad y otra porción de cosas que nos arrancan lágrimas de dolor en la soledad del retiro, ó imprecaciones y blasfemias cuando tratamos de ocultar el llanto ante nuestros semejantes, son parte de gran importancia para que nuestros días se deslicen entre incesantes desasosiegos y lleguemos al borde del sepulcro cansados de la vida y horrorizados por la insondable obscuridad que el alma ve en el fondo de la tumba.

Por eso el niño que vive risueño y alegre como las flores de la primavera, y tiende en brazos de la muerte sus alas de ángel para volar á los espacios infinitos donde se vela la augusta magestad de Dios, despierta en nosotros una envidia de naturaleza tal, que no es posible sentir otra mayor, ni aun

creemos que la sientan esos soberbios seres que ambicionan con afán eterno tener al alcance de su mano todas las riquezas del mundo.

Si alcabo hemos de morir; si la ley fatal ha de cumplirse sin excepciones y sin prórrogas, ¿por qué no habíamos de poder dejar la vida cuando los pesares no abrumaran nuestra frente y cuando la inocencia palpitara aún en el fondo de nuestro corazón?

Los hombres que viven más en contacto con la naturaleza ó sea los que habitan en las montañas y en los campos, aprecian mejor que los de las ciudades el inmenso valor de la muerte de un niño, porque éstos, más separados de la madre común y más relacionados con los intereses materiales, han perdido el candor y la sencillez que aquéllos conservan, y no ven que la felicidad no se da ni puede darse en la vida del mundo, por la incontrovertible razón de que Dios lo ha dispuesto y lo ha querido así, sin tener que consultar á los mortales para hacer su omnímota voluntad.

Para convencernos de lo que significa la pérdida de un niño entre las gentes que viven donde no ha penetrado la fastuosa y mentida civilización de que nos envanecemos, dirijámonos al hogar de Juan y Rosalía, modestos labradores que, á los cuatro años de unirse con el sagrado vínculo del matrimonio, sintieron el primer agujón de la desgracia con la muerte del más deseado fruto de sus amores.

La barraca donde se alberga este matrimonio, sería, en su parte exterior, de lo más alegre de cuanto existe en la huerta, si en ese momento no la envolviera el velo fúnebre que la obscurece.

Una fresca y pomposa parra, adornada con hermosos racimos que cuelgan entre los extendidos pámpanos, sombrea la pequeña puerta, y á uno y otro lado frondosos higuerales mueven las hojas de sus retorcidas ramas al soplo de la brisa de la noche. Corre por ancho cáuce rumorosa y cristalina acequia que casi besa los piés del rústico edificio, y al opuesto margen, una verde tabla de panizo, interrumpida sólo por altas moreras que la bordan de trecho en trecho, se extiende hasta confundirse con los naranjos de la próxima heredad.

Brilla la luna en el cenit, envolviendo la dilatada vega y la próxima ciudad con sus rayos de plata, y oleadas de fragantes perfumes, arrancados por la brisa á las flores de los cercanos huertos, vienen á embalsamar el ambiente, ensanchando los pulmones y haciendo más gratas las horas que la muerte ha entristecido al blandir su guadaña inexorable.

El interior de la barraca, contrastando con la riqueza vegetal de su parte exterior, se compone de una sola pieza, pudiendo decirse que sirve á la vez de entrada, alcoba y comedor. El bajo techo de tablas y cañizo, á que da acceso una escalera de mano por la abertura que se marca en un ángulo del extremo contrario al de la puerta, hace ver que aquel segundo piso ó desván está destinado para la cria de la seda ó para almacén de ciertos utensilios de manejo fácil.

En el piso del suelo y en el centro del mismo, un pequeño ataúd encierra un precioso niño que parece dormido, por lo sonriente de su boca y la regularidad de sus facciones. Adornan su cuerpo ramos de siemprevivas, geráneos y rosas, y alumbran el cadáver cuatro velas amarillas, colocadas sobre candeleros de metal en los ángulos de la fúnebre caja.

En uno de los rincones de la estancia, la madre, desolada y triste, permanece inmóvil sentada en el suelo, y sólo da señales de existencia por algún suspiro que exhala de vez en cuando. Sus ojos enrojecidos parecen hartos de llorar, y avara ya de sus propias lágrimas apenas aparta sus miradas de los amados despojos, que representan pedazos de las entrañas de aquélla que les dió el sér.

Rosalía cuenta veinticuatro años, y aunque su belleza no excede de mediana, fué en tiempos de su soltería una de las mujeres más codiciadas de aquellos parajes, por la hermosura de sus ojos, por el donaire y gracia de su garbo, y por lo limpia y hácendosa, cualidades que hacían entrever á la esposa modelo tal y conforme luego se manifestó cuando, unida á Juan por indisoluble lazo, fué el encanto y la alegría del modesto hogar, tornando dulce una vida no exenta de amarguras por las fatigosas tareas del marido y por la escasez de recursos para poder disfrutar de ciertas delicias materiales.

Traidora enfermedad, de esas que son el dogal de la niñez, había arrebatado al hijo más querido de la buena Rosalía, y

aquella madre angustiada creyó que sobre ella se desplomaba la máquina del mundo, y que la vida ya no le ofrecería en adelante otra cosa que sinsabores y desgracias.

Juan iba y venía de un ángulo á otro de la habitación, nervioso y excitado y sin darse cuenta de lo que le sucedía. Apenas miraba el fúnebre aparato; pero no acertaba á separarse de allí.

No se encontraba solo aquel matrimonio desgraciado. Algunos vecinos habían acudido al saber la triste nueva, y no faltaron manos ajenas pero cariñosas para amortajar á la criatura, colocándola después en lo que había de servirle de eterna morada y cubriéndola de flores, como la mejor ofrenda que se puede tributar al sér inocente, cuyo espíritu habia volado para unirse á los coros celestiales que cantan la gloria de Dios.

El consuelo, pues, no habia faltado en esa ocasión como nunca falta en las tribulaciones que sufren los sencillos habitantes de la huerta, porque la caridad es una de las virtudes que más los distinguen. Pero quedaba lo mejor, lo principal, lo que caracteriza el acto que, teniendo por fundamento la muerte, se torna en una fiesta de regocijo. Había que celebrar la subida del ángel al cielo.

¡Cómo nó! Desprendiéndose de los lazos terrenales; rompiendo el barro corrompido que contenía al espíritu inmortal, un sér sin pecados y sin manchas habia recibido la envidiable distinción de entrar á formar parte de aquellas legiones, que entre doradas nubes, circundan el trono del Eterno. Esa dicha no era para dejarla en el silencio. Hubiera sido un acto de ingratitud en pago de tan inmenso favor, y los corazones cristianos, las almas fervorosas que creen en la otra vida y que saben que las acciones de la tierra reciben su sanción en el Cielo, tenían que corresponder al grandioso beneficio que todo un Dios se habia dignado dispensar á una miserable y desdichada familia, á quien á la vez mandaba una punzada de dolor, para fines cuya comprensión estará siempre fuera del alcance de nuestra limitada inteligencia.

Vengan los ateos, los materialistas y los filósofos de todas las sectas habidas y por haber, y digan si hay algo que dulcifique más nuestras amarguras y mitigue más nuestras penas

que esas creencias que nacen de la fé cristiana y que tan conformes se encuentran con la razón. Hasta en la duda que mata ó envenena el espíritu, habria que aceptar tales creencias, siquiera por llenar con algo el vacío del corazón, ya que en el afán de satisfacer nuestras aspiraciones, necesitamos ideas ó sentimientos que nos alejen del aborrecimiento de la vida ó nos den luz para marchar por entre las lóbregas tinieblas que nos circundan.

Acababan de sonar las diez en el lejano reloj de la Catedral, y aquellas campanadas lentas y vibrantes parecian la señal de una cita dada á los habitantes del partido donde moraba el afligido Juan. Poco á poco los mozos y las mozas del paraje iban acudiendo, y al llegar bajo el fresco emparrado, saludaban con el consabido "Dios guarde," y tomaban asiento en las numerosas sillas que se habian distribuido en la pequeña esplanada de la puerta.

A los cuatro minutos, faltaron asientos, y hubo que recurrir á las tablas de la cama del matrimonio, y aun así no se dispuso de bastantes localidades, por lo cual se apeló á las sillas y tablados de los próximos vecinos.

Unas ochenta personas de ambos sexos formaban apretado semicírculo frente a la puerta de la barraca, y cuando se creyó llegado el caso, ó sea despues de un cuarto de hora de profundo silencio, como indicando respeto al dolor, se oyó el temple de una guitarra que exhibió uno de los mozos, y á poco una voz delgada y de agradable timbre, después de decir á modo de entrada ó de epígrafe "angelicos al cielo," entonó una copla de malagueña lenta y pausada, de esas que se acompañan sólo por acordes en las cadencias para marcar el ritmo, y que tienen un aire melancólico y extraño.

Veíase desde el corro el cadáver del niño, y las miradas de la mayor parte de la gente se fijaron en él al sonar la copla, como si de este modo transmitieran hácia adentro, con las notas de la guitarra, toda la bondad de sus intenciones. Siguió entonces captando el mancebo, y cuando supuso que habia hecho bastante para celebrar el acto, exclamó dirigiéndose á otro mozo que se encontraba á su derecha y que tenía fama de gran cantador:

—Ahora tú, hombre.

—Allá voy,—contestó el solicitado, sin hacerse de rogar, y tomando la guitarra de manos del que la tenía.

Y tosiendo y carraspeando, preparó su limpia voz, y entonó otro cantar del mismo género, gustando tanto, que à petición de los asistentes, cantó hasta media docena de coplas, sosteniendo notas dilatadísimas y haciendo una especie de *fioritura* que no dejaba de tener su mérito, tratándose de gargantas sin ninguna educación artística.

—¡Vaya un galillo!—exclamó una de las mozas más garri-das que se hallaba á unos cuantos asientos de distancia del cantante.

—Como que si hubiera sabto solfa, estaría en la Catedral sigún he oído decir, y ganaría muchos cuartos;—añadió un hombre obeso que estaba con la boca abierta oyendo al mozo.

—Pos ahora, pa el angelico que está en el cielo,—dijo una especie de bruja que daba cabezadas de vez en cuando por el sueño que le acometía.

Pasaron unos cuantos minutos, y uno de los impacientes galanes que tenía ganas de bailar, saltó dirigiéndose al de la guitarra:

—Oye tú, moreno; déjate ya las de la madrugá y toca otra cosa más movía; pongo por caso, una pasá pa que bailen un ratico estas mozas que se hacen agua porque ven que no están meneando ya los piés.

El llamado moreno cambió al momento de tono, y comenzó á rasguear la malagueña de báile, que es más viva y más nutrida de acordes que la anterior. Las postizas de veinte muchachas salieron á recibir el aire de la noche, y á poco una pareja de porte gallardo se adelantó al centro del ancho semicírculo.

Después de apretar ella con la boca las cintas del instrumento en los dedos pulgares y de subirse él la faja y encasquetarse bien el sombrero en la cabeza, sonó la voz de la copla y comenzó esa série de mudanzas, saltos y vuelías que constituyen una de las diversiones favoritas de los huertanos.

El calor, como suele decirse, se habia hecho: el báile menudeaba, y las antes poco expansivas conversaciones, conte-

nidas en los límites de una conveniente prudencia, soltaron sus riendas, oyéndose dichos de toda especie por uno y otro lado, amén de algún requiebro á media voz por no ser ocasión para amoríos, y mientras tanto, una pareja sustituía á otra, y las manos que repicaban las postizas respondían con el vibrante carrasclás, que variaba según las coplas, ó sea según la correspondiente mudanza que ejecutaban los entusiasmados bailadores.

Lo que podemos llamar alegría de los asistentes distrajo un tanto al pobre Juan, que al fin dejó de dar paseos por la habitación y se acercó al quicio de la puerta, donde, á manera de palanca, apoyó uno de sus hombros.

Un casado, de alguna edad, que se encontraba entre los visitantes y cerca del portal, exclamó al verle:

—Eh, Juan, afuera penas, que dista los palos de esta barraca deben alegrarse porque tienes un angeliquio en la gloria. No tuviera yo, vamos al decir, ná que recomendarte al áuto, si no hubiera pasao por los mismos trances que tú pasas. Dos angeliquios tengo yo tamién por allá, y aunque muncho los sintí, creo que dinde que se fueron le han pedío bastante por mí á Dios, porque antes, ande yo ponía mano, tó se golvía sal y agua, y dinde entoces hasta abora tó me sale á erchias y voy pasando esta pícara vida con pocas penas y argunas comodidaes.

—Miste, tío Paco,—contestó el apenado Juan,—le agraezco tó lo que me dice y creo que será una verdá pa el día de mañana; pero lo que es abora y con lo que está á la vista aquí dentro, tengo una puncha tan grande en el galillo, que ni con tenazas me la sacarían. Es muncho, tío Paco, es muncho lo que á mí me pasa, y si es á mi probe mujer, no le digo á osté ná: sin comer está tuico el día, y no sé qué es lo que va á ser de ella.

—¿Pero nó ves que lo que haceis con esas cosas, y sin poner ná de güestra parte, es lloralle la gloria á la criatura?

—Será lo que osté quiera, tío Paco; pero estas cosas no se pueden remediar: le entran á uno de pronto por mitá del alma y no se sabe por ánde ni cuándo han de salir.

—¡Vaya! ¡vaya! conozco que tu afición tié motivos; pero semos ú no semos hombres pa risistir los males que Dios nos

envia: bien sabes que en toas partes cuecen habas, y si tú lloras con un ojo, hay quien llora con los dos, y toavía lloraría con más si más tuviera.

—No le diré á osté ní que sí ni que nó.

—Pos entoces aconsuélate, que tú no sabes de la misa la mitá, y se ven por el mundo muchos sintíres y calamidaes.

—Sí, señor, pero cá uno siente sus cosas.

—¡Clarol como que cá uno tié su corazón; pero es que las tuyas aunque sean grandes pa tí, se paecen á las nubes de verano con sus truenos y tó, que se van pronto. Mira, tú eres joven y tu mujer lo mesmo: lleváis cuatro años de casa, que es emprencipiar, como aquel que dice. Te quea un hijo pequeño y luego vendrán otros, y santas páscuas. Con que á hacer lo que se pueda por la vida, que esa es tu obligación.

—¡Ay, tio Paco! ¡qué güenas son las cosas pa dichas!

En esto el baíle había llegado á su apogeo. Las parejas aisladas se habían aumentado con parejas dobles y triples, y el interminable repique de las postizas y la granizada de coplas seguían y seguían, habiendo habido necesidad de ensanchar el semicírculo, que llegaba ya al borde de la acequia.

Juan se aprovechó de aquel movimiento para separarse del tio Paco y acercarse á donde estaba Rosalía, á fin de ver si le era posible convencer á la pobre madre para que tomara siquiera una taza de caldo. En esa tarea le acompañaban algunas mujeres, que se habían retirado de la puerta cuando se verificó el ensanche del apretado corro.

La media noche era pasada sin que la reunión llevara trazas de disolverse, por el calor con que los jóvenes habían tomado el báile, á pesar del cabeceo de la gente vieja y de algún ronquido que solía escaparse regocijando á los que no se acordaban del sueño, cuando un acontecimiento nuevo vino á cambiar el cuadro y á indicar el remate de la velada.

Era que los cuadrilleros de la Aurora venían á cantar la *Salve* de difuntos, piadosa costumbre que desde tiempo inmemorial se observa en la huerta y en algunos barrios de Murcia; los cuales cuadrilleros, haciendo sonar la campana para indicar su presencia, obligaron al báile á parar, y formaron apretado grupo como á unos veinte metros de distancia y enfrente de la puerta.

La Salve de la Aurora es un canto genuinamente murciano con cierto sabor árabe lo que indica la antigüedad de su procedencia. Se cree que es de principios del siglo XV, y parece una larga frase desprendida de una composición de mayores proporciones, por lo cual resulta una tonada, que degeneraría en monótona, por las continuas repeticiones, si no estuviera magistralmente armonizada (teniendo presente la época en que se escribió) sin que la riqueza de su estructura se oponga á la sencillez de las combinaciones ni á la belleza de una melodía sumamente grata al oído y de una verdad que no desdeñaría la que hoy se llama música filosófica.

Presúmese que dicha composición fué hecha para que la cantaran los gremios en la noche de los sábados, á la terminación de sus faenas y en las madrugadas de los días festivos, y todavía se recuerda tal costumbre que fueron los últimos en conservar zapateros y tejedores, antes de darse á la política y á otros disparates como los que hoy tienen medio loco al pueblo impresionable é inocente.

Se canta en compás unario, sin otro acompañamiento instrumental que la campana, la cual sirve también de indicador rítmico, y es á la vez la parte más importante y difícil del hermoso contrapunto.

El coro es á tres voces, si bien duplican éstas por octavas en las cláusulas intermedias y finales, resultando seis voces; y como los cantores sólo aprenden de oído la tonada, tienen que reunirse por cuerdas para oírse bien los de cada voz y aislarse de los demás, á fin de no desentonar y echar á perder el magnífico conjunto de la popular obra.

La Salve de difuntos y la de la Aurora, sólo se diferencian en la letra y en que un aditamento que el uso de los cuadrilleros ha introducido con cierto buen gusto casi al final del canto para producir alguna variedad, se suele decir más lento, imprimiendo así un aire de tristeza y caracterizando en lo posible un acto como el que motivaba la aparición de los inesperados cantores junto á la casa de Juan y Rosalía.

Aquella Salve, cantada a tales horas, produjo un efecto mágico entre los concurrentes al duelo. Parecía que se veía el alma del niño mecérse en las nubes, sonriendo á los mis-

ros mortales que se quedaban en este valle de amarguras, indicándoles á la vez la felicidad suprema que existe en el más allá del aterrador fenómeno que llamamos muerte, para fortalecer su espíritu y hacerles conservaren su pecho la fé que ilumina y la esperanza que alienta.

La luna se hallaba entonces próxima al ocaso. Sus rayos oblícuos despedían una claridad cenicienta, y las sombras de los árboles se prolongaban como fantasmas evocados por un conjuro, dando á la huerta un tinte melancólico y en cierto modo sepulcral. Así es que, á la terminación del canto de los cuadrilleros, comenzó el desfile.

El sueño, contenido hasta entonces por las emociones del báile, se vino de repente, haciendo á todos los circunstantes pensar en el lecho, y á poco, las veredas contiguas á la casa de Juan parecían un hormiguero de sombras, producido por la gente que se retiraba á descansar.

La cuadrilla de la Aurora, una vez terminado su cometido, desfiló también á través de los bancales, en busca de otro sitio donde había de repetir el canto, y el inconsolable Juan, luego de distribuir las sillas y tablas del vecindario y de entrar en su barraca los asientos que le correspondían, cerró la puerta y se retiró á descansar con su esposa.

Ambos, rendidos por el pesar y la fatiga, se durmieron al fin, en espera de la mañana en que había de verificarse el entierro, y con él la separación eterna de aquel hijo de su corazón,

PENSANTES SUELTOS (1)



VER!... lee, hombre, lee otra vez eso, que me ha gustado mucho.

Esto decia un zapatero remendón, sentado en una silla sin respaldo, frente á una mesita llena de los útiles de su oficio.

Golpeaba de vez en cuando con el martillo el talón de un zapato viejo que se esforzaba en arreglar lo mejor posible, y chupaba, pegándola en el lábio inferior, la colilla de un cigarro de papel ennegrecido que había descolgado de una de sus orejas y encendido con una cerilla.

No había llegado aún la época del estancamiento de los fósforos, aunque ya el gobierno andaba en tratos con los fabricantes, por lo que no es de extrañar que un pobre que vivía con lo que sacaba de sus remiendos y con alguna copa del tinto que seis ú ocho veces al día se tomaba en la taber-

(1) Gran parte del diálogo que aquí he escrito es rigurosamente histórico y oído á personajes muy parecidos á los que figuran en el cuadro. Algunas frases y pensamientos que hay en dicho diálogo son reminiscencias de conversaciones sostenidas por mí. En la presente escena no me he permitido otras innovaciones que las puramente necesarias, para dar forma al conjunto y unir detalles y palabras que pertenecen á orígenes distintos, pero que se parecen por completo.

Si el cuadro tiene algo más de carácter general que de local, no es necesario que se me advierta. Lo inserto con conciencia de lo que hago. Es una copia fiel de cómo en Murcia piensan algunos acerca de política y de religión. Si el asunto no es completamente murciano, el hecho y las personas sí lo son.

na de enfrente, se permitiera el lujo de gastar cerillas, cosa que no hubiera podido comprenderse poco después, y mucho menos en tiempos de aquella calamidad pública que pasó á la historia con el nombre de D. Germán Gamazo.

Era el tal zapatero hombre de cincuenta y tantos años, enjuto de carnes y de pelo negro y espeso mistificado por alguna cana, si bien por la parte de la coronilla descubría una hermosa luna en cuarto creciente. Un gran bigote recortado cubría su labio superior, como si por debajo de las fosas nasales apareciera un cepillo, y era su mirada feroz en la que se leía, como en un libro, un gran desarrollo de pasiones y ningún asomo de inteligencia.

No era la zapatería, como puede suponerse, ningún establecimiento público, sino la entrada de un edificio vetusto de grandes dimensiones, y aquella entrada ó portal, como se dice en otros países, era á la vez portería, ejerciendo de vigilante el pobre remendón, á cambio de utilizar gratis el espacioso recinto.

El otro personaje á quien el zapatero había dirigido las palabras anteriores era poco más ó menos de la misma edad y aspecto, y sentado en una sillita que casi tocaba en el suelo, delectaba, más bien que leía, un furibundo artículo de un periódico anticatólico, en el cual artículo salía á relucir por millonésima vez la historia tan llevada y traída, á gusto del consumidor, del proceso de Galileo.

La tarde empezaba á caer, y una temperatura casi primaveral se dejaba sentir por todas partes.

—¡Qué! ¿no lees?—insistió el zapatero, dando un fuerte chupetón á la negruzca colilla y colocándola después, para no cegar con el humo, en un ángulo desocupado de la mesa.

—Cállate, hombre, no te impacientes, que lo estoy buscando,—contestó el compañero.—¡Ah!... ya... sí... aquí... está.

Y comenzó de nuevo la lectura, dando tropezones á cada paso.

“Aquel mártir de la ciencia; aquel bienhechor de la ansiosa y doliente humanidad; aquel hombre sublime, maravilloso, gigantesco, cuyo nombre había de ser repetido por las

generaciones venideras, tenía que humillar su noble frente ante el despotismo de unos fanáticos sin conciencia y sin pudor, ante unos ignorantes soberbios y descreídos, ante unos inquisidores estúpidos y crueles que desconocían en absoluto las leyes sacrosantas del progreso».

—Así, así, muy bien dicho: duro con esa gente,—exclamó el zapatero, mientras golpeaba fuertemente con el martillo:—si yo cogiera aquí la cabeza de esos curas, las embutía en el talón de este zapato.

Y satisfecho de sí mismo, agarró de nuevo la colilla y le dió otro avance por debajo del cepillo que adornaba su boca.

—La verdad es,—añadió el otro,—que no sé cómo han podido mandar tanto tiempo los curas, habiendo hecho tantas atrocidades, como dicen estos papeles y como cuentan hombres que saben mucho, ¡Si hubiera vivió el Duque de la Victoria en aquel tiempo!...

—Toma, toma, si hubiera vivió en aquel tiempo, se los merienda en un decir Jesús, como se merendó no hace muchos años á tos los carcundas, que no levantaron más la cabeza. Y si nó, que vean lo que ha hecho D. Carlos el de ahora: sacó cuatro sacristanes que no hacían más que correr por las palizas que les soltaban, hizo el paripé pa llevarse algunos millones, y... ná, la del humo. Con lo que dejó sembrao el duque, hay bastante pa estar recogiendo trigo hasta el siglo que viene.

—Pues déjate á Espartero y agárrate á Prim.

—¿A Prim?—dijo el zapatero, cogiendo el cuerno del almidón para embadurnar un pedazo de badana,—¡vaya un tio...,—y añadió dando un fuerte ronquido,—... de primera! También los hubiera *puesto á pupilo*. Por supuesto, que no hay quien me saque de mis trece de que los jesuitas fueron los que lo asesinaron. ¡Lástima de hombre! Pero sigue, sigue, Antón, que eso está muy bueno, y quiero aprendérmelo pa disputar luego con Miguelín que se ha vuelto beato desde que lo han catequizao los curas, haciéndole meter la cabeza en ese Círculo de Obreros, ó Círculo carlista, como yo le llamo.

El compañero del clerófobo continuó:

“Hoy, para gloria de los partidarios del libre pensamiento y para vergüenza de la Iglesia romana, la ciencia ha recogido los valiosos pronósticos del humilde hijo de Pisa,,...”

—¡Callal... ¿De pisa ó de prisa?

—¡Nó, hombre!... de Pisa.

—¡De Pisa!... ¿Y quién será esa Pisa?

—Pues su madre. ¿No lo has oído?... “del humilde hijo de Pisa,,”

—¡Vaya, vaya, y qué nombre tan feo! Se conoce que los curas tenían en aquel tiempo muy buen gusto pa poner nombres cuando bautizaban. Daría gozo oír decir señá Pisa ó doña Pisa.

—Sería tal vez apodo.

—O nó, que yo he oído nombres muy revesaos, porque los curas cojen el almanaque y ponen cá barbaridá que canta el Credo. Pero, bueno, sigue, que lo mismo da que se llamara Pisa que otra cosa.

—...“del humilde hijo de Pisa, para hacer más patente la inmoralidad de aquellos siglos de obscurantismo y de barbarie, que no podían dar de sí otra cosa en las nefandas y sacrílegas manos del elemento clerical, y que por fortuna ya pasaron para no volver,,”

—Amen, y que rebiente el que quiera aquellos tiempos y á los hombres que se visten por la cabeza como las mujeres.

—Y dime, Colás,—exclamó de pronto el lector, dejando á un lado el periódico y sacando la petaca para disponerse á liar un cigarro:—me han dicho que si llegan á mandar los nuestros, van á poner los nacionales. ¿Te acuerdas cuando nos calábamos el morrión de tres pisos y hacíamos evoluciones en la plaza de Sto. Domingo, y luego dábamos la guardia en el Principal? ¡Ay, Colás, si volvieran aquellos tiempos!

—Pues mira, si vuelven, te aseguro que de nuevo agarro el chopo y me pongo á hacer el ejercicio como cuando tenía veinte años. ¿Y sabes lo que te digo? que entonces seria la mía, que al primer carcunda que encontrara ó al primer cuervo de sotana que viera, le rompía la crisma de un estacazo. ¡Vaya! ¡vaya! pues no faltaba más sino que nosotros no mandemos nunca y ellos estén siempre liaos con tos los go-

biernos de la monarquía pa hacer lo que les de la gana. Ea..., no te escondas la petaca y dáme que eche un cigarro. ¡Qué ganas tengo de decir "viva la libertad!"

Colás dejó sobre la mesa el zapato que componía entre golpes de martillo, chupones á la colilla y denuestos á los curas, y tomando la petaca que le daba Antón, descargó sobre la palma de la mano izquierda media cajetilla de tabaco.

Luego buscó por entre sus mugrientos bolsillos, y sacó al fin una pelota de papeles de fumar, tan súcios como las manos que los exhibían, y desplegó una especie de sábana con la que hizo un cigarrote que colocó debajo del consabido cepillo, apretándolo con los labios. Se conocía que aquellos papeles los conservaba para cuando se le presentara la ocasión de fumar con tabaco ageno.

Dió entonces dos palmadas para despegarse el polvillo que se le había adherido al calloso cutis, y levantándose de pronto, dijo:

—Espéra un momento, que vuelvo enseguida.

Y de un salto se colocó en la calle, y desde allí pasó á la taberna de enfrente, donde dijo la sexta oración del día al divino Baco con una copita de eso que llaman vino, pero que es un infernal brevaie de amílico y fuschina con otra porción de cosas extrañas. Era un verdadero vino de política de fusión, digno de ser bebido por Gamazo, incansable *protector* de la industria alcohólica y gran sultán del bufo cesarismo madrileño.

Dejó Colás sobre el mostrador los cinco céntimos que valía la pócima, y salió á la calle, en medio de la cual se quedó parado un momento.

—¿Qué es?—dijo Antón desde la entrada.

—Ná, que por ahí viene ya el carcunda. Esta tarde sí que le voy á poner las peras á cuarto con eso que me has leído. ¡Eh!... tú... Miguelín... ¿á dónde caminas?

Un minuto después apareció junto á Colás un hombre como de cuarenta años, aunque hubiera podido tomársele por más joven á causa de su escasa estatura y de ser algo enjuto de carnes. Cuadrábale bien el diminutivo de Miguelín, y se veía en sus vivos ojos inteligencia y en el modesto y sencillo traje bastarse aseo.

—Aquí lo tienes, Antón,—dijo Colás entrando con el recién llegado en el taller de obra secundaria:—aquí lo tienes, que hace tres días no se acuerda de nosotros ni quiere venir por acá, escamao por las palizas que le suelto cuando disputamos. Anda, léele lo que dice el periódico contra los curas que prendieron á ese sábio porque decia unas cosas muy grandes del sol y de la tierra, á ver qué contesta este carcunda.

Miguel se adelantó y saludó sencillamente al intérprete del periódico libre-pensador. Después, volviéndose hácia el zapatero dijo:

—Siempre lo mismo, Colás. No he vuelto por aquí, porque mis quehaceres no me lo han permitido, pero nó porque te tenga miedo ó te guarde rencores. Si algo me resiente, es que me llames carlista á cada paso, cuando te consta que no soy ni quiero ser político, sino zapatero como tú para ganar el sustento con el sudor de mi frente, y si alguna afección sintiera yo por las ideas políticas, serian ciertamente por las de la república.

—Camama, Miguelín, camama: sí tú fueras buen republicano, no irias á ese Círculo á donde acudes todas las noches.

—Voy, porque soy católico.

—¿Lo oyes, Antón? Eso quiere decir que es carcunda y allí irá regularmente á conspirar pa que venga el rey alcornoque ó pa que vuelvan los frailes.

—¡Qué pobre de mollera eres! Te pareces al noventa y cinco por ciento de los tuyos que discurren como una caja de betún.

—Pues, óye: si eres católico como dices, ¿es que en el Círculo de Obreros no haceis otra cosa que rezar el rosario y daros disciplina?

—No, Colás, te equivocas de medio á medio. Yo apenas sabia leer y escribir, y desde que concurro al Círculo como sócio, he aprendido algunas cosas, y eso me encuentro. Allí se enseña, además de las primeras letras, aritmética, moral, geografía, historia...

—¡Basta! no sigas... ¿Historia has dicho?

—Sí: ¿por qué me lo preguntas?

—¿Y á tí te han enseñao historia?

—Alguna he aprendido.

—Entonces, díme: ¿quién fué la célebre Pisa?

Miguelín, al oír tan extraña pregunta, se quedó como el que ve visiones, sin atreverse á articular palabra alguna.

—¿Lo ves? no lo sabes,—exclamó al instante el remendón, frotándose las manos de alegría.—Si en lugar de ir á ese club carlista á hacer el ejercicio y otras cosas peores por si le da la gana de venir á D. Carlos, aprendiérais historia, como dices, no te atrancarías en la primera pregunta y tú sabrías quién era Pisa ¡digo!... ¡y que su hijo no hizo ruido en el mundo!

Antón, el dignísimo amigo de Colás, sonreía de un modo burlón. *En su concepto*, Miguelín estaba derrotado al primer empuje, sin que le valieran tretas de ninguna especie para disimular el tremendo capotazo, y la contundente lógica del zapaterillo no admitía réplica.

—¿Pero qué es eso de Pisa?—preguntó al fin el católico, por preguntar algo, en su creciente extrañeza.

Los dos pensantes sueltos lanzaron una carcajada estrepitosa. Colás se arrimó á la pared para no caerse, y Antón, que hasta entonces se había contentado con observar sin meter baza en la original disputa, después de dar una vuelta rápida por la habitación, riendo á más no poder, se paró delante de Miguelín, y dijo con aire de perdonavidas:

—Te lo voy á leer, hombre, te lo voy á leer, á ver si te convences de que los que os llamais católicos ó jesuitas ó carcundas, que tó viene á ser lo mismo, no sabeis una palabra de historia, ni de ciencia, ni de ná, porque los curas tienen muy buen cuidao en hacer que sólo sepais cuatro folias y cuatro rezos pa teneros embobaos y sacaros los cuartos con eso del purgatorio y otras pamplinas que solamente os creeis vosotros. ¡Infelices!

Y diciendo y haciendo, dirigióse á la mesita y desplegó el sapientísimo periódico que estaba acompañando al zapato en compostura: y buscando por aquí y por allá, rumiando frases y masticando vocablos, dió al último con el párrafo en cuestión alcabo de media docena de minutos.

—Oye, oye...—Y tosió dos ó tres veces con bastante fuerza, para que la voz saliera sonora y limpia de aquella gargan-

ta, algo estropeada por el zumo de la vid —“Hoy, para gloria de los partidarios del libre pensamiento y para vergüenza de la Iglesia romana, la ciencia ha recogido los valiosos pronósticos del humilde hijo de Pisa,,...”

—¿Psro eso se refiere á Galileo? —preguntó Miguelín.

—Ajajá... parece que te lo han dicho al oído,—gaturó Colás.

—Pues entonces sois más desdichados que lo que yo creía.

—¡Está bién!... ¡desdichaos!... ¿Pues y tú, que á la primer pregunta de historia, te has quedao como el que antes subía á la Torre, ó iba á S. Cayetano ó pásaba la Canal?

—Para que veais que sois, no desdichados, sino desdichadísimos, os diré que esa Pisa, que vosotros tomáis por mujer y por madre de Galileo, es ni más ni menos que una ciudad de Italia, en cuya Catedral y en una de sus lámparas oscilantes, el insigne astrónomo estudió el movimiento del péndulo. ¿Son todas esas vuestras dificultades en la historia?

—Entonces,—preguntó Colás con aire de duda:—¿por qué se dice en letras de molde que era hijo de Pisa?

—¡Válgame Dios, y qué preguntas más peregrinas! Eso es lo mismo que si á nosotros tres nos llamaran, como somos, hijos de Murcia, sin que Murcia nos haya parido ni sea siquiera mujer.

—Esas son retólicas, Miguelín: tú has aprendido á disputar con los jesuitas del club carlista, y como estás acostumbrao á esas cosas, sales á lo mejor por los cerros de Ubeda pa no da tu brazo á torcer. ¡Vas á saber tú más que tós los que escriben en ese periodico! Ni tú ni los tuyos: porque no leéis más que libros antiguos de frailes, con latinajos y milagrefías, tós llenos de embustes pa ver si se convierte el mundo en una cuadrilla de sacristanes.

—Lo mismo digo yo,—exclamó Antón que, como su compañero, no quería darse por convencido:—es mucho lo que idean tós estos ayudantes de los curas por hacer ver lo blanco negro: se escabullen como las anguilas en el agua cuando alguien les echa mano.

—Pues lo que es por esta vez,—añadió Colás,—se ha colao, quiera ó no quiera. ¡Vaya una salida que se le ha ocurrido de pronto! ¡Claro! Como aquí no hay ninguno que lo

desmienta y le diga que es una paparrucha que se ha sacado de la cabeza, se creará el hombre que nos ha hecho un ovillo. ¿A mí con esas?... ¡Ay, Miguelín!., ¡Vaya una historia y una explicación que has armao en un dos por tres!

—Mira, Colás,—contestó Miguelín:—los que os llamais librepensadores, que realmente no sois más que unos pobres fanáticos y anticatólicos sin saber por qué, lo primero que teneis que hacer es aprender á pensar. Tú debes contentarte con darle á la lezna y al tirapié, que esas cosas de Galileo no te importan mientras no sepas otras que tendrias que conocer antes. Discurriendo como tú discurre sin fundamento de ninguna especie, disparatas de un modo atroz, y hablas de religión sin entender una jota. Mono de imitación, repites lo que oyes, si te agrada, pero sin fijarte en si es bueno ó malo; y así llamas Club carlista al Círculo de obreros, cuando si te tomaras la molestia de visitarlo unas cuantas veces, verias que es una institución santa y esencialmente democrática donde se practica la fraternidad, donde se enseñan los deberes del hombre para que éste los conozca á la vez que sus derechos, y donde se alimentan los gérmenes del socialismo cristiano que son la caridad y el amor al prójimo por Dios, para oponerle al socialismo anárquico é inmoral que tiene su base en la política atea y que sólo recoge la hez del pueblo degenerado, compuesta de vagos, ignorantes é incrédulos, para que unos cuantos explotadores de más ó menos inteligencia la utilicen cuando llegue la ocasión con objeto de conseguir sus fines particulares.

Ante esta descarga de razones, Anton dobló cariacontecido el periódico, y disimuladamente escurrió el bulto, saliéndose hasta la puerta de la calle, para dejar á su compañero solo con Miguelín.

Habíase excitado bastante, á pesar de lo poco que jugó su voz en la célebre disputa, y como su conciencia le hacía palpar y ver en aquel momento su falta de ilustración y su atrevimiento para hablar de lo que no entendía, sentia crecer interiormente la irritación que le ahogaba al verse desarmado, sin poder oponer argumentos que rebatieran las palabras de Miguelín que aturdian su cerebro como si fueran golpes de martillo.

Y es que el amor propio exagerado y la pícara vanidad van tan unidos al fanatismo y á la ignorancia, que ciegan por completo la luz natural de la inteligencia, por escasa que sea esta facultad; y todo fanático, antes que humillar su frente á la razón, prefiere buscar con el silencio una contestación desdeñosa, para suplir la falta de conocimientos, y aparentar algo así como de generosidad en la victoria.

Si alguien ha afirmado con inocencia que de la discusión brota la luz, la experiencia ha venido á demostrar todo lo contrario. Esa frase pudiera ser sustituida por esta otra: de la discusión nacen los rencores. Todo el que se siente vencido ódia para siempre al vencedor.

Colás, aprovechándose de la ocasión, al ver que el otro patriota lo abandonaba, lo que hacia que se sintiera ya débil en la controversia, comenzó á batirse en retirada, sosteniendo de vez en cuando el fuego graneado con alguna palabra de su repertorio, como *carcunda*, *fanático*, *sacristán*, *jesuita* y otras *ejusdem furfuris*, con las cuales contenía algún tanto los bríos que mostraba su contrincante.

La noche tendía ya su velo por la población, y algunas luces del alumbrado público iban apareciendo á lo largo de la calle.

Miguelín se despidió entonces de los dos pensantes sueltos, después de darles un buen apretón de manos, y Colás, dirigiéndose á la taberna para hacer la séptima apología del dios Baco, contestó, á modo de postrimer saludo, á Miguelín que se alejaba:

—Anda, hijo: córrre al Círculo carlista, á ver si haceis bien el ejercicio pa cuando venga vuestro muy amado rey.

Lamentos y naranjas.

COMENZABA la tarde de uno de esos días de Febrero que en la zona murciana parecen los de una hermosa primavera, si se comparan con los destemplados y fríos de otros países.

Hallábame abrumado por recientes pesares que habían marcado en mi corazón honda huella, y quería respirar aire puro y libre que dilatara mis pulmones y refrescara mi sangre ardorosa, huyendo de la vista de personas que involuntariamente traían á mi imaginación recuerdos bien amargos.

Pensé que no había punto más á propósito que la huerta para conseguir mis deseos, y dejando las calles de la ciudad me encaminé hácia sus vistosas afueras, internándome por sendas y caminos vecinales, sin rumbo fijo y sin poder apenas darme cuenta de mis actos.

A medida que mis pasos se deslizaban por las estrechas veredas medio escondidas entre el ramaje de los huertos, las cañas de las acéquias y los frondosos árboles que por todas partes se alzaban, parecía que mi cerebro se iba descargando de un peso insoportable, y las oleadas de oxígeno que despedía la abundante y rica vegetación, juntamente con la fragancia de las hermosas flores que oreaban sus matizados pétalos al soplo del vientecillo de la tarde, ensanchaban mi oprimido corazón, ofreciéndome un inexplicable bienestar de que no había gozado en mucho tiempo.

De pronto, al volver el recodo de una senda, halléme frente á un pequeño terraplén, rodeado de moreras completamente desnudas por causa de la estación, en el cual terraplén se elevaba una casa más grande y de mejor aspecto que las

que habia visto en aquellos contornos. La casa tenía al costado derecho el apéndice de una elevada verja de cañas enrejadas que servían de empalizada á un frondosísimo huerto de carácter selvático por la espesura y profusión de sus árboles.

Mi primer pensamiento fué volver sobre mis pasos y continuar la caminata por otra parte; pero llamándome la atención la simpática figura de un huertano de avanzada edad, que vestía los clásicos zaragüelles, prenda que hace algunos años pasó al panteón de la historia, sentí vivos deseos de conversar un rato con aquel hombre que parecía la evocación de otra edad, sentándome con él al lado de los espesos ramos de mosquetas y margaritas que festoneaban uno de los pequeños declives del terraplén.

Avancé, pues, una vez concebido el pensamiento, y al saludo que dirigí al simpático anciano, respondió éste con afabilidad, y se levantó para entrar en su casa y volver al momento con una silla pesadísima donde casi desplomé mi humanidad al sentarme.

Como mi presencia no tenía allí objeto determinado, necesitaba justificarla; pero á las pocas palabras el huertano me interrumpió diciendo:

—Es inútil: osté viene á su casa, señor mio, y aquí estoy pa serville en tóico lo que guste y quiera mandar.

Entonces, animado por la franqueza de aquel hombre, comencé á hablar de cosas indiferentes, y á poco la conversación recayó en el estado angustioso de la agricultura.

—Miste,—decía mi anciano interlocutor,—las cosas van tan mal y se ponen tan peor año por año, que dentro de poco tiempo no podrá vivir náide con estos desalmaos gobiernos. Yo no sé lo que pisará por Madril ú por el moro; pero lo cierto y verdacero es que ahora rebajan los hombres mucho más que antes y ganan ménos. Las cosas de comer y de vestir cuestan un sentío; náide pué rascarse la cabeza sin que de enmedio del azarbe ú del bancalsar.e un empleao trayendo un papel de contribución; las puertas tan subías se comen lo que uno lleva á la ciudá, y pa remate de cuentas, cuando uno va á pedir justicia á la Amenistración ú á cuasiquier

otra parte, ya se pué echar en remojo si no se ha de secar á rabieta, perdiendo el tiempo y no consiguiendo ná.

—Tiene V. razón,—le contesté:—los gobiernos de Madrid, interesados sólo por su bien particular y nó por el de la nación, no oyen las quejas de la pátria ni ven los males que la afligen. ¿Qué les importa á ellos que las leyes que aprueba una mayoría parlamentaria de pega, una mayoría de paniguados, déudos y parientes, sean una inconveniencia para la situación angustiosa del país, y que los intérpretes ó aplicadores de esas leyes hagan, con ellas en la mano, lo que les dé su santísima gana, siempre que así opriman y vejen á los que tienen la desgracia de ser mandados? Pida V., pida usted justicia, y veremos lo que sale para responder á su petición. Cuando duele la cabeza, todo el cuerpo está dolorido. ¿Cómo quiere V. que estén los miembros del cuerpo del Estado. si sus cabezas, que son los gobiernos, andan destornilladas y dia por dia van perdiendo el escaso juicio que antes tuvieron?

—¡Qué verdaes, señorito! ¡Qué verdaes tan gordas está osté diciendo!

—Es el único recurso que hoy nos queda á los españoles; defendernos con la lengua, ó como si dijéramos, usar del derecho de pataleo que no se le niega ni aun al que está en la horca. Con decir esas verdades y otras por el estilo, si no conseguimos que los gobernantes lo hagan mejor, por lo menos desahogamos un poco el pecho, arrojando la cantidad de bilis que se pueda. Pero ya querrá Dios que alguna vez...

—Sí, ya querrá Dios, y eso mesmo les digo á los que conmigo platican de estas cosas; pero yo no lo veré, porque ésto va pa largo, y como soy viejo, cerraré el ojo antes que tó pegue un estallío y rebiente como dicen que rebentó *la RealTrenidá*. ¡Qué tiempos, caballero! Si osté hubiera conocido los de azaga, cuando los hombres no nesecitaban de papel sellao pa mantenerse en lo que prometian y tó era güena fé y los gobiernos no nos escurrían como cuando se aprieta un limón, vería osté qué diferencia tan grande hay entre aquéllo que ya no veremos más y ésto que sería mejor que se lo llevara el demonio.

—Sin embargo, —le dije sonriéndome al ver su entusiasmo; y queriendo excitarle para que manifestara todos sus sentimientos, —aunque estoy muy conforme con lo que usted dice, reconozcamos también que en los tiempos antiguos se veían cosas malas como hoy se ven algunas buenas.

—No le diré á osté lo contrario, porque pa tó lo de este mundo hay sus mases y sus menos: pero, vamos al decir, pa una cosa güena que hoy se vea, hay veinte malas, y antiguamente era al revés.

—Me parece que exagera V. un poquito.

—No desagero ni una chispa, y se lo voy á probar en un dos por tres.

—Veamos cómo defiende V. los tiempos de su juventud.

—No me voy tan lenjos, caballero, pos aunque lo que voy á dicille no es de ahora mesmo, tampoco es de cuando el diluvio: osté pué ser que haiga conocío algo... y... vamos al caso, Dejemos á un lao lo de la contribución, que de eso platicaremos dimpués, y emprenciemos por lo que pasa en la güerta. Antes que unos señoritos vinieran á pedricar por los ventorrillos diciendo que no habia Dios y que los curas eran unos tunantes, no se encontraba nno más que con hombres de bien á toas pasás. Pero, ya se ve, como dinde entoces muchos tontos, por la cuenta que les trae, no creen ya en la riligión ni tienen quien los sujete pa lo malo, por toas partes no se ven más que escándalos y borracheras, y hoy no pué osté fiar cinco duros, ni con pagaré, porque náide quiere degorvellos. Pos vamos á la vestimenta. Antes las mujeres, con unos zapatos de raso y un par de medias calás, tenían pa un siglo. Cuando iban á Murcia á ver las procesiones ó la féria, se ponian su refajo bordao de antijuelas (lentejuelas) y su pañuelo de varé si era probe, ù alguna hoja de raso ú de crespón, si tenia posibles. Con aquellos brazos arremangaos que paecian de gloria, con aquel moño caido lleno de flores, y con aquel andar garboso, se figuraba uno que eran imágenes de retablo, y no habia otra cosa que ver en las calles de Murcia. Fuera de la ciudá, sus apargates (alpargatas) blancos y frescos, sus senaguas virás, y á los bancales ú á sus óperas de la casa ú de la sea, y más limpias que los chorros del agua. Hoy, botas de charol y muncha fantasia, medias de

colores hasta pa coger hierba, vestíos que duran cuatro días, y subiendo el roete y bajando el moño, para no paecer güertanas, ni señoritas. ni personas de gusto.

— Bien; pero entre todo lo que V. me dice no hay realmente de vituperable otra cosa que la falta de moralidad que se nota en algunos de los que se hicieron eco de las perniciosas predicaciones. Lo que se refiere al modo de vestir es lamentable, porque así lentamente se pierde el tipo original y vistosísimo de la huertana, tipo árabe casi en toda su pureza, y cuyo modo de ser no se adapta á las innovaciones que á medias introduce. Sin embargo, no confunda V. lo que se debe reprobar con lo que se haya de sentir.

Miróme el viejo meneando su cabeza, y dijo sonriéndose:

— Pero no me negará osté que aquella vestimenta era mejor, más barata y mucho más alegre pa la vista.

— En eso estamos conformes.

— Pos tras de lo uno viene lo otro; y cuando ya se tié vanidá y se piensa en cosas que más bien atacan al bolsillo que lo favorecen, se enrean poco á poco los prejuicios, y luego viene la trampa á desacreditar del tó á las gentes.

— ¿Y cómo me explica V., respecto de los hombres, la desaparición de aquel traje morisco que estaba representada en los zaragüelles, en la montera y en el pañuelo de colores que en la cabeza llevaban anudado? Que ese traje no haga bien en las calles de la ciudad ni en ciertos actos, lo comprendo; pero en los bancales, cuando tan útil y cómodo es para el trabajo...

— ¡Ay, caballero! Sobre eso le dire, que aunque los tiempos haigan hecho mucho y no esté del to mal que se vista como ahora se viste, tamién ostés los señoritos de Murcia no han dejao de hacer bastante pa ello.

— No comprendo.

— ¿Es que no recuerda osté los bandos de Carnaval? Demasiao sabe osté que la burla llega al alma como el puñal al corazón; y ostés, desagerando nuestra moa de platicar y haciendo que tó el mundo se riyera de la vestimenta de los güertanos con aquellas devisas y cosas estrafalárias que se ponian, hicieron que se fuera aborreciendo lo que por tantos siglos nos habia tapao el cuerpo, pa que hoy no se vean

en la güerta una ocena de zaragüelles, que, si acaso, los lleva angún viejo como yo, porque así hemos vivio y así queremos que nos amortajen cuando nos echen en la sepoltura.

—Tal vez tenga V. razón, y acaso habremos contribuido nosotros, sin pretender herir el amor propio de Vdes., á la desaparición de ese traje.

—I'os bien: á pesar de que no es pa sentir mucho el que esa vestimenta ya no se use, hay que ver que tó trae sus quebreros. Con los calzones estrechos, con los sombreros caros y las chaquetas largas, ha venio tamién la vanidá pa los hombres lo mesmo que pa las mujeres; y sepa osté que cuando nace un vicio, nacen ciento, como cuando se hace un portillo en las ciecas, que por allí se va toa el agua, y pa tapallo es mester más andróminas que lo que osté se figura.

Hizo el buen hombre una páusa, al llegar á este punto, y levantando luego la cabeza, continuó:

—Y abora dígame osté, caballero: ¿nó es verdá que aquellos tiempos, no porque haigan pasao y á nusotros se nos antoje mejor lo que ya se fué, eran más güenos que los de ogaño, porque entoces no habia tanta malicia, y se vivía con más tranquilidá y gracia de Dios?

—Casi, casi me convence V.

—Entoces comprienderá osté que si á eso se le añide el tropel de sangrijuelas que los gobierno nos mandan pa acabar presto con nuestra salú, con nuestra pacencia y con nuestro bolsillo, me dará osté la razón de lo que al prencipio decía, y es que los tiempos de abora son muy malos, y que nos vamos á morir de un berrinche si los demonios en presona no se llevan en cuerpo y alma á toa esa cuadrilla de lobos, que se han llegao á figurar que semos cosa suya, pa sacarnos dista las entrañas y comérselas á dos carrillos, muy descansaos.

Las razones del anciano no tenían réplica. Yo admiraba su extraña elocuencia á través de su tosco lenguaje, y apenas pude hacer insignificantes objeciones que deshizo al instante con su clara lógica y buen juicio.

—Miste, —añadió después de refutar mis débiles razonamientos: —hace diez años pagaba catorce duros y medio de ontribución, hoy pago más de ochenta, y sigún dicen, abo-

ra me la van á subir, porque un ministro nuevo que es muy malo se ha empañao en llevarse la asaura de los españoles.

—Eso nada tiene de particular, porque á falta de buenas obras, todos los ministros que desgobiernan al país han de señalar siempre su paso con algo que nos llegue al corazón. El sultán de la Hacienda, sobre todo, para hacerse notable, no sabe otra cosa que subir los tributos hasta las estrellas.

—Y hacen bien, porque nos hemos güelto unos borregos cobardes, que dejamos que nos pateen y nos degüellen esos herejes que viven en Madril y que encuentran otros judios mayores que los sirven por toas partes, pa no trebajar y vivir de lo que sudamos. Pero, en fin, dimpués de lo que llevo dicho, arrime osté á eso de céula que antes la sacaba de seis riales, y este año me la han hecho tomar de sesenta, y lo que es peor, que por haberme descudiao unos dias, me la han traído á mi casa con unos guindillas y he tenío que aflojar nueve duros por la multa. Conque, si aun le paece á osté poco, ponga en la cuenta el reparto por consumos, es decir, por la necesidad de comer, y otra porción de socaliñas que lo dejan á uno más espampanao que si cayera de pronto sobre los bancales una nube de piedra.

—Ya veo que no le faltan á V. datos para apoyar la mala opinión que tiene formada de los tiempos actuales.

—Pos toavía hay otras cosas peores que no he dicho.

—¿Peores aún?

—Sí, señor: figúrese osté que el cielo nos manda un castigo encima del de los gobiernos, bien porque venga una helá y se pierda el ágrio, bien porque haiga una rolla y no se coja cebá ni trigo, bien porque una nube destroce sembraos, hortalizas y tuico lo que plantemos y nos queemos con una mano atrás y otra alante, como aquel que dice, sin tener que llevarnos á la boca: pos la contribución aquel año, la mesma ú más crecía: pos aunque uno no tenga dos cuartos, hay que buscar pa dalles á los perros de presa que vienen con los papeles: pos el rento hay que pagallo, porque el amo (1) es tan probe como nusotros y vive de lo suyo, y si á

(1) Algunos forasteros, propagandistas de ideas muy avanzadas, que han visitado la población y la huerta, han querido sacar par-

mano viene está más castigao que los labraores: en una palabra, caballero, ésto es la fin del mundo, porque ni yo, ni mis padres, ni mis agüelos, ni nenguno de los nacíos han visto unos tiempos tan malos, y lo único que nos farta es que nos cuerguen de los piés en la cruz de las moreras y nos vayan quitando el pellejo á tiras, pa que coma tanto hambrón de mandante, ya que nenguno quíe caminar por el mundo como Dios manda.

Aquí llegábamos en la conversión, cuando una voz llamó desde el interior de la casa.

Púsose entonces en pié el anciano, y me dijo:

—Si no llevara osté prisa, podía pasar y ver la cogia de la naranja.

—Con mucho gusto,—le contesté:—debe de ser una operación agradable y me distraerá un rato.

—Pos adentro.

Y levantándonos ligeramente, penetramos en una entrada grande, amueblada con hileras compactas de sillas y adornada con algunas estampas de santos pegadas con engrudo en la pared. En uno de sus lados, lucia un hermoso tinajero sobre cuyas encarnadas y relucientes vasijas y bajo sus amplias tapaderas asomaban blancos lienzos llenos de puntillas y calados, dándoles cierto aspecto típico y elegante. En las enormes lejas (vasares) llenas de ramitas de pino y algunas flores, veíanse infinidad de platos, tazas, y objetos de cristal, y no faltaban jarras colgantes que excitaban á beber por su limpieza y frescura.

Atravesamos luego una vasta cocina donde reinaba el mayor aseo, y el anciano empujó una puerta que habia en un extremo de la estancia, encontrándonos de repente en el frondoso huerto que limitaba la verja de cañizo de que hice mención poco antes.

tido de la palabra *amo*, para probar que Murcia es un país donde el servilismo está arraigado profundamente. Nada más gratuito ó injusto que esta afirmación. La palabra *amo* no tiene en Murcia otra significación que la de dueño de cosa material: así se dice: el amo de la casa, el amo de la fábrica, el amo de las tierras, etc.

En una comarca donde existen nobleza de espíritu y amor á la independencia, no pueden prosperar la tiranía ni las ideas de despotismo.

Una oleada de perfumes de azahar hirió agradablemente mi olfato, y creí que alguna hada bienhechora me transportaba á los jardines de las Hespérides, fingiendo la mente grupos de ninfas que revolaban entre las espesas flores que ostentaban sus variados matices, como chispas arrancadas al iris y esparcidas profusamente al acaso sobre mantos y alfombras de riquísima esmeralda.

La pícara fantasía, excitada por la sorpresa y por aquellos torrentes de oxígeno que inflamaban mis pulmones, creyó ver todo eso, al contemplar como una docena de lindas mujeres que corrían por entre el espeso arbolado, llevando sobre sus blancos y limpios delantales el dorado fruto de los naranjos. Y para que nada faltase al cuadro fantástico que se desarrollaba en mi mente, no echaba de menos la sandalia que adornaba el desnudo pié de las para mí ideales ninfas, ni la cabellera ondulosa y recogida con encendidas rosas, tal y conforme debe de ser la de las huríes que, en el paraíso de los orientales, brindan con su belleza eterna á los creyentes del Korán.

Tras la realidad prosáica y fría de una conversación, con la que había creído ver á cada palabra la cara repugnante de los apremiadores por débitos á la Hacienda, aquel cambio excedía á todos los encantos imaginablez.

Poco á poco, sin que disminuyera ante mi vista la hermosura de cuanto contemplaba, iban desapareciendo los rasgos de idealidad, y al fin me dí cuenta de que aquéllo era un acto de la humana vida, con su prosa y con todos los adherentes al imperativo de trabajar paña comer.

Era la cojida de la naranja para el mercado extranjero, único punto donde se cotiza á precio alto el delicado fruto de la murciana vega, y aquellas hermosas y frescas mujeres eran ni más ni menos que sencillas operarias que recibían en sus delantales lo que cortaban de las ramas unos mancebos, para llevarlo después á unos montones que se iban formando en uno de los costados de la cerca.

No había, pues, huríes, ni hadas, ni esferas de oro, sino muchachas de carne y hueso con mayores ó menores grados de belleza y con mejores ó peores vestidos, aunque domi-

nando en ellos el color fuerte, como el grana, el amarillo, e verde, el blanco y el azul.

No faltaban tampoco salpicaduras de barro y algunos desgarrones y rozaduras, que las mozas se inferían con las puntas salientes del ramaje ó con las espinas de rosales y arbustos que á trechos mostraban sus manojos de delgadas varillas; pero nada de eso disminuía la belleza del conjunto, ni quitaba vida al cuadro, poético por sí mismo, y encantador como una acuarela de Fortuny. Aquella prosa tenía algo de atractiva que fascinaba al espíritu, algo de nobleza, esplendidez y galanura como la de Cervantes, nó como la aparatosa de la oratoria progresista que empalaga y adormece, ó como la de ciertos escritores que pretenden ser coloristas sólo porque descargan á brochazos el almazarrón, el verde y el pajizo, como si se tratara de pintar la muestra de una tienda de ultramarinos ó de una antigua barbería.

Junto á los montones había otras operarias que se ocupaban, sentadas en el suelo, en envolver una á una, en papeliños de seda, las naranjas que sus compañeras les traían, y después las colocaban suavemente en cajas de madera que habían de ser luego clavadas, y posteriormente conducidas á la estación del ferro-carril.

Mientras el anciano labrador se detuvo para hablar con el que lo había llamado para recibir órdenes acerca de la operación que estaba practicándose, yo me dirigí á presenciar el trabajo de la cojida, espectáculo nuevo para mí y que por lo mismo absorbía por completo mi atención.

Las operarias apenas se ocuparon de mi presencia. Reían y charlaban estrepitosamente, dulcificando de ese modo su largo trabajo, y sus manos, con agilidad pasmosa, hacían disminuir rápidamente los montones á la vez que aumentaban el contenido de las cajas. De vez en cuando contestaban á bromas, no siempre del mejor gusto, que los mancebos les dirigían desde los cercanos árboles, y no faltaba tampoco algún cantar entremezclado, porque el condimento de todas las operaciones de la gente de la huerta lo constituye la copla alusiva ó indiferente, pero que se escapa sin voluntad de la garganta, como el trino del gilguero entre las humbrías de los copudos higuerales.

Observaba yo cómo las naranjas más pequeñas ó aquellas que estaban pasadas de sazón las iban apartando, cuando no las dejaban sin cortar en el mismo ramaje. Ese fruto, que podemos llamar de desecho, era para la venta de los mercados de Murcia; es decir, que el fruto excogido, el de más valor por su dulzura y aspecto, era el que se destinaba para la exportación, cosa que se explica lógicamente, pues el fin principal es sostener el crédito y asegurar la ganancia de un comercio que, por su delicadeza, se halla expuesto, más que ningún otro, á contingencias y desastres.

Largo rato permanecí entre aquella gente, recorriendo las diferentes calles de naranjos que tanto recreaban mi espíritu, y pasaba y volvía á pasar por el mismo punto varias veces, contemplando gozoso las faenas y dirigiendo á los operarios mil preguntas para satisfacer mi curiosidad.

Cuando los últimos rayos del sol comenzaban á velarse, reflejando su luz desmayada en el alto ramaje de la arboleda, determiné regresar á la ciudad, no sin sentir cambiar aquel delicioso paraje por la población, menos grata para mí en aquel momento, y de la cual me había alejado, para mitigar en lo posible las tristezas de mi espíritu. Pero tenía que aprovechar la vacilante claridad del crepúsculo para orientarme en el laberinto de acequias, matorrales y veredas tortuosas, antes que la noche cerrara, y así lo hice al momento, prometiéndome volver á tan hermoso sitio para reproducir en mi alma las gratas impresiones que entonces sentía y para continuar mi conversación con aquel anciano, cuando se presentara una oportunidad.

El dueño me despidió afectuosamente, acompañándome hasta el límite del terraplén, y después de ofrecérseme con esa verdad sencilla de un corazón generoso donde la malicia no tiene asiento, me regaló un precioso racimo de naranjas que acepté gustosísimo, más que por su belleza, por el recuerdo que entrañaba de unas horas que se habían deslizado agradablemente para mí.

Salí, pues, de aquellos sitios bajo el influjo de una sensación tan satisfactoria como inesperada, y comencé á recorrer á largos pasos las sendas, secas antes por el calor casi pri-

maveral y humedecidas entonces por el descenso de la temperatura.

Las flores se despedían del sol, exhalando torrentes de perfumes, que un vientecillo frío y sutil extendía por la ancha vega, y las aves, huyendo á ocultarse en sus nidos, detenían su vuelo en las copas de los árboles más altos, como para saludar á la luz que se alejaba del horizonte, y parecía que sus gorgeos eran las notas de un himno de amor entonado á la naturaleza.

Humeaban algunas cercanas chimeneas, medio escondidas entre las espesas frondas que circuían las casitas de los labradores; veíanse por diferentes puntos las yuntas de bueyes que regresaban al establo, y allá á lo lejos se oían las campanas de la ciudad que llamaban á los fieles al templo, difundiendo ese acento melancólico y dulce, como la voz de la madre que llama á sus hijos para estrecharlos en su regazo.

¡Cuántos pensamientos asaltaron mi mente en aquel instante! ¡Cómo latía apresurado mi corazón, cual si una fuerza misteriosa agitara la corriente de mi sangre en las arterias, al verme bajo aquel cielo infinito que las sombras iban enturbiando lentamente para hacer brillar los innumerables soles que aparecían en los abismos del espacio, y al sentir mi pequeñez, mi insignificancia, ante la magestad y excelsitud de la naturaleza que reflejaba el poder y la inmensidad de su Artífice! ¡Cómo al fijarme en la tierra y al ver la soberbia de los hombres y sus maldades y vicios en repugnante conjunto, entristecíase mi alma, y allá en lo más recóndito de la conciencia ahogaba un grito que más se asemejaba á una maldición que á un lamento, como instintiva protesta contra las infamias que se entronizan y pretenden gobernar al mundo.

No hay nada como la contemplación del crepúsculo vespertino en medio de la soledad de una campiña, para reconcentrar el alma en sí misma y hacer que el pensamiento se engrandezca y se eleve por encima de las miserias terrenales.

Dejaba detrás de mí la alegría, alterada á veces por el dolor que las vicisitudes de los tiempos y la crueldad de los gobiernos tiranos causaban despiadadamente, y me acercaba contra mis deseos al centro de otra vida de refinamientos y de engaños, tal y como la exige hoy la evolución de las

modernas sociedades, en el vértigo en que se agita y desenvuelve lo que ha dado en llamarse progreso de la humanidad.

Sólo me consolaba la lengua de bronce que llamaba á la oración, aquel eco vibrante de la campana que repercutía en el fondo de mi corazón como el acento de la esperanza y de la dicha.

— La verdad está allí,—decía yo con el pensamiento:—la verdad es hija de Dios, y al huir de entre los hombres, ha tenido que refugiarse en su seno natural, en el seno de la Iglesia.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

I



AMPARITO no cabía de gozo dentro de sí misma, porque acababa de dar la última puntada al bordado del traje de su novio, de su prometido Ricardo.

¡Qué mosquetero tan airoso y tan elegante había de hacer, y qué bien le caería aquella capeta azul celeste con ramos de plata, cuando, erguido sobre su tordo caballo y dejando que flotaran las plumas del sombrero y los tirabuzones de su rubia cabellera, trotara por aquellas calles, acompañando á la *Sardina* y dirigiendo al balcón de su amada una de esas miradas febriles que expresaban todo su amor y toda su ternura!

Y la bella Amparo, aglomerando en su mente pensamiento tras pensamiento, ilusión tras ilusión, miraba y remiraba el traje, cortado con arreglo á un exacto figurín y confeccionado con el esmero de una amante, para que su Ricardo se luciera al lucirlo, luciendo á la vez el primor de su adorada.

La ciudad se hallaba presa de una gran excitación por su fiesta favorita.

Desde tres meses antes, no se hablaba en Murcia de otra cosa. La ruín política yacía arrinconada y casi en el olvido: los disgustos personales se habían zurcido de la mejor manera posible, y hasta las escandalosas ventas que el fisco venía haciendo mensualmente por insignificantes débitos de contribución, ápenas llamaban la atención de un público que poco antes se lamentaba de la crueldad de la Hacienda, que sólo tiene prisa para absorber, pero que no suelta ni á tiro-nes cuando ha clavado la garra, aunque la razón y la justicia asistan á todas luces al contribuyente.

¶ Decíase, sin embargo, que aquel año sería él último de semejante fiesta: que los gastos eran muy crecidos: que el comercio concurría particularmente con algunos de sus individuos, pero nó como clase: que las fondas, posadas, casas de huéspedes y todos los establecimientos beneficiados por el gran concurso de forasteros no contribuían con fondos de ningún género: que, por último, la empresa del ferro-carril, como se veía con billetes seguros por el atractivo del Carnaval, aun cuando se prestara á bajar algunos céntimos para alentar la circulación, no daba cantidad alguna para los crecidos gastos, por el afán inmenso de competir con la Hacienda en eso de chupar dinero, aunque salga del corazón de los mortales.

La fiesta la iniciaba el Casino y contribuía, como siempre, con gran parte de sus crecidos fondos. El resto lo costeaban los jóvenes de buen humor de todas las clases, que se constituían en círculos ó centros, para llevar á cabo la mascarada más famosa que han visto los siglos y que verán tal vez las generaciones venideras.

No hay que extrañar, pues, que siendo la fiesta tan grande y tomando parte en ella Ricardo, su amante Amparito estuviera orgullosa por el pequeño concurso que la había correspondido con las habilidades y primores de su tijera y de su aguja.

Ya se había verificado el recibimiento de la *egrégia señora*, que, enferma por efecto de sus achaques, había pasado de las saladas aguas del mar de Cartagena á las dulces del manso Segura, y el acto fué todo lo solemne que era de esperar, llamando la atención el equipaje de la Sardina, traído á lomo de cuarenta arrogantes mulos (1) montados por lujosos arrieros de las Alpujarras, en el cual equipaje sobresallan las suavidades del fisco, las entrañas de la política, las pagas de los

(1) Estos cuarenta mulos, propiedad de mi desgraciado hermano Pedro, fueron una sorpresa que tanto él como otros amigos suyos de buen humor quisieron proporcionar á los iniciadores de la cabalgata. En los lemas del equipaje de la Sardina y en la distribución que luego se hizo del mismo en el Testamento, cábeme alguna parte, que consigno gustoso, siquiera por el pequeño placer que tal recuerdo me proporciona.

maestros, y además de tan ricas alhajas, los planos de Murcia y el ornato público, con otra porción de cosas notables que el *patriótico y nada político* Ayuntamiento tuvo ocasión de ver y admirar para tomar lecciones en lo sucesivo.

También, como primer día de Carnaval, se había publicado el "Bando de la Huerta," llamado antiguamente de S. Antolin, por traer su origen de aquel populoso barrio.

Aunque dicho bando dejó bastante que desear, por haber degenerado la gracia de los que inventaron la *Rueda de la No-rra* y el célebre *Proceso del Moro*, estuvo muy animado, y las lindas murcianas pudieron lucir sus proverbiales encantos ante un diluvio de forasteros que las contemplaron con más gusto que las grotescas parodias huertanas, lo cual tiene su natural explicación.

Amparo había recogido de aquella mascarada multitud de flores y dulces, y algunos papeles llenos de versos, producto la mayor parte de ingénios anónimos que ingerían sus espontáneos é inconscientes disparates entre los rebuscados despropósitos, con respecto á las formas titerarias, de poetas y escritores acreditados. Pero como la hermosa joven tenía que concluir el vistoso traje de Ricardo, no vió más que una sola vez la mascarada, y apenas se detuvo á escuchar un coro de *estudiantes* y las coplas de otra comparsa de *niños llorones* que se habían cruzado en su camino.

Llegada á su casa, se puso á trabajar, y á los pocos momentos de terminada su tarea, el flamante vestido adornaba el cuerpo de Ricardo que andaba de un lado para otro, como si fuera un auténtico mosquetero de los que formaban la guardia del mismísimo Luis XIV el socialista.

Los amantes se lanzaban á hurtadillas y guardándose de los papás, miradas abrasadoras. El amor y la vanidad se confundían en un solo afecto, y ambos jóvenes ansiaban la llegada del instante feliz en que los trapitos tan hábilmente confeccionados vieran la luz pública, para alternar debidamente con el tropel lujoso de rasos y encajes, galones y bordados, terciopelos y plumas que habían de exhibir sus alegres dueños cuyos corazones palpitaban de gozo, gracias á la edad florida de las ilusiones en que vivían embriagados.

II

La mudanza de aguas y de áires no habia sido eficaz para detener el curso rápido de la enfermedad de la señora Sardina, y ésta habia sucumbido al fin entre horrorosas convulsiones epilépticas. Pero, como previsora por raza y por ilustración, habia dispuesto de su última voluntad ante notario público, y la población esperaba con ansiedad conocer el testamento.

Desde las primeras horas del segundo día de Carnaval, toda Murcia se hallaba soliviantada como en vísperas de una revolución. Las muchachas habian su *toilette* con más gusto; los papás procuraban despachar á escape sus obligaciones; las mamás se *arreglaban* como para una boda, y la gente llenaba las calles y obstruía las aceras, emocionada por la trascendental noticia de aquella muerte que se recibía con más entusiasmo que, andando los tiempos, el funesto D. Germán protector de sus trigos, hubiera visto aprobados sus ruinosos disparates financieros sin oposición de amigos ni enenigos.

Amparo hacia frecuentes salidas al balcón, y era tanta su alegría, que apenas habia probado un bocato en el almuerzo. Habia visto cruzar ya dos veces por su calle al airoso Ricardo, ginete sobre fogoso corcel, y más encantador que nunca con su sombrero empenachado, con su ropilla elegante y con sus espuelas de plata tan relucientes como las estrellas.

El escuadrón de mosqueteros á que el amante pertenecía habia de acompañar el coche del Notario, para que el leguleyo diera de trecho en trecho lectura al documento famoso donde constaban las disposiciones de la que poco antes era considerada como reina del mar.

La casa de la joven se iba llenando de amigas, invitadas ó sin invitar, que en esas ocasiones nadie se cuidaba de la etiqueta, y las familiares costumbres de la población autorizaban hasta á los simplemente conocidos para invadir en esos días la propiedad ajena, sin que ningún dueño se querellara por allanamiento.

Oíase á lo lejos acordes de las bandas de música y murmullos de gentío, cada vez más llenos y estruendosos, señal segura de que la cabalgata iba aproximándose, y á pesar de

que la mascarada sólo se detenía el espacio suficiente para dar tiempo al Notario á que leyera las cláusulas del testamento, la más grande impaciencia reinaba en la multitud que esperaba con ansiedad en las calles y balcones de la carrera.

Amparito no sabia ni podia disimular la desazón que sin cesar le agujoneaba. ¡Tenia tantas ganas de ver el escuadrón donde su Ricardo formaba! Mucho le habia de agradar el espectáculo, que por los años anteriores se sabia que era una gran cosa; pero más le agradaría la presencia de aquel mosquetero, que en momento tal aumentaba sus ilusiones por lo que se refería a la persona y por lo que se relacionaba con el vistoso traje, salido con tanto gusto de aquellas manecitas de azucena con el exclusivo objeto de que *diera golpe* en la carnavalesca procesión.

Al fin, una turba de muchachos desembocó por el extremo de la calle, abriendo paso á una banda de música, cuyos individuos vestian trages de la Edad media, y a una sección de batidores á caballo, que, con formalidad pasmosa, hacían descansar sobre sus hombros soberbias mazas de dimensiones colosales, como si representaran toda la majestad de la reina difunta.

Tras aquella vanguardia que ya predisponía en favor del espectáculo, seguian algunos ginetes, vestidos caprichosamente, y en pós grupos grotescos de gatos, perros y monos sobre enormes carros, formando originales comparsas y juegos del mejor gusto, y demostrando sus confeccionadores que ni el dinero ni el ingenio habian escaseado allí para la sorprendente exhibición.

Venian después lucidas secciones de caballeria, cuyos ginetes, vestidos de raso ó terciopelo, imitaban caballeros de los siglos XVI, XVII y XVIII, y alternaban con bandas musicales y con multitud de coches ricamente adornados, destacándose en aquellos asientos damas y señores de distintas épocas, vestidos con un lujo y una elegancia incomparables.

Los gallardetes y las banderas, los estandartes y las insignias ondulaban por doquier, y el oro y la plata, el amarillo y el azul, el encarnado y el verde se exhibian en pro-

fusión riquísima, brillando á los rayos del sol como búcaros llenos de flores de una hermosura jamás soñada.

Seguía el coche notarial con el acompañamiento de los mosqueteros que presentaban un magnífico golpe de vista, y cerraba la lucida cabalgata una carroza donde se veía el equipaje de la Sardina distribuido anticipadamente por su difunta dueña con la equidad y justicia que en ella habían resplandecido y que siempre fueron la norma de su buen juicio. En prueba de tal aserto, las suavidades del fisco se las dejaba por mitad á los inspectores de Hacienda ó investigadores ó inquisidores como entonces se les llamaba y á los agentes de apremios ó sayones como hoy se les dice; las entrañas de la política se las regalaba á los ministros y á los caciques; los planos de Murcia á los propietarios ruines; y el ornato público á los basureros.

Este final de la carnavalesca procesión iba acompañado por otra banda de música que entonaba marchas fúnebres para caracterizar el acto.

Ricardo rogó al Notario que leyera el testamento frente al balcón de Amparito, y el complaciente leguleyo mandó parar el coche, y puesto de pié, caló sus gafas y leyó las disposiciones finales de la Sardina.

Aquella sátira acerba contra los malos y detestables gobiernos que sin interrupción se suceden en España, llena de alusiones punzantes á la ramplona y egoísta política de la localidad, arrancaba risas, bravos y aplausos, á medida que los afiligranados versos y las esculturales estrofas, obra de un insigne poeta, salían de los labios del lector. La muchedumbre bullía en apretado oleaje, y el entusiasmo que dejaba ver en todas sus manifestaciones era muy natural, pues el pueblo, oprimido siempre por la tiranía de los poderes centrales, más absolutistas cuanto más alardeadores de liberalidad, no desperdiciaba la ocasión de espontanearse y de manifestar sus sentimientos contra el bastardo politiquismo que había hecho y seguía haciendo de la nación una manada de esclavos, sujetos al capricho de los nueve déspotas de cartón que se pavoneaban orgullosos é insufribles en las poltronas de sus palacios de Madrid.

Terminó la lectura entre gritos atronadores del más vivo

entusiasmo, y cuando la cabalgata volvió á continuar su curso, Amparo, que estaba radiante de gozo, exclamó:

—Ningún año como éste. ¡Qué cabalgata tan lucida!

Y volviéndose hácia una amiga de toda confianza, que estaba junto á ella, preguntó con entusiasmo:

—¿Verdad que lo mejor de todo es la sección de mosqueteros?

III

Los trenes seguían arrojando bandadas de forasteros sobre la ciudad. Los ómnibus y las tartanas no eran suficientes para transportar la gente de la estación, y más de un pasajero tuvo que recorrer á pié el largo trayecto que hay desde la vía férrea á las fondas ó posadas. Aquéllo era un maremagnum jamás conocido, porque la fama del Carnaval murciano era tanta, que justificaba la gran ansiedad que todos sentían por aglomerarse en la morisca capital del antiguo reino de Murcia.

Se hablaba mucho del Entierro de la Sardina. Se ponderaba su lujo, su fastuosidad y su buen gusto. Se parangonaba con el Carnaval de Venecia y con el de Roma, ambos famosísimos por su antigüedad y grandeza y por referirse á poblaciones tan importantes y de tanta significación en la historia; y aunque el murciano era moderno y se celebraba en una ciudad de más escaso nombre é importancia, resultaba más original, más rico y más deslumbrante que aquéllos, por su incomparable final, por aquel vértigo no apreciado si no se ha visto, por aquel derroche de ingenio, locura, humor y alegría y todas cuantas cosas pueden aglomerarse para producir una fiesta que exceda á todas las fiestas imaginables y que no se parece á ninguna otra fiesta del mundo.

Habia llegado la noche del último día de Carnestolendas. Las numerosas comparsas callejeras se retiraban, y el paseo de la Glorieta se iba quedando desierto poco á poco, después de haberse visto atestado de máscaras y espectadores, pudiendo contarse por muchos cientos las bellezas femeniles de primer orden que allí lucieron sus encantos, compitiendo en la más pacífica de las rivalidades, la murciana, la lorquina, la cartagenera, y las lindas muchachas de los pue-

blos ó de la huerta, que parecia como que se habian citado para formar una verdadera exposici3n de hermosuras.

Allí estaba tambien Amparo, y ocioso es decir que por su elegancia y por su belleza encajaba perfectamente en aquella colecci3n, que el mismo dios del Amor no hubiera sabido excoger con más acierto, para tortura y martirio de los corazones.

El tradicional Roperero, ese incansable humorista que, como todos los años, habia entretenido á un numeroso público durante las tres tardes, con su cháchara graciosa, que no por grotesca deja de ser admirable á causa de su originalidad y fecundidad, habíase despedido hasta el Carnaval siguiente con un discurso lacrimoso que arrancaba carcajadas á la muchedumbre que se agolpaba en torno de su carro; y la gente, después de celebrar los especiales chistes del elocuente bufo, abandonaba la esplanada del Arenal y se internaba en la poblaci3n, para seguir divirtiéndose con el Entierro de la Sardina.

Sonó por fin la hora de la última mascarada.

Un rio de gente invadia en apretada haz las calles de la carrera. Los balcones, las ventanas, los terrados y todos los sitios por donde se podia dirigir una visual, estaban cuajados de espectadores. Aquello era un aglomeramiento que parecia pugnar contra las leyes de la física, para demostrar de una manera incontestable que á veces el continente suele ser menor que el contenido.

En aquella ocasi3n lo era de verdad.

¿Y cómo nó precipitarse y atropellarse y embutirse unos contra otros, para gozar de un espectáculo tan encantador y sublime?

¡Qué gusto en aquellos grupos de gigantes y enanos, de ánales y de gatos, de perros y de monos, unos á pié y otros en carrozas, como cortejo de los batidores que iban á la cabeza de la carnavalesca procesi3n! ¡Qué profusi3n de bengalas de todos colores, sin dejar un instante de lucir de un extremo á otro de todo el Entierro, dándole un aspecto fantástico é indescriptible, y haciendo palidecer los faroles de gas del alumbrado público y las hachas de viento que llevaba un batall3n de soldados vestidos de una manera

tan original como vistosa! ¡Qué entusiasmo en aquellas músicas, cuyos acordes hendían los vientos y penetraban en el alma, como la expresión de una alegría ardiente y embriagadora!

Y luego el bergantín empavesado, desplegando sus lonas sobre un mar azul y tranquilo, en el que vogaba magestuosamente en busca de lejanos climas, mientras la tripulación obsequiaba con delicados regalos á las niñas de los balcones. Y después el nacimiento de Venus Citeréa, presentando su artística desnudez en el fondo de una concha arrastrada por ángeles y cisnes entre algas y rocas, semejando la diosa de la hermosura un suspiro de aquel mar que tanto poetizó la exaltada fantasía de los helenos. Y detrás el Etna con su volcán abrasador en cuya cima se alzaba Vulcano rígido é implacable, mientras en la chispeante fragua que rugía en las entrañas del monte, los tremendos cíclopes buscaban rayos que después forjaban sobre los pesados yunques y que, por gracia de la divinidad que los dirigía, se tornaban en tal momento en ramilletes de flores, en cajitas de dulces ó en objetos caprichosos, que á modo de granizada, se disparaban sobre la multitud. ¡Oh! aquéello era fascinador, sublime, inimaginable.

Millares de manos aplaudían delirantes, frenéticas, ante el sorprendente espectáculo, varias veces visto, pero siempre nuevo, siempre arrebatador, por superar á los esfuerzos de la fantasía.

Alternaban con aquellas carrozas monumentales, los ginetes y coches, gallardetes y banderas que se habían exhibido en la publicación del *Testamento*, y también se entremezclaban otros carros humorísticos, como la tradicional y vistosa apotheosis de Baco, parodias de dramas espeluznantes, y varias alusiones políticas, presentadas con todo el disimulo y toda la gracia posible para no excitar el enojo de la autoridad.

A continuación marchaba el Coloso de Rhodas, cuadro de grandioso efecto que causaba admiración por lo bien acabado y por su originalidad, y después los siglos de nuestra Era, representados en orden cronológico por ginetes artísticamente vestidos según la época aludida, y presididos por el siglo XIX, el más grande de todos. Estaba simbolizado

por una locomotora que el génio de la ciencia, circundado de nubes, descubria rasgando el velo de la ignorancia á la vez que mostraba magestuosamente en lo alto de los cielos el sol de la verdad. (1)

No era posible un más allá. La imaginación tocaba en sus últimos lindes, para agotar toda suerte de combinaciones en holocausto de la reina de los mares, cuyos miserables despojos iban á ser enterrados á la vista de cien mil personas conmovidas hasta lo infinito.

Detrás de tan lucida cabalgata, exhibíase el carro de la Sardina. ¡Qué grandioso y qué fascinador! El ingenio de los artistas habia echado allí el resto, como suele decirse, y todo él era una filigrana de delicadeza y hermosura. Náyades y tritones surcaban las aguas transparentes sobre las que flotaban los restos de la pobre señora, insensible á tantas manifestaciones de entusiasmo: grupos de ninfas se elevaban por entre las rocas que servian de límite al tranquilo lago, y contemplaban el cadáver del inocente pez; y el dios del tiempo, inexorable y frio como sus leyes, parecia adormecerse allá en la cúspide, dejando que las cosas marcharan y se desenvolvieran con arreglo á lo que en ellas habia marcado desde la eternidad.

Carros de plañideras, gastrónomos y albaceas testamentarios de la difunta señora terminaban el cortejo con una banda de música, cuyos individuos eran enormes sardinas cargadas con su correspondiente instrumento.

(1) Acaso alguno que recuerde perfectamente el último entierro de la Sardina, verificado en Febrero de 1879 que es al que aludo en esta escena, podría tacharme de inexacto por la reseña del carro que representa al siglo XIX; pero me apresuro á decirle que si bien es cierto que no se vió tal cuadro en el año á que me refiero, salió en otro de los anteriores, seguramente con más brillo y lucimiento que el que ha intentado prestarle mi pluma.

He querido introducirlo en esta relación, primero, porque no debe olvidarse tan magnífica alegoría que pudo exhibirse en esa ocasión como se exhibió en otra, y segundo, porque no recordando algunas carrozas vistosísimas que precedían á la de la difunta Sardina, me ha parecido bien llenar ese hueco de la memoria con el cuadro del siglo XIX, y váyase lo uno por lo otro.

También he mezclado detalles que pertenecen á años distintos; pero valgan los aditamentos á cambio de las supresiones que el olvido me obliga á hacer contra mi voluntad.

Tal era la vistosísima y grotesca procesión que atravesaba calles y calles, sin que el cansancio se apoderara de los espectadores. Muchos de éstos volvían á tomar posiciones donde podían para ver nuevamente el Entierro. Hubieran querido que la noche fuera interminable, para no cesar en la contemplación de un espectáculo que absorbía por completo sus facultades y sentidos.

Amparo recorrió cuantas casas de amigas conocía en la carrera, y recibió infinidad de obsequios de los que arrojaban á los balcones, especialmente de Ricardo, el cual seguía luciendo su flamante traje de mosquetero en el escuadrón que daba la guardia al carro de la Sardina. El entusiasmo de la niña no tenía límites, y acaso no hubo en toda la fiesta otra persona que disfrutara más á satisfacción del espectáculo ni que más impresiones gratas recogiera.

Aun podía seguir gozando la gente, porque la última parte, ó sea la apoteosis, era la que cerraba los festejos, y éstos no terminaban todavía.

Allá en un ángulo de la plaza de Santo Domingo, cerca de las Puertas del Mercado y de modo tal que pudlora ser vista desde las calles de la Trapería y la Merced, se alzaba una artística y severa tumba donde había de ser depositado el cadáver de la augusta señora, con la solemnidad de costumbre.

Formaba en los cuatro frentes del pedestal una vistosa sección de soldados romanos, y alrededor de la tumba un famoso pirotécnico había distribuido un gigantesco árbol de fuegos artificiales, para dar esplendor y grandeza al último tributo que se rendía en honor de la reina de los mares.

Luego que se detuvo el Entierro en aquella plaza y uno de los albaceas testamentarios leyó con voz potente una magnífica elegía, cual si fuera la oración fúnebre del acto, condújose á la difunta soberana á la mansión que había de encerrarla para siempre, á los acordes de la música, y comenzó el castillo de fuegos artificiales, que fué una corona digna de la fiesta, un remate que no dejó nada que desear por sus juegos de luz y por la profusión de combinaciones á cual más vistosa.

Cuando el trueno *gordo* retumbó como el *requiescat in pace* de los originales festejos, la multitud dió principio al desfi-

le, y al disolverse la masa inmensa de espectadores, cáda cual se llevaba una impresión agradabilísima, dando los forasteros por muy bien empleados el tiempo y el dinero que habían invertido para divertirse de aquella manera, y quedando los murcianos muy satisfechos de una obra que dejaba tanta utilidad en la población como nombre que había de ser publicado por las mil trompetas de la fama.

Dos horas hacia que el Miércoles de Ceniza había comenzado. El *pulvis es* dejaba oír su acento en el corazón de algunos de los que habían tomado parte en las locuras del Carnaval, y pronto resonaría en las conciencias de todos aquella voz con que la Iglesia recuerda al hombre su humilde origen, lo deleznable y efímero de las pompas mundanas y la trascendencia de sus culpas que sólo pueden borrar las aguas de la penitencia.

Sin saber por qué, parecía respirarse en la atmósfera algo que tenía relación con el carácter del día que sigue á las expansiones de las mascaradas, algo que trazaba una línea divisoria entre lo pasado y lo presente, como si el placer hubiera desaparecido al terminar el último festejo, ó como si surgiera un nuevo mundo al hundirse en el no ser aquel breve periodo de regocijos y de diversiones.

Del griterío al silencio, de la libertad al recogimiento, de la comilona al ayuno: hé ahí la diferencia tan opuesta que había de marcarse en el transcurso de unas cuantas horas.

Se había dado al mundo lo que el mundo exige en sus veleidades y caprichos: se había desbordado la alegría para rendir culto á una costumbre de siglos: justo era, por consiguiente, que la razón meditara detenidamente sobre el trascendental é importantísimo problema del fin del hombre. El tiempo cuadregesimal había llegado en la sucesión inevitable de las cosas, y al fijarse la inteligencia en el misterio de la Redención, debía considerar el valor de aquellas escenas memorables que tuvieron principio en la predicación del Dios-Hombre y terminaron en la cumbre del Gólgota, donde triunfó la vida de la muerte, y se elevó el esplendente faro que ha de guiar al hombre en la interminable noche de su terrena desventura.

IV

Amparo estaba cada día más alegre. Su novio había tenido el buen gusto de retratarse con el airoso traje de mosquetero, y la hermosa niña contemplaba incesantemente la lujosa tarjeta fotográfica que le recordaba con agrado multitud de cosas á la vez.

Aquella febril imaginación exaltábase de una manera tan dulce, que parecía cifrar su porvenir en aquel presente, como si el lapso del tiempo no hubiera de marcar en su alma la huella que imprime en todos los sucesos de la vida y en todas las manifestaciones del espíritu.

—¿Por qué—decía en su entusiasmo juvenil,—los trajes de ahora han de ser tan prosáicos, llevando los hombres las piernas enfundadas á la manera de cigarros de papel, con esa cazadora, levita ó frac, prendas de bien escaso gusto, y un sombrero sin adorno y sin gracia, todo lo cual haría morir de risa á nuestros antepasados, si les fuera posible volver de nuevo á la vida? ¡Oh! los antiguos cuidaban más de la gallardía de la persona y entendían mejor el corte y la confección de los vestidos. Sobre todo, el que inventó el traje de mosquetero debió de ser un verdadero artista, y es lástima que su nombre no se haya popularizado, para que la humanidad aplaudiera siempre la memoria de un sér tan ilustre y distinguido.

Ya se vé, cada edad requiere lo suyo. Amparo estaba en la primavera de su vida, y aunque no le faltaba razón en algo de lo que decía, las ilusiones revolaban en su cabeza como las mariposas alrededor de las flores que fascinan y encantan, y le hacían pensar en lo que hoy los hombres serios llaman futilidades y vagatelas.

¿Pensaría lo mismo cuando los desengaños desgarraran su pecho y la triste realidad viniera en ocasiones á disipar sus hermosos sueños de color de rosa? ¿Daría tanta importancia a los encantos que halagaban su mente, agena por completo á las falsedades que el mundo oculta, cuando el frío de los pesares penetrara en las fibras de su alma, hiriéndolas una á una, como hoz que corta las erguidas mieses que se alzaban orgullosas en medio de la pradera?

Podemos afirmar que nó. Contesten por mí los que han pasado de la primavera y aun del estío de sus años: hablen los que ven acercarse el otoño de su existencia, y respondan los que han llegado al triste invierno de su vida, donde se confunden el pesar y el recuerdo con la debilidad de las fuerzas del organismo.

Por eso hay que envidiar á la bella Amparo, flor mimada por el céfiro jugueteón de la felicidad, y ojalá las que piensan como ella gocen cuanto les permita la dichosa edad de las ilusiones, y vean muy lejano el día en que en su sensible y tierno corazón venga la hiel de los desengaños á derramar su ponzoña.

El gusano de la seda

LA tia Nicasia se habia levantado con estrellas, para echar la ración de hojas á los gusanos que roían sin descansar allá en los cañizos de la espaciosa cámara.

Llevaban los preciosos animalitos tres dormidas, y marchaban tan bien y tan sanotes, que hubiera sido realmente un crimen descuidarse un momento para que corrieran el peligro de desgraciarse, lo cual ocasionaría la pérdida de la cosecha y la de valiosos intereses que allí tenía comprometidos el tío Gaspar, esposo de tan buena y hacendosa mujer.

Porque hay que decir que la cria del gusano de la seda es de lo más difícil y accidentado del mundo, y como en ella tienen los labradores puesta toda su esperanza, la diferencia que va de un resultado á otro es la misma que se marcaría entre la abundancia y la pobreza, entre poder vivir con desahogo durante un año una numerosa familia, ó tener que permanecer atada de piés y manos á la usura, á la escasez y á los sinsabores.

El trabajo principal de todas las operaciones está encomendado á la mujer, que por su dulzura y delicadeza, parece el sér más á propósito para seguir paso á paso el desarrollo de esos insectos, cuyo producto representa tan alto papel en la sociedad.

Desde que la simiente ó huevecillo se extiende sobre los blancos papeles, hasta que el gusano ha trepado por las hebras de la atocha para fabricar el capil'lo (capullo) que ha de encerrarlo, la mujer es una esclava de sus deberes, comiendo mal, durmiendo peor, y cuidando siempre de que nada

falte, lo mismo lumbre ó ventilación para mantener una sana y constante temperatura, que hojas frescas y limpias, para que no desmayen los alientos ni se altere la salud de las preciosas orugas.

Rara es la mujer, por robusta que sea, que al final de la jornada no ha perdido la mitad de sus carnes ó no ha empañado su belleza que tarda mucho tiempo en recuperar.

Si las grandes señoras que arrastran rasos y terciopelos por las alfombras de los salones supieran cuántas gotas de sudor representan los hilos invisibles que forman la rica tela que tanto realza su gracia ó su hermosura, compadecerían de todo corazón a la obscura obrera que tanto se ha desvelado y afanado para presentar en el mercado público la primera materia elaborada entre sobresaltos y angustias, jugando al azar el pequeño ahorro de largos meses de un incesante trabajo.

Si los Alejandro y Napoleones de perro chico de la malhadada política madrileña tuvieran entrañas ó patriotismo ó siquiera sentido práctico y no anduvieran aturridos por su ridículo endiosamiento que les hace creerse de mejor estirpe que los que se ven obligados á obedecer sus órdenes autocráticas, no afligirían tanto con irritantes tributos á los nobles y desgraciados hijos de la huerta, que no han cometido otro delito que el de consentir con los demás españoles que todo se centralice en Madrid, para que haga su negocio la ambición y para que haya siempre en el poder una baraja de nueve reyes absolutos, abortados por el caciquismo ó salidos de las gacetillas de los periódicos como las grotescas figuras que salen de las cajas de sorpresa.

La tía Nicasia era un modelo en su género, y bien podía descansar en sus cuidados el honrado tío Gaspar, cuando confiaba á tales manos tan difíciles y comprometidas operaciones.

Nadie como la tía Nicasia para mostrar buen ojo acerca de la simiente: parecía que tenía un microscópio en cada pupila para distinguir los huevecillos de mala calidad: sacaba una hijuela (hilo de pescar) que parecía hecha por los ángeles; sabía hacer las andanas con un gusto y una precisión, que los gusanos podían creer que vivían en un palacio: en fin, que con

la tía Nicasia se perdían pocas cosechas, y salía de aquella cámara un anteadó, un verde y una almendra que daban la hora.

Y á todo ésto, la tía Nicasia, ayudada de una hija casadera, se pintaba sola para limpiar, arreglar, tener en orden toda la barraca, echar la calda al horno, amasar y dar disposiciones, haciendo las migas y el guisado a su hora, y multiplicandose y estando en todo, como si tuviera el don de la ubicuidad.

Cuando concluyó de echar la ración de hojas á los gusanos, encendió un poco de carbón pasado en unas perolas viejas de hierro que colocó en la puerta de la cámara para que proyectaran un calor suave, porque barruntaba que la mañana iba á ser algo fría, y era preciso que los gusanos no percibieran la más pequeña alteración en la temperatura. Después bajó del desván con ánimo de ver si podía quebrar un sueño de media hora, antes que el sol asomara por las puertas del oriente.

Cuando llegó al apartado que hacia veces de alcoba, encontróse al tío Gaspar ya de pié y en disposición de salir para el trabajo, por lo que la mujer juzgó imposible dormir el rato que deseaba.

—¿Y eso tan trempano?—preguntó la mujer algo disgustada.

—Ná.—contestó el madrugador marido:—que cuando no hay sueño, mejor se está de pié que en la cama. Y dime, ¿cómo van los busanos?

—Lo mesmo que rollizos de sanotes y hermosos: dinde ayer paece que han creció el doble.

—Pos mira, en tuica la noche no he podío pegar un ojo, pensando en ellos.

—¿Y por qué, hombre? ¿Crees que les vá á entrar el arañís como el año pasao?

—Te diré, Nicasia: este año es año de cosecha, porque la Virgen Santísima paece que así lo quiere; pero vamos... dinde ayer que vide á esos tres señoritos que vinieron por aquí y subieron á la cámara, no me llega la camisa al cuerpo.

—¿Y qué tié de particular que vinieran?

—Mujer, ná si se mira por un lao, porque son acomisionaos de los frabricantes, sigún dicen; pero si se mira por otro...

—Sin duda creerás que han venío á hacelles mal de ojo.

—Pos eso, Nicasia, pos eso; lo has acertao. Podrá no ser esa su intinción; pero á mí *me se* figura, hablando la verdá, que el grano no está tan limpio de paja como paece.

—¡Ave Maria purísima!

—Sin pecao, Nicasia, sin pecao.

—¿Y qué motivos tiés tú pa que te haigan entrao esas aprensiones, ná más que porque unos señoritos han querío ver á los alimales?

Quedóse al pronto sin responder el tío Gaspar, como si las palabras que hubiera de decir se le atravesaran en la garganta; pero dando una tragantada á la saliva que se le habia venido á la boca, y encontrando con ello fuerzas suficientes para sobreponerse á su situación y dar forma al terrible pensamiento que le agujoneaba, exclamó:

—Te lo diré alcabo, mujer, pa ver si desembuchando lo que tanto me tira por aquí dentro, me tranquilizo. ¿Nó arreparaste que cuando subieron á donde están los busanos, nenguno de esos señoritos dijo al vellos “Dios los bendiga?”

—Mira, Gaspar,—respondió la tia Nicasia, llena de duda y de miedo;—me asustas con dicirme esas cosas: á mí me paece que no oirias bien si lo dýjeron ú no lo dijeron, y yo creo que son ausiones tuyas.

—Y Dios quiera que sean ausiones ná más,—dijo el tío Gaspar, meneando su cabeza para arriba y para abajo, como si de este modo indicara claramente su penetración;—pero ¿nó arreparaste tamién que á uno de ellos le dician Conesa?

—¡Tóma! ¡tóma!... ¿y qué tié que ver con que se llame Conesa ú Juan ú Martín ú como le haigan puesto? ¿Nó hay presona que lleva un apellío de santo y es más malo que Lucifer?

—Ya sé que hay de tó en este mundo; pero lo de Conesa significa mucho, mucho, Nicasia, y te lo voy á desplicar.

Y el tío Gaspar, al decir ésto, abrió la puerta de la casa, y mató de un soplo la luz del candil que su mujer habia colga-

do en una estaquilla que sobresalía medio palmo de la pared. Después, tomando cierto áire patriarcal, exclamó:

—Tú conocerás al tío Roque el de la Canal del Judio que es un hombre muy güeno.

—¡Vaya! y que tiene munchas leyendas metias en la cabeza y sabe de tuicas las cosas del mundo.

—Pos bien: el tío Roque, hablando en una ocasión de angunas presonas que son más malas de lo que paecen, me dicia que cuando Caifás ú Pilatos ú no se quién mandó que azotaran al Señor, vido que uno de los sayones le daba con una variquia pequeña. Entoces ¿qué hizo aquel jefe? Pos se golvió al sayón y le dijo: “¿Habrá maganto?... Tira la vara, majuelo, y dále con esa gorda”. Y como aquel judío no viera la vara, el jefe ú capitán ú lo que fuera le echó la gorda á los piés, diciéndole: “Nó la ves abora? con esa... con esa... con esa le has de dar”. Dinde entoces el judio se queó con *conesa*, y tos sus hijos y descendientes se llamaron *Conesas*.

Al oír tan extraña explicación acerca de un apellido que nunca habia tenido mala significación para la tia Nicasia, la pobre se quedó con la boca abierta, y toda atolondrada y confusa. Quiso hablar dos ó tres veces; pero la voz no respondia á su voluntad. Al fin, haciendo un esfuerzo superior al estado en que se encontraba, dijo con acento entrecortado:

— ¡Ay, Gaspar!... ¿y pa qué me cuentas esas cosas? ¿pa que yo me muera de pena, dimpués de los trebajos que llevo encima, y alluego los busanos se güelvan en un dos por tres sapos ú monas?

—Ya ves—contestó el atribulado marido:--si eso allegara á suceder, nos queábamos perdíos de remate. El año pasao, con las angústias del mundo, pudimos arrejuntar unas friolerias pa que nuestro hijo Frasquito no íuera á servir al rey, y por poco si nos sucede lo que al gallo de Morón: este año la muchacha quié casarse y hay que completalle el ajuar, porque le farta el cobertor y angunas cosas prencipales pa la vestimenta: al amo se le deben dos rentos, y dice que nos vá á echar de las tierras: los sayones del apremio quieren embargarnos las vacas si no les pagamos de siguia: de manera

que si ese judío ha hecho mal de ojo á los busanos, pos Dios nos ampare.

—¿Pero tú estás en lo firme de que ese señorito es judío?

—Te diré, Nicasia: cuando se alevantó la chaqueta pa sentarse, le tiré una mirá por azaga, pa ver si defisaba algo de rabo.

—¿Y qué? ¿y qué?—preguntó la aturdida esposa con ansiedad inmensa, como el que tiene miedo y curiosidad a la vez por ver el fin de una cosa que le asusta.

—Pos ná,—contestó el marido con cierta calma que contrastaba con sus visibles temores:—pos ná, lo mismo que tú y que yó; pero como tuica la noche he estao dando güeltas á lo de Conesa y á que nenguno de ellos dijo “Dios los bendiga”, decía yo: si en lugar de ser rabino fuera de otra casta de judíos, pos teníamos lo mismo, y na... que no he dormío.

Calló el tío Gaspar, mirando con indiferencia los claros del día que ya comenzaban á matizar las ondulantes mieses de los banales y las hojas de las copulentas moreras. La tia Nicasia, de espaldas á su marido, enjugóse con la punta del delantal una lágrima ardiente y lanzó un suspiro que le salía del fondo de las entrañas. A poco, y como inspirada por una idea salvadora de esas que sólo conciben las mujeres en los instantes supremos, volvióse rápidamente hácia el atribulado esposo, y prorrumpió:

—Oye, Gaspar.

—¿Qué quieres, Nicasia?

—¿Tú crees que tó eso nos pué traer prejuicios?

—¡Vaya si lo creo!

—Pos entoces he pensao que cuando toquen á misa en la Mercé, te vayas pa Murcia y te allegues á la iglesia.

—No está mal pensao, porque yo tengo muncha fé en la Virgen de los Remedios.

—Pos bien: dimpués de rezalle una salve á la Virgen y de pedille de tó corazón que nos tenga de su mano, te metes en la sacristia y te asperas allí hasta que vaya el Padre Marquina, que es un sacerdote muy güeno y que dicen que entiende de tó, dista de labrauría. Le cuentas el caso lo mismo que me lo has contao á mí, y que él te diga si eso que

tú piensas está bien ú mal pensao, y si dimpués de eso á él le paece bien el venir y tiralle un par de guisopazos de agua bendita á los alimales, que lo haga en caridá de Dios y por los santos del cielo, y te lo traes entoces pa acá.

Brillaron de alegría los ojos del pobre Gaspar. Tal idea era la solución de la penosa crisis de su espíritu, porque sometía á un criterio superior, á una autoridad indiscutible, lo que no acertaba á resolver por sí propio sino en un sentido triste y fatal. Una consulta con el Padre Marquina, con el sábio y virtuoso sacerdote, modelo entre los suyos, era el rayo de luz que venía á disipar las tinieblas que abrumaban á aquella inteligencia todavía embrionaria, á pesar de los muchos años de existencia que contaba el honrado labrador.

¡Qué inspirada habia estado la tia Nicasia, y con qué bondad se tornaron á ella, en señal de agradecimiento, los ojos del tio Gaspar!

Tranquilizóse por completo: la fé hizo renacer en su pecho la esperanza, y cuando la campana del sagrado templo dejó oír sus vibraciones para llamar á los fieles á la primera misa, el labrador tomó el camino de la ciudad, y al cruzar la vereda que conduce á la carretera, tanta confianza habia adquirido en la proteccion de la Virgen, que se permitió cantar á media voz una copla, acompañando á los pajarillos que latían de gozo en las copas de los árboles celebrando la llegada del dia.

La tia Nicasia le veia avanzar por entre los bancales, y cuando le perdió de vista, dejóse caer en una silla, suspirando y enjugándose las lágrimas, pero notando á la vez que una idea consoladora y dulce flotaba por el enmarañado laberinto de pensamiento, que las palabras del tio Gaspar habian hecho acudir á su imaginación. Tenía esperanzas, como su marido, dentro de la fé que despertó en ella el recuerdo de la madre de Dios, y al invocar el santo nombre de la reina de los cielos, la opresión de su pecho disminuía, porque por encima de sus pesares sobresalía su arraigada creencia en Aquella que es alegría de las almas y amparo de los desvalidos.

.....

Han transcurrido diez horas próximamente.

El tío Caspar y la tía Nicasia habían pasado un rato alegre en amor y compañía de sus hijos, comiendo una buena olla al medio día, sin que se les atrancara ningún bocado en la garganta.

El pensamiento de la pobre labradora no pudo tener un resultado más feliz. Se había evacuado la consulta con entera satisfacción, y el Padre Marquina había dicho, que, si bien todas las cosas dependen de Dios y nadie sabe con certeza lo que ha de suceder en los accidentes de la vida, los hombres deben poner de su parte cuanto puedan para conducir sus actos á un fin útil y bueno: que desecharan preocupaciones é ideas supersticiosas, por ser pecados contra la fé, y que, teniendo confianza en Dios y en la Virgen que no quieren ni pueden querer nada malo para el hombre, siguieran trabajando con la constancia y diligencia de siempre, porque únicamente de ese modo es como se obtiene la bendición del cielo.

Tal fué la parte doctrinal de la consulta; y sobre lo de no haber dicho los señoritos "Dios los bendiga" como lo del ingenioso cuento que hacía fatal un apellido como cualquier otro, el Padre Marquina se rió cuanto pudo, lo que sirvió de gran consuelo al tío Gaspar, que satisfecho y alegre, volvió á su casa, llevando la felicidad retratada en su semblante.

La tía Nicasia subió al camaranchón más de veinte veces á dar vueltas á sus gusanos, y siempre que bajaba estaba más contenta, porque parecía percibir el aumento de las orugas por segundos con el continuo roer de las hojas que producía un ruido monótono y estridente en la habitación.

Así se pasó el día hasta que llegó el momento de cojer la hoja, y mientras el tío Gaspar se quedó al cuidado de la casa, la mujer y sus dos hijos, acompañados de algunos mozos de labranza, se dirigieron hácia las moreras.

Colocaron los bancos junto á los troncos de aquellos árboles, y los mancebos se encaramaron sobre las ramas, mientras la madre y la hija recibían en grandes cestos lo que era comida y manjar del gusano de la seda.

¡Qué cantares entonaban aquellos labradores, al arrancar puñados de verdes y frescas hojas!

Notas dilatadas y agudas que tienen algo de semejanza con la "malagueña de la madrugada," y con el especial y sentido canto con que las madres adormecen á los niños, salian de aquellas gargantas, dispuestas á celebrar la alegría de la tia Nicasia, que parecía haber rejuvenecido diez años desde que desaparecieron los temores que le habia hecho concebir su pobre y atribulado marido. El morisco "canto de la hoja," original y únicamente oido en la huerta, á la vez que entusiasmaba y distraia á los trabajadores, ensanchaba el corazón de la anciana labradora y llevaba mil agradables ideas á su fatigada imaginación.

En vez de un porvenir negro, de un año más de privaciones y angustias, veia á sus gusanos salir hermosos de la última dormida, arrastrarse luego por los espartos del atochar, y subir sin ahorcarse hasta excoger el sitio donde habian de tender los primeros hilos de sus redes. Después los contemplaba con aquella hebra sutil, salida de su boca, fabricar lentamente el capillo, envoltura compacta é impenetrable donde habian de encerrar sus cuerpos para transformarse en brillantes mariposas. Luego, ella y su hija desembojaban, arrancando cuidadosamente de los espartos el delicado capillo y amontonándolo en grandes sábanas limpias que al dia siguiente habian de ser envueltas en unas como redes de delgadas sogas, para ser conducidas á las fábricas donde se comparian á buen precio.

Y en aquel sueño de color de rosa, miraba ya completo el ajuar de la hija que iba á ser pedida en matrimonio, pagado el amo de las tierras que bastante paciencia y necesidades tenia, satisfechos los repugnantes sayones del fisco que la asustaban con su presencia, y todos contentos y felices, bendiciendo y alabando á Dios que los habia protegido y al Padre Marquina que habló como un sábio y como un santo.

¡Qué hermosa es la esperanza!

Figurábase la pobre mujer que la tarde era más clara que nunca, que las nubecillas amarillas y rojas del poniente tenían una hermosura jamás vista, que el viento vertía más aromas y más encantos como si hubiera recogido todos los perfumes de la primavera, que los pájaros cantaban con mejor voz al revolotar por entre los cerezos que columpiaban

su fruto semejante á racimos de coral, y que las florecillas silvestres de los senderos vestían galas desconocidas, como si sobre aquellas hojuelas tiernas y diminutas se hubiera derramado el aliento de un arcángel.

Toda esa exaltación producía en su cerebro el "canto de la hoja," y es que la música natural y espontánea de los hombres, lo mismo que los trinos que lanza el ruiseñor en las copas de los naranjos en las claras noches de luna, tiene un algo inexplicable que eleva al alma y la transporta, excitando la fantasía y haciendo que las ilusiones se desborden y hasta que por un momento se olviden todos los sinsabores y amarguras de la vida.

Algo de eso soñaba también el tío Gaspar sentado en una silla junto á la puerta de su barraca.

El susto que había llevado fué grande: pero el consuelo que sentía después de la consulta era superior; y ya echaba el hombre sus cuentas con el producto cierto de aquella seda tan suspirada, y muchas veces, pensando en alta voz, como si estuviera conversando con alguna persona, decía, levantando los brazos y golpeando el suelo con el pié:

—Más de veinticinco... ¡unas treinta arrobas de capillo!

LA MONA

I.

A tarde no podía ser más risueña ni más apacible. El cielo semejaba un inmenso tul azulado, sin una nubecilla que empañara su limpidez, y un céfiro, ligeramente tibio y profusamente cargado de perfumes, mecía blandamente las hojas de la exuberante arboleda y los tallos de las flores que destacaban sus irisados pétalos entre un verdadero mar de verdura.

Las estribaciones de la azulada montaña adornaban sus umbrias con hierbecillas silvestres, como graciosos bordados que hacían resaltar la aridez de los calvos peñones, y á los pies de la formidable masa granítica extendíase la murciana huerta, verdadero oasis que riega y fertiliza el Segura, y cuya magnificencia y esplendor no reconoce rival entre todas las vegas de España.

Comenzaban los días de Abril, y para formarse una idea aproximada de la tarde á que me refiero, basta con expresar el mes y la región, pues sólo esos nombres dicen más, tratándose de Murcia, que cuanto pudieran manifestar las frases inspiradas de los poetas ó las combinaciones pictóricas de los artistas.

¿Qué mucho que, siendo esa tarde la primera de la Pascua de Resurrección, y tratándose de una costumbre inmemorial á la que rinden fervoroso culto los murcianos, se prepararan éstos á festejar el día con una de esas meriendas opíparas que recuerdan en cierto modo la opulenta comilona de las bodas de Camacho?

La familia de D. Tadeo Fuentes era la que siempre se había distinguido en la celebración de la clásica merienda. Recordaba que desde sus abuelos, ninguno de cuantos llevaban el apellido Fuentes había dejado un solo año de comer la *mona*, salvo en las tristes circunstancias de algún duelo, excepciones que confirmaban la regla general y de las que ninguna familia podía considerarse excluida, por no ser Murcia país de Matusalenes, sino que allí lo mismo que en otra parte cualquiera, cada *quisque* venía de cuando en cuando á pagar su tributo á la débil naturaleza mortal.

Aquella familia estaba loca de contento, como siempre que llegaba el memorable día, y no porque D. Tadeo, el inspirador de tales expansiones, fuera bullanguero y *juelguista*, sino porque la cosa tenía atractivos suficientes para alegrarse, ya que sólo se podía disfrutar una vez al año en el dilatado espacio de doce meses.

En aquella ocasión D. Tadeo dejaba de ser lo que era. De hombre grave, formal, metódico y circunspecto, se trocaba en un muchacho casi travieso que sólo piensa en diversiones de cierta índole, y daba gusto de ver cómo reía y charlaba desde veinticuatro horas antes, gozando con los preparativos de la fiesta y viendo el alma verdadera de la gira.

Y es que D. Tadeo, amante de sus hijos, como pocos padres, no perdonaba ocasión de proporcionarles distracciones honestas y lícitas, y al ver como disfrutaban aquellos tiernos pedazos de su corazón, sentía una satisfacción inmensa y no podía disimular el regocijo que experimentaba.

No dejaban de tener parte en la alegría del buen señor los rigores con que se trataba á sí propio en toda la Cuaresma y especialmente en la Semana Santa, rigores que alcanzaban á su esposa y cinco vástagos, entre los que sobresalian dos ramas hermosas y robustas, ó sea dos hijas de diez y ocho y diez seis años respectivamente. Y es porque aquel bondadoso padre era cristiano en toda la extensión de la palabra, sin mistificaciones como algunos que se dicen tales, creyendo y acatando lo que les gusta y desechando lo que les parece duro, por no acoplarse á sus ideas políticas ó sociales, pretendiendo dogmatizar á lo progresista y formarse una religión á su modo. D. Tadeo, al tratarse con el rigor que digo, no lo

hacia por tacañería ó pobreza, sino que, por espíritu religioso templado y racional, hacia que en el tiempo cuadragesimal los ayunos se observaran fielmente, y en la Semana Mayor se daban él y sus hijos una pasada tan grande de ayunos y vigiliás, que llegaban al Sábado medio consumidos de debilidad y con un hambre capaz de devorar un carnero por persona en menos del tiempo que se emplea para decirlo.

Ya se vé, comer carne, mucha carne, y poder mezclarla con pescado sin infringir ningún precepto de la Iglesia y de la higiene, era algo que se debía tener en alta consideración. Y luego pasar una tarde feliz entre amigos de ambos sexos, gastando bromas de buen tono, corriendo por la montaña y charlando á más no poder, no era cosa baladí, tratándose de una familia de morigeradas costumbres que no se permitía otras distracciones que un paseo por la Glorieta ó el Malecón cada ocho días, alguna visita de vez en cuando, una ó dos noches de teatro entre la semana si la función era de las buenas, y algún rato de Casino en los bailes de primera hora, de esos que llaman "matinée," y que sólo se verifican durante el otoño y parte del invierno, en el salón del café y á la terminación de los paseos.

D. Tadeo, para hacer más apetecible la merienda, solía fingir dificultades desde el principio de la Semana Santa.

—Este año probablemente no habrá moua,—decía una noche en que la familia despachaba la frugal colación, como complemento del forzado ayuno.

—¿Y por qué, papá?—preguntó extrañada la encantadora Julia, el mayor de sus retoños.

—¡Estaría bien!—añadió Pepita que era la segunda de las hermosas muchachas:—sería el primer año que la familia Fuentes dejara de celebrar la Pascua, de la manera que lo hemos hecho siempre.

—Es que todos los años no pueden ser iguales,—contestó el jefe de la familia, con cierta seriedad, cerrando los ojos para no reirse:—los quehaceres, los negocios, los asuntos...

—¡Buenos asuntos y negocios, que no podran esperar unas cuantas horas, y más tratándose de un día de fiesta en que el trabajo está prohibido?—replicó Pepita, exhalando un

suspiro de disgusto y cesando de masticar unos trocitos de patatas que tenia aprisionados entre sus mandíbulas.

—Ahí verás, hija, ahí verás si son urgentes y de importancia, cuando no puedo respetar ni aun el dia festivo.

Julia miró angustiada á su mamá, como buscando auxilio contra aquella inesperada innovación de D. Tadeo. Pero la mamá, enterada sin duda del fingimiento de su esposo, permaneció muda, aunque en su semblante se retrataba algo así como esperanza que la hija en su disgusto no supo descifrar por el momento.

Siguió un silencio breve que fué interrumpido por el grave progenitor.

—Todo lo más que yo puedo hacer en obsequio vuestro,—dijo,—es que comamos la mona aquí en casa, pero nosotros solos.

—¡Tóma! pues para eso,—exclamó Julia,—no necesito yo ese dia ni ningún otro. Con comer lo que yo quiera y á la hora que me parezca, no tengo por qué pensar en meriendas en Sta. Catalina ó en el Valle, para venir luego á recibir una negativa tan desagradable como ésta.

—Y yo que tantas cosas habia combinado con la familia de Pérez y con mi amiga la de López,—dijo Pepita, medio saltándosele las lágrimas,—me voy á quedar lucida, sí, me voy á quedar lucida.

—¡Y que tiene lances la mona en la casa!—saltó el hijo mayor, joven de catorce años, que hasta entonces no habia hecho otra cosa que observar y comer á dos carrillos.

Tras esta exclamación tan natural, los dos niños menores exhalaron gritos de protesta, y acto seguido cada cual comenzó á decir lo que tuvo por conveniente, levantando todos la voz hasta el punto de que nadie llegaba á entenderse.

La madre, para conjurar aquella pequeña tempestad y no dejar entrever lo que era broma de su esposo, impuso silencio, y una vez restablecido éste, dijo con cierta sonrisilla que á todos dejó satisfechos:

—¡Bueno! ¡bueno! lo que haya de hacerse, corre de mi cuenta. Dejadlo á mi cargo, que la mona será doade deba ser: este año me toca á mí disponer lo que convenga á nuestro gusto y á nuestro bolsillo.

No quedaron más tranquilas las aguas removidas por Eolo en la tempestad que Juno desató contra Eneas, cuando Neptuno pronunció el terrible *quos ego*, que los ánimos de las encantadoras muchachas con las palabras de su madre, y poco tardó en saberse que aquella oposición de D. Tadeo era simulada, y cuando la semana finalizó, veíase al jefe de la casa dar órdenes y disposiciones para que la mona fuese una señora mona en toda la extensión de la palabra, mejor aun que en los años anteriores.

La familia de Pérez, la niña de López y algunos otros amigos y amigas habían entrado en el convite, con alegría de Pepita y de Julia, y cuando llegó el ansiado momento, dos ómnibus, repletos hasta la exageración, comenzaron á rodar por las adoquinadas calles de Murcia, saliendo á poco á las frondosas alamedas que unen la huerta con la población, y dirigiéndose á la vecina montaña por el destartalado y tortuoso camino de Sta. Cataliná.

¡Qué animación por todas partes!

Brillaba el sol en la cumbre de los cielos con esa luz ardiente que hace circular la sávia en los vegetales y la sangre con mayor rapidez en las artérias, y quebraba sus rayos de oro en los verdes naranjales de los huertos y en las mieses que ondeaban como las aguas de tranquilo lago. Las casitas de los labradores, semejando grupos de blancas palomas medio escondidas entre los emparrados que las sombrean y las arrogantes palmeras que las circundan, harmonizaban el espléndido paisaje, cortado á trechos por caudalosas acequias que se deslizan mansamente por entre espesas y rumorosas cañas, nidos eternos de ruiseñores y albergue de mil pintadas y canoras avecillas, ó por entre tablares de frescas hortalizas que parecen á lo lejos inmensos mantos de esmeralda.

Por el ancho camino volaban, más bien que corrian, ómnibus y tartanas en profusión, dirigiéndose también á la montaña, para celebrar allí la tarde con la anual merienda.

Del interior de los vehículos escapábanse de vez en cuando gritos de alegría. Alguna guitarra, rasgueada por mano experta, acompañaba coplas de esas que sólo el pueblo sabe cantar en sus expansiones; y entre el ruido de voces, campanillas y cuerdas vibrantes, solía atronar el espacio nutrido co-

ro que á pleno pulmón repetía los áires de las zarzuelas de *tres perros*, sin que faltaran canciones que la buena moral no hubiera aceptado sin cortapisas ó aditamentos.

D. Tadeo y los suyos caminaban como ajenos completamente á cuanto les rodeaba. Su alegría no era escandalosa sino culta y como conviene á personas de buena educación: alguna coplita á media voz: algun coro piano y sin alarman-tes notas: conversación festiva y de términos correctos: re-truecanos y equívocos de irreprochables formas: todo eso y nada más era lo que se permitía aquel alegre batallón de se-ñoras y caballeros en la amistad casi fraternal que en aquel momento los unía.

Cuando los ómnibus pararon en lo alto de una cuesta que termina al pié del monasterio de Sta. Catalina, D. Tadeo mi-ró su reloj.

—Son las tres y media,—dijo;—tenemos tiempo sobrado para recorrer estos parajes, y mientras unos buscan un sitio á propósito, nosotros haremos apetito triscando por esas peñas y vericuetos.

Con evidentes muestras de aprobación se acogieron aque-llas palabras, y mientras las domésticas, guiadas por las ma-más, cargaban con las cestas y embalajes, disponiéndose á excojer un sitio de condiciones cómodas para la merienda, la gente jóven, á las órdenes del veterano D. Tadeo, entróse por la ancha esplanada de los terevintos, no sin haber antes refrescado sus secas fáuces con los caños cristalinos de la fuente que hay junto á las tapias del solitario y poético re-cinto.

Julia y Pepita estaban más encantadoras que nunca. El viento puro de la montaña, oreando su aterciopelada faz, ha-cía asomar á sus mejillas colores de púrpura, como si un gi-rón del rosado manto de la aurora quedara allí prendido para aumentar la natural y espléndida belleza que las ador-naba.

Los pollos galantes excogieron parejas á las que ofrecían su brazo y empuñaron las sombrillas para preservar á las da-mas de las molestias de los rayos del sol. Tocóle á Julia un mancebo, que la casualidad puso á su lado, el cual mancebo, arrogante de figura y bello como un Apolo de Bellveder, pa-

recía como una media naranja muy a propósito para completar la otra media y formar el preciado fruto, que tanto hermosea la riquísima y profusa vegetación de la huerta murciana.

La tarde, pues, no podía presentarse mejor.

Veinte veces y en ocasiones distintas, habían visitado todos aquel encantador paisaje y la pequeña ermita que se alza junto al retiro episcopal; pero jamás habían encontrado allí los atractivos que entonces ante sus sentidos se presentaban. Parecía que los olivos de las laderas exhalaban perfumes de azucenas y rosas: el verde que festoneaba los áridos peñones que se alzaban por todas partes, fingía bandas de terciopelo ó mullido tapiz que convidaban al asiento y al descanso: la huerta, que á trechos se dejaba ver por entre los claros de los montículos, semejaba una visión fantástica é indescriptible, y hasta el rezo monótono de los frailes que resonaba entre las alamedas de los terebintos como un eco sepulcral, tenía en aquel momento algo como de dulzura celeste, algo como de suspiros arrancados á las harpas de los ángeles.

Y es que, aprovechándose de las ocasiones, el pícaro amor comenzaba en aquel momento á hacer algo de las suyas, con esas mañas que él suele buscar, y ya se sabe, si hemos de creer á los poetas que nos lo han dicho repetidas veces, que el amor embellece cuanto toca, y consigue con la magia de su aliento que las arideces se tornen en fértiles oasis, y lo que es hermoso por sí mismo resulte fascinador y hasta sublime.

¿Qué mucho que Julia y su acompañante, al sentir por el contacto de sus brazos algún latido más fuerte de lo regular allá por las interioridades de su pecho, encontraran lo que veían, bañado en otra luz más esplendorosa, y que á los encantos de la naturaleza añadieran los de la fantasía, hallándose la imaginación dispuesta para todo género de exaltaciones?

La comitiva corría de risco en risco, sin experimentar cansancio alguno, y pronto los cantos comenzaron á poblar los aires, á la manera de los pájaros cuando la alegría llena su corazón.

De Sta. Catalina pasaron á la Luz.

¡Qué divertidos encontraron unos y otros los difíciles sen-

deros, al borde de los barrancos y precipicios, sintiendo de vez en cuando las agujas de los pinchosos cardos ó de los palmitos silvestres!

La Luz, con su umbroso bosque de añosos pinos, con sus aguas sin rival filtrándose entre las peñas y con su iglesia chiquitita, que parece un juguete de niño, era un Edén en miniatura, un retiro tan poético como no pudiera soñarse otro mejor ó siquiera igual para pasar una hermosísima luna de miel.

Desde lo alto de una roca, donde se sentaron para descansar y reponerse un tanto de la fatiga que les produjo la caminata, contemplaron el inmenso panorama que desde allí se descubría. A la derecha, la Fuensanta, medio velada entre parduzcos peñones, elevando las agujas de sus torres blancas como el alabastro: sobre las colinas de la espalda del santuario, el antiguo convento de los Teatinos rodeado de abundante arboleda, retiro delicioso que parece olvidarse del mundo, y hoy convertido en propiedad particular: al frente, cañadas de olivos que se espeñaban hasta confundirse con la masa de verdura de la huerta y ocultándose á trechos entre los repliegues de la montaña: á la izquierda y casi debajo de la Luz, Sta. Catalina, destacándose á la vista de pájaro la explanada de terebintos y el jardín del monasterio, cuajado de ahazar, cuyos aromas se mezclaban al acre olor de los tomillos silvestres: más allá el Valle de S. Juan, delicia abandonada entre las soledades del monte: y por último, á los piés de Sta. Catalina y el Valle y sobre el pintoresco pueblecito de la Alberca, el famoso Verdolay lleno de quintas de recreo, futuro Biarritz como creen algunos murcianos, y acaso el sitio más hermoso que puede encontrarse en la provincia para pasar un verano cómodo, fresco y divertido.

Julia y su acompañante estaban locos de contento: la comitiva gozaba con el ánsia del hambriento que satisface el apetito que le atormentaba, y D. Tadeo se frotaba de cuando en cuando las manos de gozo, y animaba á la gente, convertido en un muchacho.

—¡Qué! ¿va habiendo ya apetito?—preguntó el jefe de la expedición cuando la gente hubo descansado un poco en aquella roca.

—Alguno se va sintiendo,—contestó una voz en la última fila.

—Pues yo tengo aún poco,—exclamó Julia, sin darse cuenta de lo que decía.

—Es natural,—dijo una jamona no despreciable que se encontraba á su lado:—entre el estómago y el corazón no hay siempre equilibrio y muchas veces van desacordes.

Julia comprendió la indirecta y su rostro se encendió como la amapola, lo cual indicó á su acompañante que el camino estaba á medio hacer y que con un poco más de trabajo, podría andar sobre él sin dificultad.

D. Tadeo volvió á mirar á su reloj, y dijo:

—Las cinco: ¡ea, pues! en marcha. Mientras llegamos y se prepara la merienda, las seis, hora la más á propósito del mundo para que todos tengamos ganas de comer.

II.

¡La mona! ¡la mona! Palabra mágica que lleva á cien familias distintas al fondo de la montaña, buscando cerca de los frescos manantiales la sombra de un frondoso olivo ó de un copudo garrofero (algarrobo) para celebrar la Resurrección de Cristo con bocados succulentos, tendiendo allí sobre el duro suelo los blancos manteles y cubriéndolos con viandas apetitosas.

Y ahora comprendo que la moderna costumbre de conmemorar ciertos actos públicos ó de festejar á muchos hombres notables con banquetes y comilonas, no son innovaciones francesas importadas á España por los glotones y los progresistas. Lo que se ha importado es la parte mala, es decir, el aparato, el bombo que las acompaña y el fin especial á que tienden, introduciendo una moda que no siempre favorece al estómago y que por aditamento desarrolla las perniciosas propensiones al vicio de la gula.

Pero ya se vé, en nuestro afán de atribuirlo todo á los extranjeros y de copiar hasta lo más ridículo de Francia, nos olvidamos de nosotros mismos y hemos insultado la tradición y apedreado el sentido común, todo por hacernos la ilusión de que España prospera y marcha rectamente por la vía del progreso.

Yo, sin negar que algo bueno hemos tomado de los extraños, y concediendo que poseemos no escasos adelantos materiales que nos hacen acreedores á tener parte en el concierto de la civilización universal, negaré que marchemos siempre por esa recta vía del progreso. La desmoralización cunde entre nosotros de una manera rapidísima: el anarquismo, alentado por los malos gobiernos, ha llamado más de una vez á las puertas de la pátria: y por si ésto no fuera bastante para hacernos ver que retrocedemos en vez de avanzar, obsérvese como de tiempo en tiempo saltan en el campo de la política un Gamazo o un Moret, ese par de Garibaldis de la hacienda y de la diplomacia, cuya historia, desgraciadamente, ha quedado bien impresa en el corazón de los españoles.

Pero noto que de idea en idea mi pluma vá desliziéndose insensiblemente hasta ocuparse de asuntos que tienden á romper la ilación de estas consideraciones, y preciso es ordenar y encauzar la digresión, volviendo al principio, con objeto de que estos párrafos no desentonen de cuanto pueda referirse á la célebre merienda conocida con el nombre de la *mona*. (1)

El pueblo cristiano ha celebrado siempre las grandes fiestas de la religión, con algo que toca al estómago muy directamente. Cuando se trata de los misterios de la pasión y muerte de Cristo, ahí están los ayunos y vigilijs: cuando se trata del nacimiento del Redentor del mundo, los festejos de

(1) El origen de la palabra "mona," tratándose de estas meriendas es difícil de averiguar. Ha llegado hasta nosotros así sin que sepamos que tenga relación alguna con el acto, ni tampoco con el hnevo cocido y puesto en un trozo de masa especial, según se describe en la presente escena.

Hay quien asegura, y tal vez no le falte razón, que, como en esas meriendas los comensales suelen excederse en la bebida, toman una "mona," palabra con que graciosamente el vulgo bautiza al hecho de emborrocharse, bien sea por causa de una comida en reunión ó por cualquier otra distinta.

Si así fuera, bien podemos decir que nuestros antepasados cargarían bastante de alcohol, cuando por tal motivo pasó á denominarse un acto por el abuso de una parte del mismo, lo cual nos hace creer que lo principal en las meriendas que después se llamaron "monas," debió de ser no la comida, sino empinar la bota para aturdirse y sufrir las consecuencias de la embriaguez.

la Navidad, con sus tortas y pavos, mantecados y turrone, llevan grabado un sello especial que los caracteriza. ¿Qué mucho que el misterio de la Resurrección se celebre también con banquetes, y que éstos sean modestos y rústicos, como acontece en Murcia y en otras poblaciones?

Una comida de este género verificada en la habitación de una fonda ó en el comedor de una casa particular, es una merienda sin fuste. La tradición, queriendo conservar la poesía del acto, ordena y manda que sea el aire libre, bien en los cercados de la huerta junto á los verdes habares que el pueblo, sin saber por qué, llama el *prendimiento del Berrugo*, bien en las escabrosidades del monte que es á donde acuden mayor número de familias.

Hay que advertir que estas meriendas están caracterizadas por tres cosas; la primera es que los comestibles han de ser fiambres precisamente: la segunda la constituye una ensalada especial compuesta de diferentes elementos aperitivos, y la tercera es la mona, masa azucarada y esponjosa con unas tirillas cruzadas que sujetan un huevo cocido. Dentro de estos comestibles característicos, cada grupo de familias introduce las variantes que tiene por conveniente, con arreglo á su gusto ó á su bolsillo, sin que falten partidarios de grandes cestas de habas verdes ó de frescos cogollitos de lechuga.

De todo ésto llevaba la familia de D. Tadeo, y además unas botellas de vino de Jumilla de superior calidad, para alegrar los corazones y darle lo suyo á la mona.

Sentóse la comitiva, cuando llegó el momento ansiado, en un ribazo medianero entre el Valle de S. Juan y Sta. Catalina, sitio escogido como el más cómodo y mejor de cuantos el terreno ofrecía.

A distancias más ó menos cortas, pero viéndose todos perfectamente, habia como una veintena de análogos merenderos, y algunos de los comensales que ya habian dado fin á los no escasos fiambres y larga bota, completaban la fiesta con los acordes de la guitarra, acompañada de repique de postizas, señal indefectible de báile, como la parte final más propia de aquellas circunstancias.

D. Tadeo y su mujer comian á más y mejor como niños caprichosos, y todos los demás les acompañaban en el batij

de las mandíbulas, á excepción de Julia y su pareja que masticaban despacio y suspendían de tiempo en tiempo su tarea para mirarse furtivamente ó ahogar a gún suspiro en el fondo de su garganta.

Bien decía la jamona: había desequilibrio entre el corazón y el estómago. y el apetito, por ende, no se mostraba en toda su intensidad. ¿Hay algún alimento mayor que el de las simpatías, cuando las acompaña el deseo inexplicable que sienten dos espíritus, llenos de ilusiones y ajenos á los desengaños, que por primera vez se adivinan y tienden instintivamente á confundirse el uno en el otro?

—¡Ero, Julia, eso no está en el *orden*,— decía D. Tadeo, empuñándose con rapidez una copita del rico jumiliano.

—¿Y por qué, papá?

— Porque comes muy poco, y ya sabes que todo ésto se ha hecho por tí y por tus hermanitos.

— Pero si como lo mismo que un fusionista, de tanto como le hecho al estómago,—exclamó la encantadora niña, recordando aquella frase que había leído en un periódico conservador, y que creyó oportuno encajarla allí, porque suponía que no habiendo otras tragaderas tan grandes como las de esos políticos, el símil era exacto:— hace una hora que estoy dando á los dientes sin parar.

—¿Sin parar... eh?... Aire, hija, aire es lo que tragas. Tú eres de mayor comer, y demasiado sabes que, estando bien el eje que es el estómago, el carro del cuerpo marcha perfectamente. Vaya, una copita de este otro vino que es más dulce; lo he traído por tí.

— Lo probaré por no desairarte, ya que el obsequio es tan directo; pero bien sabes, papá, que me gusta beber poco otra cosa que no esa agua pura.

— Déjela V., D. Tadeo; déjela V. y siga cada cual con lo que tenga entre manos,—interrumpió la jamona que ya comenzaba á tener su tantico de envidia por aquellos amores que se desarrollaban rápidamente ante sus ojos:—hay cosas que alimentan tanto como una abundante comida.

—Qué dice V.—exclamó sobresaltado el papá, mientras Julia bajaba los ojos avergonzada, y el galán pretendiente dirigía á la jamona una mirada severa.

—Nada, nada, decir por decir algo,—contestó ésta con fingida naturalidad, porque había comprendido la imprudencia de sus frases, y no quería alarmar al director de la fiesta.

Serenóse D. Tadeo con la respuesta, y para borrar el pequeño desasosiego que momentáneamente le había acometido, cortó un trozo de jamón en dulce y lo echó en el plato de su hija, sin duda creyendo que así le excitaria el apetito, no dejando el buen hombre, por su parte, de seguir mascando y bebiendo a su placer para dar ejemplo.

Pero las palabras de la jamona y el setintín que las acompañara despertaron en los demás circunstantes la curiosidad y la malicia. Al momento, sin que nadie comunicara sus ideas, todos comprendieron perfectamente la alusión, y la madre de Julia, mirando al enamorado joven, viendo su varonil belleza y conociendo sus antecedentes morales y pecuniarios, exclamó para sus adentros, mientras ordenaba á una doméstica que colocara la ensalada en el centro del mantel:

—Pues á mí no me disgusta que mi Julia deje de comer por ese buen mozo: lo mismo haría cualquier hija de Eva en su lugar, y lo que es buena pareja, me parece que la harían, digo yo, pueden hacerla si Dios quiere echar en ello su bendición.

Este monólogo mental casi lo expresaba con los ojos; que las madres se expontanean fácilmente, cuando creen haber descubierto la felicidad para sus hijos.

Los cuchicheos comenzaron al momento, sin que D. Tadeo se cuidara de otra cosa que de despachar la ración de ensalada que le había servido su consorte. Las risas y chacotas que venían sucediéndose desde el principio de la merienda, se acentuaron más y más, mezclándose las indirectas como una granizada, á lo que contribuía no poco la exaltación que producían los vapores que subían desde el estómago al cerebro.

Cuando la clásica mona se presentó á la vista de los comensales, las ganas de engullir había desaparecido por completo. No obstante, saludaron á la señora con inequívocas muestras de regocijo, sin duda porque bien lo merecía, y algunos jóvenes le dieron un bocadito cariñoso por no desairarla. Tanta era la hartazón que se habían dado los asisten-

tes á la merienda, que no pudieron pasar de esa insignificante aunque cortés manifestación.

Entonces D. Tadeo, queriendo coronar el acto, presentó una sorpresa, que tal puede llamarse, por ser una cosa fuera de uso en esas giras ó meriendas y que fué recibida con generales aplausos: *champagne*.

Los más atrevidos se apoderaron al punto de las botellas, y después de asustar á alguna niña con la explosión de los tapones, comenzaron á escanciar el espumoso y chispeante líquido en las copas, y en un momento desapareció en la elástica vasija estomacal de los concurrentes.

Julia también bebió, con acompañamiento de alguna tose-cita de la jamona que no quitaba los ojos de ella, porque el amante fué quien le ofreció la bebida y la bella Julia, sin aspavientos y sin rehusarla, la aceptó apurándola rápidamente de un solo trago.

¡Oh, lo que desató las lenguas y la alegría aquella inesperada sorpresa del amable D. Tadeo! ¡Qué modo de encomiar al héroe, al alma de la fiesta, y qué fin tan agradable había tenido la mona, después de una tarde deliciosísima, de eterno recuerdo entre la gente joven, y digna de señalarse hasta entonces como la mejor en la historia de cada cual!

El sol hundía su fulgente disco tras las lejanas cumbres de la sierra de Espuña, y el crepúsculo de la tarde iba extendiendo por la montaña un tinte melancólico, dando a las hondonadas de las laderas un aspecto sombrío. mientras los altos picachos, con su color rojo pálido por los últimos reflejos de la antorcha que desaparecía, contrastaban con las bajas onduraciones envueltas en el velo que marcan el término medio entre el día y la noche.

Alzaba su vuelo la brisa, llevando en sus alas los perfumes que arrancaban de las hierbecillas y arbustos de las lomas, y derramábase por el espacio el canto postrero de las aves que revolaban en busca del oculto nido, mezclándose con el sonido de las esquilas de los ganados ó con los ecos de cantares que se escuchaban por los sitios que durante algunas horas habían servido de esparcimiento á la alegre juventud.

Rato hacia que los grupos de los vecinos merenderos habían terminado su obra de engullir, y á medida que cada

cual daba fin á lo suyo, iban acudiendo al punto donde el baile se verificaba, engrosando el espacioso círculo en cuyo centro se agitaban parejas llenas de animación. El pueblo caracterizaba la mona con aquella diversión sencilla, y era de ver cómo las graciosas muchachas, en su mayoría del contiguo pueblecito de la Alberca, terciaban sus mantones y batían entre sus dedos las postizas, mientras sus piés saltaban y trenzaban al compás de la copla que marcaba el movimiento.

Los que formaban la comitiva de D. Tadeo, así que dieron por terminada su misión de apurar licores y comestibles, imitaron también á sus vecinos, aproximándose al baile, haciendo de ese modo tiempo para que las domésticas recogieran y arreglaran en los embalajes los utensilios de la merienda, y á la vez con ánimo de añadir, aunque por pocos momentos, una distracción más á las no escasas de tan alegre tarde, mientras los ómnibus se preparaban en espera del momento de regresar á la población.

Las amigas de Julia se apresuraron á rodear á ésta, felicitándola por sus nacientes amores, no sin que alguna de las que aparentaban mayor sinceridad dejara de sentir su poquito de envidia que le clavaba su afilado diente en las interioridades del alma; pero hasta cierto punto podía tener disculpa aquella tristeza del bien ageno, por las prendas que resaltaban en el afortunado joven que habia logrado despertar grandes simpatías en todas las muchachas casaderas. La jamaña, sobre todo, hacia especiales esfuerzos para demostrar gran interés en favor de la hija de D. Tadeo, y todas sus palabras eran traducción inversa de lo que pensaba y sentía. ¡Era tan natural aquel disgusto en quien veía consumirse su juventud y los restos de su belleza sin esperanzas de salir pronto de una irritante soltería, que la cosa no era para alegrarse!

Lo propio que las mujeres, hicieron los amigos del galán, si bien como más libres para excoger y resolverse en materia de amores y menos dados por tal motivo á entristecerse por la felicidad del prójimo, fueron algo más sinceros en sus manifestaciones.

Julia y el enamorado joven adivinaron al momento, por

lo que oían para sí, lo que los amigos habían manifestado al otro; y el galán, que no cabía de gozo porque consideraba tales muestras de simpatías como un augurio feliz, aprovechó la oportunidad de un pequeño espacio de tiempo en que se encontró solo con la bella niña, y la ofreció galantemente su brazo para acompañarla hasta el coche, con ánimo resuelto de abrir las válvulas de su pasión y dar salida á las emociones de su espíritu.

Entonces, con acento conmovido y palpitante corazón, como escolar que balbucea al principio de un examen, exclamó, agarrándose al cabello único de aquella ocasión que se le presentaba.

—Diga V., Julia: ¿puedo esperar la felicidad de parte de V., haciendo que sea una verdad lo que acaban de suponer nuestros amigos?

Julia miró á su amante de una manera dulcísima, y murmuró en voz baja unas frases, que nadie pudo oír, porque sus vibraciones se apagaron con el ruido de los ómnibus que acababan de llegar.

La noche de San Juan

CÓMO se afanaba Diego en colocar haces y más haces de dorada y resea miés en aquel carro que tocaba con su cumbre en las últimas ramas de las moreras, que se alzaban magestuosas junto á la orilla del camino!

Goteábale el sudor de la enmarañada cabellera que sujetaba con un pañuelo de colores cruzado á la manera de pequeño turbante, y por la entreabierta camisa dejaba ver un pecho musculoso y el nacimiento de un cuello robusto como el de un gigante.

Estaba en aquel momento muy contento de sí mismo.

Aquellos haces apretados representaban el fruto de un trabajo de largos meses: el pan que habia de alimentar á su familia durante mucho tiempo.

Trilladas y almacenadas las espigas y vendido luego el grano á los traficantes, le proporcionarían en breve el pago del rento al dueño de la finca y hasta la tremenda contribución que aun no habia podido abonar al avariento y absolutista gobierno de Madrid, con más las costas por atrasos que los sayones del fisco habian elevado hasta una cifra verdaderamente cruel, á pesar de que estuviera escudada con la legalidad.

Como todavia Gamazo no habia venido al poder, aunque ya sus precursores le preparaban el camino de las "economías," y del "fomento," de la riqueza de la patria, aun quedarían para Diego algunas buenas ganancias, porque Dios habia echado su bendición aquel año, librando las mieses de las plagas y azotes de la naturaleza, si bien, por altos designios de su omnímota voluntad, hubo de seguir permitiendo

las de los hombres al amparo de la malhadada política centralizadora,

Diego, pues, era feliz hasta cierto punto. Aquél era el tercer carro, y sabía que allá en la era su anciana madre y su hermana le esperaban gozosas, para ver concluidas, antes de ponerse el sol, las garberas que los mozos de labranza habían empezado á formar, con objeto de dar principio á la trilla al día siguiente de la fiesta del Santo.

Por aquí y por allá se veían haces en montón que cargaban en otros carros de diferente propiedad para conducirlos á distintas eras, mientras por los senderos que dividen las heredades marchaban algunos muchachos, haciendo el oficio de acémilas, con pequeñas cargas, cuando se encontraba cercano el punto á donde las conducían.

Oíase por todas partes el campanilleo de las mulas que iban y venían ó cruzaban los endurecidos bancales que bien pronto habían de esponjarse al penetrar en sus entrañas el hierro del arado: rechinaban las carretas al paso lento de los bueyes: gritaban los mozos dando órdenes ó conversando á largas distancias: corrían las mozas con la agilidad propia de los floridos años, contestando á los requiebros más ó menos cargados de malicia, y cantares de tonos distintos ó de ritmos diferentes sonaban cerca y lejos, demostrando la alegría de los labradores que, tras un trabajo tan fuerte, esperaban pasar muy á gusto la noche: la velada de San Juan.

Diego terminó al fin la carga y encomendando á un zagal la dirección de la mula, hizo crujir el látigo y marchó detrás del carro que se puso en movimiento hácia la casa del atlético labrador.

Luego ayudó en sus maniobras á los mozos de labranza, y cuando concluyó la faena y pudo contemplar á su sabor aquellas garberas altas y redondas en cuya cúpula ó remate había tenido el capricho de colocar una banderita encarnada, pareció que se le ensanchaba el pecho de gozo.

Después una nube de tristeza enturbió su mirada, y exclamó:

—¡Qué lástima!

Oyó las palabras su buena madre, que había ayudado también á confeccionar las garberas, y le preguntó extrañada:

—¿Y eso por qué, Diego?

—Por ná: demasiao sabe osté que, al mirar esta hermosura de trigo que paece una bendición del cielo, se pone uno con más ganas de llorar que de alegrarse.

—Abora sí que no comprendo.

—¿Que no me comprende osté? ¿Es que habrá nesecidá de dicille, que queramos ú no, tó se ha de golver sal y agua en pocos dias? Si parte de ésto se lo llevara solamente el amo, santo y güeno, porque las tierras son suyas y su dinero le cuestan; pero que vengan luego los fariseos de la contribución... ¡oh!

—Pos sin embargo, hay que dar, en medio de tó, gracias á la Virgen Santísima, por tener este año pa nusotros y pa ellos. Peor sería si no hubiéramos recogío ná como otras veces. Lo que hay que pedille á Dios es salú pa trebajar y que no vengan calamidaes sobre las tierras y sobre las presonas.

—Tó lo que osté quiera, que lo uno no quita lo otro. Pero ¿es que no es una calamidá pagar más de lo justo?

—¿Y qué quieres, hijo? Así caen las pesas, y no tenemos más remedio que conformarnos á la fuerza y dejar que los gobiernos nos saquen dista el saín, si es que no quieren llevarse tamién la vida.

—Si yo cogiera por aquí á esos ministros y á toa esa gente gorda de Madril, los pondría á cavar con una azá, pa ver si dimpués de tanto trebajo les daba gusto que les sacaran las pesetas, pelo arriba, de las correas del cuerpo, como nos las sacan á nusotros.

—Y harías muy bien. Ellos no saben lo que es salir á escardar en una mañana de Enero ni á segar en una siesta de Junio. Ellos no saben lo que es ganarse el pan con las amarguras que aquí se pasan, porque sólo hacen la vida de comer y gozar: pero esas son cosas que ni tú ni yo podemos apañar y no tenemos otro camino que el de bajar la cabeza.

—Anguna vez querrá Dios.

—Si... alguna vez: vamos, riete de eso y de tó lo que te digan. Abora y siempre, ni que mande Pedro ni que mande Juan, el pescao gordo se come al pequeño, y si hoy nos quejamos, mañana vendrá otro que nos hará llorar. Ya sabes lo que se dice: los mesmos perros con distintos collares.

Diego dió en el suelo una patada tremenda, y rugiendo con voz cavernosa, dijo lleno de ira:

—Déje osté que venga la re,...

—¡Cállala y no digas esa palabra, muchacho!—interrumpió su madre, haciendo ademán de poner al hijo la mano en la boca.

—¿Y por qué? ¿Nó leo en los papeles de Murcia que eso es lo que conviene á la nación pa salir de penas?

—No quiera Dios que lo que tú deseas lo veamos otra vez, que bastantes sustos llevé yo con tu padre que esté en gloria. Gente sin riligión y sin concencia, acostumbrará al vaso y al palo... pos güena se armaría si mandara.

Hízose Diego un paso atrás, y levantando la cabeza con energía y golpeándose el pecho fuertemente, replicó:

—Es que yo no soy de vaso y palo, sino un probe trebajaor que cumple con sus deberes, y sabe osté que soy de ellos.

—Tú no eres ná, por más que abora te haiga dao por esas cosas porque te han llenao la cabeza de grillos; pero si te desplicaran bien el moral de lo que lees y de lo que te cuentan, rigularmente te meterías en tu casa, pa seguir trebajando en los bancales y ver la manera de hacer una peseta pa el dia de mañana.

—Le aseguro á osté que el dia en que se arme la gorda...

—Vamos, á callar y pa la casa: ná de gorda ni de flaca, que ya es casi de noche y tengo la minchironá del siglo pa cuando se reuna la gente.

—Pos miste lo que le digo: como San Juan no tié curpa de que haiga en el mundo tantos hombres que debieran estar en presillo y con una caena bien amarraos, dejaré de hablar de sus malas obras. Hace osté bien de mentarme los minchirones, que son los que abora quitan las penas. Ya vendrá el dia de lo otro, y entoces...

Y la madre y el hijo, acompañados de vários trabajadores que se habian aproximado cuando Diego decia las últimas palabras, se encaminaron hácia una casita de agradable aspecto que se encontraba como á unos cincuenta metros á la izquierda de la era.

Los últimos fulgores del crepúsculo alumbraban escasa-

mente aquel paraje, y mientras la anciana labradora se dirigía á encender luz y á preparar la cena, Diego descolgó de junto á la cama de su madre la guitarra adornada con lazos, y salió á la puerta, sentándose en un poyo rodeado de olorosos dompedros, á cuya espalda se columpiaba el ramaje de esbeltos melocotoneros y de algunos granados en flor.

Allí comenzó á templar las cuerdas del instrumento morisco, sin cuidarse de los trabajadores que ya habían tomado posición en anchas sillas ensogadas, y poco después dejó oír su vibrante voz, entonando cantares dulces y melancólicos cuyos ecos se difundían en alas de la brisa juguetona.

Las penas á los veinticinco años son escasas, y cuando la tranquilidad de conciencia acompaña á los actos de la vida, los sinsabores pasan sin dejar apenas en el corazón la señal de su rabiosa mordedura. Nublados fugitivos que enturbian el cielo momentáneamente, se deshacen cuando una ráfaga de viento los empuja, y luego reaparece el sol esmaltando el horizonte con los rayos de su luz bienhechora.

Tal acontecía á Diego, exacerbado pocos momentos antes por las consideraciones á que se prestaba la comparación que había hecho entre el poder central, avaro y sordido como la muerte, y el pueblo trabajador, generoso y sufrido. Unas cuantas notas de su guitarra habían bastado para devolverle la alegría, como basta una ráfaga de luz para alegrar los campos entristecidos por la obscuridad. La fuerza de la juventud, las ilusiones y la paz del alma se sobreponían por su grandeza propia, y allá iban suspiros, ayes y arrebatos amorosos sin sombra de recuerdos amargos ó tristes, como tropel de mariposas que se desparraman en un jardín confundiendo los colores de sus brillantes alas con los irisados pétalos de las arrogantes florecillas.

Apenas había acabado la tercera copla, cuando su hermana, muchacha frescota y limpia, colocó una mesita á pocos pasos de la puerta, cubriéndola con un tosco pero blanco mantel. Volvió luego y puso sobre aquella cubierta un enorme pan moreno, del trigo de la casa, y una botella de vino de esas de *pitorro*. Cortó el pan en anchas y gruesas rebanadas, y acercó una silla donde se sentó.

Entonces la madre salió á la puerta y colocó en el centro de la mesita una fuente de fritada olorosa y humeante, y tomando otra silla, dijo con el tono más alegre del mundo:

—Vaya, á cenar, muchachos.

Ante aquella santa palabra, Diego paró de cantar y se acercó á la mesa: los trabajadores lo imitaron.

Agrupáronse todos al rededor de la excitante fritada, guardando, segun uso y costumbre, una gran distancia entre los cuerpos y la mesa, y cada uno, sacando del fondo de la faja una navaja de largas dimensiones, tomaron un trozo de pan y pinchaban la carne frita, sirviéndose del arma para imitar el tenedor.

La madre y la hija sopaban con los dedos, levantando el meñique al mojar el trozo de pan en la fuente de la fritada, y chupábanse la punta del pulgar al introducirse en la boca la carne prendida, como si los labios estuvieran destinados á hacer el oficio de una servilleta.

Masticaban despacio, como gente que no tiene prisa de fatigar el estómago ni los dientes, y de vez en cuando y observando riguroso turno, la botella se empinaba, entre los hombres solos, dejando caer sobre las bocas á “cañete” el chorro del encarnado líquido.

No escaseaba la conversación entre bocado y bocado, y se hablaba de la “hermosura” de la cosecha y de la trilla que comenzaría al día siguiente del de San Juan, y de los preparativos que habia que hacer para que todo estuviera bien dispuesto. Tampoco faltaban frases sobre la república, sobre las irritantes y crecientes contribuciones y sobre la tiranía del gobierno de Madrid que con nada se veia hartó y satisfecho.

Cuando la fritada concluyó de pasar á los estómagos, la madre de Diego, con una agilidad mayor que la que sus años le permitian, de dos saltos entró en la casa y volvió con una enorme fuente de habas cocidas y aderezadas con sal y pimienta, amen de un pimentoncillo picante, de esos, que la gente de bronce llama cornetas, para hacer el vino más apetitoso.

—Aquí están los minchirones,—dijo.

Y mientras los mozos metian la mano y sacaban puñados

del típico comestible de la noche, la muchacha llenó de nuevo la botella de vino. Las cabezas comenzaron á excitarse y la alegría se aumentaba por momentos.

No hay que decir si les parecería rica aquella bazofia que tantos prosélitos tiene entre los murcianos de dentro y fuera de la población, y que es un aliciente de primera clase para remojar á menudo las tragaderas con el zumo de la vid.

Comian, hablaban y reian sin orden ni concierto, excitados por el comestible y el vino, y cuando la luna clara y serena apareció en el horizonte, la saludaron estrepitosamente, como anhelado farol que habia de alumbrar la fiesta de aquella noche.

—Vaya, muchachos, seguidme,—dijo Diego.

Y dirigiéndose á un bancale lejano, perfectamente segado que se hallaba al otro lado de la casa y á una distancia doble que la casa de la era, los trabajadores empezaron á formar una pira de ramaje seco y de combustibles de todas clases, con el propósito de encender una hoguera cuando el instante llegara, habiendo calculado previamente el espacio intermedio, para cerciorarse de que la hacinada miés no corria el más ligero peligro que pudieran ocasionar las llamas. Hecha esta operación, volvieron á la puerta de la casa, y entonces la guitarra se dejó oír por segunda vez en las manos de Diego.

Acudian por todas partes vecinos y amigos. La gente de buen humor se presentaba en avalanchas, lanzando exclamaciones de júbilo. Las muchachas, frescas y alegres como las mañanas de primavera, hacian sonar desde lejos el castañeteo de sus postizas, acercándose en numerosos grupos, y en muy poco tiempo toda la esplanada se vió llena de los que habian de ser á la vez actores y espectadores de la velada.

Pronto comenzó el anhelado baile. Las arrogantes mozas, luciendo sus sayas de colores pronunciados para armonizar con los de la abundante vegetación, saltaban al compás del sonoro instrumento, formando parejas con los hombres y dando á la malagueña todo lo suyo en variaciones graciosas.

El espectáculo era hermoso é interesante. Aquellas mujeres, que rebosaban de belleza y juventud, encendian la sangre de los mancebos que procuraban seguir las en los trenza-

dos, saltos y vueltas, propios de un baile que no tiene rival.

Menudeaban las coplas, siguiendo una voz atiplada á otra fuerte y robusta, y ya parecía que aquéllo no habia de concluirse, cuando un grito enorme, un ahullido ensordecedor lanzado por un hombre que salió corriendo de la casa, enarbolando una especie de clava como la de Hércules, dió por terminado el primer acto de la fiesta.

—Va de juego, señores,—dijo;—va de juego.

Aquella exclamación produjo un efecto indescriptible, porque los juegos en la huerta son acaso la diversión más grande que se conoce.

Inmediatamente los bailadores se retiraron muy contentos, buscando donde sentarse y empaquetándose con los espectadores que formaban un apretado semicírculo frente á la puerta de la casa.

A poco presentáronse otros dos hombres grotescamente vestidos y con las caras embadurnadas de hollin y harina, y pusieronse á charlar, representando un disparate cómico, una chocarrería de esas que no tienen explicación posible ante el sentido común como los planes financieros de Gama-zo. Tomaban parte en las improvisadas escenas, cuando el caso lo requería, otros personajes de igual catadura, haciendo resaltar las gracias y los chistes con dicharachos que á veces llegaban á un verde muy subido, si bien no faltaban en algunas frases rasgos de aceptable y aun plausible declamación.

Reía la gente á más no poder, y las atenciones todas se concentraban en tan original espectáculo, que era en aquel momento un entretenimiento tan grato como para los espectadores del teatro Real pudiera ser la audición del "aria de las joyas,, cantada por una tiple de primer orden.

Con razón se dice que de gustos no hay nada escrito.

Terminó por fin el juego. Hubo un rato de silencio y descanso, y enseguida comenzó el báile de las parrandas.

Este báile antiquísimo y genuinamente murciano, merece los honores de una descripción, siquiera sea breve. Consiste en dos filas paralelas de bailadores, alternando hombres y mujeres, pero de modo que se correspondan los géneros distintos. Cuando se marca la mitad de la seguidilla, deja el

hombre de bailar con su pareja de enfrente y toma la del costado derecho, con la cual termina la estrofa, cuya conclusión es una parada súbita, quedándose ambos en actitud de abrazarse. A la copla siguiente, el hombre se coloca en el sitio inmediato y repite la misma acción, no terminando el baile hasta que los hombres han recorrido las parejas y vuelven al puesto primitivo. Entonces como una especie de *piu mosso*, se baila el *reial*, que es una serie de saltos dentro del compás que marcan las postizas y que es de un efecto agradabilísimo para la gente de la huerta.

Tras las parrandas se repitieron otros juegos tan disparatados y entretenidos como el anterior, y nuevas malagueñas. Tampoco faltó una *relación*, cosa que suele dejar embobados á los oyentes, porque no pueden comprender cómo un hombre se mete en la cabeza un romance kilométrico (generalmente muy malo y peor dicho) que recita, andando de acá para allá, sin equivocarse en una sola letra.

Calientes se hallaban unos y otros en una nueva tanda de malagueña, cuando Diego prendió fuego á la pira. Estalló de pronto una llama colosal que hizo palidecer á la luz de la luna, y todos los jóvenes y muchachos abandonaron al momento el baile por acercarse á la hoguera.

Chisporroteaba el seco ramaje, y haces de fuego subían y subían tras una columna de espeso humo que se dilataba allá en la altura como un toldo de niebla. Los árboles cercanos semejaban fantásticas visiones con su frente enrojecido y su espalda fuertemente obscura, como si detrás del follaje se agruparan escuadrones de largas sombras que se espesaban y confundían á lo lejos.

Un enjambre de chiquillos saltaba, dando gritos, por la parte menos densa de la pira, alentándose unos á otros y burlándose de los tímidos que creían abrasarse entre las llamas.

El centro de la hoguera parecía infranqueable. Era tal la anchura de su base y tan alto el fuego que despedía, que nadie se atrevía á cruzar por enmedio de aquel horno. Diego entonces, cogiendo una vara larga y récia, semejante á una pica, imitó perfectamente el salto llamado de la garrocha, y pasó de un lado á otro con una ligereza extraordinaria, sin

que el fuego hubiera tenido tiempo de calentarle las piernas.

Repitió la operación varias veces con buen éxito, lo cual alentó á los mozos é hizo que algunos le siguieran; pero raro fué el que tuvo valor para repetir el salto, porque el calor era excesivo y el humo casi asfixiaba al cruzar por la altura.

Durante esta diversión, que podemos llamar entreacto ó preparativo de la última parte de la velada, las mozas, apartadas por completo del peligro y mirando casi con indiferencia el arrojo y valentía de los hombres, dedicábanse á otra cosa que para ellas tenía mayor importancia y esperaban con ansia que el reloj de la Catedral marcara la media noche.

¡Qué cosas habían de ver en aquel momento!

Los misterios de lo desconocido iban á aclararse de pronto. La obscuridad de problemas inexplicables iba á desaparecer por la eficacia de la noche y de la hora. En lo sucesivo podrían darse razones de algo que no comprendían, y hasta les sería fácil responder á ciertas interrogaciones que formulaba la duda dentro de su alma.

Inclinábanse unas sobre las flores á medio abrir, en espera de sorprender secretos misteriosos acerca de amores desgraciados ó felices. Otras deseaban adivinar la suerte de determinadas personas en los movimientos de las hierbas ó en los crujidos de las ramas de los granados y limoneros.

Algunas habían preparado huevos del día para abrirlos sobre vasos de agua fresca, donde habían de tomar la forma de un barco ó cualquier otra, según que indicaran cosas agradables ó tristes.

Por último, algún grupo de hombres y mujeres buscaban higueras negras para hacer pasar por debajo de sus ramas niños lesionados, en la seguridad de próxima y casi instantánea curación.

Y es que la gente de la huerta atribuye á la noche de San Juan una gracia y una virtud divina. Dios habla y obra entonces con un amor especial, dirigiéndose á las criaturas por medio de la naturalera y muestra la alegría de los cielos reflejándose en la tierra, para conmemorar el nombre del precursor de Cristo.

Todo en esa noche es maravilloso y sublime. Las hierbas

medicinales, cogidas en tales horas, tienen una influencia decisiva para la salud: los cantos de las aves que viven en la obscuridad no indican agüeros tristes como en el resto del año: los baladres (adelfas) pierden su amargor y el mortífero veneno de sus flores, para que al siguiente día y á los primeros rayos del sol, las abejas puedan allí libar exquisitas mieles que aumenten la riqueza de sus panales: en una palabra, la noche de San Juan es el reinado de las perfecciones, el conjunto de lo bueno y de lo bello que se confunden en una sola manifestación, la realización de los anhelos del alma, como si el hombre volviera á disfrutar por un momento las delicias que envolvieron en el paraíso á nuestros primeros padres antes de la culpa original.

De pronto, la colosal campana de la Torre dejó oír doce golpes lentos y sonoros, cuyas vibraciones, extendiéndose por la ancha zona de la huerta, fueron á perderse en el espacio. Todos los que esperaban la hora, lanzáronse á sus operaciones, y se oían exclamaciones de gozo ó desconsuelo, según lo que cada uno había adivinado en los augúrios que consultaba.

Ya nadie se acordaba de otra cosa que de los presagios. La mayor parte de los rostros expresaban alegría, y los mozos, atraídos por el griterío, se aproximaron á las mujeres, dejando abandonada la hoguera que ya comenzaba á extinguirse.

Así transcurrió como una media hora, tiempo suficiente para que se explicaran las adivinanzas de unos y de otros y se prepararan todos á retirarse á sus hogares, no sin que el griterío de las mujeres y los ahullidos de los alegres mozos sonaran como una discordante música que repetía el eco por todas partes, y que iban desvaneciéndose á medida que los disueltos grupos alargaban las distancias, alejándose por las múltiples sendas que se perdían entre la profusa vegetación.

Diego se multiplicaba recogiendo sillas y dando disposiciones para que quedaran bien apagados los restos de la hoguera. Hubiera sido una imprudencia terrible dejar un rastro de lumbre, para que una ráfaga de viento pudiera llevar alguna chispa á las valiosas garberas.

Cuando todo quedó tranquilo y la gente hubo desfilado,

la madre y la hermana de Diego se encerraron en la casa. Tenían que madrugar mucho para marchar á Murcia á oír misa bien temprano, y comprar después olorosos eneldos que sólo se ponen á la venta en la mañana del día de San Juan, como las varitas de San José en la mañana del Patrón universal de la Iglesia, ó el tomillo pomposo y fresco en el día de la gloriosa Purificación de la Virgen.

Diego y los trabajadores tomaron enseguida el camino de la era donde habían de dormir sobre mantas tendidas junto á la miés. Era preciso huir del calor, y ser el mismo tiempo centinela de sus intereses.

RIBERA DE SANTIAGO

I

EN el límite oriental de la provincia de Murcia, y separado del azul Mediterráneo por una estrechísima faja de tierra, hay un lago que lleva el nombre de mar Menor, á causa de sus vastas dimensiones, siendo uno de los puntos más frecuentados durante el estío por las familias murcianas y por los habitantes de aquellos fértiles campos que se extienden desde la sierra de Cartagena hasta las huertas oriolanas que indican el principio de la provincia de Alicante.

Allí, junto á las suaves olas que baten con blando murmullo las arenas de la orilla, crecen las vides en rica profusión y se alzan apiñados grupos de palmeras que agitan sus penachos al soplo de la brisa del mar, viéndose á trechos extensos olivares que destacan su verdor obscuro por entre prados de maizales de matices esmeraldinos ó sombrean innumerables caserios que bordan la dilatada llanura con su blancura de nieve. Salpica la salada espuma multitud de trozos de tierra que se internan en el lago, cuajados de fragantes lirios que plantó la mano de la naturaleza, y corren en todas direcciones, por las tranquilas aguas, barcas pescadoras á impulsos de las velas ó de los remos, confundiendo los cantares de los hombres rudos de la mar con los de los sencillos pastores que apacientan sus ganados junto á las mismas olas que vienen á besar el menudo césped de las praderas.

Por una y otra parte la vista pierde en un horizonte inmenso cargado de emanaciones marinas y de aromas de las flores, y vese al norte la poética villa del Pinatar, medio ve-

lada por la arboleda que la circunda, con sus lujosos hoteles, centros de recreo y animación en determinados meses del año, y algo más separadas, sus pintorescas salinas entre los dos mares, á cuyas extensas playas y por la parte del Mediterráneo, acuden buques de alto bordo, para exportar la rica sal que envidian los extranjeros.

Descúbrese al poniente el hermoso pueblo de San Javier, con sus algarrobos y molinos de viento, entre huertos de frutales y cañadas de frondosas higueras, destacándose á su espalda la parda mole del Cabezo Gordo que, á la manera de excrescencia ó de tumor del suelo, se eleva en medio de la llanura, interrumpiendo súbitamente la vasta planicie de la campiña.

Siguiendo hácia el sur y en dirección de la parte más ancha del lago, surge el extenso caserío de los Alcázares, punto principal de reunión para las familias mineras que habitan en la zona del mediodía, y en cuyos dilatados arenales se verifica durante el mes de Agosto una de las ferias más famosas de toda la región murciana.

Más allá la vista se pierde en una confusión de árboles, praderas y casas que se elevan ó se ocultan entre las ondulaciones ó repliegues del terreno, hasta desvanecerse en la lejana sierra azul que lleva en sus entrañas los más ricos filones argentíferos.

A lo lejos y al final de la cordillera que limita y cierra el horizonte, el Cabo de Palos eleva sobre un pequeño promontorio su faro gigantesco que de noche semeja la encendida pupila de un mónstruo escondido en la inmensidad del espacio, y despliégase el lago hácia la parte de Levante, como un espejo de plata bruñida, donde se retrata un cielo purísimo de una brillantez incomparable, digno dosel de la magestad y hermosura del titán que se tiende sobre la arena.

Basta con esta descripción breve y sencilla, para que acaso pueda formar una idea del mar Menor y del bello panorama que desde sus orillas se descubre, la persona que no haya tenido ocasión de visitar la fértil llanura de San Javier ni de pasar un verano al arrullo de aquellas de brisas olorosas, las más frescas que se agitan en las playas meridionales y que hacen olvidar por completo los rigores del estío.

Nada diré de la rica y abundante pesca de mujol, dorada y chirrete que da ocupación á centenares de familias, ni tampoco me detendré á describir las encañizadas que son el sitio donde se come el mejor arroz que guisan manos humanas, ni las diferentes islas del lago, entre las que sobresale la llamada de Benifayó por su profusa caza y el suntuoso palacio de su dueño. Todo eso puede ser objeto de trabajos que tal vez emprenderé algún día y que nada supondrían en los trazados de estos apuntes, hechos para objeto bien distinto.

El punto mejor del lago, el más ventilado y el de más amplias vistas es el conocido con el nombre de Ribera de Santiago, y allí acuden inmensas caravanas de campesinos desde que dan fin á las operaciones de la trilla, formando con los carros de labranza y con telas de diferentes clases y colores, reducidas casetas y tambanillos que recuerdan en cierto modo las tiendas ambulantes de los húngaros, para albergarse durante las horas en que el sol brilla con mayor intensidad ó en los momentos de descanso durante la noche.

Aquella gente sencilla, acostumbrada á las inclemencias del tiempo, cree encontrarse en un palacio al penetrar en las improvisadas habitaciones que apenas utiliza, pues la mayor parte del día, mientras dura su temporada de baños, la pasa remojándose la piel en las olas ó divirtiéndose con sus clásicos báiles, sin pensar en otra cosa que en disfrutar á su manera, ya que por espacio de largos meses se ve atada al terruño, para hacer brotar, á fuerza de sudores, la rubia espiga que simboliza todos sus afanes y toda su riqueza.

Apenas hay familia campesina de aquellos contornos, en el espacio de una legua, que no se encuentre en la orilla del hermoso lago desde las primeras horas del día del santo patrón de la Ribera.

¿Cómo perder el baño de las doce de la mañana, que tiene tanta eficacia para la salud como las hierbas medicinales en la alborada de S. Juan? ¿Cómo omitir la práctica de los enterramientos, que desde tiempo inmemorial se verifican en la tostada arena de la playa, al mandar el sol desde el meridiano sus rayos abrasadores? ¿Cómo, en fin, renunciar á una tradición que recuerda la costumbre de cincuenta generaciones, basada en la devoción al santo Apóstol, si la sombra de sus

antepasados se alzaría de la tumba para maldecir á los que no honraran la memoria del que derrotó las huestes agarenas en la batalla de Clavijo?

El pueblo vive, más que por el presente, por el recuerdo del pasado. Quitádele sus costumbres, y le habreis despojado de su poesía y hasta de su carácter. Borrada de él la afición á lo maravilloso é incomprensible, y le vereis, por su escasa ilustración, confundirse en una masa sin conciencia, aborreciendo cuanto le rodea y siendo un enemigo encarnizado de la sociedad, por lo mismo que se veria inferior y despreciado.

El pueblo rural no tiene teatros donde recrearse, ni puede disfrutar de las diversiones de los grandes centros: carece de libros que lleven con facilidad á su inteligencia lo que se aprende en las Universidades y Liceos, y necesita de algo que satisfaga en parte la ansiedad infinita de su corazón. De aquí que la imaginación tiende á suplir las deficiencias de la facultad intelectual, recreándose en todo cuanto le halaga ó le incline á creer y no pensar, y asintiendo á lo que le fascina y encanta, procurando conservar en toda su pureza lo que le enlaza con la memoria de sus padres ó con lo que le rodeó en los primeros años de su existencia.

Un hijo de la ciudad que se atreviera á decir á los campesinos que el día de Santiago, aparte de su significación moral é histórica, era simplemente uno más en la marcha de la vida y que las aguas del lago continuaban siendo una combinación química de elementos naturales, sin otra virtud que la que poseen en sí desde su primitiva formación, seria mirado como un hereje, enemigo de Dios y de los santos. Decidle también que eso de los enterramientos es una ridiculez, aunque piadosa, y que, si todavía están en lo desconocido muchos remedios de enfermedades, no hay más medicina que la que la ciencia marca, debida unas veces al estudio y otras á la casualidad, y tendreis encima una nube de argumentos de *pañó pardo* que os harán bajar la cabeza, si es que entonces procurais con el silencio no buscaros la enemistad de personas, dignas, por más de un motivo, de la más alta estimación.

La Ribera de Santiago es en el día de su tutelar algo más

que un sitio de festejos ó de descanso para los labradores que buscan el desquite de sus fatigas; es también la vasta sala de un hospital al aire libre, pero donde apenas el dolor se manifiesta con sus quejidos y sus inherentes repugnancias, porque allí todo se vela con la alegría y la esperanza general. Si algún ay de tristeza se escucha en el fondo de las casetas de la orilla, apáganlo el rasgueo de la guitarra ó las cláusulas de las coplas que suenan por todas partes, aunque las postizas permanezcan mudas en los bolsillos de las muchachas, como indicando que los cantares no son para bailar por el momento.

Cada cosa tiene sus horas especiales en tan señalado día, y mientras se atiende á la salud de los enfermos, las diversiones más características quedan como en suspenso hasta que acaba la pesada siesta y vuelven las expansiones y el gozo como las notas dominantes de un festival, único en el año, y esperado siempre con inmensa ansiedad por todos los labradores.

II

El tío Calandria tenía enganchado su carro desde el amanecer.

Su esposa y sus dos hijas mayores habían sacado del fondo del arca sus mejores sayas y pañuelos, y arrinconados *los apargates* para el día siguiente, calzaban zapatos descotados y medias blancas, haciendo sonar con fuerza los duros y empinados tacones, como personas no acostumbradas á pisar con aquel apéndice en la base de sustentación.

Andaban las tres mujeres en preparativos, con una velocidad inusitada, mientras el *zagal de la casa* partía en dirección de la Ribera de Santiago para cumplimentar el mandato de su padre. Una vez colocado en el fondo del carro un colchón sobre el cual había de ir otra hija, muchacha de quince años á quien un agudo réuma tenía privada de casi todo movimiento, cargaron unas alforjas llenas de comestibles y utensilios indispensables para el día, retratándose en la cara de todas aquellas personas una alegría y una satisfacción que contrastaban grandemente con el aire triste y resignado de la enferma.

Cuando todo estuvo en disposición y la casa quedó cerrada herméticamente, montaron junto á la enferma la madre y las hermanas, colocóse el padre en los varales del carro empuñando las riendas con más cuidado que un ministro las del poder, y al empezar el sol á elevarse por entre las parduzcas masas de lejanos olivos, hizo moverse el vehículo hácia la parte del lago, dando principio á una caminata lenta, para no molestar con los vaivenes á la pobre muchacha dolorida que se dejaba conducir dócilmente en busca de la anhelada salud que habia perdido.

El tío Calandria llevaba casi á pulso la pesada mula que no necesitaba de sujeción ninguna para caminar despacio por la poca agilidad y fuerza que sus muchos años le permitian, y las mujeres, para distraerse y animar á la paciente en lo posible, charlaban por los codos y cambiaban frases alegres con los conocidos que encontraban al paso y que á veces andaban más ligeros que aquella mula medio soñolienta.

Cerca de dos horas tardó el carro en recorrer una legua escasa de camino lleno de dificultades, por los baches y pedruzcos que habia que salvar, y cuando las ruedas hollaron la estrecha faja de arena que separa el agua de los fértiles bancales, ensanchóse el corazón del tío Calandria, al ver que habia llegado sin novedad y sin que la enferma exhalara el más pequeño quejido de dolor.

El zagal de la casa los esperaba en un pequeño arenal que se interna en el lago al final mismo de la Ribera, sitio muy á propósito para pasar cómodamente el día, algo alejados del bullicio, y que, por advertencia del padre, el muchacho habia excogido para posesionarse de él antes que otras familias quisieran alegar derechos de ocupación.

Con una ligereza que parecia impropia de quienes habian caminado tan despaciosamente, en un momento desalojaron el carro, bajaron á la enferma y el colchón y arreglaron una tienda de campaña con mantas y lonas, al borde mismo del agua, sin que el más exigente de los *húngaros* de los alrededores hubiera podido poner una tacha á la cómoda aunque reducida caseta.

El tío Calandria entonces, mirando la extensa llanura del lago que parecia una reproducción de la diafanidad azulada.

del cielo, sintió deseos de zambullirse en las tranquilas olas, y dirigiéndose á la familia exclamó:

—¡Qué hermoso está! ¿Nó sus parece que haríamos güenas ganas pa el almuerzo si nos diéramos un remojón?

—Vaya, y que tamién hemos venio pa eso, contestaron á coro las tres mujeres sanas.

—Junema, pos si un baño abora mesmo debe de ser un piazo de gloria,—dijo el zagal restregándose las manos de gusto:—como que tengo ganas de quitarme el tamo de la cebá que he cogío en la trilla y que dinde hace tres dias lo tengo pegao al pellejo dándome una picacera de mil demonios. ¡Digo, y que se tomará mal la mañana!...

—Pos entoces al avío, y no hay que hablar más,—replicó el padre:—vusotras las mujeres os desnudaréis aquí, y nosotros nos iremos al carro á quitarnos la ropa.

Y siguiendo la obra al pensamiento, los hombres y las mujeres despojáronse de sus atavíos en un decir Jesús y metiéronse en el agua, con la separación debida que aconsejaba el pudor, dejando á la enferma á buen recaudo, porque habia de ser objeto de otra operación especial.

Más que un remojón ó un preparativo del almuerzo, era aquel baño para los campesinos un acto de gula ó de avaricia. Movíanse de un lado para otro con un placer infinito, abrazando el agua como si fuera susceptible de contención entre sus manos, jugando como niños para formar copos de espuma, mirando las suaves y rizadas olas con los ojos dilatados como si quisieron sorberlas con sus pupilas; y lanzaban ayes de placer, saltando para recibir impresiones nuevas, sin acordarse del tiempo que volaba, y llenando sus pulmones con aquel áire fresco cargado de eflúvios de yodo que les embelesaba y hasta les hacía olvidarse de sí mismos.

Hubieran permanecido allí hasta la noche, si el estómago no les hiciera conocer su flaqueza; así es que cuando el apetito les manifestó con su mudo pero expresivo lenguaje que estaban en ayunas, vistiéronse rápidamente, y, acto seguido, dieron principio al almuerzo, devorando en pocos momentos unos tremendos panes y varios flambres que habian sacado de las alforjas.

Con el baño y el almuerzo, los cuerpos quedaron tan listos como relojes recién salidos de la fábrica,

Mientras tanto, la orilla del lago seguía poblándose de casetas, y las aguas de bañistas, los cuales, á imitación del tío Calandria, no podían ver las olas sin resistir al deseo de remojarse en el agua. Multitud de carros se aglomeraban en la faja de arena, arrojando de su seno avalanchas de campesinos, y la poco antes silenciosa playa llenábase de bulliciosos y alegres ecos, que se aumentaban con el suave murmullo de las olas, los acordes de la guitarra y el sonante castañeteo de las postizas que, á manera de preludios, movían de cuando en cuando las incansables mozas recién llegadas.

Esta alegría contagió á las hijas del tío Calandria, que sólo necesitaban un pretexto, por insignificante que fuera, para tomar parte en la expansión general; y mientras la madre se entretenía en preparar un par de voluminosos pardetes recién pescados para comer al medio día, las muchachas se reunieron con otras amigas próximas que habían venido á celebrar la fiesta de Santiago, y comenzó bajo un ancho tambanillo un baile por todo lo alto que había de durar casi toda la mañana.

Así á la sombra, y al llamamiento de las postizas, acudió un número crecido de familias que no querían perder la ocasión de entretener agradablemente las horas intermedias entre el almuerzo y el baño, encontrando de esa manera un motivo más de recreo y un aliciente para sus expansiones.

Las costumbres del campo, parecidas en mucho á las de la huerta, requieren casi con absoluta necesidad un baile para amenizar toda clase de festejos; pero preciso es confesar que los campesinos dan más importancia á esta diversión, por lo mismo que viven más aislados y carecen de toda clase de distracciones. Por el placer inexplicable que les proporciona el saltar repicando las postizas al compás de una guitarra, hay centenares de mozas que atraviesan á pié leguas enteras, sin dar muestras, antes ni después del baile, del más ligero cansancio. Sin embargo, debiéndome á la justicia, he de añadir que el baile de la huerta es bastante más alegre y variado, y las mujeres, con especialidad, reflejan la diferencia que hay entre uno y otro suelo, viéndose en las del campo algo

de la sequedad de sus praderas, y en las huertanas bastante de la profusión y belleza de sus flores.

No quiere decir ésto que falte en el campo gracia y hermosura, ni que sus báiles carezcan de atractivos; pero así como las ondas extremas de la luz son menos intensas que las que constituyen el foco, de la misma manera las costumbres rurales son algo menos poéticas y el encanto de sus mujeres se aminora en parte á medida que se alejan del centro, que tal puede llamarse á la rica huerta que se alza en el valle del Segura.

III.

—Oye, zagal, tén presente que son las once y media,—decía el tío Calandria, sentado en el fondo de su caseta, fumando en su negra pipa de raíz de coco, y dirigiéndose á su hijo, que, desde la embocadura, miraba con envidia á los mozos que bailaban debajo del tambaullo.

—No tenga osté cudiao, que pa tó da Dios lugar, y me sobra tiempo pa hacer el hoyo.

—¿Y ánde te paece que estará mejor?

—Aquí mesmo, delante de la puerta, pa que no haiga nese-cidá de andar muncho y que el sol nos achicharre.

—Pos entoces lo mejor es que tomes ya la azá, porque sabes que á mí me cuesta trabajo amagarme: ¿y sabes lo que te digo? que lo hagas bien hondo, pa que la probetica de tu hermana sude bastante y se le vayan pronto del cuerpo los malos humores.

—¿Tan pronto, jumema? Aspérese osté un poquico, que ya farta una chispa y están concluyendo una pasá.

—¡Pasá!... ¡pasá!... á tí sí que te debieran dar una pasá güena, pero habia de ser de palos. No tengo que asperarme pa ná, que tú estás muy enjugascão y muy lozano, y si no te enmiendas, habrá que tirarte entre las dos orejas como á los conejos.

—Pero si toavía tengo tiempo de sobra.

—Anda, maganto, y mueve ese cuerpo, ¡Pos nó fartaba más! ¿Qué te importa á tí el báile, que estás ahí tan embobao, con la boca abierta, como si hubieras venío solamente á divertirme y no á otra cosa que debia llegarte más á lo vivo?

Vamos!... á trabajar ahora mesmo, ó cojo una estaca y te quito de un santigüenazo ese gusto que tienes de estar viendo á la gente como los tontos en vísperas.

—Juné y qué geniecico, por ser hoy día de Santiago!

—Ná, ná, al avío, y á callarte como un muerto, que no tenemos tiempo que perder y la masa no está pa sobá.

Y señalando el padre al hijo una azada grande que tenia á los piés, volvió á llenar de tabaco la pipa, sacó eslabón, yesca y pedernal de una bolsita mugrienta, y se dispuso á fumar de nuevo para entretener el tiempo que faltaba hasta el medio día.

El zagal, malhumorado y refunfuñando entre dientes, cogió la azada, y á tres pasos de distancia de la caseta, púsose á remover la arena abriendo una zanja como de tres palmos de honda y unas dos varas de longitud, que semejaba una sepultura. Sudaba el pobre muchacho amontonando la arena en ambos costados de la zanja, y el padre, siguiendo en su cómoda postura y lanzando por la boca espirales de azulado humo, atendía al rabajo y daba prisa al zagal para que lo hiciera con prontitud.

Cuando terminó la operación de la cava, dijo el muchacho:

—Vamos, ya está y toavía farta un cuarto de hora. ¿Nó le dije á osté que sobraba tiempo?

—Lo que yo quiero,—contestó el padre,—es que no haiga de menos, pa que la zanja se quede bien asoleá y pa que no se pase la virtú que tié la hora de doce. ¡Lástima fuera que por unos minutos tuviéramos que asperar á otro año, pa ver si el santo queria poner güena á tu hermanal! ¡Halal!... ¡al avío!... á llamar á las mujeres de la casa, y si tus hermanas estuvieran bailando, que vengan volando y se dejen el carrasclás.

—¡Junema y qué geniecico! ¡Tó lo quié osté por la posta!

Brillaba entonces el sol en el cenit, derramando á torrentes haces de fuego que caldeaban la dilatada llanura, y sus rayos, repelidos por la tersa superficie del lago, multiplicaban la luz que descendía desde la cumbre del cielo, como si dos inmensos focos á la vez se aunaran para alumbrar el horizonte que parecia haber adquirido proporciones infinitas.

Al anunciarse la proximidad del medio día, la mayor parte de los campesinos iban abandonando los bailes y reuniones para dirigirse hácia las orillas de aquel lago que los incitaba con la hermosura de sus plateadas olas. Algunos pescadores, de pié sobre los botes atracados junto á los ribazos de la playa y atentos á las agujas de sus relojes, que avanzaban sobre las esferillas, esperaban el momento preciso, el instante supremo de las doce, para que todos los bañistas, tanto sanos como enfermos, se arrojaran al agua con toda la fé de sus corazones sencillos que palpitaban de gozo, al pensar que la gracia de los cielos se derramaria por virtud del santo Apostol, para devolverles á los unos la anhelada salud y conservársela á los que la tenían completa.

La mujer y las hijas del tío Calandria desnudaron á la pobre inválida y la envolvieron en una tela, que habian de ir descorriendo á medida que la arena fuera cubriendo sus miembros doloridos.

Cuando los pescadores indicaron que sólo faltaban algunos minutos, la muchacha fué puesta en la zanja en posición completamente horizontal, y el padre y el hijo se colocaron á ambos lados para ir arrojando la arena cuando el momento llegara.

De pronto, una voz colosal, salida de una de las barcas próximas, dijo solemnemente:

—¡Las doce!

—¡Las doce!... ¡las doce!...—repitieron otros griros más lejanos.

Y al momento, como si una formidable catarata de personas se precipitara sobre el lago, centenares y centenares de cuerpos comenzaron á caer de golpe en el agua, levantando una lluvia de blanca espuma tan continuada y espesa, que parecia el oleaje de deshecha tempestad, cuando el cielo y la tierra tienden á confundirse, removiendo los senos escondidos de las nubes y las profundidades del piélago que brama con rugidos de desesperación.

Al instante el tío Calandria y su hijo empezaron á volcar los montones de arena, mientras las mujeres recogian la envoltura de la inválida para que la tierra silícea se pusiera en inmediato contacto de su piel, y en menos de un minuto

todo el cuerpo quedó enterrado, á excepción de la cabeza que habia de estar alzada sobre la superficie de la sepultura.

Veíanse á lo largo de la orilla y algo más á la derecha del punto en que se encontraba la familia del tío Calandria, otras zanjas donde se hacia igual operación, y cuando unos y otros acabaron de cubrir de arena los cuerpos doloridos, los parientes de los enterrados abrian sendas sombrillas, para resguardar de los abrasadores rayos del sol las cabezas de los pacientes.

Sudaba á gota viva la hija del tío Calandria, señal segura de que la operación iba perfectamente, y su madre le propinó una buena taza de caldo que habia de repetir de veinte en veinte minutos, poco más o menos, según su modo de contar el tiempo sin reloj, para equilibrar las debilidades que el copioso sudor le producía; y mientras las otras muchachas quedaban al cuidado de la enferma proyectando sombra sobre su cabeza con un enorme paraguas de algodón, el padre y el hijo se despojaron por segunda vez de sus ropas y volvieron á zambullirse en el espacioso lago, con la misma alegría que habian sentido por la mañana, cuando prepararon el apetito para *hacer* los honores debidos al almuerzo.

La comida merecía igual honor y hubiera sido un desaire no prevenir un espacio cómodo y amplio para alojar allí unas buenas hogazas con las rodajitas de aquellos pardetes que despedían un aroma deleitoso y excitante por demás.

Así transcurrió sobre hora y media, y aquellos bañistas no hubieran abandonado el agua que les producía un placer inexplicable, á pesar de la exagerada duración del baño y á pesar también de la comida que les esperaba humeando sobre las brasas de la improvisada cocina, si no hubieran tenido que asistir á la enferma, que necesitaba de su ayuda cuando abandonara el caliente hoyo donde habia dejado casi toda la linfa de su cuerpo, á fuerza de sudores.

Con mucho cuidado fué levantada la paciente y envuelta en colchas y abrigos para que conservara el calor de la arena, hasta que por acción natural se atemperara á los grados del día. Así fué llevada al colchón que estaba en un ángulo interior de la caseta, y con otra taza de caldo quedó en disposición de poder dormir todo lo que quisiese, mientras la

familia se sentaba en el suelo alrededor de la cazuela donde estaban los pardetes guisados, y allí iban engullendo tajada tras tajada, en honra y gloria de Santiago bendito, patrón de la Ribera y en agasajo al estómago que les pedía abundancia de bocados suculentos.

Pasó la siesta sin incidente alguno digno de mención, y llegó la tarde tan deseada para las hijas del tío Calandria.

Soplaba un vientecillo suave que parecía exhalarse del fondo del lago, y como los rigores del sol habían disminuido en más de una mitad, la playa volvió á animarse de la misma manera que por la mañana, con aditamento de otras familias campesinas, muchos de los habitantes de los pueblos de San Javier y del Pinatar, y no pocos de Murcia que veraneaban en los cortijos inmediatos á la Ribera.

La alegría comenzó á extenderse por todas partes, contribuyendo eficazmente la guitarra y las postizas, instrumentos ante los cuales todos se sintieron con deseos de improvisar un baile al aire libre, que atrajo á la mayor parte de los concurrentes, complementando así la grata diversión de un día tan señalado.

Una buena porción de enfermos, ésto es, los que podían clasificarse de leves, olvidaron sus dolores y tomaron parte en la animación general, no faltando alguno que, por probar sus fuerzas, bailara media docena de coplas con aquellas garridas muchachas que se parecían por dar saltos y vueltas con un entusiasmo que no puede apreciar el que no conozca perfectamente sus costumbres.

Había allí algunas mozas de Murcia, y esta circunstancia contribuía mucho para que las campesinas lucieran sus habilidades, verificándose una especie de pugilato sordo que resultaba en beneficio del espectáculo.

Las hijas del tío Calandria gastaron la mitad de los tacones de sus zapatos nuevos, pero en realidad ni se fatigaron ni hubieran rehusado un segundo baile al regresar á su casa, lo que tal vez no podrían decir las bailadoras murcianas, por ser gente menos curtida en las lides fandangueras, no excediendo su competencia de los límites de la calidad, porque realmente en la cantidad hubieran quedado vencidas.

Así pasaron todos unas cuantas horas, sin acordarse del

tiempo que se deslizaba rápidamente, y cuando ya el crepúsculo se marcó bien en el horizonte, el tío Calandria reunió á toda la familia para darse el tercer baño que habia de ser más largo que los anteriores, por lo mismo que no tenían por el momento necesidades apremiantes que lo impidieran, y porque, acabado el remojón, habian de trasladarse á su morada, sin esperanza de otros baños hasta el año venidero.

¿Cuánto duró la nueva visita al lago? Imposible es saberlo, porque aquellos bañistas, con el placer que sentían y teniendo cubiertos todos sus quehaceres, habian perdido la noción del tiempo, como ahora se dice. Lo único que se puede asegurar es que hacía más de una hora que casi toda la gente habia abandonado la playa, y sólo se oían lejanas voces de las familias que habian de continuar junto al mar Menor en su temporada de veraneo ó se vislumbraba alguna luz soñolienta y turbia en las barcas de los pescadores entregados á sus faenas.

Cuando el tío Calandria abatió la tienda de campaña y se colocó en los varaes del carro, después de haber puesto en el colchón á la enferma y de tomar asiento su familia, una obscuridad completa reinaba por todas partes, y las estrellas tachonaban la inmensidad de los cielos.

Percibíase entre aquella masa de niebla un fulgor débil como de acero en la superficie del lago, y allá á lo lejos destacábase el faro, girando sobre su eje y proyectando su gigantesco foco, como centinela que avisa al marino los cambios de dirección y el peligro de la costa.

La fiesta de S. Cayetano

I



QVE, zagal: ¿has aparejao la burra?

—Pos si está dimpuesta dinde hace una hora.

--¿Y las aguaeras se las has colocao?

—Tamién, y por cierto que pesan una barbaridá.

—¿Pos qué les han echao, pa que tanto pesen?

—Ná: unos panes de tres ú cuatro libras cá uno: un pape-lón de arroz; un saco de trigo; medio queso *mancheño* que paece una ruela de molino; una bota de vino que truje esta mañana y un par de pollos ataos que los he metio, deján-doles la cabeza fuera pa que no se ahoguen.

—¡Canario! sí que pesarán: la fortuna que el alimal tié rí-gores pa eso y pa otras cosas. ¿Y las velas?

—Esas dice la madre que ella las llevará en la mano cuan-do se amonte en la burra.

--Pos güeno: ánda á ver si se han aviao ya las mujeres, que emprenciando á retocarse los moños y á arreglarse las senaguas y á ponerse los pañuelos nuevos y toas esas andró-minas, no llevan acarreo de arrematar en to un día.

Tal era la conversación que sostenia el tío Geromo con su hijo, mozalvete de unos catorce años, en la puerta de una pe-queña casita que se alzaba muy cerca del sitio llamado "vuel-ta del río" ó sea á unos dos kilómetros de la ciudad por la parte de poniente.

Los preparttivos á que el padre y el hijo se referian eran los indispensables para tomar parte, durante un dia completo y una noche, en la tradicional fiesta de S. Cayetano que se celebra en el pueblecito de Monteagudo, situado á una le-gua de la población por el lado de levante.

Corrió el muchacho con gran celeridad hácia el interior de la casa, para transmitir las órdenes dadas por el padre, mientras éste, que desde hacía media hora llevaba puesto el fatigoso traje del día de fiesta, con su gran cuello de camisa muy almidonado y su chaquetón de rosel negro que colgó sobre su hombro izquierdo á manera de alforjas, se paseaba impaciente á diez pasos del portal, á la sombra de unos altos frutales, murmurando frases de disgusto por la tardanza de las mujeres.

Tornó el zagal con recados, en demanda de espera, y entre idas y venidas transcurrieron más de veinte minutos, hasta que al fin aparecieron en el umbral de la puerta dos muchachas, frescas y rozagantes, vestidas con los clásicos refajos de grana bordados, alpargatas finas adaptadas á sus diminutos y blancos pies, pañuelos claros cruzados sobre su abundante seno que entallaba y reprimía un armador adornado de fina lentejuela, y dejando asomar sus brazos desnudos hasta el codo y su garganta alabastrina que ceñía una cinta estrecha de terciopelo. Peinaban ancho moño que caía sobre la nuca en forma de lazo, y entrelazábanse en las hebras de sus cabellos algunas rosas blancas, jazmines y nardos que se mezclaban con hojitas verdes colocadas con mucho gusto y primor.

Detrás de aquellas muchachas venía la madre, vestida de análoga manera, aunque el refajo era azul con ramitos blancos, y los brazos iban completamente cubiertos por las mangas del negro corpiño.

El tío Geromo sonrió con agrado ante la aparición de las tres mujeres, dando al olvido la impaciencia que ya empezaba á sacarle de vino, por causa de una tardanza que hacía más grande la molestia que sentía con lo poco holgada y fresca de nueva ropa que todavía no se había plegado á las inflexiones de su cuerpo. Al verlas, exclamó, golpeando el suelo con el grueso cayado de alméz que empuñaba:

—¡Qué! ¿estamos ya listos?... Pos entoces, anda, muchacho, y tráete la burra.

Volvió el zagal con el pacífico cuadrúpedo que sacó de la cercana cuadra, colocólo junto á la puerta, y ayudó á su madre para que de un brinco se encaramara sobre los lomos del

animal, quedando de este modo la caravana en disposición de poder dar juego á las piernas y atravesar los dos kilómetros de orilla del río, luego la población, y después la legua de camino que hay para llegar á Monteagudo.

El tío Geromo acercó entonces las velas á su mujer, lanzó un vistazo por el interior de la casita para ver si se había olvidado alguna cosa, rectificó el cierre de las puertas y ventanas, y dió fin á la minuciosa inspección echando la llave á la puerta principal.

Santiguáronse la madre y las dos hijas, el zagal se cogió á la ramalera de la burra, y el jefe de la comitiva dió la voz de marcha, comenzando al momento el desfile por las sendas de los bancales.

La tarde era apacible, pero calurosa. El mes de Agosto en Murcia y en la huerta es insoportable, y solamente la piel de los huertanos resiste esa temperatura semejante á la de un horno.

Ariastraba á la sazón el Segura un caudal escasísimo de agua, pareciendo, más bien que río, una pobre acequia de ancho cáuce, sin poder prestar una ráfaga de frescura para mitigar los inmensos calores: cantaban á centenares las chicharras (cigarras) en la espesura de la arboleda, ensordeciendo el espacio con su áspero y monótono chirrido, y por la parte suroeste de la vega soplaba á intervalos un vientecillo picante que axfixiaba al mover sus átomos caliginosos, y tostaba y retorcia las hojas de los maizales y de las abiasadas higueras.

A los cuatro pasos los caldeados romeros comenzaron á sudar. A pesar de que llevaban paraguas de esos que llaman de familia, el padre descubría su cabeza, las muchachas quitábanse los pañuelos, y todos, rodeando para buscar la sombra de los cañaverales y de los árboles altos, procuraban defenderse de un sol que derramaba á torrentes el fuego de su encendida hoguera.

Al fin llegaron á la ciudad, costeando el vistosísimo paseo del Malecón, desde donde se descubre un amplio horizonte y un paisaje sorprendente, y se introdujeron por las calles que conducen con algunas curvaturas á la Puerta de Orihuela donde principia la polvorosa carretera de Monteagudo.

Ya habia comenzado el último tercio de la tarde cuando llegaron al linde opuesto de la ciudad, y con gran extrañeza de las mujeres, observaron todos que los vecinos de aquel barrio extremo no los recibieron con las muestras de desagrado y con las pesadísimas bromas que se permitian usar en los años anteriores, como recordaban haberles acontecido en la última vez que fueron á Monteagudo, siendo bastante pequeñas las muchachas.

Porque hay que hacerle saber al lector que lo ignore, que desde mucho tiempo atrás, la fiesta de S. Cayetano, sin saber porqué, era objeto en Murcia de una burla cruel, lo que no se concebía en una ciudad altamente cristiana y tratándose de unas costumbres tan respetables y dignas, que afectaban á los que tan murcianos eran como los nacidos en el mismo corazón de la capital.

S. Cayetano es el santo de los labradores, y la gente de la huerta, teniéndole una devoción especial, le ofrecía buena parte de lo que cosechaba, acudiendo gran número de familias hasta de muy lejanos puntos para festejar al que representaba la Providencia de Dios.

Tenian que atravesar la ciudad para tomar el camino de Monteagudo, á menos de rodear algunas léguas, cosa que hubiera fatigado por demás a las caravanas, y entonces los desocupados y amigos de la bullanga los recibían con una cencerrada terrible, que se extendía por toda la carrera y que solía durar hasta bien entrada la noche. Sobre todo, en la calle de la Puerta de Orihuela el ruido era atronador. Centenares de caracolas, carracas, almoreces, campanillas, silbatos, cuernos de caza, cencerros, latas de petróleo y cuantos destemplados instrumentos puede inventar la imaginación, sonaban al unísono por puertas, ventanas, balcones y terrados, con una infernal algarabía que desgarraba los oídos.

Algunas veces la paciencia se les acababa á los hijos de la huerta, y resonaban estacazos por aquí y por allá, no faltando en ocasiones navajas agudas que brillaban en las iracundas manos, dispuestas á sepultar el acero en el corazón de los tenaces burlones. Otras veces las pacíficas caballerías se espantaban, derribando á los ginetes y desparramando los

comestibles, y allí iban escapadas como si las persiguiera una nube de tábanos. En una palabra: el escándalo llegó á ser tan grande, que tuvo que tomar parte la autoridad para cortar el mal de raíz, ya que no se hacia caso de las amonestaciones, y así se llevo á efecto, si bien los agentes y guardias sufrieron grandes disgustos para poder cumplimentar debidamente las órdenes del alcalde y del gobernador.

Hoy apenas podrían contarse una docena escasa de destemplados pitos, y no en todas las horas de la tarde, sino en algun momento determinado, cuando cruza una caravana numerosa.

Muchos años hacia que el tio Geromo no habia ido á la fiesta de Monteagudo, escamado por aquellas cencerradas crueles, y cuando se convenió de que ya casi nadie se acordaba de mover los instrumentos de burla ni de divertirse á costa de la paciencia de los huertanos, dispúsose á asistir de nuevo, reanudando la interrumpida costumbre de festejar al santo de su devoción.

Explicó entonces á su familia la causa del silencio que notaban, lo cual alegró mucho á las hijas que, aunque niñas en la época del gran ruido, recordaban haber atravesado siempre llenas de rubor aquella calle, que fué un verdadero "via crucis," para los hijos de la huerta.

De este modo, y recibiendo menos calor á medida que avanzaban, porque la tarde iba cayendo, llegaron a Monteagudo cuando asomaban por el oriente las primeras sombras de la noche.

II

En la falda de una empinada colina, cuya cúspide se corona por una elevada fortaleza medio derruida por los rigores del tiempo y por el desamparo de los hombres, hay unas doscientas casas en forma de pequeño anfiteatro, sin que las calles ni las casas ofrezcan otra cosa de particular que el magnífico panorama que se descubre á sus piés, debido á la hermosura de la huerta, que se extiende como una alfombra de variados tonos y matices hasta perderse desvanecida en los últimos confines de las lejanas montañas.

Aquella fortaleza, construida por los fenicios ó los cartagi-

neses, llegó á tener gran importancia en la dominación de los musulmanes, por considerarse como una atalaya de la capital, para defenderla de las algaradas que continuamente partían del cercano reino de Valencia.

A la vez que punto militar, fué el castillo palacio de los reyes de Murcia, y todavía el curioso anticuario puede contemplar, por el interior de aquellos muros, elegantes arcos de herradura y emplazamientos de salas que un día guardaron bellezas, galanes y guerreros, los cuales séres, si no dejaron historia alguna de sus hechos, por haberse todo perdido en las revueltas de los siglos posteriores, grabaron para siempre su sombra en las anchas galerías y en los arabescos que los años van destruyendo despiadadamente, respirándose allí aún el ambiente de aquellas centurias que son como un paréntesis de oro en los anales de nuestra patria.

En ese pueblo, al sustituir el Evangelio al Korán, la piedad cristiana levantó un templo, y más tarde la devoción consagró una efigie al glorioso fundador de los Teatinos, para que el santo, por disposición divina, distribuyera entre los honrados hijos del trabajo los dones de la Providencia.

¿Qué extraño es que los labradores, que fian sus faenas á la suerte, se regocijen cuando llega el día de su santo protector y acudan á reverenciarle y honrarle desde largas distancias?

Acaso entre todas las manifestaciones de las costumbres huertanas, no haya otra donde la ternura y la rudeza se aunen y se confundan tan notablemente como en la que se refiere á S. Cayetano. Mucho de lo que era censurable ha desterrado la cultura; pero todavía queda bastante que desterrar. Y sin embargo ¡hay tanto de poético en esas faltas de excogidas y buenas formas!... Y es que el labrador reverencia á la imagen del santo con un cariño familiar, como si se tratara de una cosa suya, como si la sagrada efigie fuera asequible á bromas que encierran, bajo su tosquedad, un amor entrañable que no puede quebrantarse por ninguna contrariedad de la vida.

Por supuesto, que menos censurables son esas manifestaciones que el pecado contra la estética, que dentro de la capital se comete, colocando un escapulario en las manos suplicantes de la Virgen de las Angustias, preciosa escultura de

Salzillo, cuando se verifica la procesión del Domingo de Ramos, ó como aquella larguísima palma con que adornaban al S. Juan de la procesión de Jesús, ocultando imprudentemente los detalles de una mano y de una pierna modelo. También es más censurable el mamarrachear con percalinas de colores retablos de tanto mérito como el de la Merced, ó permitir que se canten dentro de las iglesias himnos, cuya letra y cuya música son atentados contra el sentido común, con las agravantes de reincidencia, premeditación y alevosía. Y nada digo de la pólvora suelta que disparan algunas personas del barrio de S. Benito en las poéticas noches de las novenas del Cármen, poniendo en peligro el pellejo y hasta la vida de los transeuntes.

El tío Geromo y su familia se albergaron en la casucha de unos parientes, siendo recibidos con señaladas muestras de contento.

Desocupadas las aguaderas, fueron llevados al corral los pollos para ser sacrificados al día siguiente: los comestibles, hallaron cómodo alojamiento en el fondo de un arca, y el trigo y las velas quedáronse en un ricón, para ser ofrecidas al santo luego que llegara el momento oportuno.

Después de satisfacer todos el estómago con una abundante cena en la que sufrieron una merma muy regular el queso de la Mancha y el líquido de la bota, y otra un poco más crecida el repuesto de los voluminosos panes, salieron á tomar el fresco á la puerta de la calle y á escuchar los acordes de la banda de música que los mayordomos del santo habían hecho venir desde la ciudad.

No estaban del todo contentos algunos hermanos de la cofradía, porque el bombo de la banda no era tan grande como el de otros años, y á no haberse corrido la voz de que en todas partes se habían abolido aquellos voluminosos instrumentos trocándolos por otros más medianos y más susceptibles de afinación, es probable que hubieran acudido en queja al jefe de la hermandad, para que no permiera en lo sucesivo tales juguetes, y para que descontara un tanto del precio convenido, en razón de las rebajadas dimensiones. Pero aquella noticia los aquietó, y al fin los oídos gobaban con los walses, danzas y paso-dobles cargados de metal, porque tal vez

no hubieran recibido con gusto la ejecución de piezas donde no jugaran sin descanso y de un modo fuerte todos los instrumentos.

Tras la música, lució el castillo de fuegos artificiales, y allí fué donde la gente se desató en transportes de júbilo. Los roncadores dedicados al santo, al hermano mayor, al señor cura, á Facorro Alarcón y á Isidro Barberán, alternaban con los cohetes de truenos y de luces. Alguna carretilla solía dispararse sobre la multitud, y ésta corría entonces huyendo del pequeño pero terrible enemigo, y en aquel oleaje inmenso de carne humana se desgarraban pañuelos, se desataban moños y más de una persona que perdía el equilibrio rodaba, sirviendo á la vez de obstáculo á otras y á otras que tropezaban y caían lanzando quejidos lastimeros.

Los espectadores gritaban desaforados, y las hijas del tío Geromo que estaban prensadas con aquel hacinamiento de personas, se olvidaban de sus sufrimientos y de algunos pisotones para contemplar embebecidas los juegos de colores brillantes que presentaban las ruedas giratorias y las baterías de aquellos árboles de luz.

En fin, sin otra novedad digna de mencionarse, el castillo erminó con el obligado trueno gordo, trueno colosal que debió de oirse en el rádio de una légua, y la gente comenzó á desfilar, satisfechísima de la primera parte de la fiesta.

El tío Geromo buscó á los individuos de su familia, que se habian desparramado por los continuos vaivenes de los espectadores, cosa que le costó bastante trabajo por causa de la muchedumbre y de la obscuridad en que se vieron sumidos á la terminación del castillo, y una vez reunidos, marcharon á la casa para buscar en la sueña la reparación de las fuerzas que habian de tener al dia siguiente.

La mañana del dia del santo poco ofreció de particular. Se celebró en la iglesia la solemne función, y el predicador echó un sermón de primera, nombrando á S. Cayetano trescientas y pico de veces. También al toque del alba se habian disparado cuarenta morteretes, con cuyo estruendoso ruido no quedó bicho viviente con ganas de dormir.

Hubo, sin embargo, un bailazo en casa de Facorro Alarcón, el cual báile fué acompañado por guitarras, bandurrias

y violines, y no faltaron buenas voces que cantaran peteneras jaberas y jotas. Las hijas del tío Geromo se lucieron allí, ejecutando malagueñas por todo lo alto, como enseñadas *por mano de bolero*, sin temor a los sudores que les manaban á chorros porque el calor era sofocante. Facorro Alarcón é Isidro Barberán, como personas de rumbo, repartieron sobre una arroba de peladillas, anises y paciencias, con más de tres ó cuatro celemines de almendras, avellanas y garbanzos *torraos* entre los asistentes al báile. Fué aquello un lujo sorprendente. Jamás se había visto tanta esplendidez, y eso que Isidro y Facorro tenían fama de portarse como unos caballeros cuando llegaba la ocasión.

Vino la tarde y con ella el acto de las ofrendas y de las peticiones al santo, antes que saliera la procesión.

La iglesia semejaba un hormiguero de gente que iba y venia por todas partes.

En una capilla, circuida por bancos de madera para cerrar el paso, los labradores descargaban sus sacos de trigo, llegando á formar un montón del rubio grano que se calculaba en más de cien fanegas. ¿Cómo no dar los hijos de la huerta parte de lo que habían recogido, para sostener el culto de un santo que tanto les favorecía?

En otra capilla, un sacerdote recibía la cera que se depositaba en un inmenso cajón, y en una mesa veíanse algunas hermosas trenzas de cabello de tonos distintos, desde el negro azulado hasta el rubio con vislumbres de oro. Aquello significaba más que el trigo, aunque á tanto no llegara su valor material, pues hay que tener presente que cuando una joven se desprende de ese adorno natural que tanto contribuye al realce de su belleza, es porque alguna tribulación ha desgarrado su alma. Cada hebra de cabello lleva oculto un poema de dolor que no saben descifrar los ojos de los indiferentes. También se veían colgados en las paredes de la capilla refajos bordados, mantas y cobertores, pañuelos y chaquetas. ¿Qué angustias no palpitarían entre los pliegues de aquellos ropajes?

En medio de la iglesia se elevaba la efigie del glorioso S. Cayetano, colocada sobre un dorado trono cuajado de flores, y á la vez que la gente se arrodillaba

suplicándole fervorosamente, un sacristán, fatigado y sudoroso y subido sobre una banqueta, iba recibiendo pañuelos, escapularios, rosarios y objetos de devoción que frotaba en la túnica del santo por la parte de la espalda y los devolvía después á los devotos.

Algún curioso pudo notar que con aquel continuo roce, que databa de largas fechas, el pedazo de túnica del venerable fundador de la orden de los teatinos estaba descolorido, y que el sacristán, familiarizado con la imagen más de lo conveniente, guardaba menos reverencia que la que de desear hubiera sido.

La mujer del tío Geromo habia entregado las velas mientras su marido vaciaba el saco de trigo en el mónton, por lo que recibieron unas estampas que enrollaron cuidadosamente. Después se reunieron con sus tres hijos, rezaron unos cuantos padre-nuestros con mucha devoción, y de allí salieron á respirar el viento de la tarde y á tomar posiciones para ver cómodamente la procesión.

A poco, las campanas del santuario comenzaron á lanzar al viento sus sonidos, y la gente toda, atraída por las lenguas de bronce, acudía presurosa á presenciar el acto ó á tomar parte en él.

Una terrible descarga de morteretes anunció la presencia del estandarte. Detras de la insignia del cristianismo, seguian dos largas filas de hombres que llevaban cirios encendidos, y por último apareció la hermosa figura de S. Cayetano, llevada á hombros por seis robustos hijos de la huerta. Acompañaba al santo el clero parroquial, y cerraba la comitiva la banda de música que tocaba una marcha brillante.

Cuando la procesión se puso en marcha, colocáronse á la cabeza de ella cuatro batidores *sui géneris*, ó sea cuatro mozos del partido con gruesos paquetes de cohetes y roncadores que habian de ir disparando sin cesar á manera de salvas; y á la exhibición de la imagen del santo, una segunda descarga morteretes se dejó oír para martirio de los oídos, pero al mismo tiempo para regocijo de los corazones.

Volaban las cañas y estallaban los truenos á cada paso, y la procesión seguía lenta, solemne, pausada, mientras los espectadores se arremolinaban en tremendas oleadas, sin te-

mor á las cañas de los voladores que solían caer entre ellos, lastimándoles la cabeza.

—Míralo qué hermoso:—decía una vieja devota.

—¡Viva San Cayetano!—repetían cien veces al unísono.

—Pues tóma, pa que te acuerdes de mí,—añadía una vendedora de cascaruja.

Y cogiendo un puñado de las mercancías que constituían su comercio, las arrojó á la cabeza del santo.

Aquella fué como la señal del desbordamiento de alegría. Nuevos puñados de almendras y avellanas siguieron á los de las vendedoras, y en un momento cruzó los aires una nube de cascaruja que rebotaba sobre las macizas espaldas de la efigie. (r)

—¡Viva el padre de la Providencia?—exclamaban los entusiastas espectadores.

—¡Que tengamos güenas cosechas el año que viene!

—¡Que recojamos los probes bastante pimiento, pa salir de tantas miserias!

—¡Que no nos revienten con las contribuciones, santo mio!

—¡Que á mi hijo le toque un güen número en la quintal

—¡Que mi marío tenga pronto salú, pa que el probetico trebaje y nos dé de comer!

Estas exclamaciones tan sentidas y otras análogas se cruzaban entre el ruido de los cohetes, los acordes de la música, el tañido de las campanas y el chasquido de la cascaruja arrojada a la cabeza de la veneranda imagen. Parecía aquéllo el tumulto de un pueblo levantado en defensa de sus

(1) Hace algunos años vi la fiesta de S. Cayetano, y recuerdo de tres puñados de cascaruja que arrojaron al santo al pasar la procesión. En honor de la verdad diré que eso es lo que únicamente vi, aunque ignoro si en otro sitio la pedrea sería más completa.

Várias personas me aseguran que en años anteriores la lluvia de almendras y avellanas era más espesa, y no falta quien afirme que se llegó á arrojar melones á la efigie en épocas más lejanas. Si eso es cierto y el descenso se ha venido marcando, es muy probable que llegue un dia en que no se verifiquen manifestaciones de esa especie, pues hoy se nota en la gente de la huerta cierta cultura é ilustración, y ya poco es lo que se oye decir sobre la costumbre de esas "agresiones piadosas".

derechos, si bien nadie huía ni se amedrentaba, porque no era sangre y exterminio lo que allí se pedía, sino salud, bienestar y gracia de Dios, que era lo que hacía falta.

¿Nó era disculpable, hasta cierto punto, la rudeza de la forma, cuando ardía allí un fondo de fé y de entusiasmo que embellecía cuanto se relacionaba con el acto de la procesión? ¿Nó habia en todo aquéllo una espontaneidad que á la vez ponía de manifiesto la emoción del espíritu y el sentimiento en que se bañaba el corazón, á pesar de una exterioridad que se prestaba á excitar la risa y la burla de los que acaso no piensen ni obren con tan religioso fervor?

Bien entrada era la noche cuando el espectáculo concluía y la gente comenzó á desfilarse para descansar un rato y disponerse á presenciar un segundo castillo de fuegos artificiales, no en la esplanada de la iglesia, como el anterior, sino en la puerta de la casa del mayordomo.

El tío Geromo se hallaba fatigado lo mismo que su familia, aunque las muchachas afirmaban que se habían *devertío mucho*. Apenas se habían sentado durante el día, y necesitaban adquirir fuerzas para el trabajo que habían de continuar cuando terminara la noche.

Así es que, mientras la mayor parte de los que habían acudido á la fiesta determinaron pasar otra nueva velada para ver los juegos de pólvora, el tío Geromo prefirió descansar un rato, y luego de tomar un ligero refrigerio para entonar el estómago, mandó aparejar la paciente burra, cargó en ella las aguaderas vacías, aliviando de peso al sufrido animal, y cuando creyó que todos los suyos habían reposado lo suficiente para soportar sin gran fatiga las dos leguas que mediaban hasta su casa, montó á su mujer sobre los lomos de la caballería, empuñó el cayado, ordenó al muchacho que recogiera el ramal, y paso entre paso comenzaron todos á bajar por las tortuosas y pendientes cuestas de las calles, dirigiéndose al camino de la ciudad.

La noche estaba serena y un vientecillo suave, moviendo blandamente las hojas de los árboles y recogiendo aromas á su paso, refrescaba el ambiente, caldeado pocas horas antes por los abrasadores rayos del sol. El polvo de la carretera apenas se levantaba del suelo al pisar los viandantes en su

marcha ligera, y las estrellas proyectaban suficiente claridad para alumbrar la huerta y el espacio, en medio la obscuridad que reinaba.

Cuando aquellas cinco personas hubieron andado casi dos tercios de la carretera, oyeron los primeros disparos del castillo. Entonces el tío Geromo, conociendo la ventaja que llevaba y no queriendo privar á la familia de un espectáculo agradable, puesto que sabia que sus hijas se habian de alegrar y hasta le agradecerian aquel buen rato, mandó hacer alto al momento, y allí mismo, dando frente al pueblo de Monteagudo, bien frescos y sin que nadie les molestara, pudieron ver la última parte de los festejos, gozando con las combinaciones de luz que se destacaban perfectamente.

UN TIPO (1)

Dios condenó al hombre á comer el pan con el sudor de su frente; pero ello es que gran parte de los misereros mortales tienden á pasar la "vita bona", burlando, en cuanto les es posible, el precepto divino, para trabajar poco ó no trabajar nada, aunque sea explotando á sus semejantes.

Y como quiera que la sociedad va metalizándose más y más cada día, hasta el punto de que el «tanto vales cuanto tienes», es la divisa que hoy se destaca por todas partes, y hasta se da patente de ilustrado al hombre rico, de aquí que cada quisque procure llenarse de monedas ó de billetes del Banco para aparecer como persona de pró ó tenderse á la bartola, después de disfrutar lo que otros han sudado ó adquirido legal y dignamente.

Alguien en Murcia ha dicho que se puede vivir sin vergüenza pero nó sin dinero, lo cual prueba que el metal es hoy más necesario que el decoro, puesto que la sociedad así lo quiere y lo exige. Esto podrá referirse á España entera; pero lo que se relaciona exclusivamente con la localidad, es

(1) Aunque este cuadro, como el de los "Pensantes Suelto", se ajusta poco al carácter local de la obra. lo incluyo en la colección por ser en algunas de sus partes cópia, sino fiel, muy aproximada de varios tipos muy salientes de la población. El lenguaje del protagonista de esta escena está tomado, en cuanto me es posible retratarla verdad, de ciertas personas que estoy muy seguro conocerán mis lectores y á las cuales habrán oído hablar más de una vez. He querido poner de relieve algunos defectos, siguiendo la línea de conducta que me tracé en el prólogo, para ver si es posible corregirlos, ó por lo menos para hacer que se aparten de ellos los que están en camino de imitarlos.

el dicho tantas veces repetido "aquí se mide el talento por el número de tahullas,,," frase que, si á veces no es verdadera por excepción, en ocasiones lo es y mucho, como regla general, y nos hace ver con frecuencia á bastantes D. Fulanos que tienen la mollera más dura que un adoquín, pero que por ostentar muchas fincas son personas de gran valimiento, y hasta ¡pásmense ustedes! en momentos determinados son como libro de consulta para muchas cosas que están reservadas al talento ó á la ilustración.

Consecuencia de estas anomalías y del afán de vivir á costa del prógimo, es la usura, cáncer que corroe las entrañas del proletariado y que dá margen á los impulsos socialistas y á la cruel é irresistible lógica anarquista, que no han dejado de llegar también á la muy noble, muy leal y siete veces coronada ciudad de Murcia.

Y no hablo de esa usura de tipo módico, racional y justo, que equivale, poco más ó menos, á la renta de una finca, con lo cual tanto el prestatario como el prestamista hacen un mediano negocio, sino de esa usura tan generalizada que se asemeja a la rabia devoradora de los gobiernos de Madrid, que va empujando á innumerables familias á la ruina y á la miseria, dogal y verdugo siempre del necesitado y del trabajador.

El rey de los usureros es D. Melchor de la Gabina, hombre de edad misteriosa, de mediana estatura, un tanto redondo de abdomen por el peso de su oro, y personaje que figura en todas partes, á pesar de que maldita la ilustración que posee, y á pesar también de su nada distinguida cuna.

Fué carpintero hasta no sé cuántos años de su vida; pero habiendo tenido en una ocasión la suerte de que la lotería le regalara tres mil duritos, tiró el cepillo por los aires, aventó las virutas y se dedicó á vivir. Llamó á un corredor de los de "uña larga y pico corvo», y entendiéndose con él, pronto tuvo á sus plantas á cien perseguidos por la miseria, y allá iba un tanto por ciento á interés crecidísimo, que le hizo doblar el capital enseguida.

Como apuntaba sobre seguro y con buena escopeta, fué aumentando la explotación, y hoy una finca rústica, mañana una urbana, pasado una respetable cantidad, á los diez ó do-

ce años de ejercer el oficio de vividor, tenía ya abierto en el Banco un crédito por el máximun que se permite en la explotadora sociedad, y el émulo de ella, ó sea D. Melchor de la Gabina, no se dejaba cortar una oreja, como vulgarmente se dice, por menos de cuatro milloncejos de reales.

¡Qué orondo y qué reverendo desde entonces!

Lo primero que hizo fué inscribirse en la sociedad benéfica de S. Vicente de Paul, y en las cuestaciones secretas siempre metía en la bolsa la mano fuertemente apretada, dejando caer allí un par de "perros gordos,, como si hubiera donado merdia docena de onzas, de esas que ya no se ven desde que los papeluchos del Banco corren por todas partes.

También asistía todas las tardes á la Vela y Alumbrado, y se daba delante de la gente y puesto de rodillas cada golpe de pecho, que temblaba el templo, aunque algún desplumado por el prestamista sospechaba si aquellos golpazos serian de pesadumbre, por no haber podido sepultar en la miseria á unas cuantas docenas más de personas.

Aunque le conocía de vista, jamás me fijé en él hasta una tarde en que le tropecé en la sala de lectura del Casino.

Entró mi hombre lentamente, como dominado por el peso de su alta significación, y antes de sentarse, buscó y tanteó por entre todos los periódicos que cubrian la mesa "La Gaceta de Madrid,, Era su único libro de ciencia, y lo prefería á todos, por leer el parte oficial de la Boisa, las R. R. O. O. sobre tal ó cual asunto que le convenía y las subastas que formaban su delicia, porque era también de los que se confabulaban para las primas, cuando no obtenia directamente el negocio.

Encontró al fin "La Gaceta,, y tomando entonces una butaca, arrellanóse en ella frente á la mesa monumental. Dejó el periódico delante de sí, y su primera operación fué llevar ambas manos á las rodillas de los pantalones para subirlas un poco, á fin de que las fundas de sus piernas no adquirieran mala figura.

Acto seguido, palpó y golpeó, por fuera, los bolsillos de la americana, del sobretodo y del chaleco, y tras este merodeo, metió la mano en uno de ellos y apareció en su diestra la funda de unas gafas, la cual funda fué abierta pausadamente,

exhibiéndose después los espejuelos de cristal de roca. Púso- los D. Melchor encima del tapete, y sacó luego dos pañuelos del bolsillo del pantalón. Uno era de los llamados de hierbas que el usurero dobló con mucho cuidado, como si fuera de materia frágil y volvió á introducirlo en el bolsillo, y con el otro, que era blanco, púsose á limpiar despaciosamente los cristales de las gafas, no sin echar de vez en cuando el aliento y de mirar á través de ellos hácia la puerta, para ver si estaban en buenas condiciones. Hecha esta operación, colocó las gafas sobre la nariz y enganchóse la armadura en las orejas tras de lo cual, giró la vista á todas partes, por encima, por debajo y á través de los espejuelos, y por último dobló el pañuelo blanco y lo escondió con su compañero.

Entonces se vió obligado á buscar de nuevo "La Gaceta," que, como si tuviera pies, se habia corrido á otro lado con el movimiento que los lectores imprimian á los periódicos al tomarlos ó dejarlos.. Echó mano, al fin, al anhelado papel, desdoblólo cuidadosamente y comenzó á leer el encabezamiento, la fecha y el número, y despues siguió por el principio de la primera columna.

Yo habia terminado ya la lectura de «El Liberal» «El Imparcial» «La Correspondencia de España» y hasta «El Correo Español» y «El Pais» porque me gusta leer toda clase de opiniones para formar la mia, cuando D. Melchor iba aún por la mitad de la primera plana. Le dirigí entonces una mirada compasiva, y abandoné la sala para marcharme á paseo.

Una hora después volví de la Glorieta y penetré de nuevo en la sala de lectura, con objeto de preguntar si se habian recibido telegramas de Madrid, pues la cosa pública estaba echada á perder y habia gran marejada en la opinión. Mientras unos afirmaban que Sagasta habia reventado, como si fuera una bomba de dinamita, por haber tenido un sueño en el que oyó un coro que cantaba el *Guernikako arbola*, otros aseguraban que á Gamazo se lo habian llevado los demonios en cuerpo y alma á los infiernos, al querer estudiar el modo de sacar á los españoles, con una nueva contribución, la última gota de su sangre.

Cuando entré, D. Melchor doblaba la tercera plana de "La Gaceta," y se disponía á leer la siguiente.

Admirado de tanta paciencia, me trasladé al hermoso salón del café, para despachar mi ración diaria de moka y caracollillo, y me senté junto á dos amigos, uno de ellos excelente poeta y aventajado ingeniero, y el otro un aficionado á unir las bellas letras con las de la banca, cosa tan rara como difícil en estos tiempos en que lo positivo y lo ideal se dan de cachetes y rabian de verse jntos.

Resplandecian los aparatos eléctricos en aquellos colosales espejos que decoran las amplias y ricas paredes, y la estancia iba poco á poco llenándose de gente que volvía del paseo. Los políticos se agrupaban alrededor de las mesitas y repetían y comentaban las noticias que se habían recibido acerca de la crisis.

En muy pocos instantes el salón parecía un hervidero, y entre los murmullos se destacaban voces que atacaban ó defendían las personalidades de la desdichada y funesta situación. Los más exaltados discutían acaloradamente, y yo que observaba la alegría de los republicanos, el interés de los conservadores y el abatimiento de los fusionistas, gozaba interiormente, porque á los que profesamos principios regionalistas y anhelamos el bien del país donde hemos nacido para que no sea presa de la voracidad del Madrid oficial, nos alegra todo lo que traiga complicaciones que dificulten la marcha de la antipatriótica centralización.

Acababa de dar el último sorbo á la taza que el camarero me había servido, cuando D. Melchor, cansado sin duda de leer decretos y disposiciones de "La Gaceta," se entró por el salón del café, pasando por mi espalda hasta rozarse con mi silla. Al verle el banquero, le detuvo.

—¿A dónde va V., D. Melchor?—le dijo:—parece que está V. preocupado ó de mal humor.

—Casi, casi,—respondió el reverendo señor, deteniéndose:—he tenido que leer "La Gaceta," de prisa y corriendo, porque no puede uno salir de su casa sin que le asedien los compromisos y las exigencias,

—¿Es que le ha picado á V. alguna mosca?—volvió á preguntar con cierta sonrisilla.—Vamos, siéntese V. con noso-

tros, y cuéntenos sus disgustos. Y á propósito: este señor de mi derecha es uno de nuestros mejores poetas y literatos, y además ingeniero de minas. Este otro caballero hace también versos y artículos, y pretende ¡pásmese V! pintar en novelas y cuadros sueltos las costumbres de este país. Probablemente en alguna ocasión necesitarán oír la opinión de V., pues ya sabemos que V. entiende alguna cosilla y que no es la primera vez que ha echado su cuarto á espadas en asuntos literarios. De modo, que siendo los dos muy buenas personas y casi colegas de V., puede V. desahogar su corazón en el seno de la confianza.

D. Melchor, sin contestar, pero dirigiéndonos una ligera inclinación de cabeza, aproximó á la mesa una silla, y mientras se sentaba afectando la magestad de un príncipe, el literato—banquero nos guiñó un ojo, como diciéndonos:—Prepárense Vdes. á ver y oír cosas estupendas de este hombre.

D. Melchor, después de sentarse, arregló las rodilleras de sus pantalones, como cuando le ví en la sala de lectura, y contestó:

—Pues, nada, pues que hay dias fatales, y si hoy no fuera miércoles, pues diría que era dia aciago.

—¿Pero es que ha intentado alguien atacar los sagrados y legítimos intereses de V?

—Pues algo más que intentar, señores: pues figúrense ustedes que esta mañana, cuando me disponía para oír la misa que tengo de costumbre, pues empezó la série de disgustos que he sufrido hasta este momento. Entró dándome la lata un hombre de la huerta que hasta ahora se había portado conmigo con mucha formalidad; porque, ya se vé, se creen que lo que tengo pues es para unos y para otros, y no saben que yo he estado sacrificándome veinte años para ahorrar cuatro cuartos para la vejez.

¡Vamos! algún sablazo,—se atrevió á decir el poeta ingeniero, que ignoraba, lo mismo que yo entonces, la clase de trucha que teníamos delante.

—¡Un sablazo! ¡Cá! De un sablazo me sé yo defender, que de algo ha de servirme la experiencia. Es otra cosa mucho peor.

—Es curioso.—dije yo acercando un poco la silla.

D. Melchor, en vez de contestar, sacó una petaca medio mugrienta, y echó sobre la palma de la mano izquierda una porción invisible de tabaco, cortó luego una hojita de papel de fumar, que dividió en dos, y después de enconder la petaca en el bolsillo, sin ofrecérsela á nadie, lió un cigarro tísico con mucha parsimonia, y exclamó dirigiéndose al banquero:

—¿Me hace V. el favor de un fósforo?

Nuestro amigo abrió entonces una elegante cigarrera: nos dió á los demás un buen cigarro, y luego, encendiendo una cerilla, se la presentó á D. Melchor que, sin rubor de ningún género, la tomó, aplicando su llama al cigarrillo.

—Pues es el caso,—dijo mientras arrojaba una bocanada de humo,—que hace tres años presté una cantidad, al tipo módico del doce por ciento, á un labrador que tenia un buen por qué. Pues bien, pues ese labrador que me hipotecó, por la respetable cantidad de tres mil duros, una miseria de cuarenta tahullas, que no valdrán, una con otra, á más de cuatro ó cinco mil reales cada una de ellas, pues me ha venido pagando religiosamente el interés; pero ayer venció el tercer año, y este hombre á quien he tenido toda clase de miramientos, pues me ha dicho hoy que no puede pagarme hasta dentro de un mes, porque si tal, porque si cual, que si el pimiento está aún en la mata, que si ha tenido á un hijo á las puertas de la muerte, que si se ha gastado mucho, que si en Mayo se le ahorcaron los gusanos de la seda, que si el trigo se ha perdido por falta de agua... en fin, que me puso la cabeza como un bombo.

—¿Y V. que le contestó?—le pregunté con algún interés.

—Pues, que lo mandé á paseo con cajas destempladas, y mañana, pues iré á su casa á hablar con él, y yo bien me sé lo que he de decirle.

—¡Hombre! caridad por Dios—replicó el banquero soltando una carcajada.

—¡Caridad! ¡caridad!... pues que la tengan primero de mí, que no cuento para vivir más que con las rentas de mis escasos bienes, y todas son socaliñas que no me dejan en paz un momento.

—Pero, D. Melchor,—añadió el intencionado banquero

que parecía querer que sudara el prestamista:—si tiene V. más dinero que puede menear un temblor de tierra.

—Calumnia, patrañas.

—Si tiene V. á más de buenas fincas y de una crecida cuenta corriente en el Banco, más de treinta mil duros dados á rédito, y es V. solo y apenas gasta la vigésima parte de los productos.

—Falso, imposturas.

—Vamos, D. Melchor...

—Pues, hijo, pues la gente dirá lo que quiera, y más vale que me supongan millonario, por lo que pudiera suceder; pero como me gusta la justicia, no estoy conforme con que me atribuyan tanta riqueza.

—Aun puede que pase de lo que la gente dice.

—Mire V. pues en verdad que no llega á quince mil duros lo que tengo dados con hipotecas y pagarés, y ningún rédito pasa del catorce... ¡miserias!

—Sí que es módico, D. Melchor,—esclamé sin poder contenerme;—y para eso si cobra V. por mensualidades adelantadas, como muchas almas caritativas que se han dado ahora á remediar apuros.

—Además,—continuó el prestamista sin hacer caso de mi interrupción,—me asedia constantemente una caterva de sobrinos. Pues las peseticas del "aguilando", cuando llega la pascua; pues la matrícula del Instituto al uno y la ayuda de zapatos al otro. Pues el día del santo hay que darles algunas golosinas para que se contenten... pues que mis hermanas tienen apuros, porque si pitos, porque si flautas, que el marido de la una es un bribón y el otro está cesante, y de vez en cuando hay que pagarles alguna trampa... pues que Fulano está en la miseria y allá va una peseta... pues que Mengano se ha caído de un andamio y allá va otra... pues que en las conferencias de S. Vicente de Paul hay que portarse con un par de duros, por aquello de que tiene uno fama de estar bien... en fin que ésto es para sacarlo á uno de quicio.

—Tiene V. muchísima razón,—dijo el ingeniero, dando una puñada sobre la mesa:—eso es para volverlo á V. loco. A mí...

—Pues sin ir más lejos,—añadió D. Melchor,—acabo de

levantarme de la mesa de lectura, porque han entrado dos amigos hablando de una función benéfica que van á dar en el teatro, con motivo de no sé qué desgracias... ¡ya ve V. como si yo tuviera la culpa de que el mundo se hundiera!... y al tratar de repartir las butacas, pues querian que yo á la fuerza tomara una. ¡Yo butacas! ¡cuando hace un siglo que no he visto ninguna función, porque no puedo desprenderme ni de dos reales!...

—Pues sepa V., amigo D. Melchor,—le interrumpió el banquero,—que yo queria que me tomara V. una platea.

—¡Platea! ¡platea!—exclamó horrorizado el usurero, y medio levantándose con los cabellos de punta.—¿Ha dicho usted platea?

Los tres amigos soltamos á la vez una estrepitosa carcajada.

La descompuesta figura de D. Melchor representaba en aquel instante la caricatura de sí propio, y sus ojos, inyectados de sangre y dando vueltas en las órbitas, parecian dispuestos lo mismo á llorar que á abrasar con el fuego de sus pupilas

—¡Hombre! ¡por Dios!—dijo el banquero,—que va V. á hacernos creer que está poco menos que en la miseria.

—Pues en la miseria nó; pero nada me sobra después de vivir con modestia.

—Mire V., D. Melchor: cada uno de nosotros tiene medios para vivir con cierta holgura, y por consiguiente nada vamos á pedirle; pero sea V. franco: V. con sus dinerillos á rédito y con el producto de sus fincas, tiene más de quince mil duros de renta anual.

—¡Jesús! ¡Jesús!

—Y me quedo corto.

—¡Ay!... si V. supiera!...

—¿Y qué, D. Melchor? ¿Qué habríamos de saber que hablara con más elocuencia que los números?

—Pues historias, cosas hondas, misterios. V. ve lo que hay por fuera ó lo que cree que hay: V. habla de fincas y de réditos; pero no sabe V. que eso... sí señor, que eso... tiene también sus menos y sus más, como todas las cosas de este mundo. Pues con decirle á V. que... pero aquí me quedo, ¿Y lue-

go?... pues gavelas y danzas y contradanzas y pérdidas y quebrantos.

Y el usurero, al hablar así, daba tragantadas para llamar saliva á su boca que se habia quedado completamente seca.

—De todas maneras, D. Melchor,—continuó el banquero;—por más que se quede la renta en doce mil duritos para usted solo (que es mucho suponer) creo que en esta ocasión la caridad no le será indiferente, y aunque sea un palco segundo ¡ya ve V. qué poco! le enviaré á V. á su casa para que lo abone.

--¡Calle V.! ¡calle V.!

--Nada, nada, D. Melchor.

---De ninguna manera. V. sabe lo que pasa en su casa, y yo sé lo que pasa en la mía.

Y D. Melchor, al decir ésto, levantóse por completo de la silla, lleno de sudor copioso que por instantes iba agolpándosele á la frente. Limpióse apresurado con el enorme pañuelo de hierbas que poco antes le habia visto doblar con tanto cuidado en la sala de lecrura, y añadió:

--Señores, me marchó: tengo que hablar con un amigo que me espera en otro punto, y con la grata conversacion de Vdes. se me ha hecho un poco tarde.

Y sin añadir palabra alguna, inclinó la cabeza en señal de despedida, y tomó con rapidez hácia la puerta, limpiándose nuevamente el sudor y abanicándose con el sombrero.

El banquero y el poeta no pudieron contenerse más y rompieron á reir estrepitosamente cuando el prestamista se alejó. Yo le fuí siguiendo con la vista, y al trasponer la puerta de cristales, dijo á media voz:

--¡Qué señor tan original! Me he fijado por primera vez en él, en la sala de lectura, y aunque me han llamado la atención ciertos detalles de sus modales y persona, nunca podia figurarme lo que es, sino viéndolo y oyéndolo como ahora me ha sucedido. Por más que no encaja del todo bien en una colección de asuntos murcianos, he de procurar incluir ese tipo, siquiera porque, además de ser una muestra perfecta de los hombres de su clase, vive en Murcia y tiene muchos defectos muy parecidos á los de varias personas que todos tratamos y conocemos.

—Y el caso es,—añadió el banquero,—que son muy pocos los que conocen bien á D. Melchor, y pasa en varias ocasiones por hombre modelo, teniendo una significación de no escasa importancia en esta capital. Lo que no he sabido aún es porqué, siendo tan ruín, se desprende de una cuota crecida como hay que pagar para ser sócio del Casino: algo debe de perseguir, porque él nada hace sin intención, y yo, que no le pierdo de vista, he de descifrar alguna vez el misterio.

—De estos hombres,—dijo el ingeniero,—hay por ahora muchos en este país, y como la mala hierba, van multiplicándose á medida que pasan los años.

—No escasean en otras poblaciones tipos de esta calaña,—replicó el banquero;—pero aquí los hay de sobra. Ya se vé, ese afán que se va sintiendo de vivir sin trabajar, produce sapos de esa especie. Y luego, como el país ayuda; como aquí, por desgracia, gusta tanto á la generalidad el “dolce far niente,”... Apostaría algo á que el amigo á quien va buscando D. Melchor, sino es una excusa para librarse de mi exigencia sobre el palco, es algún desdichado á quien le quedan pocas plumas en alguna casa de juego. ¡Si viérais qué negocios ha hecho en los garitos de gente gorda, tomando en empeño relojes, sortijas, cadenas y toda clase de halajas! Veces ha habido de duplicar una cantidad, por ejemplo, de mil duros en una semana.

—De esa manera,—dije,—bien se puede llegar á millonario en poco tiempo.

Aquí terminó nuestra conversación.

La llegada de dos políticos furibundos hizo cambiar de tema á mi pequeña tertulia. Mientras el uno alborotaba con lo de la crisis del gobierno, desmentida á última hora, según rezaba un parte telegráfico que acababa de recibirse, el otro gamacista hasta los huesos, se frotaba las manos de gozo, haciéndose eco de la alegría del ministro de Hacienda, porque suponía que en toda España se cobraban pacíficamente sus *humanitarios* impuestos.

Como se vé, el asunto general se sobreponía al particular y la impresión causada por el prestamista desapareció con la importancia de otra conversación que ofrecía mayores atrac-

tivos, siquiera por lo excitada que habia estado la opinión durante todo el dia.

En vista de esta variante y como acababan de dar las nueve de la noche, determiné dejar á amigos y políticos para marchar á mi casa en busca de la cena, pues aunque á nadie le interesen mis particularidades, yo he de consignar que sigo con mi antigua y patriótica costumbre de comer á la española.

UN BAILE DE ARROPE

EL verano habia sido seco y abrasador, sin una nube que refrescara la atmósfera, sin un fuerte rocío que mitigara el ardor de los sedientos campos. Vientos constantes del mediodía habian soplado sobre la vasta planicie que se desarrolla tras la estrecha faja de montes que ponen término á la huerta murciana, y aquellos prados inmensos que se pierden en los confines del lejano horizonte, parecian gemir bajo el influjo de un calor insoportable.

A pesar de la elevada temperatura y de la pertinaz sequía de tantos meses, los almendros habian ofrecido al labrador una cosecha abundante, y las paleras, cargadas de rico fruto, habian templado más de una vez el apetito de los hijos del trabajo.

Doblábase el débil ramaje de los olivos bajo el peso de las verdes y espesas aceitunas, y presentábase una cogida más que regular que resarciría en parte de las pérdidas de otros años amen de la de los higos que no habian podido sobrevivir á los rigores de la estación y que habian dado un escaso rendimiento, con harto desconsuelo de los pobres. Pero lo que verdaderamente alegraba los corazones; lo que hacia latir de esperanza á los colonos, eran aquellos viñedos de gallarda pompa, aquellas enormes manchas verdes que se destacaban aquí y allá entre los bancales amarillentos, como profusos y vistosos bordados que se perdian ó se levantaban entre las suaves ondulaciones de la llanura.

¡Cómo campaban las extendidos pámpanos, deslumbrantes con su color vivo de esmeralda, y qué bien harmonizaban con la masa verdosa algunos tallos cuyas hojas parecian empapadas en grosella, adornando los espesos racimos que colgaban de los cepos, los cuales racimos daban á su vez to-

nos distintos á los fibrosos y parduzcos troncos, desde el blanco perla del valenci y el marfal, hasta el viola del moscatel ó el matiz indefinible y obscuro del menudo morrastel y de la planta-mula!

Jamás se habia visto una cosecha semejante. Sobre todo, en la aldea de San Cayetano la abundancia de uva era tal, que superaba en mucho á las necesidades de los cosecheros, y se temía un exceso de vino ó una imposibilidad de exportación para los distantes mercados. Sin embargo, como lo que abunda no daña, según el decir de las gentes, alegrábanse los amos y los jornaleros, los acomodados y los pobres, porque habia para todos, y se llenarian los toneles y tinajas con aquel substancioso caldo, y se colgarian racimos para el invierno en hilos pendientes de las cañas de la techumbre, y se harian pasas muy ricas que durarían hasta la siguiente primavera, y se fabricaria el dulce y codiciado arrope, el mejor y el más suave de toda la provincia.

A este propósito debo añadir aquí una consideración que estimo un tanto oportuna, siquiera porque con ella podrá apreciarse el valor de las palabras con que he calificado el arrope.

No toda la uva de la provincia tiene las mismas condiciones para los caldos. La de Juuilla y Yecla, y en general toda la que se obtiene en la zona de la sierra de la Pila, es considerada hasta por los extrangeros como la mejor para vino, por su sequedad y dureza. La de Mula, Moratalla y Cehegin es superior para la fabricación de aguardiente. La de los campos de Murcia y Cartagena, por su abundancia de azúcar, es acaso la principal para la arropía, y únicamente la del Plan de Cartagena tiene una especialidad muy distinguida para un vino que, en manos de los fabricantes franceses, acaso podría competir con los más famosos de Málaga y Jerez.

Hecha esta ligera observación, diré que los habitantes de aquellas treinta casas que se desparraman en un rádio de trescientos metros alrededor de la preciosa iglesia de San Cayetano en el fondo de un vallecito tan pintoresco como saludable, estaban alegres por demás con la hermosura del cosechón que á la vista tenian, y limpiaban y preparaban toda

clase de vasijas para envasar el líquido que muy en breve había de producir el fruto de los viñedos.

Eran los últimos días de Septiembre y la vendimia se verificaba con suma rapidez. Centenares de jornaleros cortaban sin descanso los pomposos racimos que en enormes cofas (espuertas grandes) conducían después á los *sequeros* formados en las eras, y los dueños colocaban á su alrededor haces de cardos, bolagas y cambrones, en extenso círculo, para preservarlos de los chicos traviesos y de los canes vagabundos, hasta que por acción del tiempo y pasados unos cuantos días el fermento se mostrara y se pudiera hacer la *pisa* en las *grailas* que estaban ya dispuestas para el caso.

Uno de los cosecheros que más adelantada llevaban la operación, era el tío Lorenzo, hombre formal y tendero por añadidura, que vendía vino sin cristianar y que mandaba más que un mariscal de campo, según expresión de sus amigos y parientes.

El tío Lorenzo, que, por razón de su oficio, llevaba su idea en eso de adelantarse, porque así vendería vino antes que las bodegas de los demás estuvieran en condiciones de presentar potable el encarnado líquido, había hecho su pisa, llenando dos enormes toneles y algunas tinajas, y había hecho también su correspondiente sangría á las vasijas, sacando varias arrobas de mosto que despedían un olor agradable para los aficionados al jugo de la vid.

La mujer que era una verdadera ardilla para multiplicarse y estar en todo, ayudada de una hija casadera y de una moza juncal, coloradota y mofletuda, preparaba en grandes perolas el mosto para cocerlo y hacer el succulento arrope, donde habían de bañarse como en rico almíbar tajaditas de diferentes clases de frutas, con las que propios y extraños habían de chuparse los dedos y relamarse los labios de gusto.

¡Qué fogatas subían en el hogar por entre los hierros de las trévedes, tostando las perolas y mandando á la empinada chimenea columnas de espeso humo, como el de una locomotora puesta en marcha! ¡Qué rechinar el de las secas ramas y qué hervor el de aquel mosto que se espesaba bajo la acción del fuego, tomando poco a poco un color parduzco como el del café, y despidiendo un aroma exquisito y excitante!

El tío Lorenzo se paseaba desde la puerta de la calle á la de la cocina, con visible impaciencia, y cuando despachaba á algún comprador que le interrumpía en su solitario paseo, entraba refunfuñando en la tienda, y comenzaba otra vez á recorrer la distancia que habia entre la cocina y la calle, preguntando sin cesar:

—¿Pero es que eso no está aún?

—Cállate, hombre,—le decia su mujer, sudando á mares, sentada bajo la gran campana de la chimenea y atizando la lumbre con una rama de olivo:—pa que las cosas estén bién hay que darles tó lo suyo.

Y volvía el tío Lorenzo á sus paseos, y luego salía un ratito á la calle, regresando á los tres minutos.

—Pos, chica,—decia asomandose nuevamente á la puerta de la cocina:—no gasta eso poca lumbre que digamos. Pos ni que fuera carne de gallina vieja, que tié que estar cociendo tres dias; pa que se pueda comer sin mascar mucho.

—Vamos, tú no entiendes de ésto; siempre que hacemos arrope, te sucede lo mismo,—contestó la mujer sonriéndose:—tú siéntate en la puerta donde hace menos calor que aquí, que ya te llamaré cuando esté el cocimiento, pa que lo pruebes si es que te gusta caliente.

—¿Pos tanto le farta?

—Ná, muy poco, mira.

Y la mujer, metiendo en una de las perolas una cuchara de madera, dejó caer unas gotas de arrope en el fondo de un plato. Después apartó la cuchara, y pasando la punta del índice por aquellas gotas que con cierta rapidéz volvieron á juntarse, añadió:

—¿Ves? mientras no se quede la deá señalá en medio, sin que el arrope tarde un rato en ajuntarse, no está toavía.

—Hija, pos ya sabes que no se necesitan pocas andróminas pa eso.

—¿Qué quieres? ¿te gustaria que se quedara el arrope como el que hace la tía Manuela la del Cojo, que parece aguachirle, ó como el que arreglan en ca el tío Cabrero, que á los tres dias hay que tirarlo ó golverlo á cocer por lo ágrío que se pone?

—Tíes razón, mujer, tíes razón.

Y el tío Lorenzo, convencido por aquellas palabras, y conociendo que la tardanza ya sería poca, sintió menos impaciencia, y salió á la calle, sentándose en uno de los largos poyos de la puerta y encendiendo un cigarro para distraerse con el humo y hacer tiempo.

La media tarde sería pasada, y una brisa ligeramente fresca oreaba las higueras y almendros de los alrededores de la casa, produciendo un agradable ruido que distraía al tío Lorenzo, alejando sus pensamientos de aquel arrope que tanto deseaba y que hervía allá adentro, en la amplia cocina.

Poco rato hacía que hubo de fumarse un cigarro, cuando oyó la voz de las mujeres que lo llamaban para que probara el ya terminado cocimiento. Veloz como una centella, acudió al reclamo, y en un minuto dió fin á un par de buenas tajadas de calabazate, castañeteando la lengua y arqueando las cejas, como en señal de gusto y aprobación.

Satisfechos de ese modo sus deseos, ya no se cuidó de otra cosa que de las operaciones que le competían, dejando á las tres mujeres solas para que se las arreglaran como pudieran con el arrope, trasladándolo á ollas de barro y preparando tres ó cuatro enormes fuentes para la gente que por la noche había de acudir al baile.

No hubieran querido aquellas fatigadas personas tanto dispendio, siquiera por el trabajo y el calor que sufrieron durante algunas horas, para que bocas ajenas comieran descansadas; pero la costumbre hace ley, y sólo se eximen de esas obligaciones los braceros del rebuche ó sea los que, después de la vendimia, recorren los viñedos en busca de tísicos racimos olvidados ó desdeñados, con los cuales hacen también su poquito de arrope que luego les sabe á gloria en medio del invierno.

Llegó, por, fin, la hora deseada. Las sombras envolvían por completo el horizonte, y las estrellas brillaban en el manto de los cielos, alegrando el valle de S. Cayetano donde la gente se disponía á pasar un rato bueno, ya que la ocasión se presentaba y no era cosa de desperdiciar una fiesta cuando no abundan allí las diversiones.

Presenábanse los mozos del partido empuñando largas y gruesas varas de almendro, y las mozas acudían por ambos

lados de la casa, con cara de satisfacción, risueñas y decidoras, agolpándose en los poyos de la puerta, mientras sus madres tomaban sillas para formar una barricada de asientos en uno de los ángulos del edificio. Los mozos, antes de sentarse, se apoyaban sobre sus garrotes, mirando á derecha é izquierda. Después entraban en grupos á la casa y se abalanzaban sobre un cantarito de agua que pendía de una rama en forma de horquilla sujeta con una cuerda á una clavo enorme, y dejaban caer sobre sus bocas empinadas y abiertas un chorro delgado y fresco, no por aplacar una sed que no sentían, sino por una inveterada costumbre, hija de su cortedad, y con la cual preparan una frase ó una palabra para animarse un tanto y ver el modo de hablar con una joven ó de olfatear un sitio que les proporcione ciertas ventajas en la reunión.

El tío Lorenzo y las mujeres de su casa, sentados en anchas sillas de sogá, dejaban que cada cual entrara y saliera ó se acomodara donde tuviera por conveniente, y sólo cuando se dejó oír el temple de una guitarra que exhibió uno de los presentes, el grave tendero abandonó su cómoda silla y encendió un farolillo un tanto polvoroso y un candil de la cocina, colocando ambas luces en la pared de la calle, con lo cual proyectóse una claridad que alcanzaba á todos los extremos del edificio.

Poco después la presencia del capellán y la de individuos de unas familias murcianas que tenían posesiones en aquel campo y que ya terminaban su veraneo, vinieron á marcar cierta animación en los naturales del país, comenzando enseguida el báile que no había de parar mientras el sueño no fuera dando á unos y á otros la señal de retirada.

Repicaban las postizas al compás de la vibrante guitarra, y las coplas se sucedían, según uso y costumbre en esa clase de báiles, sin ofrecer otra cosa de particular que el extraordinario agrado con que todo se oía, mientras la vista se recreaba una vez más en las variaciones de las mudanzas de la malagueña.

El tío Lorenzo comenzaba á olvidarse de las ganas que venía sintiendo de dar un buen avance al arropo ya frío y que indudablemente habría de sentarle á las mil maravillas, y animaba á los bailadores para que los entreactos fueran cor-

tos y la noche se recordara en lo sucesivo como una de las mejores que hubieran pasado los habitantes de aquella aldea.

—Afuera penas, muchachos,—decía recostándose contra el quicio de la puerta y manifestando en su semblante una inmensa satisfacción:—afuera penas y no dejes de bailar con ninguna moza, que yo soy poco aficionao á los báiles en la puerta de mi casa, y ya no habrá otro dista el año que viene y pa ello es mester que llueva á su tiempo y haiga una cosecha tan güena como la de ahora.

Y los mozos, alentados por las palabras del dueño, continuaban dando saltos y vueltas enfrente de las garridas muchachas.

El padre capellán, medio oculto entre la sombra que proyectaban dos mocetones, se entretenía en arrojar chinitas, con gran disimulo, á los grupos de las campesinas, y éstas, que no sospechaban de la mano de donde partían los diminutos proyectiles, la emprendían con los manceos más cercanos, y así se cruzaba un tiroteo de frases que, unas veces por su acritud mal velada y otras por las felices ocurrencias que envolvían, excitaban la hilaridad de unos y de otros, mientras el capellán se mordía los labios para no estallar en risas que lo delataran.

En ésto se presentó un joven alto y delgado que tenía fama de gran recitador de versos y que era entendido por «Gregorio el de los sermones». Con efecto, aquel mozo, que desde su niñez venía amenizando esa clase de reuniones, diciendo romances de todos géneros y predicando unas cosas en verso macarrónico que sus autores llamaban *sermones burlescos*, poseía un repertorio bastante grande de tan especial literatura, y tenía asuntos para toda clase de gustos y de circunstancias, por lo cual lo estimaban en mucho.

Un señorito de los allí presentes, conociendo las cualidades de Gregorio y queriendo preparar una agradable sorpresa, había escrito y hecho aprender con repetidos ensayos al trovador campesino un sermón, basado en una broma casi legendaria acerca del murrastel ó sea de la uva que produce el vino tinto.

La tal broma supone que, cuando el murrastel está en sazón, la moza que lo come siente tales ansias amorosas por el

primer hombre que se le acerca, que no vacila en escapar con él, fiada en la promesa, casi siempre cumplida, de inmediato matrimonio.

Coma había sospechado el señorito, los circunstantes, así que vieron á Gregorio, comenzaron á pedirle con insistencia que recitara algunas de sus *relaciones*, y luego que el trovador se hizo bastante de rogar para que se justificara en cierto modo lo que había de decir, subióse sobre uno de los poyos y extendió sus manos para dar principio al celeberrimo «sermón del morrastel» que desde aquel momento había de ser para los campesinos en dos leguas á la redonda lo más grande que oídos humanos hubieran escuchado jamás.

Un silencio sepulcral siguió á la actitud del rústico predicador.

Salían de su boca periodos rotundos y vibrantes, fraseología ingeniosa y excogida en medio de la sencillez de la forma, para que fuera comprendida hasta por las inteligencias más rudas, asombrando á los circunstantes que nunca habían oído endecasílabos llenos y sonoros, perfectamente aconsonantados, palpitando allá en su fondo una malicia sutil que ridiculizaba la poco honesta pero admitida costumbre de las escapatorias.

Picaban algunos versos como puntas de alfileres ó como mostaza en vinagre, y levantaban ampollas en varias mozuelas, mientras los mancebos atronaban el espacio con ruidosas carcajadas. Algunas madres, escandalizadas, intentaban formular protestas y murmuraban por lo bajo, y hasta el padre capellán hubiera querido desvanecerse, porque no se dijera luego que en su presencia se había pronunciado un sermón tan subidamente realista; pero el alegre clamoreo de la mayoría impedía cualquier manifestación contraria al espíritu que reinaba en la generalidad, y el sermón continuaba desenvolviéndose entre el entusiasmo y la admiración siempre en aumento, hasta que terminó dejando una impresión desconocida.

Siguieron entonces los comentarios, como acontece en el estreno de cualquier obra dramática, con la única diferencia de que, en vez de juzgar literariamente la composición por career de facultades para ello, la analizaban por su inten-

ción, por sus ocurrencias ó por ciertas frases salientes que habían de quedar en lo sucesivo impresas en la memoria como si estuvieran esculpidos en bronce.

—¡Vaya una desvergüenza!—decía malhumorada una vieja sesentona.

—Cálle osté, agüela—contestaba un hombre entrado en años;—cálle osté y no diga disparates, que to lo que reza el sermón es la pura verdá.

—¿Y es osté la que mormura?—decía otro oyente, costá-neo de la vieja:—vamos, acuérdesese de que tamién osté comió morrastel en cierto tiempo, porque se salió con su nóvio cuando era moza.

—¿Y qué? Yo no niego lo que hice, ni ando pa ná con tapujos; pero sepa osté y entienda que un mal pensamiento á cualquiera le da, y que mi novio me cumplió casándose conmigo porque era un hombre de bien, y las cruces del cura tó lo borran.

—Ya,... pero el caso es que las mocicas siguen comiendo morrastel, y á angunas bien que se les atranca y hasta se les hincha.

—Pos á mí, muncho que me ha gustao el sermón,—exclamó un mozuelo, volviendo la espalda á la vieja y encarándose con unas jóvenes que estaban á su lado:—lo golvería á oír de güena gana.

—Y á mí tamién me ha gustao,—añadió otro mancebo, cargando su cuerpo sobre la vara que empuñaba;—y lo que es con lo que ha dicho Gregorio, no es mala la dentera que me ha entrao pa meterle mano al arrope del tío Lorenzo, que regularmente estará hecho con morrastel y del mejor.

Y así sucesivamente seguían los comentarios de un extremo á otro de la reunión, arrancando frases de disgusto o de alegría, según que la gente era joven ó vieja, hasta que corrió la voz entre los presentes de que el amo de la casa había colocado sobre el mostrador de la tienda las fuentes del calabazate, para que entrara el que quisiera comer. Aquella orden apagó de repente los murmullos y nadie pensó en otra cosa que en el arrope del tío Lorenzo, coronando con tan exquisito comestible la velada que sería recordada por mu-

chos con placer, por los ratos agradables que les había proporcionado.

Iban entrando por tandas y aglomerándose en el reducido espacio de la expendeduría, á excepción del padre capellán y de los señores de Murcia, los cuales habían de ser obsequiados particularmente, como para establecer alguna distinción entre las clases, y en cuanto éstos vieron que la tienda estaba llena de bote en bote, se escurrieron sigilosamente para marchar á sus casas respectivas, comprendiendo que tras el artope habrían de darse por terminados el báile y la reunión.

Entonces tuvo lugar una escena que vino á confirmar en todos sus puntos las verdades del sermón del morrastel.

La hija del tío Lorenzo había estado *platicando* con su nóvio toda la noche, sentados lado por lado, casi sin ver el báile y sin oír apenas el sermón. Arrullándose ambos con sus frases amorosas, no observaron que se les trastornaba el cerebro y que el corazón les latía con agitación creciente. Aprovechándose el nóvio de la fragilidad femenil en circunstancias tan críticas, excitaba sin cesar á su amante para una escapatoria; y la pobre muchacha, queriendo darle gusto, resolvió utilizar la confusión del momento. Con efecto, penetró resuelta en una habitación de la casa, hizo rápidamente un bulto con la ropa que encontró más á la mano, salió al campo por la puerta del corral, amparándose de la obscuridad que reinaba, y siguió á su nóvio que la esperaba á distancia de pocos pasos, perdiéndose en un laberinto de almendros y piteras que ocultaban la fuga.

Nadie al principio notó la desaparición de la joven. Las bromas continuaban dentro y fuera de la tienda hasta el punto de que, á no haberse encontrado tan avanzada la noche, se hubiera repetido el báile, y tal vez Gregorio habría echado alguna relación, por ejemplo, la de *Diego Corriente* ó la del *Sordo y el Arriero* que en más de una ocasión habían escuchado con gusto. Pero así que los habitantes de la casa se quedaron solos, y el tío Lorenzo, su mujer y su criada hubieron metido las sillas de la calle, echaron de menos la presencia de la moza, aunque sin cruzar por su imaginación la idea de que le habría hecho efecto el morrastel, según asegura la tradición campesina.

Poco á poco iba entrando en sus ánimos la zozobra, á medida que registraban minuciosamente todas las habitaciones, incluso el pajar y la despensa, y después que el tío Lorenzo volvió de echar un vistazo por los alrededores de la casa, sin observar por allí rastro alguno de alma viviente.

Entonces, y al ver de pronto entornada la puerta del corral, lo que hacia descorrerse súbitamente el velo de su incertidumbre, la imagen de la fuga acudió á la mente del tendero, y una irritación inmensa se apoderó de todo su sér. Prorrumpió en juramentos sin saber lo que juraba, y daba voces como un loco, maldiciendo el báile y el arrope y hasta el intencionado sermón que tan buen rato le habia hecho pasar, pero que, á pesar de sus verdades clarísimas y de la dura lección que encerraba para las mozuelas locas, no habia evitado la consumación de un acto más de aquella costumbre perniciosa y deshonestá.

¿Pero no habia dicho el mismo tendero que no dejaran los hombres de bailar con ninguna moza y que se divirtieran bastante, porque era preciso que aquella noche fuera memorable para todos?

¡Oh! ¡Cuán memorable habia de ser para el desgraciado tío Lorenzo y también para su pobre esposa que lloraba á lágrima viva, caida en el suelo y recostada en una de las paredes de la tienda!

Y el desconsolado padre, llevando en la garganta un nudo que le apretaba cruelmente, salia de nuevo al campo, y con ansiedad infinita hundía su mirada en la obscuridad, como si quisiera penetrarla y encenderla con los rayos de su dolor y su furia, y descubrir allá en su fondo el lugar oculto donde su propia hija escondía su liviandad, burlando el cariño de una familia que la idolatraba.


Y recorría los senderos con rapidez vertiginosa, á la escasa y vacilante luz que proyectaban las estrellas, formulando alternativamente pensamientos de venganza ó de perdón, en aquel cúmulo de sensaciones y en aquel laberinto de ideas confusas que bramaban en su cerebro, y regresaba al poco tiempo, triste y cabizbajo, caidos los brazos con desaliento, y sintiendo que le traspasaba el corazón el llanto de su mujer.

Verdaderamente, no habia podido tener un fin más lamentable aquel alegre báile del arrope, soñado vivamente por el tío Lorenzo, desde que recreaba su vista en los verdes y hermosos pámpanos de sus praderas, hasta el momento mismo en que contemplaba sus toneles llenos de vino y veia hervir el codiciado y rico mosto en las enormes cacerolas de su hogar.

A veces, el buen tendero trataba de consolarse, teniendo presente que aquella maldita fuga obedecia á una costumbre secular muy arraigada y no á deseos impuros y reprobados por la moral, y que si en breve aquel acto no terminaba bien á bien con la bendición del párroco, le quedaban los tribunales para pedir justicia y reparar su honor en lo posible. Pero al escuchar de nuevo los suspiros y el llanto de su mujer, volvía á enfurecerse y á lanzar imprecaciones contra su hija y el novio, hasta que al fin, cansado y rendido y dejando para otro dia la solución de tan intrincado problema, cerró la puerta de la casa y buscó en el cómodo lecho el mejor lenitivo de sus pesares.

Las Cuatro Esquinas

I

 RAPERIA y Plateria. Dos calles de las más principales de Murcia, y acaso las de mayor importancia.

Mas no vaya á creerse que son dos *boulevares* ó poco menos. Son simplemente dos vias de siete y cinco metros respectivamente de anchura, las cuales vías, si en momentos dados resultan estrechísimas para contener la gente que en ellas se agolpa, no así para la vida ordinaria de la población que gusta poco de moverse, como si la enervara el clima y se lo impidieran sus pacíficas y antiguas costumbres basadas en la agricultura. Por lo demás, hay en ellas bastante claridad con la luz que despide el espléndido cielo murciano.

La primera de dichas calles estuvo en otro tiempo destinada á ostentar pobres y destartaladas tiendas de trapos, de donde le vino el nombre que no ha podido sustituirsele por otro, á pesar de llamarse oficialmente del "Príncipe Alfonso," desde 1862; y la segunda á la venta y artificio de objetos de plata, entre los que se destacaban las magníficas botonaduras que llevaban los hombres de la huerta, cuando, cubiertas sus piernas con los anchos zaragüelles y blanquísimas calcetas y adornada su cabeza con la montera de terciopelo negro sobre anudado pañuelo de vivísimos colores, se entraban en la ciudad para tomar parte en las férias y mercados ó para contemplar las vistosas procesiones que constituían las fiestas más animadas de la población.

Entonces se podían permitir los huertanos el inocente lujo de ostentar esos colgantes de plata sobre su cuerpo. El gobierno de Madrid se contentaba en aquellos felices tiempos con enseñar de cuando en cuando su garra potente y con

dar un arañazo saugriente con tal ó cual subida de contribución. Después vió que le iba muy bien clavando sus uñas, porque los perjudicados iban pasando por todas, y se aficionó al olor de la sangre de sus víctimas, tajando entrañas y desgarrando corazones, y los hijos de la huerta tuvieron que vender sus botonaduras para calmar el hambre del insaciable fisco madrileño, y más adelante empeñaron ó enagenaron sus bienes para tener contenta á la fiera devoradora, no vendiéndose ellos mismos, porque de antemano sabian que no habia quien quisiera comprarlos.

Hoy ambas calles han sufrido alguna transformación en cuanto se refiere al adorno. Pocas tiendas de trapos vense ya en la primera: en cambio tiene lujosos establecimientos de otra clase y magníficos cafés que compiten con los mejores de España. En la segunda han desaparecido casi todas las tiendas de platería, y el comercio de telas ha inundado la parte baja de los edificios, dándose el desagradable espectáculo de algunas carnicerías, que no por lo aseadas y llenas de adornos, quitan la repugnancia de los tasajos de las reses cogadas, destilando sangre á la vista del público.

Estas dos calles absorben el mediano movimiento de la población, y es de ver á ciertas horas cómo cruzan por aquellos puntos bandadas de sastresas, zapateras y modistas, más frescas que las vistosas flores que adornan sus cabezas, andando con áire provocativo y derramando más sal que cuanto se cria en los charcos de la playa de Torrevieja.

El punto de intersección de ambas calles se denomina las Cuatro Esquinas de S. Cristóbal, y es el sitio más apropiado para los desocupados y galanes callejeros, que desde allí atisban á las criadas que van á la compra ó á las señoritas que recorren las tiendas.

No pocas veces ambulantes carretones llenos de frutas, y enjambres de betuneros capaces de charolar hasta el mismísimo lucero del alba, interceptan el paso y dan motivo á escenas desagradables ó chistosas, según las circunstancias, personas ó modo como se verifican.

Ese homeopático centro de vida, movimiento y exhibiciones, es el perpétuo anunciador de los espectáculos públicos, el noticiero eterno de donde salen ciertas nuevas que corren

por la ciudad, el barómetro del estado angustioso ó feliz de los comerciantes y hasta la primera estación donde se pregona la Bula, cuando la cúria eclesiástica publica la recepción de las Letras Apostólicas por conducto del Arzobispo primado de las Españas.

Várias veces D. Gumersindo Lambreras se había detenido allí, en espera de algún amigo de confianza, para leerle con mucho misterio sueltos que publicaba en el «*Vetustense*» y que entrañaban gran «intención», como puede verse por la adjunta muestra: "Aquel amigo, á quien en una ocasión le dijimos que pronto se habian de ver ciertas y ciertas cosas, téngalas por verificadas, si ocurre en breve un accidente que sólo será conocido por los que están en el secreto. Créanos que somos buenos profetas,,.

Pero aparte de este detalle histórico, que consigno aquí para no dejar nada de importancia en el tintero, diré, entrando de lleno en el asunto de esta escena, que en aquel sitio era donde tenia su casi exclusiva permanencia el eterno mariposo Juanito Bandolina, uno de los mayores aficionados al dulce no hacer nada, que es el distintivo de la mitad, por lo menos, de las personas de su clase.

Juanito Bandolina era uno de esos tipos que, una vez vistos, jamás se apartan de la memoria.

Figuraos dos piés casi femeninos, tan rectamente colocados, que parece que se inclinan hácia adentro al andar. Sobre esos piés lindamente calzados, se alzan dos piernas largas y delgadas como cañas de pescar que hacen bambolearse el anchísimo pantalón, cortado á rigor exagerado de la moda á que este retrato se refiere. Colocad encima un cuerpo algo corto y un poco hundido de pecho, cubierto con americana sin costura en la espaldar, y poned sobre esa prenda una tirilla blanca de agudos picos de donde sale un cuello estrecho y de bastante altura, sobre el cual se atornilla una cabeza enorme con dos orejas grandes y salientes y un sombrerito chiquitín que le cubre media frente y parte de la coronilla. Sombread su boca con un bigotito muy retorcido: colocad sobre la protuberancia de su no escasa nariz unos quevedos con armadura de oro: clavad en su corbata un alfiler con grueso diamante americano, otro idem en el meñique de su

mano izquierda que exhibe cuando chupa el inseparable cigarrillo, un bastón delgado en la derecha que suele mover entre sus dedos á la manera de molinete, y tendreis un verdadero fac-símile de aquel tenorio llamado Bandolina, no sé si por apellido ó por mote.

Las Cuatro Esquinas le conocian ya desde lejos, como si tuvieran inteligencia, y siempre le reservaban algún sitio para que las honrara con su cotidiana visita.

Cuando Bandolina llegaba á su centro favorito, se detenía algunos minutos: miraba con mucho interés á las tiendas laterales, echaba un vistazo á la Trapería por izquierda y por derecha, encendía uno de los de á real el paquete, y á continuación movia sus piés, Platería adelante, hasta llegar á la plaza de S. Bartolomé, y desde allí regresaba despacito, girando la vista á los comercios de uno y otro lado, en busca de algún amigo ó de cualquier percal ambulante.

De noche, sobre todo, era el rey de las Cuatro Esquinas. Allí formaba corrillo con otros mozalbetes de su edad, entre los que sobresalía Alfredo Solete, sábio de primer orden, que no era bachiller ni tenia carrera ninguna, porque no habia podido encontrar profesores que apreciaran su brillante inteligencia ni la profundidad de su ilustración. Sus vastos conocimientos los habia adquirido, por mitad, de la misma naturaleza que lo llenó espontáneamente de sabiduría en un decir Jesús, y de unas cuantas novelas naturalistas, á las que era muy aficionado, y de algunas docenas de folletos y folletines. Con tan abundante arsenal de ideas, se metió á director de periódico, y hablaba de religión, de política, de artes, de ciencia, de literatura, y criticaba dramas y analizaba cantantes y discutía dogmas y sentaba absolutas que parecian cañonazos de Armstrong disparados contra el sentido común.

Reunido con todos esos el flamante Bandolina, se pasaba las horas enteras en aquellas Cuatro Esquinas, hablando á más y mejor, llevando en danza veinte conversaciones á la vez. Cada cual tocaba su tema favorito. Bandolina el de las mujeres, que eran su idea dominante y hasta su delirio: Solete el de la enciclopedia, demostrando la universalidad de sus conocimientos, y los restantes entraban la cuchara por donde podian, cuando Solete y Bandolina les dejaban algún hue-

co, diciendo todas las vaciedades que se les venian á la boca, aunque algunas veces solian demostrar alguna más instrucción que los que podian considerarse como jefes de la callejera tertulia.

II

—Ya va haciendo fresco,—decia Bandolina, fijando bien los quevedos sobre su nariz, para flechar a una linda muchacha que acababa de entrar en la tienda contigua al sitio donde él se encontraba.

—Pues lo que es esa niña no debe de sentir mucho,—contestó uno de los comparsas: —mírala, que va todavía como si estuviéramos en Agosto.

—Eso mismo digo yo del gobierno,—añadió Solete,—cuando no se apresura á abrir las Cortes. Yo entiendo que real y verdaderamente debe de creer que estamos en la canícula, y precisamente hoy hemos llegado á la mitad del mes de Octubre. Por supuesto, que mañana le suelto un palizón que lo deslomo. He escrito un artículo que arde en un candil.

—¿Sí?... ¿eh?...—dijo Bandolina:—lleva cuidado no te denuncien, que por ahí se dice que para todo hay tolerancia menos para los periódicos que no son de la situación gubernamental. Pero... ¡qué bonita es la muchacha!, ¡vaya un cuerpo y unos ojos y una boca y!... ¿La conocéis vosotros, por casualidad?... ¿Sabe alguno quién es y dónde vive?

—Es que este gobierno, este desdichado gobierno,—replicó Solete,—no quiere más que darnos la gran lata. Tiene miedo á nuestros diputados que real y verdaderamente saben hacer una oposición firme, digna y altamente patriótica, y que ya le han amenazado diferentes veces con el retraimiento, si sigue por ese camino de locuras que conduce directamente á la reacción y al suicidio. Yo entiendo...

—¡Vaya y qué nena de rechupete viene por allá!—interrumpió otro de los comparsas:—¡cómo te mira Juanito!

—Sí, ya sé quien es,—contestó Bandolina:—es una muchacha que enviudó hace dos años, una viudita que vale un imperio, y á quien le he dicho más de una vez que me gusta mucho. La otra noche en el teatro estuvo á punto de darme una cita.

—¿A punto nada más?

—Nada más: palabra de caballero.

—¡Hombre! á propósito de teatros,—exclamó Solete, marcando la variante primera de la conversación:—se dice que se marcha pronto la compañía de Romea. Lo que es á mí no me gusta, y si son las obras que están representando ¡qué cursis! Hará bien en largarse con viento fresco á otra población. Yo entiendo que para el teatro, buenos actores y buenas obras, ó nada.

—Pues lo que es la primera dama, me gusta mucho,—replicó Bandolina:—es preciosa, y luego es tan amable conmigo...

—Más bonita era la tiple que vino el año pasado—dijo uno de los mequetrefes;—y luego, como se trataba de zarzuela y las tiples hacen cosas más agradables que las damas del verso...

—Yo entiendo que real y verdaderamente hay ciertos puntos de semejanza entre el gobierno y esta compañía,—interrumpió Solete, queriendo enlazar la conversación con su tema favorito:—mucho de cartel, mucho de fama, mucho de relumbrones, mucho de farol; pero entiendo, señores, que real y verdaderamente las reputaciones han de ser por actos presentes y no por fechas lejanas, porque, como dice Zola ó Pí, que ahora no lo recuerdo bien, en las apocalípticas escenas de la humanidad los precedentes no significan nada, cuando hay que fijarse en situaciones del momento, ó como dijo Dantón cuando los revolucionarios asaltaron la Bastilla, que por buenos monárquicos que haya, no hay que entender por eso que la monarquía sea buena.

—¡Y qué te parecen las obras de Zola?—preguntó el comparsa amigo de las tiples de zarzuela, ingiriendo otro tema en la revuelta y desigual conversación.

—¡Qué me han de parecer, si Zola es el revolucionario de la literatura moderna? ¡Oh! ¡El gran pintor! ¡El gran dibujante! ¡El génio colosal que ha de compartir con Homero el imperio de las letras, cuando la justicia se abra paso y señale ambas figuras, para que respectivamente sean la representación la encarnación real y verdadera del mundo antiguo y del mundo moderno!

—¡Chico! ¡chico! pues yo no le creía tan alto.

—¡Oh! es un asombro.

—¿Pero no podríamos bajar un poco esa talla?

—Nó. Yo entiendo que real y verdaderamente, tratándose de la actualidad, es la primer pluma de este siglo, una pluma que compendia el Apocalipsis de las letras humanas, una explosión jamás vista de conglomeraciones caóticas que se revuelven claras y distintas en el cerebro más grande que han contemplado los siglos. Yo entiendo, señores, que aquí en España, tras novelas de pura imaginación sin fuste ni muste, es una ventaja grandísima el que se nos entre por las puertas ese gusto á la verdad, á la naturalidad, con sus desnudeces, con sus detalles, con sus filigramas; y entiendo aún más, entiendo que si alguien se ha atrevido á tachar á Zola de un tanto pornográfico, es porque no sabe literatura, ni lo que se dice, ni tiene siquiera asomos de sentido común. ¿Nó hay de todo en la naturaleza? ¿Qué razón existe, por ejemplo, para que dos amantes, exaltados por la fiebre de su pasión, no se nos presenten absolutamente con toda la realidad de lo que hacen y dicen? En esto estoy aún más fuerte que en las cosas de la política. ¿Por qué ha de ocultarse lo más esencial, lo que constituye el alma de una escena, pongo por caso, en que una jóven rústica lleva su vaca para que, andando el tiempo, tenga sus novillos que den riqueza á un pobre y triste labrador? ¿A quién ofenden aquellos detalles preciosos inimitables, sublimes, y otros análogos que se encuentran esparcidos en sus obras á la manera de flores hermosísimas? Yo entiendo que todo cuanto los hombres pueden hacer y decir dentro de sus funciones naturales, todo cuanto se relacione con lo que tenga realidad, debe ser objeto del arte, si es que el arte ha de reflejar la belleza infinita que en toda la naturaleza relumbra, y el artista ha de cumplir con su grandiosa misión.

—Bueno; pero tén presente que los que lo tachan de pornográfico y de inumoral, no le niegan sus grandes cualidades de escritor. Reconocen en él un maestro de primera fuerza.

—¡Lástima fuera que le negaran esas cualidades! ¡Tendría que ver si intentarían hacerlo! Pero todo ésto es obra del jesuitismo, y los jesuitas son mala gente. ¿Qué dice Zola que

no esté dentro de la naturaleza? Yo entiendo que lo que no hay en la naturaleza es eso que vienen contándonos los curas de uno en tres y de tres en uno, para que el obscurantismo tienda sus negras alas y la ignorancia triunfe de la ciencia. ¿Habrá barbaridad mayor?

—¡Hombre! ¡hombre! no tanto: muy ligero me parece eso de llamar barbaridad al fundamento de la religión. Yo he estudiado algo de filosofía y he aprendido que el alma tiene tres facultades completamente distintas, y todas y cada una de ellas acusan la unidad del espíritu. Y sin embargo, si nosotros no podemos explicar nuestro propio misterio, y eso que tan de cerca lo tocamos ¿cómo vamos á aclarar el otro? ¿Es que debemos negar lo inexplicable?

—Já... já... já... ¡qué atrasado!... llevas ya camino de carlista... Declárate ahora partidario de la Inquisición, y cántala pitita como los fanáticos del año veintitrés. ¿Es que tú eres también de los que creen que tenemos alma? Yo entiendo...

—Para alma, ésta que viene por aquí,—saltó de pronto Bandolina, indicando á una jamona fresca que iba del brazo de un caballero:—tres maridos lleva ya con ese, y estoy seguro de que si el tercero hace pronto boca de títere, tendrá alma y más que alma para apechugar con el cuarto.

—Pues tén cuidado no te toque la suerte de ser tú el que haga ese número,—dijo el comparsa sonriéndose.

—¡Dios me libre!

—¿Dios?—exclamó Solete que no quería dejar ninguna sin el correspondiente correctivo; —otra antigualla. Te recomiendo el número de mañana de mi periódico, y verás qué artículo espeto allí para los que creen en ciertas cosas que la ciencia ha dado de baja para siempre.

—¡Qué preciosa es esa que cruza por debajo del farol!—interrumpió otro de los comparsas:—¡qué trapío y qué gracioso!

—¡Pues nó que ésta otra que sale de la tienda con su mamá que también habrá tenido buenos quince!—continuó el imperturbable Bandolina.—De buena gana me convertiría en el paquete que lleva en la mano, para tener el gusto de verme acariciado de la misma manera que las telas que van dentro. Vamos, esta noche es noche de buen mujerío: apenas si se ve

una fea. Si hubiérais visto á unas sastresillas que han pasado antes que llegárais... Y es que al que madruga, Dios le ayuda.

—Pero, tonto,—insistió el sábio periodista:—¿por qué no haces por no nombrar eso de Dios? Yo entiendo que á tí como á muchos os ha quedado ese nombre como una muletila; pero es preciso que entreis ya en la via del progreso, que en estos tiempos de adelanto en que real y verdaderamente todo se somete á los eternos principios y á las demostraciones de la ciencia, la humanidad marcha á pasos agigantados, y pararse es retroceder, como dijo Krausse cuando explicaba la metafísica.

—Pues lo que es por esas no paso;—dijo el comparsa que había sostenido la existencia del alma:—será cosa de los curas lo que antes decías de Zola; pero que somos materia pura y que no hay Dios, se lo cuentas, si te parece bien, á ese poste de hierro en que te apoyas.

—¡Cómo se conoce que has sido seminarista!

—Seminarista ó nó, nada de eso viene á cuento: cuando quieras, discutiremos en la prensa.

—No tengo inconveniente, porque de la discusión brota la luz, y estoy seguro de iluminar tu inteligencia. Déja que me desocupe de una série de artículos contra el gobierno, que voy á llevar entre manos desde la semana que viene, y en mi mismo periódico escribirás, para que sea completa la discusión y se enteren los lectores del pró y del contra. Abriré una sección que llamaré neutral.

.

III

Jnanito Bandolina continuó siendo feliz y dichoso, hasta una noche en que fué victima de un lance tan desgraciado como natural.

Acechaba continuamente á una preciosa zapaterilla, y siempre que la discípula de S. Crispín cruzaba por las Cuatro Esquinas para ir á su casa ó al taller, el desocupado tenorio le disparaba una granizada de requiebros que comenzaron por

frases vulgares y sencillas, y poco á poco iban subiendo de colorido y de intención.

Como el tal Bandolina, por consejo del incomparable Solete, había leído bastante á Zola y se fijara con especialidad en *L'Assomoir*, *Nana*, *La Bestia humana*, y *La Tierra*, deleitándose mucho en ciertos detalles de un naturalismo muy subido, creyó inconscientemente que toda clase de expresión podía y debía admitirse en las acciones y en el lenguaje, y encontró muy oportuno practicar ensayos lentos tanto en los oídos como en la persona de la bella menestrala.

Con efecto, estudiando un plan, principió á ejecutarlo con alguna cautela. La jóven, al principio, no sospechando de intenciones malévolas en el callejero trovador, escuchaba los piropos con faz sonriente y hasta con complacencia, y día llegó en que arrancó una de las flores que adornaban su peinado y se la regaló al atrevido calavera.

Cuando se veían desde cierta distancia, les centelleaban las pupilas, y con el lenguaje de los ojos se entendían perfectamente, lo cual hacía que el célebre Juanito se frotara las manos de gozo, cuando, lejos de aquel sitio, iba uniendo detalles en su mente, para darse cuenta del estado de su conquista y de lo que debía seguir haciendo, á fin de conseguir en breve un favorable resultado.

Las primeras ventajas dieron origen á mayores atrevimientos por parte de Bandolina; pero la zapaterilla no veía con gusto aquellas libertades que se tomaba el insípido tenorio, y comenzó á ponerse adusta y aun á desviarse un poco, apresurando el paso cada vez que llegaba al sitio donde el otro se había estacionado para esperarla.

Bandolina *entendió* (lenguaje de Solete) que aquellos desdenes eran de pura apariencia, acaso estudio para excitarle más, como suelen obrar muchas mujeres, á fin de no indicar que son plazas de fácil conquista y enardecer con ello al hombre; y como era tan irreflexivo, redobló su atrevimiento, diciendo frases no ya verdes sino picantes, y pretendiendo atajarla ó detenerla cuando la muchacha, en defensa de su dignidad, torcía de pronto á la contraria acera ó se volvía para buscar la callejuela inmediata.

En la noche á que se refiere esta última escena, estaba la

Platería llena de paseantes. Bandolina, que seguía impertérrito requebrando á las que pasaban cerca de él, atisbó á la zapaterilla por entre los claros de un grupo de tertulianos callejeros, y al instante hizo que se paseaba en contraria dirección para salir al encuentro de la muchacha, antes que ésta lo viera y desviara el paso como de costumbre.

A la luz de los mecheros del gas, contemplaba gozoso aquel talle esbelto que se cimbreaba graciosísimo, presentando un busto delgado en su base y ancho y mórbido en la parte superior. Veía aquella boca sonriente y entreabierta como una flor de granado, aquellos ojos rasgados y negros que vertían abrasadores rayos de amor, y aquella ondulante cabellera, llena de flores, recogida sobre la espalda, como un manojo de fibras de ébano que se anudaban junto á un cuello torneado de marfil.

Relamióse los labios el pobre calavera, como el hambriento que ve delante de sí un manjar apetitoso: sintió que los nervios le vibraban como vaso de cristal herido por un martillo, y que la sangre le afluía al cerebro á borbotones, haciéndole latir violentamente las sienas y golpeándole el corazón con más fuerza que nunca.

Sin poder contenerse, arrastrado por tan terrible excitación que le puso fuera de sí, preparó sus crispados dedos, no como el león de las selvas, que la comparación no sería exacta, sino como la Hacienda prepara sus uñas para clavarlas en las entrañas de los bobos y suíridos españoles, y al pasar junto á la descuidada zapatera, aparentando mirar á otro lado para que su acción resultara como de casualidad si es que acaso era vista por alguien, pero mirando realmente por el rabillo del ojo para obrar sobre seguro... ¡zás!... puso su mano sobre la ancha zona del descubierto busto, y al momento una bofetada enorme, que hizo saltar á más de un metro de distancia los quevedos de Bandolina y que le midió perfectamente la oreja y la mejilla, sonó destemplada y seca, como si la manopla de hierro de un gigante hubiera caído sobre una tabla.

Aquella muestra de desagrado ó argumento contundente de fuerza irresistible, fué obra de la muchacha, obra prima como de su oficio, respuesta espontánea y justa de la dignidad ultrajada y del pudor ofendido á las doctrinas de Zola

puestas en práctica por el más tonto de sus imitadores, y defensa natural y lógica que corría parejas con el naturalismo adquirido á última hora por el desdichado Bandolina.

¡Pobre calavera!

El artificio en que basaba todas sus ilusiones se deshizo de repente, como castillo de naipes que arroja violentamente al suelo el más insignificante soplo, y el presuntuoso joven quedó aturdido, sin darse cuenta de lo que le sucedía, como si hubiera perdido instantáneamente sus facultades.

Al ruido de tan extraño golpe y al movimiento brusco del tenorio, pararon súbitamente los paseantes y acudieron varios, de los que se hallaban más próximos, por más que nadie notó ni pudo explicarse lo que con tanta rapidez había sucedido.

La curiosidad se difundió en un largo trozo de la calle. En un momento la gente se arremolinó al rededor de la discordia pareja, abrumándose unos á otros con preguntas, para saber la verdad del caso. Entonces la discípula de S. Crispín, aprovechándose de la confusión que produjo el aglomeramiento de las personas, encontró oportunamente medio de abrirse paso antes que pudieran recaer sobre ella sospechas de ninguna especie, y ganó á escape las Cuatro Esquinas, tomando desde allí rumbo con dirección á su casa.

El golpeado, corrido de vergüenza, y habiéndose quedado medio á oscuras por la sensible pérdida de los quevedos, procuró también escurrir el bulto, abriéndose camino por donde Dios le dió á entender; y haciéndose sordo á todo cuanto oyó, se retiró por una callejuela inmediata, sin dar explicaciones, esquivando miradas y haciendo el propósito firme y decidido de no pasar de diez años seguidos por las Cuatro Esquinas de S. Cristóbal.

Verdaderamente la lección había sido ruda, y el recuerdo que podría causar al incomparable tenorio un sitio que había sido en otro tiempo el teatro de sus más felices aventuras y el campo de sus mejores conquistas, era motivo más que suficiente para horrorizarle y hasta para ponerle los cabellos de punta, por lo que creyó que aquel partido era el mejor que debía adoptar.

Con esta idea aceleraba su paso, presumiendo además que

nádie se enteraría de lo ocurrido; pero como nada queda oculto, los curiosos, atando cabos, no tardaron en enterarse al fin de lo que tanto interés tenía en ocultar el insubstancial Bandolina, y tuvieron materia para reir largo rato á costa de la víctima, llevando la noticia á todas partes con el ridículo que era de esperar, y aderezándola con esa sal y pimienta que los murcianos saben derramar en todos los sucesos cómicos, por insignificantes que sean.

Su amigo Solete fué el único que salió á su defensa.

La amistad, tantas veces burlada por la mayor parte de los hombres, fué en aquella ocasión una verdad, aunque reflejando, como no podía menos, el especial estado de conciencia del insigne é ilustrado crítico y publicista.

Al día siguientes redactó é insertó en su periódico un largo suelto, en estilo rimbombante y melodramático, contra las jóvenes sin educación que, por antojos nada más ó por una mala fé punible, creen ofensivos actos inocentes ó puramente casuales y promueven escándalos públicos, atropellando de un modo soez y brutal á dignísimos caballeros, con perjuicio de la moral y con escarnio de la justicia.

The Constitution

Article I
Section 1
All legislative Powers herein granted shall be vested in a Congress of the United States, which shall consist of a Senate and House of Representatives.

Section 2
The House of Representatives shall be composed of Members chosen every second Year by the People of the several States, and the Electors in each State shall have the Qualifications requisite for Electors in that State.

Section 3
The Senate of the United States shall be composed of two Senators from each State, chosen by the Legislature thereof, for six Years; and each Senator shall have the Qualifications requisite for Senators in that State.

Section 4
The Times, Places and Manner of holding the Elections of Senators and Representatives, shall be prescribed in each State by the Legislature thereof; but the Congress may at any time by Law alter or add to the Rules and Regulations of the foregoing Elections.


Section 5
The Congress shall have Power to regulate the Election and the Qualifications of the Electors in each State.

Section 6
The Senators and Representatives before mentioned, and the Members of the several State Legislatures, and all Persons holding high Office and Trust, or Emoluments, under the United States, shall, before they enter upon the Duties of their respective Offices, take the following Oath, or affirmation, that they will support the Constitution of the United States:—

Section 7
No Money shall be drawn from the Treasury, but in Consequence of Appropriations made by Law; and the Congress shall keep a regular Record and Journal of their Proceedings, which they shall publish from Time to Time in such Manner as they may by Law direct.

EL DESPERFOLLO

I

 UN cuarto de hora, próximamente, de la ciudad y hacia la parte del Norte, existe junto á la carretera de Madrid un grupo de casitas, blancas como el ampo de la nieve, sombreadas por álamos gigantescos y pomposos emparrados, adornadas á trechos por pintorescos limoneros, granados y naranjales, y festoneadas por cuadroneos de tierra, donde el cultivo hace alternar las frescas hortalizas con el maiz ó el trigo, según las estaciones del año y la necesidad ó el gusto de los labradores.

A derecha é izquierda la vista se pierde en un verdadero océano de verdura, por las espesas moreras y árboles de distintas especies que por todas partes asoman sus robustas y caprichosas ramas, y en algunos puntos la primitiva barraca de agudo y espartado techo eleva sus cruces características, dando amenidad al asombroso cuadro que la naturaleza trazó con sus inimitables colores y sus eternos pinceles.

Fertiliza el suelo de tan espléndido paisaje una acequia de abundantes aguas, cuyas márgenes, formando un talud, apenas perceptible, bordado de florecillas y hierbas silvestres, sirve de pedestal á espesos y altos cañaverales, en cuyas hojas el viento silba con áspero ruido, como perpétua sonata que acompaña á los gorjeos de las avecillas que anidan en aquella espesura.

Un poco separada del grupo hay otra casa de mayores dimensiones, acusando á leguas pertenecer á antiguo labrador acaudalado, tipo que va perdiéndose desde que se dió en la flor de dividir y subdividir las propiedades y desde que el fisco, con afilada garra de espantoso tigre, tiene el inexplicable placer de clavar sus uñas sangrientas en todo lo que es

hijo del trabajo, para sostener el politiquismo de los Césares de guadarropía que, dictando órdenes, leyes y decretos desde sus poltronas de Madrid, no tienen otro afán que el de hacer *feliz* á la nación.

Al pié de la fachada principal de aquella casa, extiéndese ancha plazoleta, separada de los banales por algunas frondosas magnolias y por una empalizada de rosales, geráneos y dompedros que despiden una fragancia embriagadora cuando el sol principia á hundir en el ocaso los esplendentes rayos de su diadema.

A pesar de haber trascurrido algunos dias del otoño, nada se echa allí de menos de cuanto ofrece la exuberante vegetación en el tiempo primaveral: apenas alguna hoja pálida y mística se desprende del pomposo ramaje de la arboleda, y hasta el viento es suave y tibio, acariciando mansamente las erguidas coronas (girasoles) que, en hileras compactas, muestran, sobre el fondo verde de la campiña, su aureola de oro alrededor de las menudas pepitas que forman el parduzco centro de su disco.

Allí, en el centro de la plazoleta, vese un enorme montón de panochas (panojas) secas que acaban de apilar vários mozos de labranza, y que, con alegría de los mismos apiladores y de algunos mancebos que se encuentran sentados á corta distancia, esperan de un momento á otro la deshojadura, para pasar á los graneros del tío Pedro Salazar, que es el labrador y dueño de la finca.

Habíase retrasado algunos dias esa operación por causas puramente fortuitas, y lo que debia haber sido en las últimas semanas del verano iba á serlo en la segunda del otoño. Pero nada se habia perdido con tan pequeño retraso, en vista de que las demandas de panizo comenzaban entonces, y pocos eran los graneros que podian surtir con algunas fanegas á los demandantes que hasta entonces habian limitado la compra á los pequeños cosecheros, que son los que venden barato para salir pronto de apuros.

La deshojadura ó desperfollo, como se dice en la huerta, es una de las faenas que más atractivos ofrecen al que desea estudiar las costumbres del país; y tratándose de la casa del tío Pedro, los atractivos son mayores, porque, tomando parte

las mujeres en la operación y teniendo el tío Pedro una hija cuya hermosura no encuentra superior ni aún igual en media legua á la redonda, los mozos se afanan por acudir á la limpieza del panizo, por si les cupiera en suerte tropezar con aquella anhelada panocha que les hiciera obtener el premio de la fiesta.

El premio consiste en lo siguiente:

Cuando, al arrancar las hojas, alguno de los operarios tiene la suerte de descubrir una panocha encarnada, la sal de la fiesta se derrama entonces, porque tal descubrimiento significa una victoria, ante la cual todos los circunstantes se inclinan sin pretextos ni distingos de ninguna especie. Si el favorecido es una moza, todos los mancebos tienen derecho á abrazarla, y si es un hombre el que tropieza con la panocha encarnada, son todavía más amplios sus derechos, porque puede libremente él solo abrazar á todas las mozas, sin que por ello cometa un acto ilícito ó repugnante ni sufra la honestidad el más ligero menoscabo. (1)

En todas las regiones agrícolas, el desperfollo es una diversión sumamente entretenida, porque se reúnen en un espacio diferentes personas de ambos sexos, y aquella reunión les proporciona un motivo para expansionarse y pasar muy á gusto unas cuantas horas, como recompensa de trabajos anteriores y como aliciente para lanzarse de nuevo gozosos á las rudas faenas del campo; pero en la murciana huerta, aun cuando el desperfollo tenga algo de común y cierta analogía con los de los demás países, presenta indudablemente más

(1) Por regla general, la costumbre de los abrazos es tal como se afirma en la presente escena; pero como en todas las cosas hay excepciones, dáse ésta en algunos puntos de la huerta, respecto de la mujer. Con efecto, cuando alguna moza descubre la panocha encarnada, tiene derecho á escoger al hombre que la haya de abrazar, siendo á la vez ese derecho una obligación de la que no puede prescindir ni excusarse.

El rubor, sin duda, que á la mujer debe de causarle la elección y el temor de resentir á los que no sean agraciados, ha de haber influido lo bastante para variar en algo la costumbre, haciendo extensivos los abrazos á todos los hombres, con lo cual la mujer se exime de un compromiso que no deja de ser grave, y todos los mozos se quedan satisfechos y tranquilos, por no ver preferencias que pudieran ser motivo de posteriores disgustos.

originalidad, más belleza y más atractivos que en ningún otro punto.

La panocha encarnada es un galardón que sobrepuja en mucho al premio de la hermosa castellana en los antiguos torneos.

En aquellas memorables épocas, cuando el caballero triunfaba y se hacia acreedor al objeto de sus afanes que habia disputado en reñida lid, recibia arrodillado la banda bordada primorosamente por la reina de la fiesta, y luego, al trotar del brioso corcel, lucía los colores de la ancha cinta, cruzando su pecho, ante los ojos de mil espectadores que aplaudian entusiasmados. Todo eso era hermoso y fascinador; pero téngase presente que allí habia sangre, habia lucha, habia rencores, habia un vencedor que se vanagoriaba de su fuerza y de su suerte y un vencido que gemía bañando en hiel su propio corazón, mirando con satánica envidia la victoria de su rival.

En el desperfollo no hay resentimientos, ni amor propio humillado, ni encarnizamiento para obtener con más ó menos violencia el galardón que ofrece la mano de una hermosa. Aquí son dos brazos que se enlazan á un busto palpitante y ardoroso, sobre el cual se asienta una cabeza inteligente con ojos que irradian fuego y mejillas ruborosas que se cubren de carmín como las amapolas silvestres.

El premio murciauo es un verdadero premio. ¿Hay algo en el mundo que pueda compararse con él?

II

Dos tercios de carrera habia andado el sol, y los álamos que elevan su empinada copa junto á la casa del tío Pedro Salazar, proyectaban su sombra sobre la plazoleta donde se alzaba amontonado el maiz de la cosecha reciente.

Jugueteaba el vienteillo entre la hojarasca del montón, produciendo un ruido seco y desapacible, y algunas panochas, medio desprendidas de su envoltura, asomaban el rubio grano por entre las hojas secas y amarillas del áspero ropaje.

Un tropel de mozos alegres y muchachas bulliciosas iban colocándose al rededor de la pequeña montaña vegetal, pro-

curando formar parejas, según los afectos ó los atractivos del caso, sentándose en el duro suelo, cruzando las piernas como sus antepasados los orientales, y disponiéndose á buscar la encarnada panocha, tras la cual se dirigian incesantemente las miradas de los afanosos mancebos.

Hallábase entre ellos sentada Dolores, la hija del tío Pedro, y en verdad que no mentía la fama acerca de su belleza; pues si hermosas mujeres habia á su lado ó en medio de los operarios, todas quedaban eclipsadas, como se obscurecen las estrellas cuando aparece en el horizonte el astro del dia.

Adornaba su moño gentil, negro como la noche, un ramito de alábega (albahaca) arrancado del cercado de la puerta, y mostraba sus brazos desnudos, suaves y blancos como el marfil, que se movian sin descanso al deshojar el dorado y escondido fruto de los maizales. El encarnado fuerte de su refajo no empalidecia las rosas de su cara, pero en cambio hacia resaltar la nieve de sus diminutos pies que semejaban dos juguetes medio ocultos entre los pliegues de su falda.

¡Con qué gozo la contemplaban los interesados zagales y con qué entusiasmo entonaban coplas y coplas, amén de algún grito que más se asemejaba al relincho que á la expresión de alegría que intentaban manifestar!

Alternaban con las coplas, risas y palabras chispeantes: las indirectas y las alusiones se cruzaban con el acompañamiento que producía el ruido monótono y áspero de las reseca envolturas: las miradas ardorosas, como el fuego de aquellos corazones, se chocaban al extenderse las manos en busca de nuevas panochas que deshojar, y á los pocos momentos de comenzado el trabajo, la animación era completa, y no habia una sola persona que no deseara superar á las demás en buen humor y en propósitos de hacer disminuir el enorme montón que privaba á los de un lado de la vista de los del otro.

El tío Pedro, fumando en su negra pipa y sentado en una silla un poco más atrás, daba disposiciones á fin de que unos muchachos cargaran en los capazos (espuertas) las hojas arrancadas que habian de ir trasladando á un departamento del pajar, ó recogian las panochas deshojadas para conducir las á una habitación donde se desgranarian más adelante, así que se concluyeran otros trabajos de perentoriedad. Su

trabajo era de inspección y de dirección únicamente, pues de algo le habian de valer los años y su calidad de dueño, para eximirse de tomar parte con los jóvenes en aquellas faenas que, si tenían mucho de divertidas, no por eso dejaban de ser fatigosas.

Como uno de los muchachos, por imprevisión ó por malicia, se aproximara más de lo conveniente á una moza, al recoger puñados de hojas desprendidas, dióle ésta un empujón con todas sus fuerzas, estando á punto de derribarle, y gritando mal humorada al apartarle de sí:

—¡Quita, bruto! ¿Nó ves que me despeinas y me estrujas?

Esto dió margen para que el mancebo de al lado, que deseaba entrar en conversación con aquella ninfa de moño y zagalejo, contestara al instante, aprovechándose de tal ocasión:

—De verdá que seria una lástima que te desbarataran ese peinao que tan bien te sienta, aunque tú no nesecitas adornos de nenguna clase pa estar de hermosa como la misma luz del sol; pero si te arrepretaras un poco pa mí, no pasarias cu-diaos como los de abora y otro gallo te cantara.

Miróle la moza con áire burlón, y dijo á renglón seguido, mientras arrancaba de una vez la envoltura de una panocha:

—Eso quisieras tú pa reirte un rato, que me arrepretara. ¿Es verdá que te daría mucho gusto que estuviéramos más cerca el uno del otro?

—Vaya, hija, ¿nó me habia de dar?

—¿Pos sabes lo que te digo? Que aun hace calor pa arrejuntarse tanto, y lo que conviene es que pase el aire por entre medias pa que nos refresquemos.

—No lo he dicho pa que lo platiques con el ese tan cruo que te sale de la boca; pero si por ese lao lo tomas, yo te digo con toa la formalidá del mundo, que no te iria mal con un poco de tu calor: paece que por aquí dentro me dan de cuando en cuando unos frios...

—Serán los que te ha dejao la Dolores, y si á mí me buscas pa que sea plato de segunda mesa...

—Dios me libre de hacerte tan poco favor, que en algo más yo te estimo. Pero vamos al decir: si la Dolores tié su mérito y no pequeño, tú tamién, y ciego estará el que no lo

vea; y si alguna vez, porque son cosas de la joventú y no se pueden remediar, *me se* ha pasao por la tela del juicio el querer galantear con la Dolores, á náide he ofendio y á nenguna mujer he fartao, y cosas son que no hay por qué sacallas á relucir, que libre soy y no tengo, como el otro que dice, ningún aquel ni quereles ú compromiso con neuguna moza de cuantas yo conozo y tú conoces.

—¡Eh! ¿Quién mienta á la Dolores?—ahulló una especie de moro que se encontraba un poco más allá: —pa nombrar á la hija del tio Pedro, es mester primero enjuagarse con agua de rosas.

—¡Cállate tú!—dijo el que habia pedido á su pareja un poco de calor:—cállate lo menos dos semanas, y no te metas nunca ande no te llamen. Si es que quieres hacer méritos pa que tomes lo que no te dan, sepas que ese es un bocao muy gordo pa que puedas regolvértelo en la boca.

—Como á tí *te se* ha atragantao y por poco si te ahogas con él, te crees que á náide le va á cojer (caver) dentro.

Iba á contestar el primero, y no de un modo muy suave, cuando otra moza de más allá saltó con una copla, á modo de disparo, la cual copla, llevando toda la intención de un Miura dentro del redondel, se clavó en el corazón de los disputantes y les dejó sin ánimo de cruzar nuevas palabras.

Aprovechóse de ésto un mocetón que estaba sentado junto á Dolores, y acercando un poco la cabeza, dijo con voz melosa al oído de la preciada joven:

—¡Vaya y cómo están de escocíos y esazonaos esos dos probes! La verdá es que bien merecen que no les hagas caso, porque no hay náide en el mundo que te quiera como te quiere éste que está sentao aquí.

—Pos mira,—contestó la moza, dando á su acento un marcado sello de indiferencia:—á éste que está aquí sentao, lo mesmo que á esos otros que me están mentando porque quieren, les doy munchas gracias por el aquel que haigan podío tenerme y por la güena voluntá que me manifiestan; pero yo no tengo por abora ganas de quereles de nenguna clase, porque el tiempo no *me se* pasa, y estoy muy bien sola sin rondantes y sin gentes que me quiten el sueño.

—Vamos, güena moza,—exclamó el mancebo, procurando

envolver sus palabras en un tono dulce que contrastaba con el coraje que interiormente sentía:—no te hagas tanto de rogar. Yo sé que lo que mucho vale, mucho cuesta; pero estas cosas se han hecho pa hombres y mujeres. Si tú no has de ser monja ni has de estar soltera toa la vida, ná tié de particular que por eso mesmo podamos ser el uno pa el otro, y sepas y entiendas que entavía no ha nacío el mozo que te lleve tan metia en las entretelas como te llevo dinde hace un año. Añide á eso lo que bien sabes, y es que no soy un probe jornalero, como anguno de los que á tí se han llegao, sino el hijo de un labraor con propios y con güenas tahullas de rento, lo que haría, si te casaras conmigo, que estuvieras como la mesma reina de Madril.

—Cállala, hombre, y no me digas eso, que yo no te desprecio por tu persona ni por ná de este mundo; pero es que he pensao no platicar de noviajes ni de lo que le paesca, por cosas que yo me sé y me callo. Te lo agradezco, y mi gusto sería que te arrimaras á la Rosario que está muerta por tí, ú á cuasiquiera otra tan guapa como ella.

Quedóse el mozo desconcertado con tal contestación; pero reponiéndose al momento, dijo con cierta sonrisilla forzada:

—¡Válgame Dios! ¿Si será verdá lo que he oido decir?

—¿Y qué es lo que has oido?

—Ná:... calambres me dan de pensallo.

—¿Y se pué saber por qué te dan esos calambres, que á mí me tienen sin cudiao?

—No te amosques, Dolores; pero se dice que dinde que te vido en la Fuensanta cierto señorito, que hasta le costó quear mal con su nóvia, parece que *te se* ha atrancao tó lo de la güerta. Y luego, como á lo mejor haces por decir despresiones finas, y por los domingos te vistes medio de señorita, con botas de charol y vestío largo y con saco y con roete como en ia ciudá, y además ese caballero ha venio por aquí tres ú cuatro veces... pos ná, hija, pos ná.

—¡Ay qué lenguas, Señor, qué lenguas!

—Lenguas ú no lenguas, digo lo que dice tó el mundo, por más que yo no sé lo que haiga de verdá al auto; que si lo supiera....

—¿Si lo supieras, qué es lo que harías? Toavía no he dao

facurtaes pa que náide se meta en lo que no le importa

—Pos míra, ese señorito ha estao ya á punto de mamarse una paliza, pa que sepa que por allá por sus parajes, tié lo que le conviene, y que las de aquí son pa nusotros que semos de su igual. ¡Pos no fartaba otra cosa! Esos señoritos van siempre á su negocio y náide les ve las intinciones, y si ese te hace el paripé de quererte, Dios sabe si será por engañarte y por ver lo que pué sacar de tí.

Irguióse la moza con dignidad al oír tales expresiones, y miró á su interlocutor con tanto enojo, que éste no pudo menos de bajar la vista avergonzado. La duda que habia manifestado el pretendiente encerraba una ofensa al decoro de la hermosa joven, respondiendo ella al agravio con un silencio despreciativo que equivalia á una respuesta más agria y contundente que cuantas hubiera podido formular con palabras duras y destempladas.

En ésto Dolores habia abierto media panocha, sin darse cuenta exacta de la operación, y como los ojos del mancebo se dirigieran hácia aquel punto por casualidad y por no poder sostener la mirada irritada de la joven, vió que el color que asomaba por entre las arrugadas hojas era encarnado. Súbitamente concibió el pensamiento de vengarse de la desdenosa, ya que no le era posible devolverle frases que paliaran su atrevimiento anterior, y aprovechándose de la única ocasión que se le presentaba, sin dar tiempo á que Dolores se fijara en la panocha y la escondiera por temor á los abrazos, exclamó con voz potente;

—¡Acaba! ¡acaba!.., ¡Una colorá! ¡una colorá!

Dolores no pudo burlar ya la vigilancia de veinte ojos que se fijaron en ella instantáneamente, y haciendo un esfuerzo superior y mostrando una sonrisa que todos creyeron natural pero que era muy violenta, concluyó de deshojar la panocha y presentó el encarnado grano diciendo:

—Aquí está: venga un abrazo.

¡Qué palabras tan alarmantes aquellas y qué sacudida de nervios sintieron todos los hombres á la vez! Cesaron las conversaciones como por encanto, y un silencio sepulcral reinó en el animado corro, durante algunos segundos.

Aún no habia acabado Dolores de decirlo, cuando el mo-

zo resentido rodeó aquel hermoso busto, con una alegría indescriptible, sin haber tenido que hacer otro movimiento que el de inclinarse hacia su izquierda. Tras él siguieron los demás, orgullosos por percibir en sus brazos el contacto de un cuerpo preciosísimo, y respirar, durante un breve tiempo, el aliento de la moza más guapa y más garrida de aquellos contornos.

El premio al trabajo se había otorgado al fin y no podía ser mejor de lo que fué. Entonces fué cuando se desbordó el entusiasmo de la fiesta.

Después del último abrazo, y colocado cada cual en su sitio, coplas á granel comenzaron á salir de aquellas gargantas á la vez que destemplados relinchos, expresando con gritos y con cantos el inefable placer en que se bañaban sus corazones. Al mismo tiempo, como el resultado había sido tan satisfactorio, el afán de encontrar otra panocha de encarnado color que repitiera el anhelado premio, les hacía á todos los hombres mover las manos con una ligereza vertiginosa.

Crecía el ruido de las voces y de la hojarasca, y al rato otra *colorá* se dejó ver en las manos de una mujer que formaba un verdadero contraste con Dolores. No era joven ni hermosa, pero la ley es ley, y aunque parezca dura á los que la sufren, no hay otro remedio que cumplirla.

Recibió la mujer los abrazos de ordenanza, con mucho gusto por su parte pero con ninguno por la de los mozos, y aquel galardón que la casualidad había quitado á la juventud y dado á la vejez, fué objeto de frases satíricas y de indirectas cáusticas; que en el lenguaje rudo de la huerta caben también expresiones que hieren perfectamente la nota de lo cómico y de lo ridículo, mayormente cuando se conciben por imaginaciones meridionales tan propensas á la fecundidad y á la exaltación.

El montón de panizo había descendido de una manera considerable, y sólo quedarían poco más de un par de cientos de panochas cuando el sol había recorrido la última parte de su carrera.

No había vuelto á encontrarse otra panocha encarnada con gran sentimiento de los mozos que veían cercana la conclusión de la faena sin la agradable repetición de nuevo

abrazos, y si alguna *colorá* fué tropezada por las manos de alguna moza, con mucho disimulo habia ido deshojándola hasta esconderla en los montones de las amarillas, cosa que, de haberse sabido, hubiera sido objeto de protesta, con sobrada razón, por parte de los engolosinados mancebos,

Terminó al fin el desperfollo cuando las sombras de la noche comenzaban á aparecer, y mientras los muchachos seguian cargando los capazos y las mozas sacudian los arrugados vestidos y los mozos saltaban alegres por encima de las hojas, la mujer del tío Pedro, que habia estado confeccionando la merienda mientras se verificaba la operación de deshojar, colocó una mesa en el sitio donde poco antes se hallaba reunido el animado corro, y cuatro minutos desp ués humeaban sobre los manteles viandas olorosas, y alternaban con panes de trigo, abiertos por la mitad, algunos jarros de vino que habian de reparar las fuerzas de aquellos honrados hijos del trabajo.

Dejó el tío Pedro de fumar, y golpeó la pipa antes de esconderla en su bolsillo. Después, levantóse, escupió, apretó bien su faja, y muy despacio se dirigió hácia la mesa, llamando á unos y á otros, sentándose entre su mujer y su hija, y dando el ejemplo, que fué al instante seguido por todos, los cuales demostraban el mismo interés en mover las mandíbulas que los brazos para trabajar.

La cena en la huerta, concluida una operación de importancia cuando ésta no lleva consigo precio estipulado previamente, es tan obligatoria como el báile para una fiesta ó diversión; pues así como sin el rasgueo de la guitarra y el repique de las postizas y la copla alegre, parece que falta la sal de la reunión, quedaría bastante deslucido un acto agrícola llevado á cabo en comunidad y sólo por el deseo de complacer, si el dueño de la casa no obsequiara después á los trabajadores con algo que se mascara y se bebiera.

Animada fué la cena, aunque no tanto como el desperfollo, porque los motivos para gozar eran diferentes, por más que entonces el estómago se alegraba tanto como antes el corazón; y es que lo inmaterial siempre tiene para el espíritu una ventaja muy grande sobre la materia, y hasta en la gente ruda que desconoce la razón de ciertas cosas, se impone lo que es

superior y lo que está más en conformidad con el modo de ser de la naturaleza humana.

Poco á poco la luz crepuscular iba extinguiéndose, tomando el cielo un color plumizo, como sudario que envolvía la ya incolora arboleda, y para ahuyentar la obscuridad, la mujer del tío Pedro encendió dos enormes candiles de hierro, muy parecidos á los que se usan en las almazaras, que colgó á ambos lados de la puerta, con lo cual proyectábase la claridad suficiente para verse unos y otros y para que la animación se sostuviera, hasta que cada cual se marchase á donde tuviera por conveniente.

Algunos mozos comentaban las peripecias de las *encarnadas* y reproducían las chanzas que había ocasionado la aparición de la segunda panocha, como si de este modo se vengaran de la suerte, por no haberla hecho aparecer en otras manos más jóvenes y más deseadas.

El tío Pedro solía mezclar alguna palabra en las bromas, y decía aparentando una formalidad muy grave:

—La avaricia rompe el saco. Vosotros las quereis jovencicas, y las jovencicas no se dan tós los días, porque la suerte no es pa el que la busca sino pa el que la encuentra. La tía Atanasia se la ha encontrao, y tós habeis tenío que abrazalla, porque la suerte ha sio de ella. Y bien mirao, dimpués de tó ¿qué pieza le farta á la tía Atanasia, pa que no sea tan güena ni sirva pa el caso como cuasiquiera otra mujer?

—Eso mesmo digo yo,—contestó la aludida, alentada por las palabras del tío Pedro:—yo me creo que valgo igual que si tuviera quince años, y si me ven vieja y arrugá, yo les diré que se han colao y que les ha sucedío lo mesmo que reza la copla: al que no quiera caldo, tres tazas llenas.

Así charlaban y reían unos y otros, mientras despachaban los abundantes comestibles y apuraban aquellos jarros del tinto de Jumilla que les patecían de gloria, por el gozo que sentían en los corazones al traspasar el líquido al estómago repleto de los operarios.

En medio de aquella alegría, el mozo desdeñado por Dolores rumiaba palabras que entendía él solo y apenas probaba bocado, por el rescoldo que le quedaba allá en sus interioridades, pues si bién se relamía de gusto cuando recor-

daba que había dado el primer abrazo á la que tanto le apenaba, no podía desechar de su imaginación aquella mirada iracunda con que le hizo sellar los labios para toda la tarde, ni olvidaba la rotunda desaprobación de unas proposiciones que hubieran hecho feliz á cualquiera de las muchachas presentes.

¡El, el hijo de un labrador acomodado, con juventud, robustez, y no despreciable presencia, verse desdeñado por la hija de otro labrador de iguales ó poco superiores condiciones! Eso era para sacarle de quicio, porque no se podía comprender semejante conducta. ¿Sería verdad lo que con insistencia se susurraba acerca del señorito de Murcia? Y caso de ser cierto que aquel intruso la pretendía ¿quién podía sondear el corazón de hombre tan extraño, para saber si en su fondo había honradez de sentimientos ó deseos exclusivamente materiales, excitados por tan peregrina hermosura, ó acaso un mero capricho para entretener la ociosidad?

Verdad que la moza se hubiera merecido un marqués, que en su cara y en su cuerpo había mérito bastante para subir á tal altura, y no sería la primera en ascender á mejor posición social, pues otras cosas mayores y más difíciles se habían visto en el mundo. Luego le abonaba también su abolengo noble, por lo que no carecía de orgullo de raza que en ocasiones no le sentaba mal; pero, como él, era huertana al fin y al cabo, y el refrán, que es la filosofía del pueblo reducida en una frase, manda que cada oveja marche con su pareja.

Estos pensamientos atolondraban la cabeza del enamorado mozo, mientras Dolores, por su parte, pensaba en lo de las malas lenguas que tanto abundan y que tan propensas son á destruir reputaciones, y se preocupaba hondamente por lo de la proyectada paliza al señorito á quien aquél aludió, cuando, si llevaba intenciones de dirigirse á ella, aún no le había dicho nada de particular, señal inequívoca de que la respetaba, y de que, si estaba enamorado de veras, no querria precipitarse hasta tener vencidos los obstáculos que entre ambos se alzaban, por pertenecer los dos á clases tan distintas.

Y Dolores, abstrayéndose por completo en medio de la animada conversación de los labradores, decía entre sí, poco

más ó menos de esta manera, sin que pudieran tacharse sus razonamientos de falta de lógica:

—¿Qué razón hay para que yo no pueda pertenecer á la sociedad murciana? ¿Tanta y tan grande diferencia existe entre algunas señoritas y yo? El vestir con más ó menos soltura y elegancia es cosa de acostumbrarse y adquirir gusto, pues nadie nace vestido: y en cuanto á las palabras más cultas y mejor pronunciadas, la instrucción que yo adquiriera y la voluntad mia sabrían hacérmelas reformar. ¿Nó habria en Murcia y en muchas grandes y pequeñas ciudades de España ninguna señorita que no pudiera ser tildada en el hablar y en el escribir? Murcia, sobre todo, es una población agrícola: gran parte de sus hijos, y algunos de los más notables, proceden de la huerta, y aparte de ciertas costumbres, hay, entre algunos de sus habitantes y los que residen en las afueras, no poca semejanza en todo su modo de ser.

Algo exageraba la hermosa huertana, en sus sueños de color de rosa; pero no se podían rechazar en absoluto sus pensamientos, como tampoco podían desecharse los de su pobre y desdeñado pretendiente.

Las boticas



EDIABA el mes de Noviembre, y las lluvias otoñales habian encharcado más de una vez las calles de la población.

Un vientecillo nada agradable, producido por el descenso de la temperatura, obligaba á las gentes á vestir ropas de abrigo, y algunas capas y gabanes exhibíanse sobre los hombros de los más tímidos, no faltando quien al anochecer se escondiera en su casa por miedo á la humedad, originaria siempre del pícaro reuma que tanto fatiga á los viejos y á los jóvenes de vida relajada.

El escaso movimiento de la ciudad habia disminuido en dos terceras partes, y únicamente de día la esplanada del Arenal se animaba un tanto, y por la noche el paseo se concentraba en la calle de la Platería hasta la hora del teatro ó de la cena.

En cambio los cafés y el casino se llenaban de concurrentes que buscaban la tertulia ó el abrigo, para deslizar á gusto las primeras horas de la tarde ó de la noche, según sus inclinaciones y costumbres. Allí, al agradable olor del líquido de Moka, se pasaba revista á los sucesos del país, salían á relucir las flaquezas del prógimo para solaz de los guasones y entretenimiento de los ociosos, y se arreglaban ios negocios de la nación y hasta de Europa, con una formalidad admirable. También los que no entendían de nada, charlaban sobre religión, y la mezclaban con lo que ellos creían que era ciencia y política, haciendo una ensalada indigesta, diciendo más disparates que palabras y creyéndose unos Sénecas y unos pensadores de primera fila: que en estos tiempos de progreso

y cultura todo está admitido, y raro es el hombre que no sale con pujos de oratoria ó no se siente lleno de conocimientos sin haber estudiado una palabra.

En fin, la animación de la ciudad se producía por sus interioridades, á imitación del cuerpo humano que recoge su calor en el centro cuando la temperatura refresca la piel, y lo que se echaba de menos por esas calles de Dios, se encontraba de puertas adentro, sin que faltaran temas para darle á la sin-hueso que tanta propensión tiene á la charla, cuando la empujan imaginaciones meridionales.

Pero las tertulias de los cafés y del casino, si bien numerosas y variadas se quedaban en transcendencia muy por debajo de las tradicionales de algunas boticas. Las farmacias conservaban aún la raíz y el fundamento de cuanto de notable se había hecho ó dicho después en la población, y como el germen quedaba en toda su virtualidad, allí se producían planteles nuevos, para que no se acabara la sávia del buen humor, de la charlataneria, y hasta de atrevidos, felices y patrióticos pensamientos.

Cierto que en algunas de ellas el dulce no hacer nada era la nota dominante: cuando más, un tresillo ó un ajedrez en un apartado de la trastienda turbaba la monotonía de la reunión, y en ocasiones, alguna momia viviente ó comentador del «Bertoldo» se entretenía en calcular cuántas hormigas habrían de reunirse para mover la campana mayor de la Catedral, pesando ésta quinientas cincuenta arrobas, y pudiendo arrastrar cada hormiga un peso equivalente á un grano de trigo. Pero todo eso no era otra cosa que la excepción de la regla general. Lo común en esas tertulias era reunión alegre y numerosa, y como allí las imaginaciones se excitaban y los ánimos se enardecían y se buscaba el chiste y el entretenimiento y la broma, las horas se pasaban muy á gusto, y un rato de botica solía en ocasiones valer tanto como la audición de una buena pieza de concierto ó un acto de una excelente comedia.

De una botica salió la idea primera del vistosísimo y ya difunto Entierro de la Sardina, y allí se confeccionaron los primeros bandos de la huerta (1). De otra botica brotó el pro-

(1) Entre las cosas notables que se inventaron en las tertulias

yecto y ejecución del jardín de la plaza de Santo Domingo y el precioso monumento erigido á Salzillo en la plaza de Santa Eulalia. En otra se formó una sociedad fotográfica de bastante valimiento; y en otra, en fin, se fraguaron bromas que

de las boticas, merece especial mención el célebre discurso que se escribió en la farmacia de S. Antolin, con motivo de la visita que hizo á Murcia la reina Isabel II en 1862. El inolvidable humorista D. Joaquín Lopez, vestido de huertano, pronunció dicho discurso en una linda cabaña que se improvisó junto al eremitorio de la Fuensanta, valiéndole al Sr. Lopez los plácemes de la familia Real y la protección, durante muchos años, de la augusta señora.

Si la memoria no me es infiel (porque lo leí siendo niño, y no he vuelto á verlo reproducido en ninguna parte) decía así el discurso ó alocución:

“Señora: Acomisionao por los partíos de la güerta de Murcia, pa dicille á güestra magestá las despresiones que softaman nuestro corazón, quisiá tener en mi boca un sarterio y que del Ampíreo bajaran las palabras engüeltas en sábenas de gloria, pa dalles tuiquio el aquel que se merecen. Pero soy un probe sin destrucción, que no ha cursao las lletras, y así á mi moa le diré tó lo que se arremaneja en mi peño.

“Al saber que güestra magestá nos iba á vesitar, la güerta de Murcia, que la quiere dista el güeso, determinó ofrecelle csta probeza, como prueba del asleuto que tenemos á güestra magestá y sus zagales. Bien pué güestra magestá recibilla con arbulla, que ni el cordero topa ni las fioreciquias punchan, y al acetallo como la despresión del cariño de una tierra tan hermosa, guarde güestra magestá premaniente lo que voy á dicille por remate.

“Si anguna vez ¡Dios no lo permita! güestra magestá se ve aflegia por las similitues der tiempo, acuérdese de los hijos de la güerta de Murcia que se quean con la estáuta de su presona dentro der pecho, y no dude que la sacarán de cuarquier gallo-matías ú aslicción en que se meta, aunque pa ello jueca mester matar dista Solofiernes y tuiquia la morisma; pues sa mester que sepa güestra magestá, que, al nombre de güestra magestá y de la Virgen de la Juensanta, dista los montes se levantan y hacen juebo.—He arrematao,,.

Esta alocución es de lo más literario y menos exagerado que se escribió por entonces en Murcia. La inserto aquí por su brevedad y por ser hoy un documento curioso y raro.

entretuvieron durante muchos años á todo un vecindario y que se resolvían muchas veces en corridas de toros ó en funciones de teatro á beneficio de los pobres.

De modo que las tertulias de las boticas llegaron á ser hasta una necesidad, y no habia joven de buen tono que no pasara por allí, siquiera para recibir un baño de sociología práctica, ni rentista notable que no matara un par de horas á prima noche, aunque á falta de temas interesantes, se hablara de la cebada de Sangonera ó de la quema del río.

Pero la botica *non*; la que llevaba la batuta en el concierto y desconcierto de las revistas diarias y la que siempre habia de tener entre manos alguna broma, era la de la calle de X., á donde acudía D. Cleofás, ex-empleado del ministerio de Estado, y hombre de un corazón de oro, abierto siempre á las lágrimas y miserias de sus semejantes.

Este D. Cleofás era viudo y sin hijos, y como disfrutaba de buenas rentas, todos los años, además de lo que particularmente se gastaba para socorrer necesidades, presuponia una crecida cantidad para obras caritativas, la mayor parte de las cuales eran ignoradas de todos, á excepción de unas cuantas personas que estaban en el secreto, porque le gustaba la caridad sin aparato y sin bombo. Tampoco le faltaban algunos conocimientos científicos y literarios, y sobre todo, era muy versado en el arte de cocina, y se reía en ocasiones de lo que llamaba extravagancias y presunciones de Angel Muro, el más literato de todos los cocineros ó el más cocinero de todos los literatos.

Pero al lado de estas cualidades, exhibia el pícaro defecto de ser un tanto vanidosillo, sólo porque en cierta ocasión saludó á D. Antonio Cánovas, ó porque fué presentado á Mr. Thiers en París, cuando el bueno de D. Cleofás iba de rabo de alcalde, ó cosa así, en la embajada española. También tenía la manía de anteponer todo lo extranjero á lo español, tuviera ó no razón suficiente para ello, y consecuente con este modo de pensar, recibia de la capital de Francia los trajes confeccionados y cajas de comestibles y dulces, aunque para todo eso gastara un dineral y á veces no llegaran las cosas en el estado en que las deseaba. De la misma manera se despepitaba por recoger noticias, siguiendo su instinto

de buen *diplomático*, y cuando alguien daba por hecho ó por dicho lo que él no sabía, poníalo en cuarentena si no lo negaba rotundamente.

En cuanto fué conocido, la gente le contaba unas bolas tremendas, y el pobre hombre se tragaba aquellas ruedas de molino y luego las exhibía en la botica, para solaz y entretenimiento de los tertulianos. En una palabra, D. Cleofás era tan bueno como inocente: todo el mundo le quería: pero siempre había algún desocupado que tratara de reírse un poquito á costa del buen señor.

Constituían la tertulia de la botica diez ó doce personas; pero no se veían todas juntas sino desde que el frío apuntaba hasta que ya era bien entrada la primavera, y durante los meses de reunión, D. Cleofás no faltaba nunca, siendo de los primeros que llegaban al obscurecer, ó sea desde que el mancebo encendía las luces y preparaba los asientos de los concurrentes en un lado del establecimiento.

He dicho antes que mediaba el mes de Noviembre y ya hacia tres noches que la botica de la calle de X., por causa del frío que se había anticipado, estaba con su tertulia completa. Media hora había transcurrido desde que las campanas de la Catedral dieron el toque de Oraciones, y los asistentes iban llegando, no sin que alguno de ellos entrara soplandose las manos para comunicarles calor.

—¡Vaya un frío!—dijo un hombre de mediana edad que estaba cerca del escaparate:—si ésto sigue así, buen invierno nos espera.

—Parece que la temperatura de este país es muy distinta á la de los años anteriores,—replicó otro de los tertulianos:—yo recuerdo de otros tiempos en que el mes de Noviembre no se diferenciaba del de Abril en nada absolutamente.

—Calle V. por Dios,—contestó D. Cleofás sonriéndose:—V. no sabe lo que es frío. Si hubiera V. pasado, como yo, una noche de Diciembre en lo alto de los Pirineos, cuando iba con una misión secreta para Olózaga que se encontraba de embajador en París, sabría V. lo que es helarse. Pues ¿y un día que me hallaba en Burgos, esperando á una comisión científica que venía de Londres para estudiar ciertos productos del país? Y no digo á V. nada de los Alpes, del Danubio

ni del Rhin, que los he atravesado con más de una vara de hielo.

—Bien, D. Cleofás,—exclamó un tercero de los asistentes:—que por esos países haga mucho frío y que sea constante, nada quita para que por acá lo sintamos mucho cuando viene. Cada cual lo resiste, según lo acostumbrada que tiene la piel á esos rigores.

—Y á propósito de hielos y de frios,—dijo el primero que había hablado y que deseaba encajar un embuste, para que D. Cleofás lo aderezara luego á su modo y lo fuera llevando abultado por todas partes:—me ha dicho un oficial del ministerio de la Gobernación, que se encuentra en Murcia de paso para no sé qué asuntos de política, que hace dos días, estando muy acalorado Romero Robledo, se tomó con varios amigos un vaso de sorbete, y se encuentra con una pulmonía fulminante.

—¡Demonio!—exclamó D. Cleofás, dando un salto en la silla y castañeteando los dedos de su mano derecha:—no lo creo, eso no puede ser; lo habríamos sabido ya por el telégrafo, y además me lo hubiera escrito Pepe Soldevilla que es íntimo de Paco Romero.

—Quizá no quieran que se sepa de público, por las cosas que todavía hay entre los conservadores; pero créalo V., porque el que me lo ha dicho viene de sitio á propósito para saberlo bien, y luego que la noticia se la ha dado directamente al secretario del gobierno. A no ser que D. Venancio tenga interés en que sus oficiales mientan, para desanimar á los de D. Antonio y alegrar á los fusionistas..., pero eso sería el colmo del sagastinismo, después de fomentar la calamidad de Gamazo y la no menos grande de Moret.

—No sé, no sé. Se lo preguntaré luego á mi primo Lucas que tiene un cuñado que vive en Madrid y que es á la vez cuñado de un amigo de Paco Silvela, y veré si él ha oído algo. Sería un golpe. ¿Y nó le ha dicho á V. si arroja sangre ó se queja del costado, ó si le ha sobrevenido alguna inflamación? Porque cuando yo estuve en Roma hablando con el doctor Pelicieri....

—Nó: no hemos tenido casi tiempo de hablar: dió el oficial la noticia, y entró á escape á ver al gobernador,

—Pues si arroja sangre...

—Y diga V., D. Cleofás,—interrumpió otro tertuliano:— como las palabras se parecen á las cerezas que se enredan unas con otras, eso de arrojar sangre me ha traído á la memoria el próximo casamiento de Florita Lopez, la hija de ese capitán cojo que se retiró hace dos años y anda por ahí luciendo su pata galana, ¿Conoce V. á la tal Florita?

—Vaya. Como que casi la ví nacer.

—Pues bien, esa chica está enferma del pecho: ha ido dos veces á Panticosa, y después de grandes vicisitudes por su enfermedad, se casa dentro de quince días.

—¿Se burla V.?

—Y también se casa D. Canuto Fronseca con sus setenta y tres años y una tos asmática encima de su alma, y según dice «El Diario» de hoy, hay en proyecto más de veinte enlaces para antes de la Pascua.—La de Guisasola, la de Gutierrez, la de Pinto, la viuda de Encinas, la de Carrasco, la de... qué sé yo cuantas más. De algunas se dicen en voz baja cosas que... ya, ya,... vamos,... que hasta asustan.

Aún no habian acabado de sonar estas palabras que eran como preludio de las revistas, murmuraciones y embustes diarios, cuando la puerta de la calle se abrió con estrépito, y otro de los tertulianos entró en la botica, con semblante risueño y dando palmadas, no para ahuyentar el frío, sino para indicar de un modo bien significativo que llevaba noticias gordas y frescas. Sin decir palabra alguna, tomó asiento en un extremo, y todos le miraron con curiosidad.

—¿Qué hay?—se atrevió á preguntar el más próximo.

El recién llegado continuó guardando silencio, pero con cara muy risueña y siguiendo con sus palmaditas.

—Vamos, diga V. lo que está deseando decirnos.

—Una que no sabe D. Cleofás—contestó el interrogado.

—Pues buena tiene que ser para que no la sepa.

—¡Y tan buena! Como que acaba de salir del vientre de su madre, y está sin bautizar todavía.

—¡Magnífico! Pero despache V. pronto, que estamos impacientes.

—Se dice.,.

—¡Ejem!.,. ¡ejem!...

Y todos los tertulianos corrieron sus sillas, acercándose al noticiero.

—Se dice que el gobernador, disgustado por cosas de arriba, acaba de enviar su dimisión al ministro, por telégrafo.

—Grave es la cuestión,—exclamó D. Cleofás.

—Como que esa dimisión va complicada con muchas peripecias, como por ejemplo, los chanchullos de las elecciones, los pucherazos de marras, y la cuestión gorda con el alcalde.

—¿Y nada más?

—Señores, ésto es de secreto: se dice... se dice que el gobernador interino lo será Morenete, *por variar*, y que probablemente... ¡atención! que ésto es muy importante para nosotros...! un primo de D. Cleofás será el propietario.

—¡Como!... ¿Está V. seguro?... ¿Mi primo el de Barcelona?... ¡Hombre!... me alegro. Tenía muchas ganas de verlo por acá.

—El mismo, el mismo.

—¡Vaya, D. Cleofás!—dijo uno de los concurrentes:—la noticia no puede ser más halagüeña para V., y es preciso que la celebremos.

—Sí, sí, es preciso.

—Pero, señores...

—Nada, nada, hay que celebrarla.

—¿Y si luego no sale cierta?

—¿Cómo es eso?—exclamó el noticiero:—quien me lo ha dicho es persona que ni me engaña ni se engaña. ¡Alcabo que he querido perder tiempo, para venir volando y hacer que la buena nueva se supiera aquí antes que en otra parte!

—Bueno, señores,—dijo D. Cleofás, sin disimular su alegría:—se celebrará la noticia con unos dulces.

—¿De dónde?—preguntó el que llevaba la voz cantante.

—¿Pues de donde han de ser? De cualquier confitería: de casa del Gallego ó de Alonso, ó de la que Vdes. gusten, si así lo quieren.

—*Negnaquam*: de otra confitería mejor que tiene V. en su despensa: de unas cajitas que le han traído de París, y después una copita de aquel Jerez amontillado que reserva V. para los amigos.

—¡Demonio! pues cara noticia, ¿Y cómo ha sabido V. que tengo esos dulces, si los he recibido hoy mismo?

—Ahí verá V., D. Cleofás: mis narices huelen mucho. De la misma manera que sé una cosa, he averiguado la otra, y el mejor día voy á apostar con alguien á que adquiero más noticias que V.

—Pero, hombre, sustituyamos esos dulces extranjeros por otros del país: todos están hechos con azúcar, ó mejor dicho, con glucosa, invención moderna para gastar poco el confitero y sacar los cuartos al comprador.

—Con azúcar ó con glucosa, déjese ahora de confecciones. Nunca ha sido V. tacaño, y en esta ocasión va á pretender serlo, cuando debiera echar la casa por la ventana, como haría cualquiera de nosotros en su lugar. Vamos, vamos, que en siendo su primo el gobernador, será V. el amo de Muucia.

Y no hubo remedio. D. Cleofás se levantó, y llegó á la mostrador de la botica, escribió media docena de renglones en una tarjeta que entregó al criado del establecimiento, para que se acercara á la casa de aquel buen señor y trajera lo que en el escrito se consignaba.

Alcabo los contertulianos hacian á D. Cleofás víctima de una broma, para pasar el rato. La noticia no era cierta, sino que, habiendo sabido aquel amigo, por una casualidad, la llegada de los dulces parisienses, daba vueltas á su imaginación, buscando una causa para comerlos. Acertó á pasar por la redacción de «El Diario» en el momento en que allí se recibia un telegrama de Madrid, en el cual telegrama se hablaba de una próxima combinación de gobernadores en la que entraria un secretario de provincia, y oirlo y formar un plan, todo fué obra de un instante. Con aquella base podia hacer verosímil una buena mentira, y sin esperar á más, dirigióse de prisa y corriendo á la botica, para dar el tremendo notición arreglado á su manera, seguro de halagar la vanidad del ex-diplomático y de poder sacarle una buena cantidad de dulces.

Para colmo de la broma, y como si ésta se hubiese fraguado *ad hoc*, apenas salió el criado con la tarjeta, cuando el repartidor de «Las Provincias» entró, dejando sobre el mostra-

dor un ejemplar del periódico. Cogióle al punto el mancebo de la farmacia, y leyó lo siguiente:

“Madrid, etc. Se habla de una combinación de gobernadores: el de Murcia pasará á un puesto del ministerio: también se dice que uno de los secretarios de gobierno de provincia entrará en dicha combinación,”

No fué de menester más. Estalló una salva de aplausos, y como si á continuación de aquellas palabras se leyeron las de Murcia y Barcelona, D. Cleofás las vió unidas *in mente*, claras y fúlgidas como soles en el cenit, y comenzó á echar por su boca relatos de su pasada vida diplomática, cuando se codeaba con los más altos personajes de las primeras Córtes europeas

Vinieron luego los dulces y el Jerez, y continuó el jaleo y la algazara, no faltando quien ya pidiera protección á don Cleofás, para la colocación de parientes y amigos, cuando aquel dichoso primo viniera á regir los destinos de la provincia.

Mientras la charla seguía y se alababa lo exquisito de los dulces y D. Cleofás aprovechaba la ocasión para hacer ver que todo lo extranjero es mejor que lo de España, un tertuliano tomó indiferentemente el periódico y púsose á lerlo, desentendiéndose de cuanto se hablaba en la botica. No sospechaba siquiera que cuatro minutos después había de dar un golpe de gracia á la alegría de D. Cleofás y un motivo á los concurrentes para inventar nuevas bromas. Leyó muy despacio la sección local, y al llegar á la correspondencia de la Córte, dió un brinco en su silla y se quedó casi sin aliento. Miró y remiró, sin dar crédito á lo que leía, y al fin, olvidándose de que allí había una persona interesada, exclamó dominando el vocerío:

—Nuestro gozo en un pozo.

Aquella frase llamó súbitamente la atención, y uno de los tertulianos, que estaba junto á D. Cleofás, preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Le ha picado á V. alguna araña, ó es que ha encontrado V. una mala noticia?

—Y bien mala, —dijo el del periódico;—ya no tendremos de gobernador al primo de D. Cleofás.

—¿Pero es posible? Lea V. y nos enteraremos.

El del periódico leyó entonces el siguiente párrafo:

«Hoy ha ordenado D. Venancio la cesantía del secretario del gobierno civil de Barcelona, y ha teleografiado á aquel gobernador para que instruya expediente, en averiguación de ciertos hechos que no dejan muy bien parada la moralidad y el buen nombre de un empleado de la nación. Se dice que en los actos del secretario hay algunos puntos negros, y probablemente tomarán parte en el asunto los tribunales de justicia.»

Un silencio sepulcral siguió á la lectura. Aquello era una bomba caída sin saber por dónde.

D. Cleofás se quedó anonadado como si una losa de plomo se hubiera desprendido sobre su cabeza, y sus compañeros, que le querían bien por más que se permitieran con él ciertas bromas pesadas, sintieron á su vez un disgusto que no trataron de disimular. Hubieran querido deshacer lo hecho, y hasta borrar con el aliento, á ser posible, el párrafo que acababa de ser leído tan inoportunamente. Pero el mal no se podía evitar en manera alguna, y ya no quedaba otro recurso que ver si con buenas palabras conseguían destruir la mala impresión que sufría el amigo y contertuliano.

Apelaron, pues, á todos los recursos imaginables. El ingenio de los unos, la charla de los otros, la agudeza de éste, la chacota de aquél, todo se puso en juego rápidamente con muy buena voluntad y con mucho tacto, y si al fin no consiguieron desimpresionar á D. Cleofás por completo, algo lo calmaron á la media hora, lo cual era ya una ventaja considerable.

Como la conversación tomaba diferentes giros y evoluciones, cual sucede cuando no hay un tema concreto y preciso, uno de los puntos en que vino á parar aquella charla fué la música y el canto.

Prestábase el asunto para sacar de él un gran partido, en el terreno de la broma, y entonces la emprendieron con el que dió motivo para la comida de los dulces.

¡Qué ingenio y qué sutileza desplegaron allí las imaginaciones más fecundas!

Dos de los tertulianos que más se distinguían por su babilidad, lo tomaron por su cuenta, así que se presentó una co-

yuntura favorable á sus deseos, encargándose de hacerle creer que tenia una excelente voz de barítono. Tan formales se pusieron y de tal modo los compañeros los secundaron, afectando una pasmosa formalidad, que al cabo de veinte minutos el embromado cantuseó un trozo de zarzuela, para probar si con efecto era verdad lo que le decian. El resultado fué bastante satisfactorio, pues el tal sujeto pareció quedarse muy complacido del timbre y sonoridad que se escapaba de su garganta.

Era cuanto podía desearse para coronar la broma de la noche.

Con tal motivo, y haciendo ver algunos que un descubrimiento tan importante no podia quedar en el silencio, sino que debia ser festejado y honrado en toda la extensión de la palabra, mereciendo los honores de un buen convite, exigieron que inmediatamente se pusiera por obra la proposición.

Discutióse ésta con brevedad, para que no se entremezclaran asuntos de otra índole, y después de contundentes razonamientos, quedó demostrado que allí no habia error ni noticia recogida al vuelo, sino realidad viva y tangible, evidencia que no necesitaba de otra prueba que la del oído, si es que alguien, por afán de polémica y de llevar en todo la contraria, se atrevía á dudar de las afirmaciones de la tertulia.

En vano el cantor trató de defenderse contra aquella terrible acometida. En vano apeló á extratagemas de todos géneros y á excusas que le librarán de las exigencias apremiantes de sus compañeros. Lo sucedido con D. Cleofás por una simple noticia, no sólo no confirmada sino desmentida inmediatamente y de un modo que no tenia vuelta de hoja, sentaba jurisprudencia, por lo menos para aquella noche.

Y nada, nada, el convite se imponía con fuerza irresistible, la opinión unánime lo reclamaba con imperio, y en méritos de justicia no se aceptaban excusas de ninguna clase, pues de admitirse, se hubieran violado los fueros santos de la equidad, cosa que vendria en perjuicio de una reunión que tantas pruebas habia dado de entereza y desensatez.

En vista de tal actitud, el embromado no tuvo otro remedio que aceptar, bajando la cabeza ante el inapelable fallo, y

dispúsose á llevar á sus compañeros á un *restaurant*, para que allí se despacharan á su gusto.

Así terminó la tertulia de aquella noche.

D. Cleofás no les acompañó, porque la mala noticia de lo de su primo, después de la alegría que habia experimentado, no le dejó humor para divertirse con sus compañeros, y cuando éstos abandonaron la botica, salió para su casa con el propósito de acostarse inmediatamente, dejando para otro día el averiguar si la pulmonía que retenía en cama á Romeo Robledo era muy fuerte y en qué estado se encontraba el enfermo.

Al quedarse solos el boticario y el mancebo, comentaron entre risas todo lo sucedido, porque les alegraba mucho aquellas bromas que venían á hacer grata la soledad de su profesión. Después apagaron casi todas las luces, y únicamente dejaron encendidos los mecheros del mostrador y del escaparate, pues la botica se cerraba á altas horas desde tiempo inmemorial.

La noche habia avanzado bastante, y apenas se veia á algún transeunte cruzar por la acera, húmeda ya á causa de la escarcha que caía.

La animación de la botica se quedaba para la entrega siguiente, como en las novelas por subscripción semanal.

Fiestas de Pascua

I

LAS fiestas y las costumbres populares van perdiendo año por año su originalidad y su atractivo, como si el progreso moderno fuera enemigo declarado de la tradición y la poesía, lo cual no puedo creer de ninguna manera.

Esa pérdida, que todos lamentan y nadie trata de reponer, no obedece al harmónico concierto de los adelantos ni al esplendor de las luces que las artes y las ciencias van difundiendo sobre la superficie del globo. Otra debe de ser la causa, que no trato de inquirir, y acaso vaya aneja á la cultura y á la civilización, como la carcoma al roble para roer sus fibras y producir á la larga la muerte del robusto vegetal.

Pero lo cierto y verdadero es, que, existiendo completa analogía entre la verdad y la belleza, como irradiaciones de un mismo foco, se nos presentan casi en absoluta oposición: y desde que los mecheros de gas ó las lámparas eléctricas alumbran las calles y los periódicos penetran en los campos y los figurines parisienses en las aldeas y los billetes del Banco circulan por todas partes y la locomotora esparce el fétido olor del carbón de piedra y hace estremecerse las montañas con los latidos de sus músculos de hierro, el sentimiento tradicional disminuye, el amor al suelo nativo se enfría, el lucro inmoderado se impone, el oro desaparece, las obscenidades pugnan por abrirse paso en la región de las artes y de las letras, y hasta el aroma de las campiñas se mez-

cla con las emanaciones de la hulla, y todo se transforma y se revuelve y se confunde, como potaje mal condimentado y ofrecido á extragados paladares.

Por eso, cuando se trata de observar las costumbres típicas de un pueblo para recrearse en su pasado y estudiar el espíritu de su carácter y de su modo de ser, hay que buscarlas fuera de los grandes centros de actividad donde sólo existe un positivismo que envenena y una impiedad que mata.

Así, del mismo modo que el recuerdo de los años de la infancia ó de la juventud trae á la imaginación encantos que no se perciben en el presente de una edad más avanzada, el contacto con lo que pertenece á sociedades anteriores ó á tiempos fenecidos, despierta en nosotros una simpatía inmensa por lo tradicional, que se va hundiendo en el no ser, como para desligar en absoluto lo presente de lo pasado.

Murcia, perteneciendo al concierto de la civilización moderna, ha perdido una buena parte de su carácter propio y de su originalidad; pero todavía presenta rasgos típicos y conserva bastante de lo suyo. Pueblo un tanto inclinado á la vida sedentaria, á pesar de su evidente cultura, une el pasado al presente, por causa de la agricultura que constituye su personalidad en el concierto de la civilización y la base de su riqueza. De ese modo conserva algo de la dulce paz de aquellos tiempos en que la sensibilidad no se había embotado por el abuso de groseros placeres ni por el egoísmo que hoy domina á la mayor parte de las gentes; y siendo escasas sus aspiraciones, no le agitan sueños inmoderados de enriquecerse, ni sufre desengaños que desgarran su alma, ni respira la atmósfera deletérea que envuelve á esos grandes centros donde el anarquismo se desarrolla, como consecuencia legítima de los gérmenes sembrados por el indiferentismo y cultivados por la soberbia, la ignorancia y la ambición, que van creciendo rápidamente como si estuvieran impulsadas por el aliento de Satanás.

Siendo muy secundaria en esta población la vida industrial y comereial, las innovaciones se verifican con cierta lentitud, y si algunos de los hijos de Murcia, superficiales y vanos, se avergüenzan de ésto, por no comprender que el país no se presta á rápidas transformaciones exóticas, otros se alegran,

porque así la existencia se desliza para ellos de un modo grato y disfrutan de una tranquilidad envidiable hasta el fin de sus días, rozándose hasta cierto punto con mucho de lo que les halagó en sus primeros años, sin ver una notable diferencia entre el ayer y el hoy de sus costumbres.

Una de las fiestas que en Murcia ha perdido poco de su antiguo modo de ser, es la que se celebra en la Pascua de Navidad.

Los mismos mercados concurridísimos desde el jueves anterior al día de Noche-Buena, donde se exhiben los productos de media provincia: los mismos paseos en el hermoso Malecón, cuajado de millares de personas que se aglomeran para poner en competencia la belleza con el lujo: las mismas cuadrillas de ciegos por las calles, cantando al son de las guitarras y bandúrrias con aditamento de panderetas y platillos: la misma petición de *aguilandos* en prosas y versos y hasta de viva voz con una osadía irritante: los mismos regalos á bandadas que se cruzan como los voladores de un árbol de fuegos artificiales: los mismos aluviones de chiquillos y domésticas para ver por la tarde una función en los teatros: los mismos ó parecidos báiles de Ánimas en el barrio de Espinardo, ofreciendo misas en pujas á la llana por ver exhibirse en su centro ó tal ó cual moza de rumbo, y á veces á algún caballero ó señorita: en fin, casi la misma alegría por todas partes, que toma incremento en la cena opípara de la más buena de las noches, se acentúa en las misas de gallo, y sigue y sigue con las inocentadas, y termina en el día de los Reyes, después de villancicos y misas de gozo, y de las nunca bastante ponderadas funciones de la Catedral, con sus maitines y responsorio, cada vez más agradable cuanto más viejo y oído.

Yo no sé lo que por mí sucede; pero cuando llega el día de Noche-Buena, paréceme que las horas tienen para mí un algo como de olor, color y sabor, igual á lo que yo aspiraba, veía y sentía allá en aquellos años de mi cándida niñez.

Aun se me figura que reproduzco en mi alma aquel gozo que experimentaba, cuando el maestro de la escuela á donde yo asistía daba punto á sus tareas de enseñanza, y corriamos por esas calles de Dios en busca de nuestros hogares, para en-

tretenernos con los juguetes que servían para la formación del Belén. ¡Cómo colocábamos aquellas figuritas de barro cocido y aquellos árboles de pedacitos de pinocha, sobre las sinuosidades de un monte que finjía un papel de pintados colorines! ¡Cuánta semillez en los detalles! ¡Cuánto encanto en el conjunto!

Y al día siguiente el obligado ayuno, para tener por la noche el estómago amplio y en disposición de poder recibir viandas de mil clases y cascaruja y turrón y mistela, mientras las lenguas se desataban y se celebraba el nacimiento del Niño-Dios, con una alegría sin límites.

Allí era de ver cómo los individuos de mi entonces feliz familia y algunos vecinos y amigos íntimos se agrupaban en la salita que en aquella noche se transformaba en comedor, y después de comer y beber lo que apetecíamos, salía á relucir la guitarra que mi buen padre tañía con bastante habilidad, y á coros, á solos, á duos, á todo cuanto se prestaban las clases de cantos, se entonaba el aguinaldo y el *pañó* y una porción de *trovos* y áires populares que van perdiéndose desde que el piano ha sustituido á la morisca guitarra, el más español, el más armonioso y el más difícil de todos los instrumentos (1)

(1) Posible es que gran parte de mis lectores ignoren lo que es el "pañó", lo cual nada tiene de particular, porque al irse perdiendo con más ó menos rapidez lo tradicional, no había de ser este canto una excepción, y acaso llegue pronto el día en que se desconozca en absoluto lo que fué el encanto de nuestros padres y abuelos.

El paño era uno de los cantos populares más hermosos de cuantos se han ejecutado con acompañamiento de guitarra. Sosteníase sobre un ritmo original y sencillo que no podía adaptarse, como el de las seguidillas, malagueñas y jotas, á ninguna otra clase de canciones. Había tres clases de paños completamente distintos: el primero era el "moruno", y el de la "tierra", ó murciano, que tenía el mismo acompañamiento, y sólo se diferenciaban en alguna variante accidental y en que el moruno se cantaba en modo mayor y el murciano en modo menor. El segundo era el "lorquino", y el tercero el "americano".

El murciano admitía desde la copla de cuatro versos hasta la décima, y por su estructura podría afirmar sin temor de equivocarme, que fué un canto propio de los antiguos trovadores. Confirmame en esta creencia su estilo melancólico, su carácter francamente romántico y su flexibilidad para cantar historias, cuentos,

Soñaba entonces en la ropita nueva que habia de estrenar en la primera mañana de pascua, en las diversiones que habian de hacerme olvidar las crueldades de aquel maestro de escuela que magullaba mi cuerpo y el de mis condiscípulos por la falta más insignificante, en las colectas de dinero para satisfacer mis infantiles caprichos y los de aquel hermano querido de mi alma que habia de bajar más tarde al sepulcro, víctima de la vileza y las infámias de ciertos hombres.

Y así pasaba aquellas vacaciones tan deseadas siempre, tan celebradas cuando venian, y tan sentidas cuando terminaba el seis de Enero, hora final de mi gozo y víspera del martirio escolar que suponía un azote ó un tirón de orejas por cada cuarto de hora de mi vida.

Las pascuas que se sucedían eran poco más ó menos iguales, y cuando la edad me fué haciendo modificar mis inclinaciones, mis gustos y mis modos de ver las cosas; cuando ya la exigencia de años más viriles me obligaba a buscar distracciones de otra índole, dentro de lo que ofrecía la temporada, iba fijándome en detalles y accidentes, dando por resultado, tiempo después, una afición muy marcada á presenciar los báiles que en el día de los Santos Inocentes se celebran todavía en la barriada de Espinardo y que llegaron á alcanzar fama extraordinaria, hasta el punto de constituir en cierta época la nota más saliente de todos los festejos públicos de Navidad.

Es este pueblo una antigua villa, perteneciendo hoy al municipio de Murcia, y distante una media légua de la capital. Aunque agrícola como todos los distritos que abraza la

relaciones y todo cuanto constituía el espíritu de las trovas. Mis distinguidos amigos y paisanos D. Antonio López Almagro, profesor del Conservatorio de Madrid, y D. Julián Calvo, organista de la Catedral de Murcia, han intentado sacar del olvido tan precioso canto, suministrando datos al maestro Incenga en su Colección de cantos populares españoles, mereciendo por ello un voto de gratitud de todos los buenos murcianos.

Los paños "lorquino," y "americano," eran diferentes en ritmo y estructura, y aun cuando sólo se prestaban para la copla de cuatro versos, eran sumamente originales y hermosos. Estos apenas se han cantado en Murcia, y es posible que también se hayan perdido para siempre.

extensa huerta, posee alguna industria en hilados de seda y en la fabricación de vasijas de barro, sobresaliendo entre todas sus manufacturas las pintorescas mantas que llevan el nombre del pueblo, y que tienen un sello tan marcadamente arábigo, como las que se tejían en el periodo más brillante de la dominación sarracena.

Tiene una calle central de más de treinta metros de anchura, y hácia el lado izquierdo una plazuela, en uno de cuyos lados se alza el templo parroquial.

En el átrio de aquella iglesia es donde anualmente se celebra el renombrado baile de Animas, y por ser éste el más murciano de todos los festejos pascuales, voy á permitirme tratar de él con alguna extensión, procurando que su descripción sea conforme con lo que en él se veía hace muy pocos años, pues de algún tiempo á esta parte ya no despierta tanto entusiasmo en la gente de Murcia, y hasta ha perdido un poco de atractivo, por habersele suprimido algunos detalles que eran los que acentuaban su originalidad y que llamaban verdaderamente la atención.

II

La tarde estaba algo fría y húmeda.

Brillaba el sol débilmente por las continuas fajas de ténue vapor que se extendían en algunos puntos del horizonte, y parecía que la hermosa vegetación se envolvía en un velo de tristeza, como no acostumbrada á una temperatura que acaso hubiera podido tomarse por primaveral en el norte de España. Las pajaritas de la nieve revolaban por entre los desnudos árboles que en el estío sombrean la anchurosa carretera de Madrid, y los naranjos, limoneros y palmeras se cimbreaban á impulsos de un aire sutil que cortaba como *navaja de afeitar*, dejando ver entre el verde obscuro de aquellas apretadas hojas ó bajo las enarcadas y ondulosas palmas, pomposos racimos, húmedos y brillantes, que parecían revestidos de un esmalte de oro, al reveler los casi apagados rayos del sol.

No presentaba entonces la huerta el aspecto de la vejetación que sonríe á las oleadas de luz con que la primavera y

el estío caldean la dilatada planicie del valle del Segura; y aunque á través del aterido ramaje de las moreras se destacaban extensos tablares de naciente miés con su verdor claro y sus tallos espesos y arrogantes, notábase cierta languidez, cierto desmayo, como si la naturaleza gimiera al verse despojada de algunas de sus galas más ricas, cediendo al empuje del invierno que desataba sus rigores y que habia de hacer sentir su imperio entre brisas heladas y llúvias torrenciales durante un espacio más ó menos dilatado de tiempo.

A pesar de lo desapacible de la tarde, un inmenso gentío invadía la carretera, y avanzaban hácia Espinardo las típicas tartanas del país mezcladas con ómnibus repletos de felices mortales que anhelaban divertirse, y con una multitud de coches de lujo, á través de cuyos cristales se veían hermosuras que se llevaban trás sí las miradas encendidas de los transeuntes.

Desde el huerto de las Bombas, llamado así porque en aquel sitio estallaban (ó explotaban como ahora dicen ciertos mamarrachos) los proyectiles huecos que los austriacos arrojaron sobre Murcia al tratar de invadir la Andalucía en la guerra de Sucesión, improvisábanse estaciones espectatorias para los curiosos que se contentaban con ver á las personas que pasaban y volvían, y que disfrutaban más requebrando á las mozuelas, que oyendo el carrasclás de las postizas ó recibiendo codazos y pisotones en el hacinamiento de carruajes y personas.

Unos cincuenta metros antes de llegar á la calle principal del pueblo, verificábase una *inocentada* particular, una grotesca broma que podía tomarse como primera parte de la fiesta y aun como muestra del carácter principal de aquella série de actos que habian de presenciar los curiosos llegados de Murcia y los que habian de lucir las habilidades de sus piés en aquel famoso báile.

El celebérrimo tío Perete, atguacil decano de los Juzgados de primera instancia de la capital, con más humor que años, y eso que contaba muchos, y con más vino en el estómago que afán de divertirse, habiase vestido con el obligado traje de sus payasadas que exhibía anualmente y que consistía en andrajos que recordaban atavios de épocas anteriores. Aga-

zapado el humorista alguacil tras un pequeño accidente del terreno, y tiznada su cara con hollín y almagre, esperaba á los transeuntes que se detenían forzosamente ante una sogá que cruzaba de lado á lado del camino, interceptando el paso; y luego que llegaban, alzábese empuñando un trabuco descomunal sin llave y con abrazaderas de esparto, y pidiéndoles con voz terrible y aguardentosa el bolsillo ó la vida, recogía algunas monedas de cobre en una bandeja colocada junto á la cuneta del camino. Entonces el tío Perete, dando las gracias con suma cortesía y descolgando un extremo de la cuerda, franqueaba el paso á la gente que celebraba la ocurrencia y admiraba el tradicional y nunca desmentido humor del vejete, pero que, no obstante su corriente y admitida inocentada, causaba miedo en los niños y en algunas mujeres que temían algun desmán por el empuje de los vapores del alcohol.

Aglomerábase la gente en la esplanada de la iglesia de Espinardo, y las clases se confundían en un inmenso corro, en el centro del cual bailaban varias parejas al compás de una música compuesta de guitarras, bandúrrias y violines. Allí, al amparo de las casas y del templo, el viento calmaba sus rigores, y el entusiasmo hacia que nadie se acordara del frío, mientras las coplas se sucedían y las garridas espinarderas lucían su garbo con una gracia que tenía embobados á los espectadores.

Hasta entonces el báile no había ofrecido nada de particular, salva la rifa de piezas de mazapán ó la admiración que solía producir la aparición de alguna muchacha cuya hermosura traspasara los límites de lo común, ante la cual los ojos de los mancebos despedían centellas, y los requiebros sobresalian por encima de los murmullos continuos de aquella compacta barrera de carne. Pero lo característico de la inocentada no se había mostrado aún, y la gente esperaba con ansiedad el momento de las grotescas bromas, por las cuales centenares de murcianos habían dejado la ciudad, á pesar de lo poco agradable de la temperatura.

De pronto una linda pareja de huertanos abrióse paso por entre el gentío y tomó posiciones en la primera de las filas.

Era la hembra alta y hermosa. Una preciosa peinade plata,

destacándose hácia el lado izquierdo de la cabeza entre rosas de encendido color, adornaba un moño gentil que parecía como el arranque del manto de una reina. Ceñía su cuello un hilo de perlas menos blancas que el delicado cutis que les servía de fondo, y un riquísimo pañuelo de Manila de primorosos bordados envolvía el arrogante busto, dejando únicamente ver, por entre el blondo y largo fleco, los extremos de los brazos del corpiño de terciopelo negro, abrochado con botoncitos de plata, y las manos blancas y sedosas, cuajadas de sortijas que brillaban con el movimiento de los dedos. Vestía largo refajo encarnado de lana fina bordado con hilillo de oro y lentejuelas, y delantal azul de seda con encajes y florecillas de relieve, y calzaba zapato descotado de raso blanco con medias transparentes, á través de cuyos calados y al movimiento del vestido, se veía palpar la rosada piel de un pié y de una pierna incomparables.

El mancebo era arrogante y completaba dignamente la pareja. Vestía de negro, y únicamente su corbata carmesí y su faja del mismo color hacían ver que el traje no era de luto sino de alta etiqueta entre los huertanos.

Aquella pareja olía á rica desde lejos, *rara avis* en la huerta desde que el socialismo, como tantas veces dejó demostrado, comenzó á mostrar sus terribles dientes en las altas esferas gubernamentales, para honra y gloria de una nación que lo consiente y que se contenta con gemir como una despreciable mujerzuela.

Apenas se exhibieron aquellos envidiados seres, cuando un mozo gentil del pueblo de Espinardo, ardiendo en deseos de bailar con la hermosa joven, adelantóse hácia la presidencia, y levantando el sombrero para llamar la atención, exclamó con voz potente:

—Cincuenta misas por bailar yo con esa moza.

Aquella voz apagó de repente los murmullos, y el baile cesó, reinando un silencio sepulcral hasta en las últimas filas. Los espectadores se agolpaban, porque las pujas habían comenzado, y lo mejor de la fiesta iba á verificarse entonces.

Al sonido del grito del espinardero, dió un paso hácia adelante el huertano, y contestó sin pérdida de tiempo con la misma arrogancia:

—Otras cincuenta misas encima, porque esta moza báile conmigo, y cincuenta misas más porque ese majaero báile con el gorro.

Una carcajada general resonó por todas partes, y el espinardero súbitamente púsose pálido de ira.

—Pos veinte misas por encima de toas esas,—dijo,—pa que el que se ponga el gorro sea él, y yo el que báile con la zagala.

—Y yo otras veinte más, pa que sea como he dicho.

Y al decir ésto, tiró de la faja é hizo sonar por el extremo desprendido un ruido de plata y de oro.

El espinardero se acobardó un momento ante aquella resuelta actitud, y entonces, volviéndose con suplicante mirada hácia un su compañero que se encontraba cerca, le pidió auxilio. Los ofrecimientos habian subido bastante, y el asunto estaba en condiciones peliagudas.

El compañero respondió con altanería:

—¡Eh!... no te apures ni aflojes: tengo aquí cien duros y en mi casa cien onzas y algo más si se busca por los rincones: conque tira por to lo alto, que la moza bailará contigo y luego conmigo, y dimpués con tos los de Espinardo, si ellos quieren.

—Pos entonces, allá va,—exclamó envalentonado el joven: —puesto que son ciento noventa las misas que van ofrecías por ese vanidoso, yo las subo hasta doscientas cincuenta, pa que sean números reondos.

El huertano meditó un momento: parecía que repasaba en su imaginación el dinero que llevaba encima para ver hasta dónde podia pujar, y queriendo usar de cierta guasa en medio de la seriedad del acto, replicó sonriéndose:

—Y yo una más.

—Y yo treinta encima,—añadió el espinardero.

—Y yo una más.

—Y yo treinta dimpués.

—Y yo una más.

La gente se volvió á reir entonces al ver la terquedad de los contendientes. Aquel *una más* y la exaltación del espinardero seguian despertando la curiosidad de todos, y al-

guien preguntaba para su capote:—¿En qué pararán estas misas?

La huertana, más encarnada que su refajo al verse objeto de tanta mirada curiosa, bajaba la vista y mordía la punta del delantal que llevaba á la boca con su mano izquierda; pero su mirada era de satisfacción, porque se observaba codiciada, despertándose con eso su natural vanidad mujeril, y luego veía que el mozo que la acompañaba sabía defenderla y se portaba como un hombre.

—Pos, oye, majo,—dijo entonces el hijo del pueblo:—no hay nesecidá de que andemos tan despacio, cuando la tarde corre y hay prisa por acabar: dí de una las que ofreces, que yo también las diré de un golpe: la custión es concluir pronto y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

En ésto un señorito que estaba al lado del huertano, dijo al oído de éste algunas palabras, pues así como su contrincante había encontrado un improvisado banquero, no era cosa de dejar al otro desamparado. Quizá habria en el ofrecimiento menos caridad que deseos de conversar alguna vez con la hermosa huertana, teniendo el pié de aquel favor; pero como todo se hizo con disimulo, nadie notó la oferta, y el huertano sólo vió un rasgo de generosidad que agradeció en el alma. Así es que contestó encarándose con el de Espinardo.

—Mira, ni yo me pongo el gorro, ni tú ni nengún nació bailará con mi novia, mientras haiga en mi casa un clavo cou qué pagar. Si tú subes dista el sol, yo dista las estrellas: con qué tiempo perdío. Yo doy una misa más por toas las que tú pongas. De manera que ya puedes echar por esa boca de Dios, que tú no sabes cuántas onzas son capaces de menear estas manos.

El espinardero y su amigo se miraron de nuevo: tal argumento era contundente, y aunque el amor propio quedara herido, el número de misas había subido hasta trescientas trece que, á dos reales cada una, sumaba la friolera de treinta y un duros y seis reales, cantidad respetable para labradores ó artesanos más o menos acomodados, y bien caro iba ya resultando el dichoso báile.

Sin embargo, no quisieron darse por vencidos antes de

probar de nuevo al huertano, y volviéndose el espinardero hacia éste, exclamó:

—Pos, oye: pa que yo no me salga con la mia, bien caro te ha de costar; van cien misas por encima de toas las que se han ofrecio, y ahora, si no estás contento y te paecen pocas toavía, tú dirás las que *te se* antojen y pués poner las que quieras.

—Yo ya te lo he dicho; una más,—contestó el huertano, mirando á su contrincante con cierta sonrisilla maliciosa.

Estaba dispuesto á cumplir su palabra, demostrando ser en todo persona de tanto tesón como rumbo, y aquel «una más» acompañado de su correspondiente retintín, sonó como un golpe de muerte para el espinardero.

¿Cómo seguir ofreciendo el otro? Allí estaba el ridículo gorro ó habia que soltar nada menos que ochocientos veintiocho reales de golpe y porrazo. Pero no era el gorro ni el dinero lo que le affigia y apesadumbraba, sino el no bailar con aquella muchacha tan hermosa que tenia suspendidas las miradas de los espectadores, y el verse vencido en su mismo pueblo y al lado de sus amigos y parientes. Sin embargo, habia que disimular la humillación, por lo que pudiera suceder; y aparentando alegrarse cuando un rescoldillo interior le picaba las entrañas; haciendo ver que todo fué por pura broma y por ver de allegar mayores recursos á las pobres ánimas del Purgatorio, lanzó una carcajada, y dijo:

—Al cabo te has colao, y me paece que las ánimas no tendrán queja de mí. ¡Vivan los mozos de rumbo y las mozas juncales de la huertal Vaya... venga el gorro, y tú á aflojar al hermano Mayor los cuarenta y un duros y dos pesetas que importan las misas.

El huertano abrió el bolsillo de su faja para contar el dinero, y mientras la nóvia se ataba en los dedos las cintas de las postizas y los músicos entonaban la malagueña, dos *inocentes* ó sea dos borrachines vestidos de mamarracho como el tío Perete, blandiendo una súa escoba, encajaron en la cabeza del espinardero un gorro colosal, parecido á los morriones que usaban los granaderos de Napoleón.

El griterio, contenido hasta entonces por lo interesante de la escena, se desató por todas partes; se oyeron exclamacio-

nes de burla dirigidas al del gorro, aunque él afectaba cierta complacencia y tomaba parte en la chacota general, y entremezclábanse con una porción de requiebros para la huertana, con gran contento de ésta y de su nóvio, por haber bailado al fin juntos, aunque á costa de bastantes pesetas.

La fiesta, como se vé, continuó sin ningún incidente, en paz y en gracia de Dios, alegrando á los unos y á los otros, que es lo que se puede desear en esas ocasiones dedicadas exclusivamente á la diversión.

Acabadas las coplas de reglamento, los bailadores fueron sustituidos por nuevas parejas, y el gorro fué pujado para una mujer muy fea y muy emperegilada que habia tenido la imprevisión de adelantarse más de lo conveniente, llamando de esa manera la atención de la gente de broma. La pobre mujer, al verse con tal adefésio encima de la cabeza, dió una vuelta y huyó avergonzada, con los ojos llorosos y las mejillas como el carmín, entre las risas de los circunstantes.

Otras y otras parejas se sucedieron á continuación, y las misas subieron á números considerables, llenándose el cajón de la mesa presdencial de monedas de plata y algunas de oro, porque hay que tener presente que todavia en aquellos felices tiempos el Banco no habia establecido Sucursales para extender sus papeluchos y absorber el precioso metal, con objeto de hacer un negocio que... vale más no hablar de él que escribir los sabrosos comentarios á que se presta.

La tarde comenzaba á declinar. El airecillo sutil que se deslizaba desde el norte, era cada vez más frio y penetrante, y el sol, muy cerca del ocaso, enviaba sobre el campanario de la iglesia ráfagas tan débiles y amarillentas, que no podian detener las neblinas que avanzaban empujadas por la humedad de la cercana noche.

Entonces el desfile fué obra de pocos instantes.

Concluyó el báile de un modo casi tan frio como el crepúculo que se desenvolvía, pues aunque la mayor parte de los espectadores estaban satisfechos por la completa inocentada que habian presenciado y que les hizo pasar una tarde deliciosa, digustábales, sin embargo, el repentino corte que habia sufrido la fiesta, por causa de la brusquedad del tiempo

y por esa rapidez, propia de la estación, con que los días pasan de la luz á la obscuridad.

Con este motivo, y mientras los cofrades de las benditas ánimas recogían los fondos y la mesa presidencial, y los músicos se retiraban, las tartanas y los ómnibus volvieron á llenarse en un momento, á la vez que la gente de á pié, envolviéndose en sus abrigo y formando un largo hormiguero, tomaba el camino de Murcia ó se desparramaba por las calles y senderos que conducen á la huerta.

La pareja de huertanos que habia sido objeto de la primera puja, se reunió con sus padres y con varios vecinos que los habian acompañado, y el espinardero del gorro, queriendo echar pelillos á la mar y hacer que de él formaran una buena idea aquellos jóvenes á quienes habia tratado de poner en ridículo, se acercó cortésmente y los invitó á tomar parte en una merienda en su propia casa y dirigida por su madre.

Como al acto aquel habian de asistir algunas mozas del pueblo, los de la huerta aceptaron, para demostrar que por su parte no habia resentimiento, y que todo se tomó como inocentada del día.

Allí pasaron la primera parte de la noche contentos, como Dios manda. Hubo baile sin bromas grotescas, y hasta se consumieron vários platos de leche cuajada, que es otra de las cosas típicas de Espinardo, y la especialidad verdaderamente notable con que los hijos del país obsequian á los forasteros.

Los Reyes Magos

No hay una sola población en España donde no tenga eco la festividad que la Iglesia celebra, al conmemorar el acto de aquellos príncipes que, guiados por la luz de una estrella, vinieron de las más apartadas regiones del Oriente á postrarse en la aldea de Belén ante la magestad de un Niño que habia descendido de los cielos, para ser más tarde el Redentor de la humanidad,

Dígalo sinó esa costumbre tradicional que hace soñar á los pequeñuelos en dulces y juguetes, traídos por esos monarcas invisibles, montados en soberbios caballos con alas, que atraviesan regiones inmensas en el espacio de una noche, para llevar la felicidad que á manos llenas derraman por todas partes.

Dígalo también esa escena que en Madrid se verifica, para divertir el público á expensas de los porrazos que sufren los pobres gallegos, al encaramarse sobre aquella escalera portátil, desde la cual intentan descubrir la llegada de las reales personas de la tradición.

Y por si ésto no bastara, hablen las aldeas, los caseríos y los barrios extremos de algunas ciudades populosas, donde se representa al áire libre una especie de comedia semi-séria, semi-bufa y semi-religiosa, que divierte tanto á los actores como á los espectadores, siendo el vino un aliciente importante para el buen desempeño de la incalificable función.

En esas representaciones se recuerda el hecho de la adoración á Cristo por los santos Reyes y los engaños del cruel Herodes para poner en práctica su ferocidad, todo entre murmullos de aprobación de la apiñada muchedumbre que sufre muy á gusto el frio y las incomodidades de la mañana,

con tal de tomar posiciones á tiempo y no perder un detalle de la fiesta.

Entre las gentes del campo, sobre todo, es tal la afición á esos espectáculos, que no encuentran nada superior, ni aun los bailes con *juegos y relaciones*, como escuchar la alocución del Angel y ver cabalgar á los tres Reyes, que vienen por puntos distintos, hasta juntarse por inspiración del cielo y llegar después á donde ha de celebrarse lo más importante de la función.

Esto demuestra el gran arraigo que en el pueblo tiene el recuerdo de aquel acto tan significativo, y la importancia de una secular costumbre cuyo origen no es fácil precisar en este momento.

Dicho todo cuanto antecede y concretando el asunto á nuestra localidad, añadiré que apenas se encuentra un partido en la huerta de Murcia donde no se celebre la función de los Reyes, cada vez que la Iglesia consagra esta festividad, y es cosa de ver los preparativos que se hacen y el entusiasmo que reina y el interés que se toman, desde el que podemos llamar director de escena hasta el último mono de la compañía.

Hace años se llevaba la palma el distrito de la Albatallía, siendo muy vistosa aquella escena en que el rey Herodes hablaba á los Magos desde el final del Malecón, sirviéndole la cerca del paseo como barandilla de los balcones de su espléndido palacio. Después la fama se trasladó al Palmar, donde sus vecinos *hacían* unos Reyes de primera, causando las delicias de una inmensa muchedumbre.

Pero donde la fiesta alcanzó posteriormente su verdadera esplendidez fué en el Cabezo de Torres, y esta superioridad indiscutible ha contribuido á que sus habitantes se envanezan siempre que se trata de este asunto, en el cual ponen sus cinco sentidos, para darle todo lo que exige y requiere la representación. Las mujeres, con especialidad, no disimulan el orgullo que sienten, y éste se aumenta, si sus maridos, hijos, hermanos ó novios toman parte en el espectáculo.

La que más alzaba el gallo, en una ocasión, era la tía Colasa.

¡Qué tono y qué pavoneo, para que supiera todo el mundo que ella era una persona importante!

El caso, por lo que voy refiriendo, no era para menos, y bien podía enorgullecerse la tal mujer, no precisamente porque todavía era una buena moza, á pesar de sus cuarenta, ni porque en el fondo del arca tuviera muy escondida alguna onza de Carlos III y unas cuantas monedas de oro, producto de sus ahorrillos cuando fué tabernera, sino porque su mismo marido, el tío Juan Perules, había sido solicitado nada menos que para hacer el papel de rey Melchor en aquella gran fiesta popular.

La verdad es que la tía Colasa casi, casi se creía una reina de veras, por aquello de que su consorte había de ser un rey de carne y hueso, con su corona y manto real y demás adinículos, inherentes á la soberanía.

La buena mujer, que era una de las más exaltadas del partido en los años anteriores, tenía completamente trastornado el juicio por la novedad de la noticia, y había obligado á su marido á que se llegara á Murcia con bastante anticipación y alquilara un traje flamante de la guardarropia del teatro de Romea, excogiendo, por supuesto, prendas de diferentes épocas y tipos, amén de una corona de cartón con picos altos y un manto de escarlata que había de tapar medio caballo, cuando al lado de sus compañeros viniera en busca del Mesías, según rezaba el papel que días antes le entregó el padre capellán para que se lo aprendiera de memoria.

Y lo más chocante de todo, era que la tía Colasa asistía la primera á los ensayos, y algunas veces se permitía corregir al tío Perules, en su buen deseo de que éste detallara bien su declamación y pronunciara correctamente ciertas frases, sabiendo distinguir entre su vocabulario propio plagado de palabras incultas y el del papel que, á su juicio, era una cosa admirable.

—Oye, Juan,—decía la ex-tabernera, abriendo los brazos y extendiendo las dos puntas del pañuelo, como si fueran dos alas:—¿pero no ves que el señor cura no quiere que digas *probe ni semos*, como ahora mismo has mentao, y que es mester que te afinares un «poquito»?

—Ya, mujer, si tiés razón,—contestaba el marido:—pero

como uno no está acostumbrao á dicillo así, pos me güelvo tarumba y no puedo delectreallo de la otra manera. Yo te prometo que me afinuraré tuico lo «poquito,, que tú quieras en las despresiones.

—¡Claro! como que un rey debe desplicarse con desparpajo y arbullo. ¡Ay, si yo fuera hombre abora mesmo!

—Demasiao sé que si tú fueras hombre, le habias de dar quince y farta á aquel comediante que hacia de D. Juan Tinorio y que tanto nos gustaba á los dos.

—Mira, Juan, la custión es que no se diga de tí lo que dician del tio Julián el de los otros años, que paecía que tenía un estropajo en la lengua.

—Pos lo que es por eso, no te apures ni pases cudiaos, que así que amonte á caballo y me meta en el cuerpo un cuartillo de aguardente, ni el preste Juan de las Indias, ni aquellos que en la féria se colocan junto al puente de Murcia pa llamar gente á los títeres, han de tener tanto aquél ni tanta fantesía pa dalle to lo suyo á las despresiones. Ea, señor cura, vamos á decir ese piazo de relación, que paece que tié alfileres, por lo que *me se atranca*.

Y el tio Perules volvía á ensayar, diciendo versos á todo correr, sin páusas, sin inflexiones, á un solo tono, y moviendo los brazos y el cuerpo como aquellos tambores mayores que veiamos hace años en las grandes paradas de la tropa.

A la tia Colasa se le caia la baba entonces, y cuando el ensayo concluía, se llevaba á su casa al tio Juan, para continuar allí las lecciones de declamación, de que ella creia entender, por haber visto muchas funciones de «Pastores,, y de «Reyes,, y por haber asistido algunas veces á los teatros de Murcia en las tardes de la Pascua.

Una animación parecida á la de la tía Colasa, puede decirse que reinaba entre las familias de todos los que habian de tomar parte en la representación. Los papeles de Gaspar, Baltasar y Herodes, con los pastores de ambos sexos, estaban ya distribuidos, y también estaba preparado el Angel, cuya representación corría á cargo de un sobrino del capellán, niño de unos ocho años y de un talento nada común para su edad.

¿Cómo con tan buenos preparativos no habia de ir crecien-

do el entusiasmo de sus moradores, si con aquella solemne función no sólo habría de sostenerse su bien merecida fama, sino que ningún otro partido rural levantaría la cabeza mientras se conservara tal costumbre en la huerta de Murcia? ¿Quién se acordaba de los repartos por consumos ni de otras zarandajas que días antes los llevaban á maltraer, después de haber visto destruida parte de sus cosechas y de estar paralizados los negocios de la contratación?

Allí no había otra cosa que alegría, y la tía Colasa era el factotum de los próximos festejos y el alma de todos los preparativos.

Llegó la mañana de aquel seis de Enero tan deseado.

Los primeros rayos de la aurora blanqueaban apenas el horizonte, y un frío más que regular se hacía sentir por todas partes, sin que bastaran á mitigarlo los burdos abrigos con que aquellos labradores cubrían su cuerpo.

Distribuía la gente por las sendas de los bancales llenos de naciente miés, y dirigíanse hácia el norte, en busca de la rambla que indica ya el fin de la planicie y el principio de los accidentes del terreno, recibiendo de frente un vientecillo que parecía llevar puntas de alfileres en sus alas.

La tía Colasa marchaba entre las primeras; pero no iba sola sino acompañada por las otras señoras de su *regia* alcurnia, ó sea con las esposas de Gaspar y Baltasar. ¡Lástima fuera que ellas faltaran, después de haber madrugado casi á poco de acostarse, y de haber ayudado a sus respectivos maridos para que vistieran sus prendas reales y se lucieran luego al representar sus papeles!

Rato hacia que los protagonistas de la fiesta, después de tomar la mañana echándose un buen trago de aguardiente, habían salido, aprovechándose de la obscuridad, montados en fogosos y bien adornados corceles, para tomar posiciones y presentarse luego en lugar oportuno y á la hora que se les había designado.

Conforme avanzaba el día, aumentaba el gentío y la algazara, viéndose por aquí y por allá animados grupos sobre las pequeñas alturas contiguas á la rambla.

Una faja de vivo carmín, que lentamente se desvanecía en blancas tintas que iban cubriendo el manto del cielo, se ex-

tendia por la parte del oriente, y los pajarillos, despertando de su sueño, lanzábanse al espacio desde las ramas de la arboleda, saludando á la luz con sus harpadas lenguas y acompañado el alegre clamoreo de aquellas gentes sencillas.

De pronto, el disco rojo del sol, asomando á lo lejos tras los montes que señalan los límites de los campos alicantinos, aumentó la claridad del horizonte, dando esplendor al soberbio panorama que se desarrollaba en dirección de la ciudad.

Aquel era el momento ansiado, y con efecto, no habrían transcurrido diez minutos desde la aparición del astro del día, cuando se verificó el comienzo de la fiesta. Descendiendo de una pequeña elevación, vióse venir un precioso niño, ginete sobre una jaquita que conducia del diestro un fornido labrador. Era el Angel: el primer personaje de la comedia.

Vestía un ropaje extraño, compuesto de mallas de color de carne, enaguillas transparentes, salpicadas de lentejuelas de oro, y dos alas pequeñas de latón que casi le nacian de la cintura, sujetas por una banda carmesí. Ceñía su cabeza vistosa diadema de flores artificiales, y sus cabellos caian en largos rizos por las sienes y la espalda.

Venia tiritando la pobre criatura; pero á pesar del frío, sus ojos animados y risueños contrastaban con la lividez de sus labios y con el estremecimiento continuo de sus piernas.

—Ahí está... ¡qué hermoso!—dijo la tia Colasa, colocándose en primera fila:—ya vereis que moa de hablar más ese y más güena tiene.

—¡Cállate!... pos si es el sobrino del capellán—exclamó una mujer que sin duda no estaba al tanto de la distribución de los papeles.

—El mismo, el mismo,—añadió otra de las "reinas", ó sea la mujer de Gaspar.—¡y qué frío trae el probetico!

En esto el Angel llegó al borde de la rambla donde hizo alto, y al instante, con dulce y penetrante voz, irguiéndose sobre los pequeños estribos, principió su "relación", dejando caer verso tras verso, con una precisión y un sentido dignos del mayor apláuso, produciendo un verdadero embobamiento en todos los oyentes.

Apenas terminó aquella sencilla alocución á los "Pastores de Israel" oyóse el galope de varios caballos, y los tres Reyes

aparecieron en puntos distintos, adelantándose hácia donde el Angel se encontraba. Era el primero, Melchor, arrogante y ufano, como su mujer queria, vestido con botas de montar hasta media pierna, pantalón muy ahuecado y blusa azul con botones dorados sujeta con un cinturón de cuero amarillo, todo, como se ve, muy en *consonancia* con el estilo oriental que el caso requería. Su manto granate, su alta corona de cartón y sus barbas grises, le daban un aspecto original y raro, y notábase, por lo encarnada de su faz, que no el frío sino los vapores del aguardiente eran los que le daban aquel color tan subido.

De análoga manera se presentaron en escena los otros Reyes, diferenciándose únicamente en los mantos que eran de percalina blanca con motitas negras, y esta diferencia, que realmente los empequeñecía un tanto, hizo que se mordieran de envidia los labios las otras reales consortes y pavonearse de orgullo á la tia Colasa, porque de ella habia partido la peregrina idea de aquel complemento de la magestad real.

Luego que llegaron los monarcas acompañados de sus palafreneros, comenzaron á decir sus respectivos papeles, y allí era de oír versos de todos los metros imaginables, al quitar ó añadir palabras, en su falta de oído y de memoria, ó al pronunciar algunas frases con arreglo al lenguaje de la huerta. Pero los Reyes seguían impertérritos con pasmosa formalidad, dialogando con ellos mismos ó con el Angel, el cual les explicaba el significado de la estrella que los habia guiado desde sus regiones, y se ofrecía á conducirlos á la presencia de aquel otro Rey niño, á quien buscaban para rendirle honores y adoración.

—¿Qué le parece á osté, tia Colasa,—le decia á la esposa del grave Melchor uno de los asistentes.

—¿Qué me ha de paecer? ¿Sus figurais que si yo no hubiera danzao en tó ésto, saldria la cosa tan bien como sale? A ver, que vengan ahora los del Puente de Tocinos, los de la Alberca, y los mesmos de Murcia, y que digan si ellos echan unos Reyes mejores que nusotros.

—Eso es lo que yo digo,—añadió un tercero:—lo que es os Reyes, han salio hasta ahora contó lo suyo, y si es osté,

tia Colasa, bien pué estar arbullosa, que lo que es ese manto, paece que lo lleva un rey de verdá.

—Ya, ya, y el que no pueda que se ahorque,—dijo en un arranque de vanidad la ex-tabernera, y levantando la cabeza, como pagada de sí misma.

—Oye, Colasa, eso no lo dirás por mí,—exclamó la consorte de Gaspar,—porque si yo hubiera sabio que tú me la ibas á pegar, hubiera traio munchas cosas, y si es mester, dista un morrión de mi amo de cuando fué melitar; pero yo no soy de las de fantesía.

—Sí, sí, bonito hubiera estao: ¿tú no sabes que los reyes llevan corona en la cabeza?

La mujer de Baltasar callaba: pero en sus ojos se podia leer la ira que tenia reconcentrada en el pecho, por las mismas razones que su compañera la consorte de Gaspar.

Oyó el rey Melchor la naciente disputa, y conociendo lo que son las mujeres cuando se enredan en palabras y hasta dónde pueden llegar con su imprudencia, aprovechóse de un momento en que su papel no le exigia hablar, y volviendo la cara, dijo desde su caballo:

—Vamos, vamos... á callar han tocao, y ya podeis toas meterus la lengua en el bolsillo; sus oyo dinde aquí, y con ese charrar como si estuviérais de pelea, me estais diquivocando.

Aquella voz restablació subitamente el silencio entre las "reinas", no sin que á la que se consideraba vencida le quedara en su interior cierto rescolillo que la abrasaba, y que fué motivo más tarde para que se amenguara, por primera vez, el brillo de una fiesta que tanto habia enaltecido al Cabezo de Torres.

Siguió la "relación", sin novedad y sin otras equivocaciones que las que ya he marca lo, y cuando el Angel dió la señal de marcha, los tres Reyes tomaron un trote lento hácia Belén ó sea hácia la casa del capellán, al pié de cuyos balcones habia de continuar la función.

Movióse el gentío como se mueven las guerrillas y columnas de un ejército, y otra vez la tia Colasa y sus compañeras

Ivieron á ocupar la primera fila. A la vez en cuando, algún amigo de broma, contra lo prevenido por el director de la fiesta, alargaba á los monarcas

una bota llena de vino, y éstos, con el pretexto de calentar el estómago y rechazar el frío de la mañana, aplicaban á la boca el delgado pitorro, y á caño limpio y todo lo dilatado que se podia, dejaban caer sobre las tragaderas un buen chorro que alegraba el corazón, no sin volver previamente la cabeza para cerciorarse de que el padre capellán no veia aqnel acto, que era una desobediencia á la vez que un desacato al alto papel que representaban.

Cuando dieron vista al *aleázar* del rey Herodes, el buen Melchor no podia tenerse firme sobre el caballo, y su lengua hablaba ya un extraño idioma que tenia alguna semejanza con el castellano de la huerta.

Desapareció de repente el Angel, según rezaba su papel, y presentóse el rey de Judea, rodeado de sus ministros, y vestido de una manera tan especial como los príncipes *orientales*, y en tal momento comenzó la segunda parte de la comedia, entre un silencio profundo de la alegre y apiñada multitud. Gritaba Herodes como un energúmeno, en tono subidamente enfático, desde lo alto del balcón, y respondian los de á caballo, según les correspondia, desentonando á más y mejor, á medida que les iba produciendo efecto aquel vino sobre la respetable cantidad de aguardiente que le precedia.

Esto daba lugar á equivocaciones de gran bulto, y como Juan Perules, ó sea el rey Melchor, era el que más habia bebido, perdió de repente la memoria y comenzó á decir lo que se le venía á la perturbada imaginación, en su afan de no pararse y de demostrar que era un actor de recursos y hombre que sabia dónde le apretaba el zapato.

La tia Colasa mordía iracunda la punta del pañuelo que cubria su cabeza, y su disgusto, más aún que por las equivocaciones de su marido, era producido por lo que se figuraba que podian pensar sus vengativas compañeras. En un momento de arrebató y olvidándose del sitio donde se encontraba, se atrevió á apuntar al rey Melchor un trozo de romance que ella habia aprendido bien, á fuerza de oír los ensayos. ¡Ay si en aquel momento ella hubiera sido hombre!

Aquella salida intempestiva de la obcecada mujer, hizo brincar de gozo á la consorte del rey Gaspar, y como la tia

Colasa se sintiera picada en lo más vivo de su amor propio, volvióse hácia su compañera, y le dijo llena de furor:

—Malos demonios te corran: ¿has venio á reirte de las diquivocaciones de mi mario? Pos, hija, lo que es el tuyo lleva encima un felpúo bien grande, y dice cá barbaridá que canta el creó.

Aquellas palabras fueron como la mecha aplicada á la mina que estaba próxima á estallar. Dió la compañera un paso hácia adelante, y cuadrándose frente á la tia Colasa, contestó

—¡Habrá morrala! ¿Qué tiés tú que decir de mi marío? Mejor que el tuyo cien veces, y habla con más sintío y más aquel que tu hombre.

—¿Mejor? Tú no sabes lo que te estás diciendo. Pos si paece que llora cuando platica con el rey Derodes.

—Tú lo que eres es una fantesiosa, arbullosa, porque el tio Perules lleva ese manto colorao. ¡Le paece á ostél... ¡Vaya, vaya,... manto colorao!... ¿Y sabes lo que te digo? Que por más que tú te creas que está tan campante, lo que *me se* antoja es un pantasma ó una máscara, como aquellos tios que salian en el Intierro de la Sardina.

—Lo que tú tiés es una invidia muy grande, porque tu rey lleva manto de percalina y no de sea como el mio.

—¿Invidiosa yo? Vamos, no tengo gana de pesaombres por la mañana trepano; pero si me lo güelves á decir, te planto en la cara estos cinco deos, y luego estos otros cinco, y te hago ver dista las estrellas de una gofetá.

Y al decir ésto, enseñaba sus manos nada finas ni pequeñas. Pero la tia Colasa, sin arredrarse por aquella actitud, se terció el pañuelo y replicó al instante:

—Tendría que ver que tú me pegaras: aún no sabes, güena moza, á quién tiés delante.

—Pos dímelo otra vez, si eres mujer.

—Pos te lo digo y te lo diré abora y siempre, que eres una invidiosa.

Aún no había acabado la tia Colasa, cuando su contendiente, fuera de sí, descargó un puñetazo en su mejilla, haciéndole dar una vuelta en redondo; pero la ofendida, que tenía grandes brios, saltó al momento sobre su rival y empezó á descargarle bofetadas, y luego la agarró del moño, para-

lizando así sus fuerzas, hasta hacerla dar con la boca en el suelo.

Tan rápidas fueron las acometidas, que cuando la gente quiso intervenir, la tía Colasa tenía ya debajo á su compañera de cetro, por más que no pudo continuar la obra de venganza, con harto dolor de su corazón, porque veinte manos á la vez las separaron á viva fuerza.

Esto no obstante, siguieron dando gritos y prodigándose injurias, lo cual, unido al movimiento tumultuoso de la gente, hizo volver la cabeza al tío Juan Perules y á los otros dos monarcas. Entonces los tres Reyes, sin atender á su papel ni á consideraciones de ninguna clase, empujaron los caballos hácia donde sonaban las palabras fuertes, disponiéndose á defender á sus consortes, á quienes creían víctimas de algún atropello.

Con la rapidez del rayo, enteráronse los Reyes de lo que sucedía, y como ya no tenían ni aun conciencia de sí mismos, cambiaron súbitamente de pensamiento, y la agresión de las mujeres trocóse por la de los maridos.

Sin bajarse de sus cabalgaduras, pronto vióse que Melchor, Gaspar y Baltasar se daban tremendos cachetes, destrozándose las barbas, las vestiduras y hasta las coronas, y enredándose de tal modo, que la pelea revestía una imponente gravedad.

Como se agita un prado de mieses al empuje del viento desencadenado, los espectadores se arremolinaban al rededor de los monarcas y de sus esposas, con ánimo de apaciguarlos. Otros, soliviantados, corrian en distintas direcciones ignorando la verdad de lo que acontecía, y prefiriendo ponerse á salvo, por lo que del tumulto pudiera surgir. Era aquello un verdadero campo de Agramante.

No tardaron los parientes y amigos en tomar parte en la lucha, y el padre capellán, medroso y atribulado, trataba de poner término al conflicto, á la vez que buscaba al Angel para librarlo de un atropello que pusiera en peligro su existencia, por si la inocente criatura, ignorando la importancia del lamentable suceso, se presentaba en escena para continuar su papel.

En esto sonó un tiro, sin saber en qué punto se ha-

bia disparado el arma de fuego, y los que hasta entonces habian permanecido indiferentes huyeron al oír la detonación, dejando solos á los que tenian interés en darse de palos y de bofetadas.

Viendo el capellán que no conseguia apaciguar á la gente, volvió acompañado del alcalde pedáneo que ostentaba su bastón de autoridad; pero nada, el tumulto seguia sin que los que en él estaban enredados hicieran caso de las amonestaciones ni de las insignias; y Dios sabe hasta qué punto se habria prolongado, sino se presentara la pareja del puesto de la guardia civil, blandiendo las culatas de sus remington, poniendo paz á fuerza de golpes, y amedrentando á los peleantes con el respeto de sus tricornios.

Desmontados los Reyes y puestas en orden sus esposas, fueron los seis conducidos á la casa del pedáneo, donde habian de empezar las actuaciones, para ver si habia motivo de un proceso ó de un juicio de menor importancia.

¡Qué fin más desastroso habia tenido la alegre é incomparable fiesta de los Reyes, con perjuicio acaso del buen nombre de un partido rural que tanto se distinguia siempre y que habia mantenido enhiesta la bandera de orden, sensatez, precisión y buen gusto en aquella solemnidad! ¡Cómo habian de avergonzarse los habitantes del Cabezo de Torres, cuando supieran que aquella vez en los demás partidos de la huerta se habia llevado á efecto la animada función, sin disgustos, y haciendo pasar á los espectadores una mañana deliciosa!

Pero lo sucedido era un contratiempo que no podia ni debia ser motivo para hacer que la fiesta desapareciera en lo futuro. La buena fama del partido lo exigia, y era preciso volver por el honor momentáneamente empañado, para que la maledicencia no se cebara en dignas y acreditadas reputaciones.

Basándose en esta noble idea, el padre capellán, luego que despachó sus obligaciones sacerdotales, convocó á junta á los mayordomos y á todas las personas importantes del pueblo, y en aquella reunión se convino en adoptar toda clase de medidas y precauciones, para

evitar en otra ocasión lo que entonces había sido un desastre, y fuera en lo sucesivo la función de los Reyes, en el Cabezo, un acto de verdadera importancia, una de esas funciones que realmente llamaran la atención de los forasteros, y que mantuvieran las «artísticas» aficiones de los entusiastas y sencillos habitantes de aquel partido rural.

CONCLUSIÓN

CAMPOS de mi pátria, huerta feracísima, ciudad querida donde mis ojos se abrieron á la luz: yo os saludo con el afecto más profundo de mi alma, al trazar estas líneas que han de servir como de última página á los ligeros y modestos apuntes que llevo escritos, y en los que he querido retratar, con los más puros sentimientos de mi espíritu, lo que todavía encierra de típico y original el país donde reposan las cenizas de mis mayores.

¡Cuánto siempre os amé, lugares queridos, donde se han deslizado los mejores días de mi existencia! Ni el tiempo ni la distancia han podido borraros de mi corazón en el que vuestra imagen está esculpida con buril de fuego, acompañándome ella en mis sinsabores y alegrías, como amigo fiel que participa de mis amarguras y pesares en los azares de una vida agitada á la vez por las ilusiones y los desengaños.

¡Oh! si me fuera dado poseer la varilla mágica de las hadas, yo derramaria en vuestro seno los tesoros de todas las riquezas y de todas las virtudes, para que la felicidad tuviera su asiento en la risueña vega que el Segura fertiliza, y alejaria esa avasalladora corriente de innovaciones, para conservar perpétuamente los rasgos característicos de mi pueblo con la inimitable poesía de su tradición y sus costumbres.

Cuando medito en los esfuerzos que en todas las regiones se hacen por los propagandistas de eso que ha dado en llamarse cosmopolitismo para romper el lazo de unión que con el pasado nos liga, siento un hondo desconsuelo, porque me parece que si tal se consiguiera, el mundo seria un cadáver ataviado con los andrajos del positivismo, sin sentimientos que le animaran en el presente y sin esperanzas que le alentar anpara el porvenir.

Nó y mil veces nó. Los pueblos tienen sus tradiciones y sus costumbres especiales, y conservarlas en lo posible, dentro del desenvolvimiento de los adelantos, no se opone al desarrollo del progreso, y mucho menos á la unidad de la nacionalidad ni á la fraternidad que debe existir entre todos los hombres. Vivir recordando el pasado, es continuar la obra de la civilización y ponernos en condiciones de ser dignos de aquellos que, con sus hechos y virtudes, nos legaron días de gloria y monumentos que perpetúen sus cualidades esclarecidas.

¿Nó es la tradición una cadena de flores donde cada generación ha engarzado sus sentimientos, un libro donde los hombres escriben con caracteres de oro la ejecutoria de su nobleza, el alma de la pátria que se asoma á través de las brumas que el tiempo aglomera á su paso, el tesoro, en una palabra, de todas las grandezas y el ejemplo que nos alienta para triunfar en el oleaje tumultuoso de la vida?

Suprimida la tradición, desaparecería hasta la idea de la pátria, y en vano se pretendería inflamar nuestro pecho, á la voz santa del deber, en momentos angustiosos de verdadero carácter nacional, porque nada arrancaríá un latido del corazón apagado donde sólo palparían afectos materiales, como eco de pasiones rastreras, aglomeradas por el más desconsolador escepticismo.

Alteradas y confundidas las costumbres propias y típicas de un país, la historia local se borraría como por encanto, y el amor al suelo nativo correría el riesgo de trocarse en la más punible indiferencia; y á la manera que la planta desarraigada se mística y muere, el individuo, separado de aquéllo que está más conforme con su modo de ser, perdería en absoluto su personalidad, para quedar absorbido en el montón anónimo de una masa sin conciencia.

Yo he tenido la pretensión, tal vez censurable por tratarse de mi pluma, de conservar en este libro algo de esas costumbres, en el buen deseo de coadyuvar con mis pobres fuerzas á la detención de la formidable y perturbadora corriente de innovaciones á que antes me he referido, aspirando leal y noblemente á que mis queridos paisanos procuren, con los recuerdos que traigo á su memoria y con el entusiasmo que en

ellos puede despertar el amor del país, evitar que se pierda para siempre lo que nos distingue y lo que, en medio de la marcha de la civilización, nos dá caracter y verdadera fisonomía.

De esta manera, únicamente, entiendo que podrán continuar realizando la historia de Murcia y aumentar sus afecciones hácia el hermoso suelo donde han nacido: de esta manera honrarán las cenizas de sus antepasados y añadirán páginas de gloria á las no escasas que nos enorgullecen: de esta manera cooperarán á la obra redentora del progreso humano, sin soluciones de continuidad y sin que al tender la vista al rededor de sí mismos, contemplen un inmenso vacío lleno de lóbreguez.

Si las costumbres locales han de resistir la perjudicial transformación con que se las amenaza; si las que á Murcia se refieren han de detener el empuje violento del extranjerismo que en todos los puntos de España va rápidamente tomando carta de naturaleza; si hemos de ser lo que debemos y nuestra personalidad ha de distinguirse cual dignamente le corresponde, preciso es que la punible indiferencia que viene sintiéndose por todo lo murciano desaparezca de entre nosotros, provocando una reacción salvadora que nos dé estabilidad y fuerza y nos haga grandes dentro de la relativa pequeñez de nuestra región.

Dirigiendo hácia el pasado nuestras miradas, procuremos buscar allí lo que merezca traerse á la edad presente, para que la vida murciana sea una continuación de aquella que tanto halagó á nuestros padres y aun á nosotros mismos en los felices días de la niñez, y de ese modo únicamente el espíritu de murcianismo se perpetuará, y á su fecundo y poderoso aliento se desarrollarán los intereses morales y materiales de este país, y las generaciones venideras, más dichosas que las actuales, recogerán los frutos de nuestra abnegación y nuestro trabajo.

Quiera Dios, patria mia, que mis deseos no sean un sueño irrealizable, una utópia de mi fantasía, exaltada por el entrañable amor que me inspiran tu brillante cielo y los hermosos vergeles que te circundan: quiera Dios que los esfuerzos de todos los buenos murcianos no se esterilicen, y llegue un día en que, elevada á la altura que mereces, seas una palan-

ca poderosa para la descentralización, principal objetivo de los verdaderos españoles, y ayudes á tus hermanas á sacudir el yugo ominoso con que el Madrid oficial nos ultraja y nos oprime, haciendo, con la unión de todos los habitantes de España, un pueblo floreciente, digno de figurar, como en otro tiempo, entre los más cultos é importantes de Europa.

—❖— ❖ — **FIN** — ❖ —

INDICE

	<i>Pag.</i>
Preliminar.	5
El autor al lector.	7
La Fuensanta.	15
Angelicos al Cielo.	33
Pensantes sueltos.	43
Lamentos y naranjas.	53
El Entierro de la Sardina.	67
El gusano de la seda.	81
La Mona.	91
La noche de San Juan.	107
Ribera de Santiago	119
La fiesta de S. Cayetano.	133
Un tipo.	147
Un báile de arropo.	150
Las Cuatro Esquinas.	171
El desperfollo.	185
Las boticas.	199
Fiestas de Páscoa.	213
Los Reyes Magos.	227
Conclusión.	241

Erratas

Pocas son las de concepto, y el sentido no sufre con ellas más que una ligera alteración que no afecta al fondo de la obra. En mayor número las hay de letras y signos de puntuación; pero el editor se remite al buen juicio de los lectores, rogándoles que suplan con su indulgencia estos ligeros descuidos.